



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXV, Vol. CXLVIII, Núm. 5 (septiembre-octubre de 1966).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Cuyucán No. 1035
Apartado Postal 065
Teléfono 23-34-08

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A.
Av. Rep. de Guatemala 96

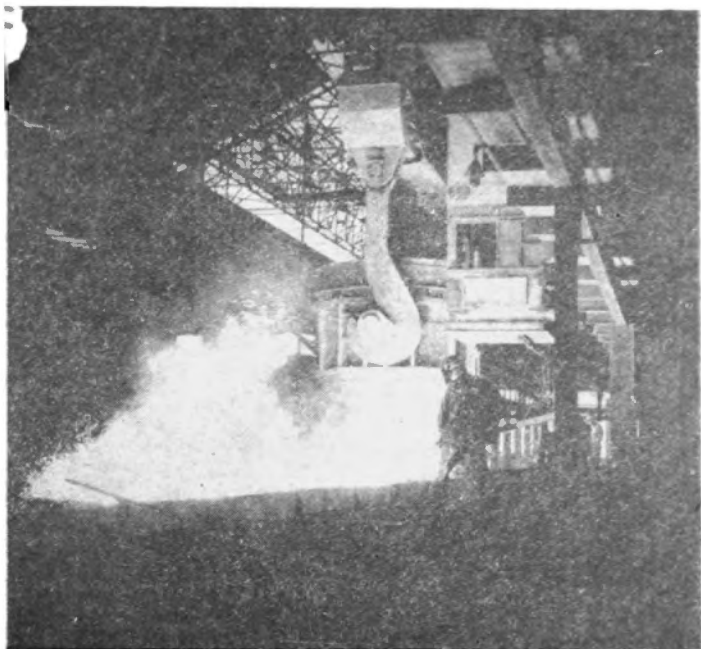
AÑO XXV

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE
1966

INDICE

Pág. 3



acero

El empleo de ACERO MONTERREY que se fabrica con la maquinaria más moderna y el respaldo de 65 años de experiencia en la producción de acero en México, es una garantía para la fabricación, cada vez de mejores productos metálicos.

Productores de: Perfiles estructurales, planchas, lámina en caliente y en frío, varillas corrugadas, perfiles comerciales, alambre y alambón, rieles y accesorios.

COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S A



NACIONAL FINANCIERA, S.A.

OFRECE AL PUBLICO INVERSIONISTA
UNA NUEVA EMISION DE

TITULOS FINANCIEROS, MONEDA NACIONAL SERIE "SS"

Con las siguientes características principales:

EMISION: 31 de julio de 1965.

MONTO:

\$1,000,000,000.00, en denominaciones de \$100, \$1,000, \$10,000 y \$100,000.

RENDIMIENTO:

2.25% trimestral o sea **9% anual** pagadero por trimestres vencidos el día último de los meses de enero, abril, julio y octubre, a partir del 31 de octubre de 1965 y hasta el 31 de julio de 1970.

AMORTIZACION:

En efectivo, en un sólo pago, el 31 de julio de 1970 (plazo de cinco años).

GARANTIA:

Acciones y obligaciones de empresas industriales de primer orden, en la proporción de 100% del valor nominal de los Títulos.

PRECIO DE VENTA: A la par (100%).

LOS TITULOS FINANCIEROS SON VALORES DE ALTA BURSATILIDAD Y FACILMENTE NEGOCIABLES

ESTOS VALORES ESTAN RESPALDADOS CON LA GARANTIA INDICADA Y ADEMAS, CON LA TOTALIDAD DE LOS RECURSOS Y EXPERIENCIA DE NACIONAL FINANCIERA, INSTITUCION NACIONAL DE CREDITO DEDICADA AL FOMENTO INDUSTRIAL - ACTIVOS TOTALES \$14,647,913,366.38.

DE VENTA EN **NACIONAL FINANCIERA, S. A.**

V. Carranza No. 25, México 1, D. F.

y en la Bolsa de Valores de México
Uruguay No. 68, México 1, D. F.

o con su Agente de Bolsa

DICCIONARIO LITERARIO

González Porto-Bompiani

LA OBRA MAS AMBICIOSA Y ORIGINAL DEL SIGLO XX

Doce volúmenes de 14.5 x 24 cm., encuadernados en tela estampada en oro. Impresos en fino papel, con caracteres perfectamente legibles. Once mil páginas de texto... 276 láminas a todo color... más de 10,000 ilustraciones.



Esta monumental obra constituye el más completo y rico repertorio bibliográfico realizado hasta ahora con orientación unitaria y criterio moderno de gusto y de crítica. Representa un insustituible instrumento de información, de estudio y de trabajo.

FRUTO
DEL ESFUERZO
DE SEISCIENTOS CO-
LABORADORES, SELEC-
CIONADOS ENTRE LOS
MAS EMINENTES ES-
PECIALISTAS, INVESTI-
GADORES Y CRITICOS
DEL MUNDO.

Editada por
MONTANER Y SIMON, S. A.
Barcelona

LA UNESCO ASUMIO BAJO SU PATROCINIO EL DICCIONARIO LITERARIO DE LAS OBRAS Y DE LOS PERSONAJES COMO "OBRA DE IMPORTANCIA Y DE INTERES MUNDIAL".

De venta en las principales librerías o en:

EDITORIAL GONZALEZ PORTO, S. A.

MEXICO, D. F.: Av. Independencia No. 10 Tels. 12-55-88 y 13-26-30

GUADALAJARA, JAL.: Madero 229-A Tel. 4-63-27

MONTERREY, N. L.: Matamoros Ote. 514 Tel. 2-41-66

MERIDA, YUC. - CALLE 61 No. 483-A

PIDA CATALOGO ILUSTRADO A COLORES ¡COMPLETAMENTE GRATIS!

SUR

COLECCION
T E R C E R M U N D O

En un universo ya interdependiente por sus intercambios y sus conflictos, el Tercer Mundo pasa a ocupar todo su lugar, que es grande. Ayer ignoradas, descuidadas o sometidas, inmensas poblaciones alteran el orden internacional y nuestros hábitos mentales, al plantear sus problemas, al manifestar su voluntad, al gritar sus necesidades. Al proyectar esta colección Sur ha querido que la opinión latinoamericana sea informada por los mejores especialistas de las diversas disciplinas. Acaba de aparecer:

HOANG VAN CHIN
VIETNAM NORTE

Del Colonialismo al Comunismo

Un extenso estudio sobre la posible causa de una nueva guerra mundial realizado por un conocedor profundo.

Otros títulos publicados

Georges Balandier: AFRICA AMBIGUA

Robert Guillain: 600 MILLONES DE CHINOS (agotado)

Morroe Berger: EL MUNDO ARABE ACTUAL



S U R

Viamonte 494, 8o. piso

Buenos Aires

BANCO NACIONAL
DE
COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•
CAPITAL Y RESERVAS: \$ 530.963.985.47
•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•
VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

ÚLTIMAS NOVEDADES

	Pesos	Dls.
<i>El pueblo y su tierra. Mito y realidad de la reforma agraria en México</i> , por Moisés T. de la Peña. Es un libro apasionado y apasionante; libro polémico, sincero, valiente y honrado, es una aportación valiosa para el estudio de nuestro problema fundamental independientemente de que se esté o no de acuerdo con el autor	60.00	5.50
<i>El drama de la América Latina. El caso de México</i> , por Fernando Carmona. El autor analiza los aspectos negativos de las inversiones extranjeras y el gravísimo problema del deterioro resultante de las relaciones de intercambio entre nuestros países y los altamente desarrollados especialmente con los Estados Unidos de Norteamérica. El análisis sobre México impresiona por la acumulación de datos y la objetividad y el realismo descarnado y sin eufemismos que predomina en las páginas de esta obra fundamental	25.00	2.30
<i>El Problema Fundamental de la Agricultura Mexicana</i> , por el ingeniero Jorge L. Tamayo, autor de la Geografía General de México. Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Diálogos con América</i> , por Mauricio de la Selva. El autor entrevistó a diez escritores destacados de diez naciones americanas	15.00	1.50
<i>Guatemala prólogo y epílogo de una revolución</i> , por Pedro Guillén. El autor fue testigo de los sucesos que relata desde la llegada al poder de Arévalo hasta la caída de Arbenz, la gloriosa victoria de Mr. Foster Dulles	8.00	0.80
<i>La economía haitiana y su vía de desarrollo</i> , por Gerard Pierre-Charles. Una certera visión económica de ese país, por un verdadero especialista. Los problemas de Haití interesan a todas las personas ilustradas de América y del mundo	25.00	2.50
<i>Inquietud sin tregua, ensayos y artículos escogidos 1937-1965</i> , por Jesús Silva Herzog. El autor recoge en este libro una parte de sus escritos durante más de un cuarto de siglo, dados a la estampa en distintas publicaciones periódicas. Empastado en tela con cubierta de papel couché	40.00	4.00
<i>El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson</i> , por Alonso Aguilar Monteverde. Es un libro sincero y valeroso, el autor relata paso a paso en forma sintética los acontecimientos derivados de las relaciones entre los Estados Unidos y los países de la América Latina, desde la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson	10.00	1.00
<i>Instituto Mexicano del Seguro Social 1944-1963</i> , por Lucila Leal de Araujo	25.00	2.50

De venta en las principales librerías

o

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado 965

México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

DIALOGOS

Revista de Letras y Arte

Ofrece en su sexto número:

Epígrafe

Poemas de: Octavio Paz, Carlos Barral.

Ensayos de: Manuel Durán, José Luis Cano y Luis Villoro.

Fragmentos del diario íntimo de Emilio Prados.

Un cuento de Severo Sarduy.

Lecturas, artes.

El eterno retorno: Séneca, Tácito.

Redacción:

ENRIQUE P. LÓPEZ — RAMÓN XIRAU — HOMERO ARIDJIS

Suscripción Anual:

México \$ 25.00

Otros Países Dls. 3.00

Precio del Ejemplar del Año Corriente:

México \$ 5.00

Otros Países Dls. 0.50

Correspondencia, Suscripciones y Canje:

AV. INSURGENTES SUR N° 504-302

MEXICO 12, D. F.

(Registro en trámite)



INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
●		
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOC. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917. Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> . por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por Alvaro de Albornoz ..	60.00	6.00
En preparación: <i>El Crédito Agrícola en México</i> , por Alvaro de Albornoz.		

●

De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

Entre las 21 primeras obras que
publicará en Septiembre y Octubre

aparecerán:



*siglo
veintiuno
editores
sa*

RODOLFO MONDOLFO

Heráclito: Textos y problemas de su interpretación

J. D. CARTHY F. J. EBLING

Historia natural de la agresión

L. J. ZIMMERMAN

Países pobres, países ricos —la brecha que se ensancha—

VARIOS AUTORES

Bases para el desarrollo económico y social de México

CLAUDE BESNARD BERNADAC

La casa del mañana

(81 fotografías)

NELSON MANDELA

No es fácil el camino de la libertad

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

Martí: El héroe y su acción revolucionaria

MICHEL FOUCAULT

El nacimiento de la clínica

KWAME NKRUMAH

El neocolonialismo: última etapa del imperialismo

PETER WORSLEY

El tercer mundo

EN DISTRIBUCION:

LAURETTE SEJOURNE

El lenguaje de las formas en Teotihuacán

318 pp. 195 figuras. 72 láminas (varias a todo color)

Empastado.

Pedidos a:

Gabriel Mancera No. 65 — Apartado Postal 27-506

México 12, D. F.

MANEJE
AUTO
NUEVO EN
EUROPA

**ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -**

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TEL. 35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadrados en percalina, de más de 2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas, sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

	Pesos	Dlls.
México .	500.00	
Extranjero		50.00

Del mismo autor:

"El problema fundamental de la agricultura mexicana"	20.00	2.00
--	-------	------



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965

México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.



LA CERVEZA

BEBIDA DIGNA DE ENTRAR EN SU HOGAR

Para su hogar, para comer entre los suyos, usted busca una bebida sana, higiénica y pura: una bebida elaborada con elementos de alto valor nutritivo y de sabor delicado y agradable. Esa bebida es la cerveza.

Como complemento de la comida hogareña, tome cerveza.

Cuando llegue el momento del descanso, rodeado por los suyos, tenga siempre a la mano una cerveza, la bebida que por sus extraordinarias cualidades, por su bajo contenido alcohólico, es digna de estar en su hogar.

Y como para llevar a su hogar quiere usted siempre lo mejor de lo mejor, llevará cerveza —la bebida que es el orgullo de la industria cervecera nacional— porque la cerveza de México está reconocida como la mejor del mundo.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

BIBLIOTECA JOSE PORRUA ESTRADA
DE HISTORIA MEXICANA
DIRIGIDA POR JORGE GURRIA LACROIX

PRIMERA SERIE
LA CONQUISTA

- V. *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México, hecha por un gentilhomme del señor Fernando Cortés* [El Conquistador Anónimo]. Traducción del italiano por el doctor Francisco de la Maza. México, 1961. 135 páginas, 3 grabados. Edición de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel Córscican, portada a dos tintas. Rústica \$ 150.00

Contenido del volumen: Noticias bibliográficas por Jorge Gurria Lacroix; estudio de don Federico Gómez de Orozco: texto de *El Conquistador Anónimo* en español, notas a pie de plana de H. Ternaux Compans, Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, León Díaz Cárdenas y Francisco de la Maza. Como Apéndices se publican estudios de don Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, doctor Edmundo O'Gorman, profesor León Díaz Cárdenas, don Alfredo Chavero, la reproducción facsimilar de la primera edición en italiano de la *Relación* e índices Onomástico y General.

- VI. *Décadas del Nuevo Mundo, por Pedro Mártir de Anglería, Primer Cronista de Indias*. Traducción del latín por Agustín Millares Carlo. México, 1964-1965. 794 páginas, 2 volúmenes. Rústica.

Tirada de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel RLCH de 106 gramos \$ 300.00

Tirada de 1,750 ejemplares, impresa sobre papel RLCH de 75 gramos \$ 150.00

Contenido del volumen: Pedro Mártir y el Proceso de América por Edmundo O'Gorman; Datos Biográficos de Pedro Mártir por Edmundo O'Gorman; Cronología de Composición de las Ocho Décadas por Edmundo O'Gorman; Bibliografía de Pedro Mártir de Anglería por Joseph H. Sinclair, puesta al día por Agustín Millares Carlo; texto de las *Décadas* en español; índices de Nombres y General.

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

BSQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855
TELEFONOS: 12-12-83 y 22-20-86
MEXICO 1. D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	Número 6	60.00	5.00	5.30
1943	Números 2, 5 y 6	60.00	5.00	5.30
1944	" 2 al 6	60.00	5.00	5.30
1945	" 1, 4 y 6	60.00	5.00	5.30
1946	(Agotados)			
1947	Números 1 y 6	60.00	5.00	5.30
1948	(Agotados)			
1949	"			
1950	"			
1951	Números 4 y 5	50.00	4.20	4.50
1952	" 1 al 5	50.00	4.20	4.50
1953	" 3 al 6	50.00	4.20	4.50
1954	Número 6	50.00	4.20	4.50
1955	" 6	50.00	4.20	4.50
1956	Números 2 y 6	40.00	3.40	3.70
1957	Los seis números	40.00	3.40	3.70
1958	" " "	40.00	3.40	3.70
1959	" " "	40.00	3.40	3.70
1960	Números 1 y 6	40.00	3.40	3.70
1961	" 2, 4 y 5	30.00	2.60	2.90
1962	" 2 al 6	30.00	2.60	2.90
1963	" 2 al 6	30.00	2.60	2.90
1964	Los seis números	30.00	2.60	2.90
1965	Números 4 al 6	30.00	2.60	2.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 100.00	
Otros países de América y España		Dls. 9.00
Europa y otros continentes		" 11.00

PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE:

México	\$ 20.00	
Otros países de América y España		Dls. 1.80
Europa y otros continentes		" 2.20

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68
México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

AV. JUAREZ No. 92-94

MEXICO, D. F.



CUADERNOS AMERICANOS

NOVEDAD

ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO
MEXICANO DEL SEGURO SOCIALpor
LUGILA LEAL DE ARAUJO

Un libro escrito por una distinguida economista que conoce a fondo el asunto de que trata.

La autora estudió la institución desde 1944 en que inició sus labores hasta 1963.

Un libro informativo y de actualidad, de interés no sólo para México sino para todos los países de América y muchos más de otros continentes.



PRECIOS:

	Pesos	Dólares
México	\$ 25.00	
Exterior		2.50

De venta en las mejores librerías.



Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXV

VOL. CXLVIII

5

SEPTIEMBRE-OCTUBRE

1966

MÉXICO, D. F., 1º DE SEPTIEMBRE DE 1966

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA
Manuel MARTÍNEZ BÁEZ
José MIRANDA
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YÁÑEZ

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CULTURA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5 Septiembre-Octubre de 1966 Vol. CXLVIII

Í N D I C E

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. La universidad contemporánea: crisis y cambio social	7
ÁLVARO CUSTODIO. La conciencia política de nuestro tiempo	21
BENITO REY ROMAY. ¿Es México un país industrializado? II	36
MARÍA TERESA BOSQUES. Un mundo llamado Madagascar	51

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

MANUEL TUÑÓN DE LARA. <i>La teoría del Estado</i> , de Hermann Heller, y otras teorías contemporáneas	65
GUILLERMO DÍAZ DOIN. Nacionalidad y ciudadanía	87
EMILIO SOSA LÓPEZ. Los ideales literarios modernos	99

PRESENCIA DEL PASADO

PEDRO ROJAS PONCE. Un informe sobre las ruinas del Patajén	119
IRIS M. ZAVALA. Forner y Blanco. Dos vertientes del siglo XVIII	128
DIDIERT T. JAÉN. El concepto de "democracia" en Esteban Echeverría	139
R. OLIVAR BERTRAND. La expedición de México vista por norteamericanos de hace un siglo	148
DARDO CÚNEO. Nota sobre José Carlos Mariátegui	163

DIMENSION IMAGINARIA

	<i>Pág.</i>
MIGUEL ÁNGEL ZAMBRANO. Mensaje	171
NORMAN LITZ. El dualismo en Darío y Unamuno . . .	186
ROBERTO F. GIUSTI. Romain Rolland rabelesiano. En el centenario de su nacimiento	205
F. DÍAZ FIGUEROA. Whitman, el gran hermano	214
MANUEL DURÁN. La generación del '36 vista desde el exilio	222
JESÚS MEDINA ROMERO. El culto de los héroes . . .	234
ANDRÉS IDUARTE. Las benditas serenatas	239

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publica- ciones	253
---	-----



ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Paisaje del Altiplano	56
Las Gargantas de Mananbolo	"
Costa Oriental	"
Llanura de Andranovalona	"
Tumba Ancestral	"
Tumba de Antandroy	"
Estela Vatoloby	"
Curandero	"
Danza de Mpilados	"
El Bucy del Sacrificio	"
Muchachas Makoa	"
Mujer "comoriana" y casa en Antakara	"
Bebé Hova con su Mamá	"
Mujer betsileo con su bebé	57
Edificio No. 1, al comenzar la limpieza	120
Edificio No. 1, antes de la limpieza y tala de árboles	"
Edificio No. 1, terminada la limpieza y tala de árboles	"
Ornamentación antropomorfa en el edificio No. 1	"
Ornamentación de ave en el edificio No. 2	"
Edificio No. 2, muestra ave y cornisa con piedras ornamentadas	"
Edificio No. 7, con ornamentación antropomorfa en el piso bajo y geométrica en el superior	121

Nuestro Tiempo

LA UNIVERSIDAD CONTEMPORÁNEA: CRISIS Y CAMBIO SOCIAL

"SARA M"
MEX

Por Pablo GONZALEZ CASANOVA

HEMOS pasado por una de las más grandes crisis de la Universidad de México. Las explicaciones que se han dado, por lo general, quedan circunscritas a la propia crisis, y a los actores —maestros y estudiantes— que jugaron un papel en ella. Pero la crisis de la Universidad no es un hecho aislado. Aparece en un contexto mundial y nacional sobre el que es necesario reflexionar para explicarnos lo que ocurrió en la Casa de Estudios y, sobre todo, para abordar los problemas universitarios.

Las notas que siguen son producto de este afán de sacar la discusión de las explicaciones circunstanciales y personales, una tentativa de analizar el fenómeno más general de la crisis universitaria de nuestro tiempo.

LOS principales factores de la crisis por la que atraviesan las universidades son de tres tipos principales que corresponden: *a*) a la crisis mundial que vivimos; *b*) al gobierno de comunidades cuyos miembros tienen una capacidad de lucha relativamente superior al resto de la población nacional, o a la inmensa mayoría de ésta; y *c*) a un crecimiento desequilibrado de la población oficialmente preparada para recibir educación universitaria, y de los recursos destinados a las universidades.

Los factores indicados se ligan con otros no menos importantes de tipo académico, en particular con métodos deficientes de enseñanza superior a grandes conglomerados estudiantiles, y de formación de especialistas que dominen las técnicas más avanzadas y posean a la vez una cultura humanista.

Ante la crisis mundial, ante la falta de posibilidades escolares y la organización vertical del gobierno universitario surge "la presión de los jóvenes", un fenómeno de alcance casi universal, que se encuentra más generalizado en las universidades del Tercer Mundo, pero que existe también en países desarrollados.

La presión se manifiesta en formas periódicas, mediante actos de distintos tipos, algunos de carácter particularmente violento, que surgen en forma de protestas por problemas nacionales o internacionales, por falta de acceso a las universidades o falta de recursos de éstas, y por falta de libertad de expresión, contra organizaciones estudiantiles "oficiales", contra instrumentos represivos y uso de los mismos por las autoridades. Los ejemplos son innumerables. Las manifestaciones estudiantiles de las Universidades de Tokio, Chicago, Roma, Londres, París, Berkeley, Accra, Jakarta, Caracas, Quito, Buenos Aires, Madrid y México son algunas de las más conocidas y recientes.

La crisis ocurre dentro de un clima psicológico e ideológico estrechamente vinculado con la violencia característica de la historia actual. Las fobias, la agresividad, la angustia de una época de guerras y revolución, se asocian a formas irracionales de expresión ideológica y colocan en un plano secundario y defensivo a las formas racionales de expresión y lucha. La Universidad recoge la psicología de las invasiones, los golpes de estado y las revoluciones, reproduce las imágenes del colonizador y del colonizado, del invasor y el revolucionario. La Universidad se contagia del ambiente social de nuestro tiempo. Vive su negación y la padece.

La negación de la Universidad coincide con el antintelectualismo contemporáneo. El ejercicio intelectual, en un mundo de crisis en que surgen los elementos absurdos de la sociedad, no sólo es molesto sino peligroso, sobre todo en los países en desarrollo, en que la ineficacia permanente de los intelectuales y la amenaza de volverse excesivamente eficaces desatan campañas en su contra, tanto de los activistas revolucionarios por su falta de acción, como de los grupos partidarios del *statu quo* por el peligro que representan. El antintelectualismo opera en sus formas más frecuentes, atacando por separado a los estudiantes y a los profesores.

La manipulación política de las crisis universitarias con el fin de acentuarlas o contenerlas es un hecho que se inserta en el cuadro anterior, y obedece a los móviles de los más distintos grupos. Esta manipulación o acción política rebasa los límites de la comunidad universitaria, sobre todo en las grandes crisis. La manipulación ideológica adquiere características particularmente irracionales y violentas por el uso de técnicas de simulación y disfraces, en que los grupos de interés se expresan con un lenguaje distinto y aun opuesto al de sus finalidades íntimas. Y la irracionalidad del medio ambiente llega a su máxima expresión cuando la crisis de las universidades se explica, en forma exclusiva, por la existencia de agitadores o agentes provocadores que, en realidad, no son sino el instrumento

de una situación previa más general y de fondo, cuyas verdaderas causas radican en la crisis mundial, en el gobierno de las universidades, en la falta de recursos universitarios, y en los métodos defectuosos o anticuados de enseñanza.

Los efectos del uso de la violencia en las universidades o contra las universidades llegan a suspender la vida universitaria. En la región más cercana a nosotros, en los países de América del Sur las crisis han derivado con frecuencia en el cierre de escuelas y universidades nacionales, o en su control militar o policial. En todo caso la vida académica de las universidades se va volviendo más y más precaria. La inestabilidad, seguida de las acciones policiales, las huelgas, seguidas de la intervención militar, abaten los niveles científicos y humanísticos de las universidades nacionales. Cerradas muchas de ellas o abatidos sus niveles, un efecto más que cabe destacar es que los cuadros dirigentes se preparan—desde muy temprana edad—en universidades privadas y en el extranjero. Como es natural a estas universidades, por lo general muy caras, sólo van los hijos de las familias ricas. Los estudiantes de escasos recursos se quedan en sus casas o reciben una preparación muy inferior e irregular: la mayoría inicia un proceso de maduración en la vida mediocre de las bajas clases medias.

Los profesores, de otra parte, son expulsados por el ambiente: la desconfianza y el ataque de los grupos ultrarreaccionarios y golpistas, la frustración de un genuino trabajo intelectual, el odio de grupos en el seno de las universidades, hacen que muchos de ellos se vayan al extranjero contribuyendo, con su cuota, al "drenaje de cerebros" que los países desarrollados ejercen desde hace tiempo sobre los países subdesarrollados.

Las naciones no forman así sus cuadros dirigentes o los forman muy mal. La construcción nacional sufre uno de los más rudos golpes. El sistema nervioso de las naciones es mutilado o preparado exclusivamente en el extranjero, particularmente en las antiguas y nuevas metrópolis de los países subdesarrollados. La decapitación de las universidades se inserta en un proceso final de militarización y dependencia cultural.

Estos son algunos de los efectos y amenazas de que nadie podría dudar, como tampoco es posible olvidar que en las universidades se han preparado consciente o inconscientemente muchos golpes de estado militaristas, como en Ghana, Argelia, Indonesia y en varios países de América Latina, con lo que las crisis universitarias a menudo han tenido efectos totalmente opuestos a las metas que busca-

ban la mayoría de los participantes. Los hechos están ahí, cerca de nuestras fronteras, alertándonos sobre los peligros que amenazan a México, si no obramos con un pleno sentido de responsabilidad al enfrentarnos a la solución de los problemas universitarios.

LA solución a la crisis de las universidades no puede ser uniforme en circunstancias políticas y sociales tan distintas como las de América Latina, Africa, Asia, el mundo socialista y Europa o los Estados Unidos. Tampoco puede ser uniforme en cuanto que los factores determinantes van desde la crisis mundial que vivimos, la democratización de la vida universitaria, pasando por la movilidad educacional, hasta los problemas académicos de las propias universidades. De otra parte las soluciones concretas tienen que ser distintas, en cuanto algunas dependen de los universitarios, profesores y estudiantes, y otras de los gobiernos. Pero en medio de esta diversidad natural es posible establecer una estrategia para la solución de los problemas universitarios en países que—como el nuestro—conservan la posibilidad de una lucha cívica. Esta estrategia implica tomar una serie de medidas simultáneas y sucesivas que provoquen el cambio social necesario para hacer de las universidades centros de educación y de investigación de alto nivel, en que se estudien, analicen, enseñen y discutan las grandes corrientes del pensamiento científico y humanístico contemporáneo.

En primer término y por lo que se refiere a la repercusión de la crisis mundial en las universidades, los universitarios y los gobernantes tienen que crear por todos los medios a su alcance la conciencia de que la crisis mundial y los problemas nacionales son hechos indiscutibles, y que es del todo inevitable que las universidades sean una caja de resonancia de los mismos. El problema radica—y en ello hay que hacer énfasis—en que se dé cabida a la crisis y a los problemas en un terreno racional, intelectual, defendiendo el derecho de los universitarios a pensar y expresar su pensamiento por molesto o desagradable que parezca, en la inteligencia de que acallararlo, perseguirlo o suprimirlo, sólo traslada el planteamiento de los problemas al terreno de la violencia, de la dictadura e incluso de la guerra civil.

La libertad de cátedra en los países en desarrollo no sólo constituye una forma de convivencia racional de hombres que piensan distinto, sino una forma de unidad universitaria que es el equivalente de la unidad nacional. El respeto a la libertad de cátedra no sólo tiene un significado universitario sino nacional. Las naciones que respetan esta forma de la libertad de expresión en las universidades,

mantienen de hecho, *centros de reflexión* sobre los conflictos internos e internacionales, y esta *reflexión organizada* de los conflictos es tanto más útil para el país cuanto mayores áreas de conflicto abarca y mayor número de perspectivas acepta.

La eliminación de la libertad de cátedra para eliminar los conflictos es una forma de pensamiento mágico. Los conflictos no se eliminan cuando se elimina la libertad de cátedra: simplemente se deja de reflexionar sobre ellos en la cátedra. Fomentar la libertad de cátedra en las universidades es así una forma de gobierno universitario y nacional: para la universidad es estilo de convivencia, de enseñanza y de investigación; para el país, mediatización de las luchas internas e internacionales a través del pensamiento. Por ello una de las soluciones a la crisis universitaria es ampliar el radio de discusión, las perspectivas de reflexión y análisis de los problemas nacionales e internacionales, luchando contra la guerra fría y por la coexistencia ideológica, por la presentación de las perspectivas ideológicas más significativas de nuestro tiempo.

De otra parte las universidades deben ser la avanzada de las formas más racionales de gobierno de un país. Esto no es sólo un *desideratum*. Es un hecho que puede convertirse en un objetivo de gobierno nacional. Por las características de su población las universidades son *polos de crecimiento democrático*. Los universitarios tienen obviamente los más altos niveles de educación, y en el ejercicio diario de sus tareas practican el sentido crítico y se organizan en grupos naturales de clase o laboratorio. La educación, la crítica, la organización son atributos generalmente asociados a la democratización de los sistemas sociales, y cuando por la esencia misma de una institución se dan en su más alto grado—como ocurre en la Universidad—, lejos de impedir la organización democrática de la misma es necesario fomentarla.

El país que fomenta la democratización de sus universidades no sólo puede observar en esta experiencia la avanzada de lo que ocurrirá en lo futuro, a nivel nacional, sino que al no reprimir a una población con capacidad de lucha innegable permite el desarrollo pacífico de la cultura superior y de los cuadros técnicos y profesionales que necesita.

El problema es soluble cuando el país no está al borde de la dictadura o la revolución. Pero exige en primer lugar una conciencia clara de lo que la democratización significa y de las formas de alcanzarla. La democratización de la vida universitaria no puede significar un debilitamiento de la disciplina de la Universidad y de sus niveles de conocimiento. Consiste en la organización de una disciplina que precisamente permita alcanzar altos niveles, y que en

nuestros países logre disminuir la distancia que nos separa de los más desarrollados.

La autonomía universitaria es un sistema de gobierno que, como la libertad de cátedra, favorece no sólo a la universidad sino al gobierno que la respeta. Cuando los universitarios logran que un gobierno nacional reconozca la autonomía de la casa de estudios, el gobierno logra crear un sistema que protege al propio gobierno de los embates de sus enemigos internos y externos; y los universitarios logran el derecho a gobernarse y expresarse en sus recintos con relativa libertad. Este sistema se rompe con cualquier clase de intervención, particularmente con las intervenciones policiales o militares, que colocan al gobierno en una primera línea de fuego y a los universitarios en una situación también dictatorial. La conciencia de estos hechos hace que la responsabilidad de un gobierno sea muy grande cuando usa del ejército y la policía para tratar los problemas universitarios, en tanto que ese uso rompe un sistema de gobernar el país e instaura otro próximo a la dictadura, o dictatorial. En los universitarios, la conciencia de estos hechos, los obliga a hacer un motivo de preocupación fundamental, el de la disciplina universitaria. Pero la disciplina con libertad y autonomía, en una época de crisis como la que vivimos, sólo se puede alcanzar mediante un proceso que traduzca los conflictos internos de la universidad en la democratización de sus instituciones; que reconozca, registre y resuelva cívicamente los conflictos naturales de los universitarios, impidiendo que lleguen al terreno de la agitación y la violencia. Para ello lo primero que se requiere es dar a la libertad de cátedra y a la autonomía universitaria un contenido de que con frecuencia carecen. Bajo esta perspectiva la libertad de cátedra es la libertad de expresar el pensamiento con la disciplina intelectual y el rigor característicos de la cultura superior. Puede la expresión ser muy clara pero no desordenada, puede corresponder a los valores más caros al profesor pero sin quedarse en la expresión emocional, desprovista de las formas de razonamiento propias de la investigación. La libertad de cátedra no es el grito, es la reflexión sobre una convicción firme y conflictiva. La disciplina intelectual de la cátedra, su alto nivel de información son la forma *sui generis* de una libertad de expresión que es universitaria, y que expresa los conflictos ideológicos con el rigor de la cultura especializada. El ejercicio de esta disciplina intelectual y su trasmisión al estudiante tienen repercusiones en la disciplina de la Universidad. El respeto a la libertad de expresión en la cátedra acostumbra al estudiante a respetar la posición antagónica de su colega o su maestro y a discutir, con disciplina intelectual, sus problemas. En el ejercicio de la libertad de

cátedra el uso racional de la palabra influye en la conducta de toda la comunidad y en su disciplina intelectual como comunidad. Es por ello el más legítimo derecho y la más grande responsabilidad del universitario.

La autonomía de la Universidad tiene también un contenido mucho más profundo del que a menudo se piensa y alcanza. Obtenida la autonomía el problema no sólo consiste en hacerla efectiva ante las presiones políticas circunstanciales. La autonomía es la base para la construcción de un gobierno universitario. La democratización de este gobierno supone, como toda democratización, hacer institucional el disenso, consiste en crear los canales para que el disenso se exprese en forma racional y para que influya en decisiones racionales de la comunidad. No se puede alcanzar el contenido esencial de la autonomía, si se mantienen o toleran las formas irracionales características del gobierno de un Estado. Ni siquiera basta con imitar las formas democráticas del Estado, pues hay diferencias substanciales. La Universidad no es un Estado y no puede serlo. Y pensar lo contrario es un disparate; tanto cuando se confunde la autonomía con los atributos de la soberanía, como cuando se postula el uso del ejército y la policía para la solución de los problemas universitarios. De hecho se trata de dos formas extremas de una misma confusión. Si la policía o el ejército no entran al recinto universitario es por una decisión del Estado de no usar esos instrumentos represivos, por la propia conveniencia del Estado, que considera que *su* política con la Universidad no debe incluir el uso de esos dos instrumentos de toda política de un Estado-Nación. Y si el Estado toma esta decisión, que corresponde a un modelo racional de la política, los universitarios y partidarios de la autonomía y enemigos de que el ejército intervenga se tienen necesariamente que enfrentar a una labor creadora formidable. ¿Cómo hacer política descartando definitivamente el uso de dos instrumentos clásicos en la política, como son el ejército y la policía? ¿Cómo hacer política descartando además un tercer elemento, que corresponde a las distintas formas de manipulación y corrupción política, cuyo uso acabaría automáticamente con la condición de maestro de la autoridad universitaria?

Si la política consecuente de una universidad autónoma no incluye ni el uso del ejército o la policía, ni la manipulación o la corrupción de los individuos, ¿cómo puede ser esa política?, ¿cómo puede hacerse viable para que no quede en un mero ideal permanentemente violado en universidades que, como las nuestras, están hiperpolitizadas?

Lo primero que cabe cuando se eliminan los elementos anteriores es ver qué otros elementos constituyen la base de la política, a fin de estudiar en qué forma están siendo aplicados y son aplicables a la política universitaria. Estos elementos son —desde la época clásica— la autoridad moral de los gobernantes y los símbolos de gobierno, la representación de los grupos, la comunicación, y el conocimiento de la realidad en que se actúa.

La Universidad autónoma tiene que organizar un sistema sólido que permita el funcionamiento de los únicos instrumentos políticos de que legítimamente dispone. Este funcionamiento debe ser coordinado, conjunto, permanente. La autoridad moral del rector y los profesores es muy importante para el gobierno universitario; y la Universidad necesita tener además otros símbolos de respeto, exaltar a las personas más valiosas que la hicieron y hacen, cultivar la memoria viva de los hombres de ciencia y letras que representan los principios morales e intelectuales de esta forma de la cultura humana que es la Universidad, en una lucha simultánea contra la simulación, el oportunismo y la cursilería. Las tradiciones universitarias, las fiestas universitarias, las conmemoraciones, los maestros ejemplares requieren una viva preocupación por lo genuino y lo sobrio, un entusiasmo permanente y contenido, un verdadero respeto por las expresiones más altas de la cultura. A ellos debe sumarse algo esencial a la Universidad, una cierta forma de la representación, la comunicación y el conocimiento. No sólo los profesores sino las autoridades universitarias y los estudiantes tienen que establecer redes de comunicación sobre los problemas de la Universidad, particularmente eficaces para la investigación y el gobierno universitarios. Y esta comunicación universitaria, este diálogo no sólo radica en una actitud comprensiva de las partes, ni es sólo un problema de tener voz o de criticar en forma reflexiva, rigurosa, ordenada, sino que requiere además convertirse en un diálogo influyente, que determine y configure las decisiones del gobierno universitario.

En las Universidades de nuestro tiempo, con la crisis política mundial y más aún cuando a la situación de crisis se añaden condiciones de dependencia y agresiones neocolonialistas, la organización del diálogo universitario al estilo de las grandes universidades europeas del siglo XIX es un hecho imposible, que deriva en fenómenos de anarquía o dictadura, universitaria y a veces nacional. Para salir del círculo vicioso de la dictadura y la anarquía no queda sino un recurso: crear un gobierno *sui generis* en que no dominen sólo las leyes de la calidad ni sólo las leyes de la cantidad. Si la "calidad" de las armas o el autoritarismo vertical no caben en la política universitaria, la democracia de la cantidad no es tampoco la solución

de gobierno o la garantía de una democracia. En América del Sur y en la vieja Universidad de México la elección de las autoridades por los estudiantes y profesores, en procesos electorales de forma o apariencia democrática tenían y tienen inexorablemente un contenido que frustra el objetivo mismo de la representación: los representantes con frecuencia no son representantes, pueden ser más en número y menos en representación, y pueden ser *muchos* y seguir consignas de grupos minoritarios poderosos, internos o nacionales. El problema está en la calidad de la elección de los representantes y en el control de los mismos por los representados. El problema es sobre todo de organización real, efectiva de los estudiantes y profesores, de una organización que vaya desde los pequeños grupos de compañeros de clase y colegas de un mismo año o especialidad, hasta los consejos de alumnos y consejos de profesores de las escuelas. Sólo en esa forma se puede organizar una comunicación efectiva e influyente que controle a los consejeros técnicos y universitarios, a los presidentes de sociedades de alumnos y asociaciones de profesores, que escoja y *elija* a los mejores representantes, a los que *mejor representan* al estudiantado y al profesorado. Si todos los estudiantes están efectivamente organizados escogerán y elegirán a los mejores de sus miembros y las autoridades sabrán que cada representante representa algo, y representa a muchos, y serán las más interesadas en escuchar y atender sus razones —representativas— de los problemas universitarios.

La autoridad de una casa de estudios requiere un instrumento racional de gobierno, un estatuto que dé a la condición numéricamente inferior de los profesores, investigadores y especialistas el peso cualitativo que exige la cultura superior, y a los estudiantes la posibilidad de expresar en forma directa o representativa sus problemas y las perspectivas con que los contemplan, en un diálogo influyente por la solidez de la representación, por su origen genuino. Sólo así puede convertirse el diálogo universitario en las avanzadas del diálogo político de una nación: si se establece un diálogo de representantes que *representan* a grandes cantidades; pero que no imponen la ley de la cantidad o la fuerza de la cantidad en el gobierno universitario, entorpeciendo el desarrollo técnico, científico y humanístico de la institución en la misma forma en que lo entorpece la fuerza de las armas. Desde este punto de vista la democratización de las universidades plantea un problema típico de las democracias más avanzadas: lograr la expresión del sentimiento mayoritario, el planteamiento de los problemas generales sin acabar con la disciplina científica y tecnológica. La mayoría representada y el conocimiento técnico de los problemas de la mayoría sólo pueden

encontrar un equilibrio si las grandes masas tienen verdaderos representantes y si los profesores —minoritarios en toda Universidad— ejercen su conocimiento y usan sus técnicas para investigar los problemas de la Universidad, para no basar las decisiones en un razonamiento puramente empírico, en el sentido peyorativo de la palabra.

La investigación de las universidades sobre sí mismas tiene que ser una labor permanente del más alto nivel científico. La Universidad tiene siempre órganos de autognosis, de conocimiento de sus profesores, estudiantes, personal, planes, programas. Pero estos órganos con frecuencia se quedan en un conocimiento "administrativo" que no es sistematizado por la Universidad, que no lleva a estudios sociológicos, históricos, psicológicos de los problemas universitarios y de la vida de la Universidad. Los departamentos de estadística y los de prensa e información suelen no estar ligados a los centros de investigación en ciencias sociales, económicas, históricas, pedagógicas, en una organización o en un proyecto universitario consagrado al estudio de esas estadísticas y de la información, que además investigue sistemáticamente los resultados de los distintos instrumentos de enseñanza y los fenómenos sociales y académicos de la Universidad.

La investigación de la propia Universidad y la publicación de los resultados de las investigaciones constituyen una labor medular del gobierno universitario, el nexo indispensable entre la democracia universitaria y la labor técnica, entre la participación de los universitarios en el gobierno y el nivel científico humanístico, con que se deben analizar y discutir los problemas de la Universidad. Los resultados de las investigaciones universitarias llevadas a cabo rigurosamente y publicadas y difundidas, pueden dar a los universitarios y a la opinión pública los elementos de juicio, los datos, los conceptos necesarios para salir del terreno de la mera opinión y encontrar las soluciones que por la experiencia pasada, o por las circunstancias actuales tienen más probabilidades de éxito.

Si hoy todo gobierno que se estime exige un conocimiento científico de los problemas de la comunidad, si hoy todo Estado moderno recurre al uso de técnicos para el conocimiento de la realidad en que actúa y la planeación de sus propias actividades, el gobierno universitario requiere acordar a este tipo de actividades una importancia fundamental.

La investigación sobre la Universidad, sobre sus problemas y planes exige establecer una estrategia de la propia investigación, que esté estrechamente vinculada a la estrategia de las reformas y cambios. Desde este punto de vista los estudios que requieren prioridad son los que se refieren al impacto de la crisis mundial en las

universidades de nuestro tiempo, a los obstáculos e instrumentos que permitan acelerar los procesos de democratización universitaria incrementando a la vez sus niveles técnicos y científicos, y los que corresponden al crecimiento desequilibrado entre la demanda y la oferta de educación superior, así como a los desequilibrios del mercado de trabajo profesional.

La investigación de la Universidad exige ritmos cortos y largos si quiere ser efectiva, estudios de amplia perspectiva, como los arriba señalados, y otros muy concretos, de detalle; sobre las inversiones en universidades, el crecimiento de la población de la Universidad, las ediciones nacionales de libros y de programas analíticos, de guías bibliográficas que permitan la enseñanza "libre" o "por la libre"; la disminución de materias y horas de clase y el aumento simultáneo de grupos de clase y horas de estudio; la preparación de profesores de física, matemáticas, química, etc.; el reajuste de los calendarios, de los ciclos de trabajo y descanso, de aprendizaje y examen, de cursos semestrales e intensivos; la organización de los ejercicios, lecturas, composiciones, trabajos de laboratorio y de campo; la implantación de nuevos sistemas y métodos de exámenes o de control de conocimientos por lecturas y trabajos; la formación de grandes grupos, de cursos magistrales para grandes audiencias, y de pequeños grupos de seminario y laboratorio; el estudio de los reglamentos estudiantiles, de los hábitos, actitudes y comportamiento de los jóvenes, de sus gustos y diversiones, de la vinculación o hiato que existe entre su cultura vernácula y la cultura universitaria que poseen; el estudio de las formas de selección natural o dirigida, de deserción o concurso; el de los que siguen con irregularidad sus estudios y los factores personales, sociales, institucionales que determinan la irregularidad; el estudio de las motivaciones de los buenos estudiantes; el de sus aspiraciones para hacer estudios altamente especializados o para su futuro profesional. . .

EL cambio social de la Universidad, en un mundo de crisis, es sobre todo responsabilidad de los universitarios y a ellos nos hemos referido primordialmente en estas páginas. Pero el cambio social de la Universidad es también responsabilidad de los gobiernos, y, a la postre, de la política nacional y del desarrollo nacional depende la suerte que corra la vida universitaria. A los gobiernos de nuestros países queda la responsabilidad de defender el producto nacional frente a una sangría secular, en que las relaciones de intercambio nos son desfavorables, en que la exportación de utilidades de las inversiones extranjeras corresponde a tasas altísimas respecto a los

capitales invertidos, en que los préstamos intergubernamentales lentamente dejan de servir a nuevas inversiones y se utilizan sólo para cubrir los préstamos anteriores. La defensa del producto nacional es la clave de que los gobiernos puedan asignar los recursos necesarios a la solución de los problemas nacionales, desde el campo hasta las aulas y los laboratorios. Compete a los gobiernos también el redistribuir la carga fiscal de una manera más equitativa y aumentar los recursos del Estado a proporciones por lo menos iguales a las de los países desarrollados de economía de mercado, para poder así, con los recursos obtenidos de los grupos de altos ingresos realizar las inversiones y servicios que requiere la colectividad y entre otros la educación superior. Compete a los gobiernos asignar a la enseñanza superior recursos proporcionales a las inversiones y gastos que corresponden a la enseñanza primaria y media, a fin de no crear cuellos de botella; y asignar una parte del producto nacional destinada a la educación, mayor o por lo menos semejante a la de países similares al nuestro. En fin, es responsabilidad del Estado, acelerar el desarrollo económico creando las plazas que cada año exige un mayor número de mexicanos calificados para el trabajo industrial y para el profesional, sin pensar que la solución a los problemas nacionales pueda ser el control de la natalidad o la limitación del ingreso de los estudiantes bien preparados a las escuelas y universidades, pues la obligación de una política nacional es que aumenten sus ciudadanos, como factores que son de producción y ampliación de mercados en una economía sana, y que aumenten cada vez más sus ciudadanos preparados para enfrentarse a los problemas de salud, educación y producción que el país confronta.

Dentro de este panorama más amplio en que el problema universitario constituye una parte del desarrollo nacional hay un sector en que los universitarios tenemos que actuar proponiendo soluciones concretas al gobierno federal: es el que se refiere a la planeación de la educación superior y a la asignación de recursos para la enseñanza universitaria.

Recientemente el Presidente de la República, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, habló de dotar de un patrimonio propio a las universidades del país y pidió que se estudiaran las formas más adecuadas para lograr este objetivo. La importancia histórica que puede tener esta proposición exige de los universitarios una respuesta inmediata, que sirva de base a estudios y acciones debidamente fundados. Nosotros querríamos decir algo al respecto.

A nuestro entender las alternativas que se presentan para dotar a las universidades de un patrimonio son de tres tipos principales: a) dotar a las universidades de bienes o valores que les permitan

tener ingresos propios: inmuebles, bonos, acciones, etc.; *b*) dotar a las universidades de bienes de producción o de servicios directamente ligados con sus actividades docentes y de investigación, que permitan el ejercicio de éstas y la obtención de recursos permanentes aplicables a los gastos propiamente universitarios: fábricas, laboratorios, hospitales, etc.; *c*) dotar a las universidades del país de una institución que perteneciera a todas ellas y las aprovisionara de los medios de producción necesarios para la realización de sus labores.

De las formas anteriores, por las cuales se podría dotar a las universidades de un patrimonio, sin duda la primera es la que se ocurre a la mente en forma inmediata: corresponde a la idea tradicional de lo que es un patrimonio. La segunda parece ya un poco extraña y sorprendente, aunque vista con ojos revolucionarios podría dar base a una integración sistemática de la enseñanza y la investigación universitarias con unidades de producción y servicio de las propias universidades. La constitución de una universidad que sea también centro de producción y servicios, no sólo resolvería los problemas financieros de la propia universidad, sino que plantearía una serie de importantes problemas pedagógicos sobre la enseñanza general y profesional, humanista y técnica; sobre la investigación básica y aplicada, sobre el trabajo intelectual y el trabajo manual, problemas que se han atacado en formas parciales en múltiples casos —como en la coordinación de labores de las escuelas de medicina y los hospitales, de las escuelas técnicas y las unidades de producción— sin que haya llegado a establecerse —que nosotros sepamos— un proyecto global de Universidad-Centro de Producción y Servicios, de Universidad-Fábrica-Hospital, etcétera.

La tercera solución es todavía más revolucionaria y exige un espíritu creador de verdaderos pioneros; en este caso las universidades serían dotadas de un patrimonio común, que en forma de fideicomiso u otra, legal, se aplicara a realizar para las universidades un papel semejante al que desarrollan las industrias básicas para las industrias ligeras: crear los instrumentos que éstas necesitan para la producción de masas. En el caso de las universidades ¿cuál es este tipo de instrumentos? Evidentemente son los profesores e investigadores, los libros y ejercicios, los aparatos de enseñanza e investigación. Un gran Instituto Nacional de las Universidades de México, dotado de los recursos necesarios —jurídicos, económicos, técnicos— que agrupara a otras dependencias que actualmente actúan en forma precaria y aislada, que planificara la "producción" de profesores universitarios e investigadores destinados a las distintas universidades del país, que dispusiera de sumas estimulantes para en-

cargar o hacer los libros de texto, con ejercicios y programas de autoaprendizaje, o para adquirir los ya publicados y dotar de ellos sistemáticamente a las bibliotecas universitarias; que registrara cursos en forma de discos y películas; que estudiara e implementara los planes de trabajo e inversión de las universidades, que realizara, en fin, estas y otras tareas básicas correspondientes a una planificación activa de la enseñanza universitaria, sería sin duda el mejor patrimonio de que podríamos dotar a las universidades de México. Correspondería necesariamente a una inversión cuantiosa pero viable, que por grande que fuera, si la misma suma, si la misma cantidad de recursos o bienes se asignara por separado a cada universidad, no podría constituir un patrimonio permanente y productivo.

Las otras dos soluciones no se pueden descartar sin embargo: la primera puede lograrse mediante una "Ley de Herencias y Universidades", que haga que toda transmisión de patrimonio por esta vía obligue a los herederos a entregar del 20 al 80% de los bienes y valores a la universidad del Estado donde viven los beneficiarios, recordando que en nuestro tiempo, como ha dicho recientemente Mario Reguzzoni: "La Escuela adquiere la significación de un bien común que interesa a toda la población y que no puede ser dejada a la voluntad de las iniciativas privadas benévolas", y recordando que en México los impuestos a las herencias son sumamente bajos comparados con los de otros países. En cuanto a la idea de la Universidad-Centro de Producción y Servicios es una idea que no se puede descartar pero tampoco aplicar sin un estudio a fondo—fascinante—que quizás condujera a acometer una primera experiencia, a reserva de generalizar la solución más tarde.

Ante la explosión demográfica de las escuelas, ante la necesidad de que México forme sus propios cuadros técnicos y directivos, ante la necesidad de seguir industrializando el país y de levantar sus niveles de vida y cultura, ante el deber de construir una nación independiente y próspera, ampliando más y más las oportunidades de justicia, producción y educación para los mexicanos, debemos tener una actitud fundamentalmente creadora.

Los universitarios tenemos, quizás hoy más que nunca, una responsabilidad nacional.

LA CONCIENCIA POLÍTICA DE NUESTRO TIEMPO

Por *Alvaro CUSTODIO*

CUANDO Aristóteles dijo que el hombre era un animal político —zoon politikon— referíase a su carácter de ente social, que en Grecia se definía como ciudadano habitante de la polis. No pertenecer a la polis, estar excluido de la vida en sociedad, llamábase en griego: idiota. Que el hombre viva en sociedad por necesidad vital es un hecho que no necesita demostración, todos están de acuerdo, pero en lo que no ha habido manera de poner de acuerdo a los hombres es en las características que esa sociedad debe contener. El objetivo del *politico* profesional es detentar el Poder sobre su grupo social para aplicar sobre éste las leyes coercitivas que definen las relaciones y la organización de dicho grupo o nación, lo que en tiempos modernos se ha llamado "Constitución". Y cabe preguntar: ¿cuál es la mejor "Constitución" posible? ¿Existe una fórmula politocientífica con la necesaria fuerza de convencimiento para ser aplicada a todos los pueblos del orbe?

Quienes piensen que la Constitución de un país se basa en la simple aplicación de principios científicos tienen que admitir que una misma fórmula es buena para todo el mundo: en nuestro tiempo tal es el criterio que inspira a los comunistas, entendiéndolo por tales a quienes proclaman que el procedimiento de llegar a la perfección de esa fórmula única y universal es mediante la dictadura del proletariado para que, una vez liquidadas las clases sociales y programado el orden de la propiedad colectiva, desaparezca no sólo dicha dictadura, sino toda clase de gobierno, ya que los hombres, sin necesidad de coacción social, puesto que no hay clases en pugna, vivirán por espontánea manifestación en completo entendimiento.

Esta utopía está basada en una de las más elaboradas teorías filosóficosociales del siglo XIX, el materialismo dialéctico de Carlos Marx, interpretado para su aplicación práctica por Vladimir Ilich Lenin. Aunque parezca mentira, su fuerza de captación de conciencias ha revolucionado a la mayor parte de los pueblos de nuestro siglo y ha logrado que muchos de sus representantes se instalaran en el gobierno de sus respectivos países.

Hay en el mundo cerca de 1,000 millones de seres que viven bajo el régimen provisional de dictadura del proletariado y amenazan al resto de los humanos con la aplicación de su misma fórmula politicocientífica. Y he dicho *amenazan* porque no es por convencimiento ni por persuasión —por más que su teoría sea estrictamente “científica”— como pretenden llegar al dominio universal, sino mediante la violencia. Al menos, así lo han hecho, hasta el presente, en los países donde el comunismo se ha instalado como fórmula politicosocial. Sin embargo, existe otro marxismo, no interpretado por Lenin, sino por Eduard Berstein, Karl Kautzki, Martov, etc. —revisiónismo socialista— que también presume de ser una ciencia, aunque no se trata de imponerla *Manu militari*, sino por una evolución socialdemocrática.¹

El carácter cientifista de la teoría marxista es lo que le atribuye su proyección internacional, porque toda ciencia aspira a ser una verdad indiscutible; por ende, si el marxismo resuelve de modo automático los problemas más intrincados de la sociedad parece incomprendible que todos los gobiernos del mundo no sean marxistas. ¿Por qué no lo son? Quizá porque el marxismo sólo es una teoría sin el menor carácter científico y, por tanto, sometida a la duda; quizá porque, aun considerándolo una ciencia, es también una fantasía, según el concepto orteguiano;² quizá porque el marxismo, en los países donde viene aplicándose su fórmula, no ha superado todavía las conquistas sociales de los más adelantados países no marxistas, ni ha demostrado que su sociedad se sienta más satisfecha con su destino;³ y quizá, por último, debido a que el universalismo de la teoría marxista —su concepto monolítico— se ha cuarteado seriamente en la última década puesto que existen discrepancias profundas, en la aplicación de su fórmula, entre los gobiernos comunistas.

¹ La Internacional Socialista (Segunda Internacional) redactó algunos de sus principios básicos en su octava Sesión Plenaria celebrada en Frankfurt-a-Main en 1951. Entre ellos "...el Socialismo Democrático se opone por igual al capitalismo como a cualquier forma de totalitarismo... La planeación socialista no presume la apropiación por el Estado de todos los medios de producción, sino que es compatible con la existencia de la propiedad privada en importantes campos: agricultura, artesanía, pequeño comercio y pequeñas y medianas industrias. El Estado no permitirá, en caso alguno, que los propietarios privados abusen de su posición... El comunismo, que se proclama único representante de la tradición Socialista, la ha tergiversado hasta convertirla en una rígida teología, incompatible con el espíritu de Marx. Mientras el Socialismo defiende la Libertad y la Justicia al suprimir la explotación del hombre por el capitalismo, el Comunismo agrava la división entre las clases al establecer la dictadura de un solo partido..."

² *Ideas y Creencias*. JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

³ Muro de Berlín y éxodo cubano, por ejemplo.

Ello nos lleva a la conclusión de que la conciencia política de nuestro tiempo no sólo no es marxista sino que en su mayor parte se opone firmemente a ella, como también se opuso, en la Europa de finales del siglo XVIII y principios del XIX a los principios de la Revolución Francesa. Sin embargo, el marxismo es la teoría que lleva hoy la iniciativa en la mayor parte del planeta, pese a la división de los partidos comunistas gobernantes. Quiere ello decir que es la más vital y atrayente —sobre todo para las clases trabajadoras— y la única exportable. Cabe ahora preguntar ¿qué teoría es la que se opone con tanta decisión al marxismo? ¿Trátase de una doctrina también seudocientífica y universalista? La respuesta tiene que ser negativa, ya que las únicas doctrinas de índole universal no marxistas son religiosas y aunque se opongan al marxismo no propugnan fórmulas de convivencia, sino distintos estilos de devoción para alcanzar la perfección moral o la eternidad.

¿Cuál es entonces la teoría política que se enfrenta resueltamente al avance al parecer incontenible del marxismo? ¿Y qué fórmula proponen, los enemigos del marxismo, para ser aplicada un día en los países ahora dominados por dictaduras del proletariado?

La respuesta tendría que ser muy compleja, porque los Estados Unidos, principal potencia anticomunista, no dispone de una fórmula política universalista y la discrepancia con muchos de sus países aliados es más profunda que la que existe entre las naciones comunistas. Sin embargo, es indudable que los Estados Unidos, sin pretender imponer su propio sistema a otros países, se oponen clara y abiertamente a cualquier intento de expansión marxista en el mundo.⁴ Lo malo de esta actitud es que sólo contiene un aspecto negativo —oposición al comunismo— pero ninguno positivo, puesto que el *slogan* de la defensa de la libertad contra la opresión es demasiado vago y teñido de hipocresía, ya que cuando gobernaba Trujillo en Santo Domingo no había libertad alguna y los Estados Unidos no intervinieron para derrocarlo.

El gobierno de los Estados Unidos sabe que su sistema político (democracia basada en la propiedad y la iniciativa privadas) con sus leyes *antitrust*, derecho de huelga, impuesto gradual sobre la renta e igualdad de derechos civiles para la población negra no puede ser adaptado como fórmula automática a todos los pueblos. La democracia, donde el ciudadano ejerce el voto para elegir a sus gobernantes y legisladores, es un sistema costoso y complicado que exige un grado de conciencia social al cual la mayoría de los países no ha llegado todavía. Por consiguiente, la plana mayor de opositores al marxismoleninismo —EE. UU., Inglaterra, Francia, Ale-

⁴ Vietnam del Sur, República Dominicana, Cuba, etc.

mania Occidental, Italia, Australia, Canadá, Bélgica, Holanda y Escandinavia— cuyas *Constituciones* dependen de la voluntad de la mayoría del pueblo, no pueden enarbolar su fórmula politico-social para captar a los países que salen del colonialismo ni a los que ya han sido sometidos al comunismo, porque dicha fórmula no tiene la simplicidad aparente del socialismo ni su clamor revolucionario: fin de la propiedad privada, desaparición de las clases sociales y de la explotación del hombre por el hombre.

¿Qué propone la democracia surgida de las revoluciones burguesas de Inglaterra, Francia y EE. UU. en los siglos XVII y XVIII? Libertad de comercio, de expresión y de reunión; gobierno representativo mediante el voto popular; igualdad ante la ley y respeto a la propiedad privada.

A la sombra de la inmensa potencialidad económica de los Estados Unidos y del alto nivel de vida de los países de la Europa Occidental, se alinean también frente al comunismo numerosos países que viven todavía bajo sistemas políticos y sociales que en poco se diferencian de los existentes en tiempos anteriores a la Revolución Francesa, por su carácter semifeudal, con una apariencia —en ocasiones— de seudodemocracia y, en otras, de abierta y cínica dictadura. Son estos los países del extremo occidental de Europa y la gran mayoría de los asiáticos, africanos y latinoamericanos. Se trata de las presas más mollaras para la teoría marxista, ya que sus poblaciones viven en condiciones de extrema pobreza por el reparto desequilibrado de la propiedad, siempre en manos de una oligarquía que gobierna en defensa de sus propios intereses. Estos regímenes de economía subdesarrollada y fuerte atraso cultural son incapaces de ejercer la democracia, por lo cual sus máximos protectores se contentan con garantizar la continuidad de su sistema social y aplastar cualquier brote revolucionario que lo ponga en camino del comunismo.

O sea, que se da el gran contrasentido de que la máxima potencia militar, económica e industrial de la historia, los Estados Unidos, se enfrenta al avance del comunismo en todo el mundo con su ejército y sus armas colosales, pero sin una teoría que oponer al pretendido cientifismo marxista. En realidad, esta situación es semejante a la de las guerras coloniales: los pueblos sometidos pelean por su independencia y por su libertad contra el superior aparato militar de la metrópoli que sólo esgrime los argumentos de la tradición y de la fuerza. Los Estados Unidos no son un país colonial, puesto que ellos mismos consiguieron su independencia guerreando contra Inglaterra, pero envían su ejército y sus poderosas armas destructivas para combatir a países tan remotos como Corea y Vietnam,

no para imponer su filosofía política, sino para aplastar a los partidarios de la teoría marxista que defienden su ideología con las armas en la mano. El empeño es costoso y de escaso porvenir, si nos atenemos al ejemplo que nos ofrece la historia, porque el ejército norteamericano podría quizá acabar con los guerrilleros anamitas, pero quedaría vivo el espíritu combativo que la teoría marxista sostiene puesto que la intervención yanqui no ofrece alternativa ideológica alguna, y cuando el ejército de ocupación se retirase surgirían de nuevo los guerrilleros del Vietcong y quizá los de Corea del Sur.

De la teoría a la práctica

LA filosofía política se diferencia, por ejemplo, de la Metafísica, la Ética, la Estética y la Lógica en que está condicionada por los resultados de su aplicación práctica. Así, por ejemplo, "la República" de Platón, donde se proclama que el gobierno debe ser ejercido por los más sabios —los filósofos— sigue siendo hasta el día una utopía tan irrealizable como las compuestas posteriormente por Campanella y Thomas Moor, por no citar los ingenuos falansterios de Fourier.

La filosofía política ha ido concretándose con el tiempo a la proclamación de unos cuantos principios en un programa general —ideales— que casi siempre se tergiversan y corrompen —como diría Spinoza— en su ejercicio desde el gobierno. Nuestro tiempo, de vida acelerada, deja poco espacio al ocio mental —donde se incubaba el más profundo pensamiento especulativo— por lo que tiende a la esquematización en todos los terrenos de la actividad humana. Así podríamos decir que el hombre de 1966 para formar su conciencia política se encuentra en una disyuntiva que en términos escuetos sería: ¿sociedad capitalista o sociedad socialista? O sea: ¿una colectividad con base en la propiedad y en la iniciativa privada o en la propiedad y en la iniciativa comunales? Sin embargo, este planteamiento que sólo puede ser suficiente para un hombre de mentalidad elemental, no significa nada si se desconocen los matices de las dos proposiciones, porque tanto una como otra pueden ser maravillosa panacea como insufrible infierno. El quid de la cuestión está, como siempre, en el matiz o procedimiento de llevar uno u otro sistema a ejecución.

El mundo actual está dividido entre estos dos sistemas. La complejidad de los habitantes del globo terrestre es tan grande que la división es una condición inevitable de la organización humana. No ha habido religión que haya podido unificar a través de los siglos a

todos los pueblos de la tierra y el mismo cristianismo occidental se halla escindido en multitud de Iglesias y sectas que veneran al mismo dios, pero con distinta liturgia. Cuestión de matiz.

La sociedad capitalista dispone hasta el momento de mayor espacio y población que la advenediza sociedad comunista, pero en la forma de aplicar la ley difiere considerablemente de un país al otro. A un súbdito de Arabia Saudita, monarquía feudal donde aún hay brotes de esclavitud y se castiga a los ladrones cortándoles la mano, tiene que parecerle otro mundo ese mismo sistema capitalista y monárquico en Inglaterra, donde el ciudadano disfruta de todos los derechos y garantías que otorga la ley, sin distinción de clases y escoge a sus propios gobernantes. Si agregamos que, dentro de ese sistema, ejercen el poder en Inglaterra, sin renunciar a la pompa real y a las vetustas pelucas de los magistrados, los dirigentes socialistas del "Labour Party", la situación se vuelve más incomprensible para un nómada del desierto.

La diversidad es, por consiguiente, un elemento que complica notablemente en la conciencia del hombre de hoy su afán de definición política para enderezar sus pasos hacia un destino menos torpe e injusto en un país de *sistema capitalista*. Porque asiste al espectáculo desquiciante de que haya mayor prosperidad y más leyes protectoras para un individuo que combata abiertamente el régimen en Inglaterra, Noruega, Bélgica y los Países Bajos, que en la mayoría de los países gobernados por repúblicas o generales encaramados por la fuerza del poder. ¿Se deduce de ello que la monarquía, sistema anacrónico e injustificado en nuestra época, es más humanitario y más próspero en su economía con sus enemigos que los regímenes republicanos o militaristas? No cabe duda que para un brasileño, un paraguayo, un haitiano, un pakistano, un egipcio y un negro del África del Sur esas monarquías del occidente y norte de Europa son bellos ideales políticos que superan con creces la realidad política y económica de sus respectivos países, sometidos a férreas dictaduras, pero ¿bastaría convertir el régimen en monarquía para obtener tan feliz resultado como el de los pueblos británico, escandinavo, belga y holandés? La desorientación no se abre paso en la mente del hombre actual, por ese camino. Porque la monarquía ha demostrado en el pasado ser una calamidad política en países como Rusia, España, Portugal, Francia, Alemania, Rumania, Italia y Turquía. Hoy es despótica y feudal en Arabia Saudita y Etiopía o inoperante en países de innegable atraso cultural y económico como Grecia, Marruecos, Irán, Jordania, Siam y Malasia. En cambio, en otro país asiático, la monarquía, pese a su carácter fetichista, simboliza, como en Inglaterra, la continuidad de una tra-

dición (carnaval histórico) en notable contraste con el auge industrial y la riqueza deslumbrante de su economía: nos referimos al Japón. La sociedad capitalista se haya profundamente dividida y no puede ofrecer a la conciencia del hombre medio un frente ideológico que la capte con facilidad, porque sus sistemas, basados todos en un principio económico común —propiedad e iniciativa privadas en los negocios— son profundamente contradictorios al aplicar y hacer respetar ese principio. Y esa es su mayor debilidad, el punto más débil de la gran pugna que el mundo capitalista sostiene en nuestro tiempo con el comunismo.

*La política internacional de
los Estados Unidos*

PARECÍAN haber cambiado los tiempos desde los días en que los Estados Unidos desembarcaban su "Marine Corps" en Santo Domingo, Nicaragua o en México, con el pretexto de proteger los intereses de sus conciudadanos. Para poder enviar sus tropas a Corea del Sur en 1950, tuvo el gobierno norteamericano que recabar el voto mayoritario de la Asamblea de las Naciones Unidas. Las agencias de noticias del mundo capitalista repitieron durante los dos años que duró aquella contienda que los Estados Unidos, en representación de la ONU, defendía a los coreanos del Sur contra la agresión de Corea del Norte y de China. Y resumían así su aspecto ideológico: la lucha de la libertad contra la opresión comunista.

Desde Roosevelt, creador de la prudente política de "Buena Vecindad", ningún Presidente norteamericano había osado enviar sus "marines" a un país hispanoamericano "para proteger a sus conciudadanos". El Presidente Johnson no reparó en recaer en esta desacreditada fórmula política pero esta vez no se pidió autorización a la ONU y ni siquiera a la OEA (Organización de Estados Americanos) cuyos estatutos previenen que ningún país del nuevo continente puede intervenir militarmente en otro que forme parte de dicha organización. La fallida invasión de Cuba en 1961 se hizo bajo la apariencia de un golpe organizado por los cubanos anticastristas, aunque el Presidente Kennedy no pudo ocultar la abierta ayuda prestada a la operación por su gobierno.

Los norteamericanos tenían en Vietnam del Sur unos cuantos miles de "consejeros militares" incrustados en el ejército sudvietnamita, cuanto Johnson subió al Poder. En dos años, esos "consejeros" se han convertido en un verdadero ejército de ocupación que sumará muy pronto medio millón de hombres. Es lógico que los rusos y los chinos consideren esa ocupación como una amenaza

my grave para sus intereses en el continente asiático, donde ocupan enormes extensiones y cuentan con cientos de millones de habitantes. ¿Qué tienen que hacer los norteamericanos en Asia? La misma pregunta se harían éstos si los chinos o los rusos hubieran desembarcado 200,000 soldados en Cuba o en México, pongo por caso, países situados a tiro de cañón de los Estados Unidos.

Consideramos que la política internacional del Presidente Johnson está aquejada de un peligroso nerviosismo que pone a su país, cada instante que pasa, al borde de una crisis que un día podría conducir a un desenlace fatal. El Presidente Johnson proclama casi como *leit motiv* que desea la paz, pero esa actitud no se compagina con las intervenciones de su poderoso ejército, en pueblos tan lejanos como Vietnam o tan inofensivos como Santo Domingo. La política que el joven Presidente Kennedy inició en su breve período de gobierno se caracterizó —salvo la garrafal equivocación del desembarco en Bahía de Cochinos, operación heredada del Presidente Eisenhower— por una modernización sensacional de los procedimientos políticos. Su equipo de consejeros, extraídos de Harvard, sus contactos continuados con intelectuales y artistas, su programa "Alianza para el Progreso", y su pacto contra las pruebas atómicas, así como su adopción de las teorías económicas de Keynes, trazaron un camino nuevo y esperanzado hacia la prosperidad interna —que ahora gozan los Estados Unidos— y al entendimiento internacional.⁵ Por desgracia, Johnson ha demostrado carecer de la sensibilidad de su predecesor, pareciéndose más en sus procedimientos a Presidentes del estilo de Mac Kinley, Taft, Coolidge y Hoover, que a Roosevelt y Kennedy. Lo cual significa que la simple presencia personal al frente de un gobierno —democrático o comunista— puede cambiar toda la faz y hasta el rumbo del equilibrio internacional.

En este caso, las teorías políticas se desvanecen temporalmente y la justificación moral de los actos de un gobierno dan paso al más viejo recurso político de la historia: el cinismo maquiavélico nombre de los intereses de la nación.⁶

Corea del Sur es una región subdesarrollada del Asia Oriental, con un nivel de vida sumamente bajo y unos gobiernos que se derriban con relativa frecuencia, habiendo ya perdido toda apariencia

⁵ La crisis de los "missiles" rusos en Cuba fue provocada por el infantilismo político de Jruschov y Castro, quienes tuvieron que recoger velas a todo gas.

⁶ Ejemplos recientes: aplastamiento de la revolución húngara por el Ejército Rojo; ocupación del Tíbet por China; erección del Muro de Berlín con su triste ristra de asesinatos de fugitivos; intervención norteamericana en Vietnam del Sur y bombardeos aéreos de Vietnam del Norte; desembarco de los "marines" en Santo Domingo.

democrática. Lo mismo sucede en Vietnam del Sur, cuyos últimos gobiernos militaristas son productos de golpes de Estado propiciados por los norteamericanos. La justificación ideológica de estos hechos resulta difícil porque los Estados Unidos, cuyo régimen democrático es uno de los más antiguos, más estables y mejor organizados del mundo gracias a su admirable Constitución política, no pretenden imponer sus principios políticos en Vietnam del Sur, ni parece preocuparles mucho que el país sea gobernado por un Presidente, un regente, un general, un rey o un maestro de escuela, con tal de que ese gobernante no socialice los medios de producción ni se incaute de las propiedades urbanas y rurales en nombre del Estado. Todo debe seguir como antes, aunque el sistema no haya superado el feudalismo de la tierra, la desigualdad social resulte pavorosa y los gobiernos sean inestables, despóticos y arbitrarios, en flagrante contradicción con el régimen que Jefferson, Adams, Franklin y Lincoln legaron al libre y poderoso pueblo norteamericano.

Esta es la causa fundamental de la impopularidad en la mayoría del mundo actual del gobierno estadounidense, país que dirige, amparado en su inmenso poderío, la pugna del sector capitalista con el comunista. Mientras la U.R.S.S. y la China esgrimen sus claros y precisos principios ideológicos —socialización de los medios de producción, supresión de la desigualdad social y racial, anticolonialismo, independencia de los pueblos y dictadura del proletariado— para justificar todos sus actos en el campo internacional y ganar adictos en los países capitalistas, los Estados Unidos se alían con dictadores, espadones, monarquías feudales y gobernantes corruptos sin otro programa que el de sus intereses económicos y políticos prescindiendo por completo de su propia ideología que no se cuidan de propagar más allá de sus fronteras. Táctica anticuada que sigue torpemente los pasos de la Inglaterra colonialista en el siglo XIX y principios del XX, consistente en aliarse con los reyezuelos, marajahs y déspotas de las regiones que pretendía dominar y explotar, sin pretender exportar su religión, ni su sistema de gobierno, ni su concepto de la civilización a los pueblos conquistados.

Su sistema de penetración era el comercio, sostenido por su depurada ciencia militar y por su armada. Los pueblos conquistados seguirían con sus primitivas costumbres, su economía raquítica y sus leyes bárbaras, bajo la vigilancia paternal de Inglaterra que sólo impediría lo que se opusiera a sus intereses materiales. En esta actitud, profundamente pragmática, había una clara indiferencia teñida de desprecio hacia los pueblos que pretendían colonizar. Por otra parte, el inglés nunca se mezclaba con los demás, formando un grupo exclusivo y aristocrático. Su vocación democrática la reservaba

tan sólo para sus estadias en la metrópoli. Podría argüirse que Inglaterra aplicaba con esa actitud, sus principios democráticos al respetar religiones, costumbres, sistemas políticos y económicos ajenos a ella y que tal es también la actual posición de los Estados Unidos en su política internacional, si no supiéramos claramente que el inglés —como el norteamericano— ha obedecido siempre a un único axioma: "time is gold" y ha considerado, por tanto, que el proselitismo es una lamentable pérdida de tiempo. ¡Craso error! Su única pretensión hasta el día ha sido introducir sus productos manufacturados y sacar de los demás países materias primas al menor costo posible.⁷ Los ingleses rectificaron su fría política colonialista concediendo, con superior elegancia, la independencia a sus antiguos dominios y matuvieron desde entonces un simple nexo comercial dentro de una simbólica organización: la "Commonwealth".

Respecto a la llamada "guerra fría" con la nueva potencia comunista, Inglaterra cedió hábilmente la responsabilidad de su dirección —como ya hizo en la pasada contienda— al juvenil coloso norteamericano. En términos teatrales —porque la política tiene mucho de histrionismo— diríamos que Inglaterra después de una brillante actuación, hizo un oportuno mutis por el foro, cediendo todas las posibilidades de ulterior lucimiento al galán de la comedia, los Estados Unidos de Norteamérica.⁸

Si extremamos, para mayor claridad, la posición de Inglaterra en su ya olvidada política internacional que los Estados Unidos se empecinan torpemente en proseguir, y trasladamos los hechos al campo social podríamos hacer este parangón: la relación entre patronos y obreros ha cambiado radicalmente del siglo XIX a la actualidad. Los obreros han ido conquistando a través de luchas, huelgas y revoluciones una posición que en algunos casos los ha llevado al poder. Los patronos de hoy se enfrentan a poderosos sindicatos si tratan de ignorar los derechos y reivindicaciones de los trabajadores. Los patronos más capaces y avisados procuran otorgar a sus trabajadores mayores prestaciones sociales y hasta una pequeña participación en las utilidades del negocio. De esta manera, les hacen sentirse dueños y estimulan su rendimiento de trabajo y su adhesión, alejando sus

⁷ El aislamiento geográfico de Inglaterra que la ha preservado de invasiones desde la normanda en el siglo XIII, ha determinado siempre su actitud en el aspecto político y espiritual, que ahora, ya en plena decadencia, trata de rectificar. Sin su imperio, Inglaterra, como España y Holanda, sólo puede aspirar a ser una provincia más de Europa.

⁸ Para el historiador WILL DURANT, Inglaterra ha basado su actitud a través de los siglos en la *Ética a Nicomaco* y en la *Política* de ARISTÓTELES, filósofo el más conservador y realista de la Grecia antigua en oposición al idealismo platónico.

mentes de cualquier violencia reivindicativa. Sin embargo, este tipo de patronos es todavía una rareza, porque el patrono y el obrero se mantienen en esferas intransigentes donde el uno trata de exprimir todo lo que puede al otro y el otro de rendir lo menos posible, dando así toda la razón a la teoría marxista de la lucha de clases. El gobierno de los Estados Unidos, país de la iniciativa privada por antonomasia, ejerce su política internacional con mente de patrono intollerante, despreocupándose por completo de la sensibilidad, nivel de vida, psicología, ideales o aspiraciones de los pueblos que trata de ayudar, ya sea con su dinero o con sus tropas y tanques. Ellos hacen sus tratos con los "patronos" (el dictador o espadón de turno en el país en trance) y con la oligarquía sin tomar en cuenta al pueblo, con lo que se enajenan por completo su voluntad. La democracia, que es el régimen de las mayorías, sólo la ejercen, como antes los ingleses, sus maestros, para andar por casa.

Al comunismo no se le puede combatir tan sólo proclamando que se poseen más armas atómicas que ellos, mejores aviones y más submarinos polaris; ni enviando ayuda militar a regiones remotas de Asia y Africa, sino enarbolando, también frente a la sugestiva y concisa ideología comunista, los democráticos principios de la Declaración de Independencia de 1776, demostrando a todos los pueblos e incluso a los dominados por dictaduras comunistas, que esos principios han incubado la prosperidad de los Estados Unidos y que pueden ser aplicados en cualquier rincón del mundo si se modifican las injustas condiciones sociales y económicas que prevalecen en esos países de economía colonial, como la de Estados Unidos antes de su independencia. O sea, que con su poderosa ayuda material traerían también una revolución en los espíritus, tal era la proyección política del Presidente Kennedy, que Johnson frustró con su peligrosa "escalation" de los acontecimientos.⁹

Las contradicciones del sector comunista

Los dos grandes colosos comunistas, la U.R.S.S. y China Popular, llevan en la primera línea de su "guerra fría" sus principios ideológicos, como los cruzados en la Edad Media portaban los Evangelios. El

⁹ La política de Johnson ha logrado unir contra él a los más distinguidos escritores de los Estados Unidos —Arthur Miller, Saul Bellow, Robert Lowell— y a la gran mayoría de los intelectuales y estudiantes universitarios del país. O sea, al sector nacional que Kennedy trataba de atraer a su gobierno por considerarlo el verdadero cerebro del país. Johnson se apoya especialmente en la oligarquía (Wall Street) y en el Pentágono (militarismo). El contraste entre las dos políticas presidenciales es evidente, como sucedió con la de Roosevelt y su sucesor, Truman.

guerrillero rojo vietnamés sabe que lucha por la causa del comunismo contra los terratenientes y militares profesionales de su país y contra el *invasor* norteamericano. Lo sabe muy bien y tiene plena justificación para hacerlo. Y si los chinos, sus hermanos de raza, acuden en su ayuda, es porque su ideología es la misma. En cambio, ¿por qué luchan contra él los rubios soldados norteamericanos cuyos principios políticos nada tienen que ver con el gobierno militarista de Vietnam del Sur? Para el campesino anamita no parece haber opción: el comunismo le ofrece entregarle la tierra que trabaja, desposeyendo al actual terrateniente, derribar al gobierno militar, expulsar a los norteamericanos y unir el norte con el sur. El gobierno militar y los norteamericanos le piden combatir a los guerrilleros rojos para que la tierra siga perteneciendo a la oligarquía que ahora la detenta y él continúe como un miserable peón, el gobierno militar en el poder y Vietnam partido en dos pedazos.

Sin embargo, para la conciencia del europeo o del americano de nuestros días, la situación no es tan clara como para el anamita, porque si la diversidad y los matices caracterizan los regímenes del sistema capitalista —del feudalismo etíope y la dictadura levítica portuguesa a las monarquías socialistas de Escandinavia y la democracia multilingüe suiza— el sector comunista, pese a sus premisas de gobierno universal donde todos serían camaradas — un japonés y un negro del Congo, un noruego y un indio de Patagonia, un ingeniero y un campesino, un comerciante y un poeta— se halla tan escindido como el sector capitalista. Y el trabajador, o el intelectual no conformista, o el asiático y el africano que aspiran a salir de su estancamiento social y cultural, no saben a qué atenerse.

Rusos y chinos, yugoslavos y rumanos proclaman ser poseedores del verdadero dogma marxista, pero cada uno de ellos lo interpreta a su modo y acusa al otro de tergiversarlo. Todos emplean buenos argumentos en defensa de sus tesis y resulta difícil descubrir quién tiene la verdad en la mano. Lo evidente es que los gobiernos de aquellos países todavía ocupados por el Ejército Rojo —Checoslovaquia, Polonia, Hungría y Alemania Oriental— coinciden sin titubeo con las tesis del gobierno soviético; Albania protegida por sus fronteras con la "revisionista" Yugoslavia y con la capitalista Grecia, saltó intrépidamente —no sabemos por qué— al campo ideológico chino; Yugoslavia y Rumania,¹⁰ lejos también de la U.R.S.S., juegan con ventaja al comunismo independiente y Corea del Norte, fronteriza con China, coincide con el gobierno de Mao Tse-tung. Vietnam

¹⁰ La U.R.S.S. arrebató a Rumania en la última guerra una gran porción de su territorio: la Besarabia, que ya había pertenecido a Rusia antes de la Primera Guerra Mundial.

del Norte hace guiños a los dos bandos más poderosos, para no perder la protección soviética ni la simpatía de los chinos; Bulgaria, hasta el momento, parece alinearse bajo la protección de la madre Rusia. Cuba depende en todo del favor soviético y se ha manifestado incluso antichina. Los intereses materiales—como en el sector capitalista—parecen contar más que la ideología. Como diría Camus, cuando un revolucionario alcanza el poder, se convierte en un simple policía. . .¹¹

No cabe, sin embargo, hacerse demasiadas ilusiones de que estas divergencias del sector comunista puedan favorecer las posiciones del mundo capitalista en la "guerra fría", porque no lo son de fondo, y bastaría el cambio de un dirigente—como sucedió en Estados Unidos o en Rusia a la muerte de Stalin—para enderezar la línea general y marchar acordes en una grave crisis internacional. Rusos, chinos, yugoslavos y rumanos tienen un mismo dogma—el materialismo dialéctico—que se encoge o estira a conveniencia, pero que no se abandona y gracias a ello cuentan con numerosos y firmes partidarios en todo el mundo que trabajan gratuitamente por su causa: los partidos comunistas. En cambio, los Estados Unidos no tienen en el extranjero otros partidarios trabajando para ellos que los costosos agentes de la CIA.

La conciencia política del hombre de nuestro tiempo, si se ejercita con criterio propio y sin presión exterior, se bambolea ante la realidad vacilante de los principios en juego. El mundo se hace cada vez más pequeño, pero los hombres se separan y se temen más cada día. El aislamiento moral y psíquico por la desconfianza en los principios provoca un lamentable nuevo tipo de ser humano que no cree en nada ni en nadie. El comunista de buena fe que ha combatido al capitalismo toda su vida y ha luchado contra el fascismo y el imperialismo tiene que haber sufrido un impacto, sin reparación moral, cuando los sucesores de Stalin, encumbrado durante treinta años y adorado como un dios infalible y omnisciente, le acusaron de torpe, asesino y traidor al bolchevismo, negándole incluso el dere-

¹¹ La política internacional de la U.R.S.S. es tan censurable en su pasado como la de los EE. UU. en cuanto a su evaluación ética: Pacto de no agresión con el Tercer Reich en 1939 que provocó el estallido de la Segunda Guerra Mundial, lo que permitió a Hitler apoderarse, en un fácil paseo militar, de toda Europa incluyendo las importantes fábricas de armamentos Skoda, de Checoslovaquia, y Schneider, de Francia, y volverse, a su tiempo, contra la propia Rusia. En 1918 firmaron los soviets el pacto de Brest-Litvok que liberó a los alemanes del frente oriental y puso a los aliados en trance de perder la guerra. La U.R.S.S. de Jruschov ha prestado su dinero, enviado sus técnicos e incluso su primer ministro al Egipto autocrático de Abdel Nasser, para la construcción de la presa de Assuan que los norteamericanos se habían negado a financiar.

cho a convertirse en momia yacente como a Lenin. Después de esto, la sustitución de Jruschov por el dueto Breznev-Kosiguin no conmovió a nadie: fue un acto evolutivo en los procedimientos soviéticos.

La conciencia política de nuestro tiempo tiene que fabricar una nueva filosofía político-moral que impida a los gobiernos de las grandes potencias seguir acumulando bombas atómicas y cohetes espaciales para destrozar a los pueblos de los sectores capitalista y comunista. Esa nueva filosofía podía ser una conjunción de los dos sistemas, si estuvieran puestos a colaborar económica e ideológicamente. Si se extrae lo mejor de uno y del otro el mundo prosperaría a ritmo acelerado, el fantasma de la guerra atómica desaparecería y la ONU podría ser, al fin, algo más que una curiosidad turística del East Side River, en Nueva York.

El hombre de nuestro tiempo no puede ligar su conciencia ni respaldar la actitud de esos gobernantes capitalistas, comunistas, liberales, socialistas, nacionalistas, chinos o soviéticos mientras sigan pensando en la guerra como solución de las contradicciones políticas, económicas o ideológicas, aun cuando todos ellos se proclamen apóstoles de la paz. Ninguno de ellos —dogmáticos de uno y otro bando— quieren ceder en su posición ni cambiar su propio sistema por considerarlo intocable. En política, los dogmas son inoperantes, porque la colectividad humana es mucho más compleja y diversa que cualquier principio teológico o presuntamente científico-político. La conciencia de los sistemas capitalista y comunista en la actualidad no pasa de ser un período provisional a la situación imprevisible de crisis que provocaría en cualquier momento la guerra. Me atrevo a calificar de *estado demencial* esa mentalidad imperante en los gobiernos con responsabilidad en el mundo actual, por consentir en la prolongación de esa "guerra fría" —salpicada de pequeñas guerras calientes en Asia, Africa y Oceanía— y que podrá degenerar en un choque pavoroso, sobre todo con estadistas tan cargados de electricidad como Mao Tse-tung y Johnson.

La nueva filosofía política que ha de definirse en la conciencia del hombre moderno presupone una amalgama de principios insertos en las Constituciones políticas de los pueblos democráticos —Inglaterra, Estados Unidos, Suiza, Escandinavia, etc.— y en premisas socialistas de inspiración marxista. El respeto a los derechos del individuo (tomando quizá como base el *habeas corpus* inglés), y la vigilancia del Estado en la producción y en la distribución de la propiedad, poniendo límites a los particulares en ambos terrenos, más la selección de los gobernantes por el pueblo —en aquellas regiones donde ello sea posible— o la organización provisional con

técnicos especializados en países de bajo nivel social y económico hasta su emancipación cultural,¹² podría ser el arranque de esa nueva conciencia política.

Los escépticos leerán estas líneas con la misma sonrisa incrédula que recibió cualquier otro proyecto doctrinal—llámese "Carta Magna", "Constitución de los Estados Unidos", "Derechos del Hombre y del Ciudadano" o "Manifiesto Comunista"—olvidando que ellos nacieron de un mismo sueño: liberar a la humanidad de los problemas materiales y morales que viene arrastrando penosamente desde sus mismos orígenes. Si esta amalgama de principios, aparentemente contradictorios e imposibles entre el liberalismo norteamericano o británico y el comunismo ruso o chino, hallase (caso de que sus gobernantes estuviesen acordes en aplicarlos) terca resistencia en un amplio sector de sus propios pueblos, piénsese que un Estado puede luchar con ventaja en todos los campos contra la incompreensión y rebeldía de sus conciudadanos, pero un conflicto entre Estados, en la era atómica, llevaría al aniquilamiento total no sólo de todos los posibles conceptos e ideologías, sino de la existencia física de sus tercios defensores y hasta de los indiferentes, o sea, de los que carezcan, por desprecio o comodidad, de cualquier conciencia política o filosófica.



DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS
- BIBLIOTECA -
"SARA MIRANDA RUIZ"
MEXICO, D. F.

¹² El orgullo nacional es una de las más peligrosas rémoras en la evolución consciente del hombre hacia su integración universalista. *El nacionalismo* no es más que un residuo reaccionario. El general De Gaulle, último gran estadista de la vieja escuela, está imbuido de este concepto anticuado que retrasa la unidad europea, primer paso importante hacia esa integración internacional económica, social y política en nuestro tiempo.

¿ES MÉXICO UN PAÍS INDUSTRIALIZADO?

LOS AUTORES
D. F. RUIZ

Por Benito REY ROMAY

II

EN la primera parte¹ se llegó, mediante el análisis y comentario de diversas estadísticas oficiales, a la conclusión de que no obstante que la industria mexicana ha registrado importantes avances cuantitativos y cualitativos, éstos no han sido suficientes para eliminar las características de subdesarrollo de la economía, ni tampoco la han colocado a la puerta de salida de esta situación, como se ha estado pretendiendo hacerla aparecer desde hace tiempo; pretensión a la cual debe enfrentarse una oposición por razones que ya expusimos.

Sin embargo, el identificar a la industrialización como el medio de salir del subdesarrollo, como hemos venido haciéndolo, puede ocasionar que nuestra conclusión intente ser objetada con el argumento de que el desarrollo industrial del país ha empezado a configurar al producto nacional conforme a la estructura propia de los países desarrollados, al ocupar la producción conjunta de los sectores industriales,² el primer lugar.

Independientemente de que tal argumento podría refutarse, mediante un análisis comparativo de la composición del producto industrial de nuestro país con el de otros países desarrollados, en cuanto a la participación en él de los sectores extractivos y el destino de su producto, así como de la participación y tasas de crecimiento de la producción de bienes de consumo y bienes de capital, se puede afirmar, sin lugar a dudas, que es la situación precaria y de rezago en que se encuentra el sector agropecuario el que ha colocado en tal

¹ *Cuadernos Americanos*. No. 4. 1966.

² Minería; Petróleo y Coque; Manufacturas; Energía Eléctrica. Según datos del Banco de México, S. A., en 1964, estos sectores aportaron, en conjunto, el 31% del Producto Nacional Bruto a precios de 1950. En 1965 su participación aumentó a 31.7%. En segundo lugar se mantuvo el sector Comercio con el 26.1% y 26.2% y el conjunto de los sectores agrícola, ganadero, silvícola y pesquero, en tercer lugar con 18.3% en 1964 y 17.8% en 1965. Cifras extraídas de los informes anuales de la institución citada.

preeminencia al producto industrial, situación que se hace obvia en los comparativamente bajos niveles de productividad, producción y calidad que registran la mayor parte de las actividades agrícolas y ganaderas del país y el bajo ingreso que perciben los ocupados en ellas como consecuencia.

Al concluir la primera parte afirmamos también que lo que correspondía en este momento a nuestro país era acelerar su desarrollo industrial para lo cual era necesario abatir obstáculos que se oponían a ello y que existen en su panorama industrial actual. De estos obstáculos nos ocuparemos ahora

Los obstáculos a la aceleración del desarrollo industrial

EL hablar de los obstáculos a la aceleración de nuestro desarrollo industrial implica necesariamente el tocar en lugares preeminentes a la insuficiencia de la demanda interna que existe en nuestro país, debida al bajo monto del ingreso y a su desigual distribución, así como a la insuficiencia del ahorro interno respecto a las necesidades de una mayor tasa de inversión, frente a la limitada capacidad del país para absorber ahorro externo. Estos obstáculos, no obstante que su desaparición es condición básica pero posible para una aceleración substancial del desarrollo industrial, no serán tratados en esta ocasión ya que su carácter limitador no se circunscribe a la industria y su análisis adecuado, respecto a sus características y posible eliminación, ameritan un estudio mucho más amplio que el que supone un artículo o ensayo. Por ahora nos ocuparemos de algunas situaciones del sector industrial; las principales, a nuestro juicio, que obstaculizantes ya en la actualidad, pueden impedir, con su persistencia, el rápido desenvolvimiento futuro que el país requiere.

I. Insuficiencia de la Legislación Industrial Actual.

No obstante que los obstáculos al desarrollo industrial de que nos ocuparemos, así como de otros más como son la concentración geográfica de la industria y el atraso técnico que existen en nuestro país, se fueron configurando debido a la falta en el pasado de una legislación encaminada a servir a metas definidas y por lo tanto a normar para prever situaciones obstruyentes y para vigilar con el fin de hacer cumplir y corregir las normas, actualmente tampoco existe un marco legal apropiado y suficiente para impedir la agudización de estas características obstruyentes, ni para conducir

y promover adecuadamente el desarrollo industrial futuro. Esta insuficiencia legal, tanto la pasada como la actual, ponen en evidencia, dígase lo que se diga, la inexistencia hasta ahora de una política general en materia industrial. Sin embargo, esta situación actualmente contrasta en forma notable con la preocupación por el desarrollo industrial que revelan las amplias discusiones que en torno de ella se han venido realizando, principalmente, como ya se apuntó, en los últimos cinco años, y es, además, incongruente con los propósitos industrializadores unánimemente declarados por los voceros de los sectores empresarial, obrero y gubernamental.

No puede negarse que los verdaderos orígenes de esta situación de incongruencia residen en la actitud pasiva que frente a ella han adoptado los dos sectores principales que intervienen directamente en las actividades industriales —empresarios y obreros— esperando que sea el Estado quien analice, comprenda y resuelva el problema, quien, por su parte, se ha mostrado poco activo por resolverlo y, por otro lado, a la poca intervención activa que en las cosas públicas tienen los campesinos —no obstante ser la población más numerosa y con más bajo nivel de vida—, derivada de la limitada visión que tienen de las causas que determinan su situación precaria y de la mediatización política a que están sujetos.

El análisis de las principales disposiciones legales de tipo general que norman la actividad industrial hace evidente que no pueden ser los instrumentos con que se imponga y lleve a cabo la política industrial que se dice existir. Esta impotencia se hace más clara cuando el análisis señala la imposibilidad de las normas para impedir la agudización de las tendencias obstruyentes que, obviamente, deberían ser los propósitos inmediatos de dicha política industrial.

Dividiendo la legislación de carácter industrial de aplicación general en instrumentos de fomento y en instrumentos limitadores o reguladores, el análisis del primer grupo —el más numeroso—, lleva a la conclusión de que: *a*) atienden exclusivamente, casi en su totalidad, a la creación de empresas, sin tener en cuenta criterios selectivos en cuanto a las ramas que deben ser objeto de sus estímulos; *b*) no existe correlación entre ellos e incluso hay duplicaciones; *c*) no son previsores de las tendencias negativas del desarrollo industrial que condujeron a éste a la creación de los obstáculos que actualmente confronta; *d*) inconstitucionalidad de casi todos que no otorga una base sólida para la aplicación compulsiva de aquellos que sí contienen elementos que podrían ser correctores de los varias veces mencionados obstáculos.

La inconstitucionalidad generalizada parece indicar que la Constitución actual no permite la creación del marco jurídico apropiado.

y necesario para la ejecución de una política general en materia industrial. Sin embargo, se puede afirmar que el Art. 4º Constitucional, en el que se apoya la Ley Sobre Atribuciones del Ejecutivo en Materia Económica que ha venido siendo y es aplicado en campos tan delicados como la fijación de precios, propicia la creación de leyes que permitirían al Estado intervenir en forma compulsiva para llevar adelante dicha política. Sin embargo, si esta posibilidad constitucional que a nuestro juicio parece abrirse es cerrada con base en opiniones más autorizadas, es obvio que el camino a seguir es el de modificar la Constitución.

Por su parte, el grupo de disposiciones limitadoras o reguladoras de la acción empresarial proporciona mayores elementos, pues cuenta con la Ley de Normas Industriales, Pesas y Medidas y con el Decreto de 29 de Junio de 1944 (convertido en Ley mediante otro Decreto de 28 de Septiembre de 1945), que son instrumentos que pueden ser útiles para la corrección de las tendencias negativas del desarrollo industrial en lo que respecta a la baja calidad de la producción y a las que está ocasionando la inversión extranjera de las que hablaremos. Sin embargo, se considera que para su utilización la Ley de Normas debe ser ampliada en sus posibilidades de imposición de normas obligatorias, y que el Decreto convertido en Ley en materia de inversiones de extranjeros, requiere ser reglamentado, para lo cual por ahora parece no haber prisa.

2. Obstáculos Generados por la Inversión Extranjera Directa.

No obstante que la inversión extranjera directa sujeta a reglamentación puede ser un conveniente elemento complementario para el desarrollo industrial acelerado de nuestro país, las tendencias y situaciones que tal inversión manifiesta y ha creado deben preocuparnos al igual que preocupan no sólo a otros países en desarrollo, sino a algunos industrializados como Francia, Inglaterra y Japón.

En la actualidad, más que nunca antes, la observación de los montos y destino económico de las inversiones con fondos extranjeros, así como el origen de dichos fondos, tiene especial interés para los economistas, principalmente para los interesados en el desarrollo de los países subdesarrollados. Este interés proviene de los obstáculos que para el propio desarrollo se encuentran en:

a) La insuficiencia del ahorro interno que generan las economías subdesarrolladas en relación a sus apremiantes necesidades de inversión.

b) La limitada capacidad de pago al exterior de estos países para cubrir las erogaciones que son inherentes a la absorción de ahorro externo, ya sean en forma de amortizaciones e intereses o bien de remesas de utilidades y regalías.

c) El desbalance que puede generarse por una superioridad de las remesas al exterior que generen las inversiones extranjeras en relación a los ingresos provenientes de nuevas inversiones de este origen que, en el momento de presentarse, desvanecen parte del potencial de la economía para la formación de capital.³

d) El significado político y trascendencia social que, según demuestra la experiencia, llegan a tener los incrementos de la inversión extranjera así como las modalidades que adopte su distribución por actividades económicas, que se manifiestan en privilegios a empresas extranjeras y desplazamientos de inversiones de nacionales.

En última instancia, el motivo de la preocupación actual en este terreno surge de la necesidad de determinar, por medio de las características cuantitativas y cualitativas que revisten las inversiones extranjeras, en qué medida los grados de desenvolvimiento económico que se registran en los países atrasados son una consecuencia y expresión del desarrollo de las economías nacionales y, en cuál otra lo son las economías desarrolladas en su actual etapa de expansión al exterior.

Dilucidar esta cuestión es, como ya se dijo, necesario desde un punto de vista más profundo, ya que la respuesta que dé al análisis determinará, para cada país en lo individual, si la inversión extranjera está creando solamente un simple crecimiento de las actividades productoras pero no un desarrollo económico en el sentido verdadero del concepto (elevación de los niveles de vida y autoaprovechamiento del excedente generado) y, para los países no desarrollados en conjunto, contribuirá a afirmar o a rechazar la tesis que niega la posibilidad del desarrollo económico, dentro del capitalismo, a estos países en la actual etapa de evolución que dicho sistema ha alcanzado en aquellos de donde provienen las inversiones y que hasta ahora se encuentra apoyada en el hecho de no haberse registrado el surgimiento de otra potencia capitalista desde la aparición de Japón como tal.

Aunque participamos del interés de analizar la situación de la inversión extranjera desde el punto de vista de la situación planteada en los párrafos anteriores, en este artículo no se pretende cubrir todo el tema por su amplitud. El objetivo es solamente

³ Respecto a este problema a fines del mes de junio se inició una polémica entre destacados representantes de la Banca y de la Industria mexicanas, que comentaremos más adelante.

señalar, a grandes rasgos, los tipos de tendencias negativas que las inversiones directas están imponiendo al desarrollo industrial de nuestro país y los obstáculos que de dichas tendencias están surgiendo para una aceleración de dicho desarrollo.

De acuerdo con información del Banco de México, el monto de la inversión extranjera directa se elevó de 2,262 millones de pesos en el año 1940 a 19,628 millones en 1964, o sea que registró un incremento anual promedio de más de 720 millones de pesos, incluyendo revaluaciones de Activos. Estas cifras que muestran un crecimiento constante, que sólo se interrumpe para disminuir en 1960 como consecuencia de la compra que hizo el gobierno de las empresas eléctricas, indican que nuestro país es atractivo para los inversionistas extranjeros; principalmente norteamericanos⁴ y que este atractivo, es creciente según la tendencia que permite captar la observación de los incrementos periódicos y las innumerables declaraciones y publicaciones extranjeras externadas y aparecidas, sobre todo en los últimos años, en que se destacan las excelencias de México como país receptor.

Sin embargo, las cifras anteriores poco pueden indicar e, incluso, pueden conducir a subestimar la trascendencia de la inversión extranjera al establecerse comparaciones con el total de la inversión territorial. Por esta razón, el verdadero significado se debe buscar en la importancia cuantitativa y cualitativa que reviste dentro de los sectores económicos a donde concurre en particular y dentro del marco de la economía general. Desde este enfoque el análisis sí nos permite descubrir aspectos trascendentes de la inversión extranjera directa en nuestro país.

En primer lugar debe destacarse que las cifras disponibles de los cambios que ha registrado la concentración sectorial de la inversión extranjera directa, ponen de manifiesto que se ha venido realizando una pérdida de importancia relativa de dicha inversión en los sectores menos productivos para ser adquirida en los más productivos, excepto en el caso de las lucrativas actividades relacionadas con la extracción y refinación de los recursos petroleros en que la salida de la inversión extranjera fue obligada. Esta traslación a los sectores más productivos se hace elocuente en el caso reciente de la nacionalización de la Industria Eléctrica, en el que fue el propio gobierno el que obligó a la transferencia de la inversión extranjera hacia la industria de transformación.

⁴ Según información divulgada por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, el monto de la inversión norteamericana directa en México era de 415 millones de dólares en 1950 y de 1,035 millones en 1964. En 1965, esta última cifra aumentó en 117 millones más.

La situación actual, originada por estos cambios en la preferencia de los inversionistas, indica que el sector de la economía en que la inversión extranjera directa se ha centrado es el de la industria de transformación, con cerca del 60% de las inversiones totales, siguiéndole en importancia el comercio con un poco menos del 20%, según cifras de 1961.

Este fenómeno ha determinado que en muchos renglones de la producción industrial exista exclusivamente inversión extranjera, debido a la estrechez del mercado que puede ser abastecido con la producción de una sola planta. Además, en otros campos de la actividad industrial se han registrado y se registran casos de introducción de capital extranjero no obstante estar atendidos por el capital nacional, lo cual ha ocasionado la mortandad de industrias en muchos casos, o bien una esterilidad de las inversiones dado que han cristalizado en la compra de fábricas ya existentes a sus propietarios nacionales.

Por otra parte, la tendencia creciente que muestra la inversión extranjera directa en la industria mexicana está determinando deformaciones en la dinámica de su desarrollo que están actuando como obstáculos para su crecimiento acelerado y que pueden ser caracterizados en la forma siguiente:

a) La concentración del grueso de las utilidades de las principales industrias en manos de empresas extranjeras que, por la ausencia de disposiciones legales que obliguen a una reinversión mayoritaria de dichas utilidades restan recursos generadores al proceso de industrialización, puesto que las remesas al exterior ya superan las nuevas inversiones.

b) La necesidad de que el Estado en muchos casos tenga que proteger mediante aranceles y controles a la importación a monopolios de capital extranjero (debido a que su capacidad financiera retrae a los potenciales inversionistas nacionales), sin contar con los elementos que le permitan contrarrestar los efectos perniciosos que de ello deriva con la relativa facilidad que puede hacerlo en los casos en que estos monopolios son nacionales.

c) La dependencia de abastecimiento en que se encuentran numerosas empresas industriales respecto a las citadas extranjeras que operan en el país en forma de monopolios sin casi ninguna vigilancia estatal en materia de precios. Aunque debe señalarse que, en una buena medida, esta dependencia existe también respecto a empresas propiedad de nacionales.

d) La elevación continua del volumen de egresos totales al exterior a que los incrementos de las inversiones extranjeras directas están dando lugar y que, aunados a los egresos derivados de las

indirectas,⁵ están determinando una situación vulnerable de nuestra capacidad para importar ya que cada vez depende más de los incrementos que pueden registrarse en los renglones "invisibles" y "producción de oro y plata" de nuestra balanza de pagos.

e) La incorporación de asistencias y técnicas de producción artificialmente costosas (regalías elevadas impuestas por las matrices) e innecesariamente cambiantes para el país, que generan elementos restrictivos del mercado, adicionales a los que ya determina el bajo ingreso de la mayoría de la población.

Respecto a lo asentado en los dos últimos subincisos, hay que señalar que, de acuerdo con la experiencia, se puede afirmar que las magnitudes verdaderas de exportaciones de utilidades y remesas por créditos y regalías no están representadas en las cifras oficiales. Así, por ejemplo, las salidas de utilidades incorporadas en el precio que pagan las filiales a sus matrices en la compra de partes o materias primas, no están incluidas en las cifras oficiales de los egresos totales del país y será difícil que lleguen a cuantificarse. En la misma forma, tampoco se puede precisar el monto de la inversión extranjera que existe en numerosas sociedades anónimas y, por consiguiente, no se puede estimar con seguridad la cuantía de las remesas de utilidades que realizan al exterior.

En los últimos años las autoridades han propalado e impuesto, en algunos sectores, una política de asociación mayoritaria del capital nacional con el extranjero. Respecto a los resultados obtenidos con esto, puede decirse que han sido casi nulos —excepto en lo que se refiere a la industria petroquímica—, debido principalmente a la débil fundamentación legal (nos referimos a aquellos casos en que la disposición de mayoría nacional ha sido incluida como requisito para el disfrute de exenciones fiscales), o bien, en otros casos, a que la participación minoritaria del capital extranjero se ha declarado como un deseo del gobierno o de los funcionarios que la imponen, mas no como un requisito que, como tal, debe respaldarse con medidas de vigilancia efectiva. Ante la ausencia de estas medidas el requisito impuesto verbalmente al inversionista extranjero es violado en varias formas conocidas en la integración del capital social de las empresas.

Aún más, a pesar de que el capital social se integre atendiendo a los deseos de las autoridades, la falta de medios de vigilancia

⁵ Según cifras publicadas por la Nacional Financiera, S. A., los pagos al exterior por amortizaciones e intereses de los créditos contratados en el exterior, ascendieron en 1964 a 416 millones de dólares; más del 40% de los créditos dispuestos ese año. Según cifras del Banco de México, S. A., las empresas extranjeras, por su parte, remitieron al exterior, en el mismo año 242 millones de dólares.

determina que en breve período la empresa esté controlada por la socia extranjera, mediante el otorgamiento de créditos que ella hace a la empresa, o bien mediante la asistencia técnica que en la mayor parte de los casos es propiedad de ella. Ante esta situación las propias autoridades no pueden intervenir efectivamente ya que no cuentan con disposiciones legales que fundamenten y amparen su acción, teniendo que recurrir a medidas coercitivas a través de los controles a la importación, suspensión de subsidios o amenaza de una auditoría fiscal, que no solucionan el problema pero que obstaculizan la operación de la empresa en perjuicio de obreros, consumidores y accionistas nacionales que son los principales propietarios; pero sin embargo, los que tienen el menor apoyo económico.

Fue precisamente esta política de asociación con capitales mexicanos la que propició la polémica, que mencionamos anteriormente con una nota de pie de página, entre el director del más importante sistema de bancos del país y el actual presidente de la Cámara de la Industria de Transformación.

Esta polémica tiene interés que sea mencionada, pues evidencia que en nuestro país no existe una conciencia sobre la real y amplia trascendencia negativa de la inversión extranjera derivada de la falta de su reglamentación. También los argumentos esgrimidos por ambos polemistas revelan una mayor atención a los aspectos cuantitativos del problema que a los cualitativos, y dan la impresión de que existe un buen grado de confusión.

Por ejemplo, para reforzar sus tesis de que era preferible canalizar el insuficiente ahorro interno a la creación de nuevas empresas en lugar de a la mexicanización de las extranjeras, así como de que era necesario atraer nuevas inversiones del exterior, el funcionario bancario afirmó que las empresas extranjeras no descapitalizaban al país con sus remesas al exterior, puesto que, si bien las nuevas inversiones no compensaban estas remesas, la reinversión y la sustitución de importaciones agregadas a dichas nuevas sí compensaban las remesas y las excedían.

Como es fácil ver, en la anterior argumentación se confunden los conceptos y los problemas, pues una cosa es hablar de descapitalización y otra de balance o desbalance de divisas. Es obvio que un país puede perder medios de pago internacionales por adquirir bienes en el extranjero sin que ello signifique una descapitalización. Dicho en otros términos más sencillos, descapitalización es, no cabe duda, remitir al extranjero el ahorro que queda después de sufragar el consumo y que podría destinarse a crear nuevas fuentes de trabajo. También descapitalización, o lo mismo que ello,

es establecer plantas redundantes o destruir empresas mediante competencia ventajosa que las inversiones extranjeras directas está ocasionando y que, por cierto, el funcionario bancario no incluyó en su balance.

Por su parte, el dirigente industrial, se mostró congruente, aunque no con la misma intransigencia de tiempos pasados, con la tradición nacionalista de la Cámara que dirige. Sin embargo, tampoco esgrimió los suficientes argumentos contundentes que eran necesarios.

Volviendo a la impotencia legal del gobierno que señalamos, cabe mencionar que esta situación es más patente cuando las autoridades pretenden impedir la instalación de plantas excedentes en una nueva rama industrial o evitar una planta adicional en una saturada. Son varios los casos recientes que se pueden mencionar de frustración de los intentos de las autoridades de impedir la instalación de plantas excedentes, principalmente ocasionada por inversionistas extranjeros.⁶ Se ha dado el caso, incluso de que un decreto expedido por el propio Presidente de la República para reglamentar una rama saturada, haya sido invalidado mediante el procedimiento de amparo interpuesto por los industriales.

3. Desventajas Internacionales que Impiden la Exportación.

Otro obstáculo importante a vencer para una aceleración del desarrollo industrial estriba en la desventaja internacional de precios y calidades de la mayor parte de nuestros productos industriales que nos impide ser exportadores de ellos.

La industria nacional registra costos elevados que se van transmitiendo e incrementando, al nivel de las plantas de unos procesos a otros y de unas industrias a otras en la planta nacional. En el primer caso es interesante hacer notar que el fenómeno deriva de la existencia de costosos equipos adquiridos con irracional purito de integrar las plantas verticalmente en cuanto a los procesos se refiere. Puede afirmarse que dentro de la industria nacional casi no existen las operaciones de maquila entre empresas, sino que, paradójicamente, frente a un mercado estrecho las plantas tratan de integrarse en sus procesos al mayor nivel posible. Por tanto, no sólo existen plantas redundantes como ya apuntamos, sino, también, redundancia de equipos para un mismo proceso industrial que, en mu-

⁶ Como ejemplos se tienen la automotriz; la fabricación de maquinaria para la construcción; y la electrónica.

chos casos, podría o resultaría menos costoso, ser realizado fuera de las plantas por otra empresa.

En cuanto a la transmisión de los costos elevados entre empresas, ésta se realiza a través de los abastecimientos entre ellas. En gran parte de los casos, las productoras de bienes finales registran costos elevados que no son generados por ellas mismas —aunque la capacidad excedente en muchas otras las hace originadoras o incrementadoras del fenómeno—, sino por las de sus abastecedoras de materias primas, de lo cual no se pueden librar por la política arancelaria y de controles a la importación que, como protección a la producción nacional, está en vigor desde hace tiempo.

Sin embargo, no siempre los precios elevados que mantienen los productores de materias primas son originados por costos altos, sino por utilidades excesivas, como es el caso de varios productos de las industrias básicas, en que la diferencia exagerada entre los precios nacionales y de importación no tiene mucha razón de existir ya que en la mayoría de los casos sus equipos son, técnicamente, modernos y trabajan prácticamente a toda su capacidad.

Existen además otros sectores de la economía cuya productividad está limitada por esta deformación de costos y precios, como sucede con el comercio y los transportes. Sin embargo, donde esta situación tiene repercusiones sumamente graves, es en el sector agropecuario ya que es de sumo interés nacional —y además necesario para la propia prosperidad de la industria—, elevar su productividad utilizando productos industriales que lo hacen posible, como son los insecticidas, fertilizantes y alimentos balanceados para aves y ganado. No obstante esto, los niveles de precios nacionales de estos productos, en comparación con los de importación, aparecidos a principios de 1964 en la publicación *Oil Paint and Drug Report*, eran los siguientes:

	Precio Nacional \$ x Ton.	Precio importación (L.A.B. planta ex- tranjera). \$ x Ton.
Nitrato de amonio (fertilizante nitrogenado) con contenido de 33.5%	1,450.00	921.00
Superfosfato triple de calcio (fertilizante fosfatado)	1,050.00	660.00
D.D.T. básico (insecticida)	9,850.00	5,220.00

Esta situación de precios de insumos agrícolas determina que solamente los cultivos de exportación y los otros que se realizan en las zonas de riego, sean los únicos que puedan beneficiarse de

la técnica agrícola moderna y que, para los demás, se tenga que continuar con la política de subsidios que debió haber sido transitoria.

Por otra parte, el crecimiento industrial de México ha estado animado principalmente por la substitución de importaciones y por la casi seguridad que tienen los inversionistas de que, sean cuales sean los costos y precios, obtendrán protección estatal para sus productos por medio de aranceles y controles que los aíslan de la competencia de la producción extranjera. Es justo reconocer a este respecto que en la mayoría de los casos, sobre todo para productos finales, las medidas protectoras, necesarias por costos altos, se justifican; sobre todo cuando los volúmenes de empleo y de consumos de materiales nacionales son de consideración. Sin embargo, existe otro elemento que estimula a los inversionistas pero que está viciando el desarrollo industrial y al que no se han enfrentado debidamente el Estado ni las organizaciones industriales y que está determinando en el fondo una adicional elevación de precios al consumidor y creando cada vez mayores obstáculos a la exportación que tanto requiere la capacidad excedente que existe. Este elemento estriba en la deficiente calidad de una gran parte de los productos industriales que, desafortunadamente, es sumamente difícil de ilustrar. Esta baja calidad es otro fenómeno que, al igual que la elevación de costos, se transmite e incrementa de empresa a empresa y de rama a rama industrial a través de sus interabastecimientos y que, a su vez, también determina elevaciones de costos debidas a inversiones y gastos que tienen que realizar algunas plantas para acondicionar o utilizar materiales deficientes que reciben de sus proveedores.

Para la solución de este problema son notoriamente insuficientes las normas de calidad que anualmente se establecen por el gobierno y las pocas medidas que existen para la vigilancia de las impuestas, no obstante que existe una legislación reciente. El verdadero problema de esta falta de actuación estatal estriba en un crónico raquitismo presupuestal que padece la dependencia responsable, aunque tampoco la iniciativa privada actúa para la solución. En este sentido es visible la poca actuación de las cámaras industriales, como sucede desgraciadamente en muchos otros aspectos.

Es también significativa de la falta de acción empresarial en este sentido la poca actividad que muestran organismos creados por el Estado para asesorar a las industrias técnicamente y a costos reducidos, como son los casos del Instituto Mexicano de Investigaciones Tecnológicas, de los Laboratorios Nacionales de Fomento Industrial, y del Centro Industrial de Productividad.

La desventaja internacional tanto en precios como en calidades de nuestra producción industrial revisten mayor gravedad a la luz de las negociaciones arancelarias que se han realizado en el ámbito de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y son factores que impiden mayores negociaciones y la celebración de acuerdos de complementación industrial.

4. Circunstancias que Limitan la Integración de la Industria.

El señalar las circunstancias que limitan el proceso de integración de nuestra industria, como vamos a hacerlo, no es meramente accidental sino por su carácter principal ya que, en realidad, el hablar de desarrollo industrial no es otra cosa que hablar de un proceso de integración del sector en todos los sentidos y niveles.⁷

En el panorama industrial de nuestro país se observa, a pesar de los avances de los últimos años que hemos ya señalado, un alto grado de desintegración que se aprecia principalmente en el sector de la transformación.

Aunque en infinidad de casos esta desintegración obedece a lo reducido de las demandas totales a satisfacer o a los volúmenes de inversión necesarios para remediarlos o a la interrelación de ambos elementos, mucho de la situación se debe a que un gran número de empresas que se instalan cada año, lo hacen para producir, con diferentes marcas y diseños, artículos que ya se producen en cantidad suficiente. Esta duplicidad de inversiones no permite la integración de las ramas industriales donde suceden, pues impide la estandarización de los materiales que intervienen en la producción al atomizar entre varias plantas el consumo total haciendo incosteable su producción dentro de ellas mismas, o bien porque la diversidad de los diseños de los productos terminados no permite tampoco su fabricación costeable por empresas que podrían surgir como subsidiarias. Además, la duplicidad de plantas mencionada ocasiona un gran excedente de capacidad en muchas actividades en que existen economías de escala, que es generadora de altos costos.

Por su parte, la redundancia de plantas tiene como causas la falta de orientación de los inversionistas que produce el desconocimiento del mercado; la política de competencia destructiva que las empresas extranjeras establecen entre sí; los intentos de estas empresas de destruir a las nacionales que producen productos simi-

⁷ Aunque sólo se analizarán las circunstancias que limitan la integración industrial, no se ignora que el desarrollo industrial, en su sentido más amplio, implica un proceso de integración económica.

lares y que se encuentran protegidas por aranceles elevados o controles a la importación; y la falta, o débil aplicación, de aquellas medidas que permitirían a las autoridades impedir la instalación de plantas adicionales ensambladoras o acabadoras mientras el mercado no fuera capaz de absorber mayores volúmenes de producción que los que pudiera proveer la capacidad ya instalada. Sin embargo, aun suponiendo que dentro de los normalmente reducidos volúmenes de demanda que privan en nuestro país pudieran establecerse varias plantas con niveles mínimos económicos de capacidad, de todas formas el no obligar a cada una de las empresas, en el momento de su instalación, a ajustar sus diseños y especificaciones a los materiales nacionales existentes y también a estandarizarlos, es un elemento que hará persistir o elevar la desintegración actual.

Esta falta de integración con que se han venido realizando y se realizan las primeras etapas de nuestro desarrollo industrial, ha sido y es además, en buena medida, la responsable del desequilibrio permanente de la balanza comercial puesto que, a las adquisiciones de maquinaria y equipo que se efectúan en el exterior, se suman las de materias primas y materiales que intervienen en gran proporción en los productos de cada nueva planta industrial y de las ya existentes. En este sentido puede afirmarse que no obstante que el proceso de industrialización ha limitado la fuga de divisas al substituir importaciones de productos finales, ha propiciado con sus condiciones persistentes de elevada desintegración, nuevos canales que drenan sus medios de pago internacionales.

PARA concluir, queremos decir que desintegración elevada, desventaja internacional en precios y calidades, legislación insuficiente o inoperante, y deformaciones ocasionadas por la inversión extranjera monopolística, no son, desde luego, los únicos obstáculos que se oponen a la aceleración de nuestro proceso de industrialización. Existen otros también contra los que hay que actuar, tales como la concentración geográfica de la industria y la rigidez, centralización y carácter especulativo del crédito. Pero debemos llamar la atención sobre otros que, sólo aparentemente, son de origen extraeconómico. A este respecto, mucho tenemos que reflexionar, precisar, evaluar y actuar para hacer desaparecer la ignorancia y la insalubridad y para desarrollar una técnica nacional. El ir más de prisa en el desarrollo de nuestra industria requiere también de más mano de obra calificada, de un mayor número de técnicos, así como de industriales con verdadera mentalidad empresarial.

Finalmente, debemos todos los mexicanos y en especial los economistas y sociólogos ser menos conformes con lo que se ha logrado,

pues hay una realidad social, objetiva y muy urgente por enfrentar que es la condición de pobreza, extrema en todos los aspectos, en la que vive la mayor parte de la población de nuestro país. Por esta razón, en el terreno económico, necesitamos de más rápido desarrollo y ser objetivos en la evaluación de lo que vayamos logrando.

No cabe duda que el papel particular del economista en el alcance de esta meta supone una preparación y actuación constantes; pero también, como requisito indispensable en la actualidad, a comprometerse en lo individual con la causa. Esto le llevará no cabe duda, a un gran esfuerzo y pasión poco comprendidos, pero, al mismo tiempo, a una elevada estatura humana y profesional.

UN MUNDO LLAMADO MADAGASCAR

DEPARTAMENTO DE

Por *María Teresa BOSQUÉS*

SARAH M. H.

MEXICO

CON una originalidad y una independencia que no carecen de misterio, Madagascar expone a todos los vientos e influencias sus 5,000 kilómetros de litorales.

A pesar de su acentuado carácter insular, Madagascar no es una isla como las demás. Crecen ahí plantas y viven animales que sólo a ella pertenecen. Se podría hablar de un mundo biológico aparte, mundo cerrado, hermético, replegado en sí mismo y poco conocido; paraíso para el botánico o el cazador de mariposas; enigma para el historiador y el antropólogo.

Es un continente por la diversidad de su estructura, por la forma de sus rocas o la composición de sus tierras. Apenas a 392 kilómetros de distancia del África, no es por ello africano. No hay tigres, ni elefantes, ni grandes antropoides, ni carnívoros peligrosos, ni serpientes venenosas o moscos Tse-tsé... Sin embargo, a 6,000 kilómetros de distancia del Archipiélago Malayo, todos sus habitantes hablan un idioma de origen indonesio y los rostros que se cruzan en las calles nos recuerdan los rostros de los hombres de Sumatra o de las Islas Célebes.

País de contrastes, con altiplanos melancólicos, erosionados, de paisaje lunar... con costas acantiladas, frondosas, calurosas, de trópico encendido en luz... Vainilla y vid, mangos y manzanas; pinos y palmeras... arroz y más arroz...

Si es un continente en sí, también es cierto que desde ahí se siente vibrar el mundo entero: hombres negros, sabanas y bueyes del África; campos de arroz, cítaras de bambú, actitudes sociales, danzas expresivas y antepasados del Asia. Del mundo árabe, un poco del Corán, palabras sueltas que han quedado en el lenguaje, y algo de magia... De Europa, misioneros, protestantismo, catolicismo, organización administrativa, nuevos modos de vida, costumbres o hábitos injertados o impuestos, y el coloniaje con todas sus lastras... Plantas y frutos de América y, al sur, un paisaje erizado de cactus que se antoja de horizonte mexicano.

Si la historia se funda en documentos, podemos decir que la historia de Madagascar es pobre. Antes del siglo XIX los documentos son raros e inciertos. No hay literatura, fuera de alguno que otro

documento arábigo-malgache (en caracteres árabes y lengua malgache), de contenido religioso y difícil interpretación, o algunos relatos de viajeros que se refieren casi todos a las zonas costeras. No hay arqueología, ni se han conservado restos de monumentos en un país en el cual los materiales de construcción han sido la madera y el barro. Los relatos religiosos y las leyendas dan poca luz; se refieren a incidentes de rivalidad entre las tribus y no a sus orígenes. La historia de Madagascar es poco conocida, se reduce la mayoría de las veces a hipótesis fundadas en la lingüística y la etnografía.

La mayor parte de los antepasados de los malgaches de hoy llegaron por el mar, conducidos por los vientos y las corrientes del Océano Indico, procedentes de la Malaya, de Indonesia y de las Islas Polinesias. Trajeron consigo el arroz, el culto a los antepasados y un idioma más o menos común. Llegaron en pequeños grupos a lo largo de una época que bien pudo haber durado varios siglos, probablemente a principios de nuestra era; desembarcaron en diferentes puntos de la isla y formaron numerosos pequeños reinos separados entre sí por desiertos. Estos inmigrantes no formaron un pueblo unido, aunque deben haberse producido encuentros y mezclas como resultado de tentativas ambiciosas de dominio y movimientos de población en busca de mejores suelos. ¿Encontraron estos inmigrantes poblaciones más antiguas? ¿Conocieron a los legendarios Vazimbas? Nada se sabe y sería más prudente considerar a estos últimos como un primer grupo de inmigrantes, ya que no se conoce ningún resto de una civilización anterior o diferente que encontrarán los malayo-polinesios a su llegada. Esos navegantes conservaron sus tradiciones marítimas y organizaron expediciones de pillaje a las Islas Comoras y al Africa Oriental, de donde trajeron esclavos que vinieron a formar un nuevo elemento étnico, y animales como el cebú o buey de jiba y la gallina de Guinea que han conservado en la lengua malgache sus nombres indiscutiblemente africanos.

A estas inmigraciones orientales, se agregaron otras, sobre todo árabes, que trajeron consigo el calendario, numerosas prácticas religiosas, el Corán y el fetichismo. Fue sobre todo en la costa oriental donde esas influencias se hicieron sentir en mayor grado, es ahí también donde dejaron su huella los grandes aventureros europeos del siglo xvi: piratas, navegantes, naufragos... Pero las fundaciones europeas que se sucedieron del siglo xvi al xviii sólo tuvieron por objeto la conquista y la explotación y no dejaron ninguna influencia.

De la historia de los reinos malgaches se conocen varios episodios y hay que subrayar en particular: 1º) que hubo numerosas

tentativas de conquista, la más notable es posiblemente la de los Sakalavas a mediados del siglo XVIII que dominaron toda la costa oriental y organizaron un verdadero imperio; 2º) que en rigor de verdad, la población de Madagascar nunca ha formado un solo pueblo homogéneo, pues rara vez hubo fusión completa entre vencedores y vencidos; 3º) que las tribus o razas más importantes del siglo XIX y de hoy, no lo fueron antes—los Merinas en particular no desempeñaron ningún papel de importancia antes del siglo XVIII; 4º) que muchos de los acontecimientos notables, así como progresos materiales parecen haber tenido por causa, directa o indirecta, la acción de un extranjero—tal vez los portugueses hayan hecho la fortuna de los Tsimihity, mientras los árabes influyeron notablemente entre los Antaimoro.

A fines del siglo XVIII dos acontecimientos transformaron la historia de la Isla. Por un lado la extensión de una tribu: la Merina, y, por otra parte, la llegada de los europeos. Uno y otro acontecimientos están ligados, ya que gracias a lo que aprendieron de los europeos, los Merina acrecentaron su poder y, por estar éstos en pleno apogeo, los europeos se establecieron a su lado.

Los Merina fueron los últimos inmigrantes que llegaron del Océano Indico. No pudiendo ocupar la costa ya poblada subieron lentamente al altiplano donde se establecieron. Los Vazimbas, que ocupaban ya la región, aceptaron unirse a los jefes Merina que adquirieron, respecto de aquéllos, definitiva superioridad. La tribu Merina, hasta entonces dividida y poco numerosa, se unió bajo la autoridad de un solo monarca, se organizó administrativamente y se lanzó a la conquista de toda la Isla. Aquel monarca fue Andrianampoinimerina. Siendo rey de Ambohimanga en 1787 comprendió la importancia de Tananarivo—que era tan sólo un pequeño poblado—conquistó esta acrópolis y sus campos de arroz, los más vastos del país, instalando ahí la capital del reino y sometiendo a todos los Merinas. Su gobierno, organizado con medios rudimentarios, tuvo solidez. Andrianampoinimerina al conquistar organizaba; fue un genio analfabeta, que guió a su pueblo con sabiduría, con el prestigio de su autoridad y con alto sentido de justicia. Sus discursos o "kabary" son arengas, llenas de imágenes populares, de proverbios, y constituyen los cimientos de una reforma política y social, profunda y hábilmente apoyada en el culto a los antepasados. Con él se inicia la grandeza de los Merina y Madagascar entra propiamente en la historia universal.

Los señores feudales se convierten en simples administradores de sus dominios. La justicia y los impuestos son reglamentados. El prestigio de la monarquía crece, su autoridad es indiscutible. El rey

ejerce un dominio absoluto, pero paternal. Por principio establecido por él mismo, el rey es el único propietario de la tierra y distribuye arrozales en lotes capaces de alimentar a una familia. Otras tierras pertenecen a quienes las trabajan y los bosques son bien común. El trabajo agrícola es un deber social, a cambio de la protección del Estado; por el usufructo de las tierras, los súbditos pagan con faenas destinadas a la construcción de edificios de gobierno y de caminos o con servicio militar. El impuesto se puede igualmente pagar en arroz, según la importancia de los terrenos de cultivo. Se creó así un Estado fuerte, unido, rico y próspero, bajo el absolutismo del rey y que constituye el primer intento de una organización política y social en Madagascar.

De 1810, año de la muerte de Andrianampoinimerina, hasta el dominio francés en 1897, se pueden destacar los siguientes hechos: Radama I, hijo y sucesor en el trono de Andrianampoinimerina, fue un guerrero autoritario, de espíritu vivaz y abierto a las innovaciones. Acogió a los europeos, esperando obtener de ellos armamento y ayuda para transformar su país y proseguir la conquista de la Isla. Estos deseos reales fueron explotados tanto por los ingleses como por los franceses para sus fines de dominio. Radama I conquista nuevas tierras, somete reinos, como el de Tamatave, y toma el título de rey de Madagascar. Firma un tratado de comercio con Inglaterra y favorece al sargento francés Robin, de quien aprende el idioma y a leer y escribir. Abre las puertas a los misioneros, artesanos y obreros de Europa y envía un grupo de malgaches a aprender música occidental. En su corte prevalece un espíritu de despreocupación. El rey parece ignorar que su país se ha convertido en víctima de funestas rivalidades entre Francia e Inglaterra por ambiciones colonialistas de estas potencias.

A la muerte de Radama I, ocurrida en 1828, cuando sólo contaba 36 años de edad, asciende al trono su viuda que, con el nombre de Ranavalona Primera, reinó bajo el terror hasta 1861. Mandó asesinar a todos los parientes de su esposo, expulsó a los misioneros y cerró las puertas tanto a los franceses como a los ingleses. Fomentó un retorno a las tradiciones puramente malgaches y trató de liberar a su país de las ambiciones europeas, sin dejar por ello de favorecer a un francés, Jean Laborde, tipo muy hábil que sabe hacerse indispensable en todos los terrenos y que deja una honda huella en las realizaciones de la época. Tirana y severa, esta soberana lega, sin embargo, a la posteridad un código de 48 artículos y numerosas obras públicas.

Al morir Ranavalona Primera, su hijo y heredero al trono que toma el nombre de Radama II adopta una política completamente

opuesta a la de su madre: abre nuevamente las puertas del reino a los extranjeros, invitando a regresar a misioneros, comerciantes, arquitectos y artesanos. Firma un tratado de comercio y una alianza con Francia y de hecho se convierte en juguete de las potencias europeas empeñadas en la conquista de Madagascar. En 1863 el rey es asesinado y desaparece así el último soberano varón de la dinastía Merina. Le suceden en el trono tres reinas, Rasoherina y Ranavalona Segunda y Tercera, pero estas soberanas no gozan ya de poder ejecutivo el que cae en manos del Primer Ministro, Rainilaiarivony, a la vez consorte, por tradición establecida entonces, de la reina, de las tres últimas reinas de Madagascar.

Los cinco años de gobierno de Rasoherina no dejan ninguna huella, fuera de algunas construcciones que se deben al inglés Cameron. Su sucesora, Ranavalona Segunda adopta el protestantismo, que será desde entonces religión de la Corte y de los burgueses de buen tono. Libera a los esclavos africanos en 1874, establece servicios médicos gratuitos, reorganiza el ejército, firma un tratado de comercio con Alemania, envía embajadas a varios países, inclusive a los Estados Unidos de América, promulga un código de 305 artículos, inspirado en la jurisprudencia europea, y se esfuerza por todos estos medios de obtener el reconocimiento de la integridad y de la independencia de su país.

Pero el ejército francés ocupa Majunga en 1883. La reina reacciona con firmeza en contra de esta invasión y un mes antes de morir rechaza el ultimátum que le dirigen. Sin embargo, el trono que recibe la joven reina Ranavalona Tercera está amenazado seriamente y ella vencida de antemano. Ocupación francesa de parte del territorio, intrigas internas, rebelión en el campo, conducen al establecimiento del protectorado francés en diciembre de 1885, fecha en que se instala el primer "residente" francés en Tananarivo. La reina se somete; le otorgan, a cambio, la Gran Cruz de la Legión de Honor. A pesar de todo, se le acusa de falta de cumplimiento de las cláusulas del tratado de protectorado. Avanza nuevamente el ejército francés, y el Primer Ministro Rainilaiarivony, consorte real, es desterrado. Aparece el general Gallieni que domina por completo al país y a su reina, de quien se sirve por algún tiempo, manejándola a su antojo, para destronarla después y exilarla. En 1896 Madagascar es anexado a Francia y el general Gallieni nombrado Gobernador General de la isla.

En un país superficialmente sometido a la autoridad Merina, sin haber logrado aún la unificación que soñó Andrianampoinimerina, y sin cohesión interna, un hombre como Gallieni, prototipo del militar severo e implacable, no supo o acaso no pudo escoger

otro camino que el de imponer con brutalidad y sin miramientos su autoridad y la administración colonial.

La época colonial, que se inicia en esta forma, habría de durar hasta 1960, fecha en que es proclamada la independencia, después de 64 años de sometimiento durante los cuales, sin embargo, el país se organiza como estado moderno y surgen en Madagascar una conciencia nacional y un sentido de unidad o pertenencia común frente al invasor extranjero.

Durante la primera mitad del siglo xx no se manifiesta ninguna oposición a la presencia francesa, fuera del movimiento "Vy Vato Sakelika" (VVS) que es descubierto y sofocado en 1915, y que pretendió restaurar la monarquía Merina.

En 1942 desembarcan ingleses y gaulistas, pero esto no afecta las buenas relaciones entre la población autóctona y la europea. De este episodio sólo conservan los malgaches la imagen de terror que les produjo la presencia de las tropas zulúes llevadas por los ingleses.

Las corrientes de liberación que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial beneficiaron a Madagascar. La Carta de San Francisco y la conferencia de Brazzaville anuncian una nueva era en que se les ofrece a los pueblos sometidos al coloniaje una mayor participación en la gestión de sus asuntos. Promesa que levanta los espíritus y los anhelos de liberación e independencia de esos pueblos y que en Madagascar hace estallar un conato de rebelión en 1947, movimiento cruelmente sofocado y que costará la vida de 80,000 malgaches.

Se crea a partir de entonces una serie de instituciones que destinadas a "preparar" la transición a la vida administrativa independiente, en realidad retardan la independencia. Se dictan decretos que conceden mayor autonomía al país, se instaura una asamblea representativa con sede en Tananarive y una provincial en la capital de cada una de las cinco provincias. Es abolido el trabajo obligatorio, llamado de "prestación", y se redacta un código del trabajo de espíritu más liberal. Se llevan a cabo mejoras, principalmente a través del FIDES (Fondo de Inversiones para el Desarrollo Económico y Social).

Pero frente a esta lenta evolución hacia la vida plenamente independiente, crece el descontento general y se organiza un grupo, el MDRM (Movimiento Democrático de Renovación Malgache), encabezado por destacados intelectuales. En el interior del país una precaria situación económica, resultante de la guerra, con escasez de alimentos y de otros productos básicos; en el exterior la pérdida sensible del prestigio y de la influencia de Francia —que abandona el Líbano y Siria y conduce una guerra colonialista en Indochina—



Paissje del altioplano.



Las gargantas de Mananbolo.



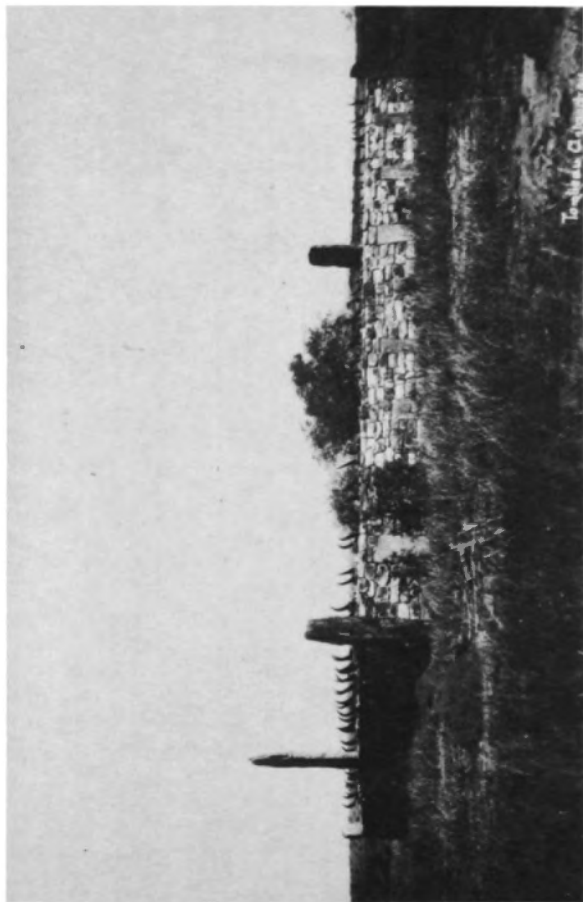
Costa oriental (tasandiana).



Llanura de Androsalona (altiplano).



Tumba ancestral.



Tumba de Antandroy.



Estela vatoloby.



Curandero.



El buey del sacrificio.



Danza de mpilados.



Muchachas makoa.



704

Mujer "comoriana" y casas en Atankara.



Bebé hova con su mamá.



Mujer betsileo con su bebé.

precipitan los acontecimientos y hacen que el malestar popular estalle en la sangrienta y fracasada rebelión de 1947, que dejó en la población, además de un saldo tremendo de muertos, un sentimiento de profunda amargura y de hastío por la política. Los líderes son condenados a muerte, se les conmuta la pena por la de prisión y se les convierte así en mártires y en símbolos de un nacionalismo combatiente.

Una nueva ley, dictada en 1956, marca la reforma decisiva en la política colonial francesa, ya que concede autonomía interna a los territorios de ultramar, otorgando mayores facultades a las asambleas territoriales, generalizando el sistema de colegio electoral único y el sufragio universal para los dos sexos. Si bien el poder ejecutivo sigue radicando en la persona del alto comisario francés, sucesor del gobernador general. Por primera vez se nombra un vicepresidente malgache: Philibert Tsirana, político sagaz que se destacó tanto como consejero provincial y representativo, como diputado por Madagascar en el Parlamento metropolitano. Sin embargo, todas estas reformas se detienen, hábilmente, en los límites donde podrían comprometer los intereses fundamentales de Francia. Analizando más detenidamente la situación de conjunto, se ve que siguen siendo de la incumbencia de la administración francesa: todos los puestos claves, servicios del Estado, relaciones exteriores, control de cambios, ejército, policía, seguridad, tribunales, finanzas, etc. O sea, que en realidad las reformas no son más que medidas a medias destinadas a retrasar la independencia.

En mayo de 1958 se reúne en el puerto de Tamatave, el Congreso de la Independencia, que agrupa a todos los partidos nacionalistas y reclama la independencia inmediata. Con la Quinta República Francesa, la "Comunidad" francesa reemplaza a la "Unión" y finalmente ante un fenómeno que no se puede ya detener: *el de la independencia*, el 14 de octubre de 1958 se proclama la República Malgache en el seno de la comunidad. La ley de anexión de 1896 es derogada y se adopta un acta constitucional que será reemplazada por la Constitución de Abril de 1959.

Fue electa una asamblea nacional, por sufragio universal, y para un ejercicio de cinco años. El senado se forma por miembros que son designados en parte por el gobierno y en parte electos por medio de un sufragio restringido. Es el Parlamento que elige al Presidente de la República que es a la vez Presidente del Consejo de Ministros, por siete años. El primer Presidente de la República Malgache será Philibert Tsirana, político hábil, astuto, de ideas moderadas, que ha sabido navegar entre partidos políticos, neutralizar la oposición y mantener relaciones amistosas con Francia. Su carrera

política se inicia en la época colonial, auspiciada por Francia: desde entonces su posición se ha ido consolidando cada día. El año pasado, acortando en dos años su primer período presidencial, convocó a elecciones presidenciales en sufragio universal y resultó electo presidente por una aplastante mayoría.

Madagascar ha iniciado su vida independiente con buenos augurios, sin convulsiones, ni desgarramientos, con estabilidad política. Estrechamente ligado a Francia, tanto en lo político como en lo económico, es sin embargo ya dueño y señor de su destino, hasta donde lo puede ser un Estado miembro de la comunidad moderna de naciones y recientemente liberado del yugo colonial. Sacar al país del subdesarrollo, liberarlo de la miseria, desarrollar sus recursos naturales, despertar y fortalecer una conciencia nacional; poseer una noción de patria, en el alto sentido de la palabra, un sentimiento de pertenencia común que acabe con rivalidades tribales o prejuicios raciales; adoptar la técnica moderna y formas modernas de organización, sin renunciar a su cultura tradicional... es tarea que corresponde al pueblo malgache. Pero, ¿qué es el pueblo malgache? ¿Cuáles son sus orígenes? ¿De dónde vinieron y cómo se ha integrado o se está integrando como nación?

Población. Los habitantes de Madagascar han permanecido mucho tiempo sin contacto con el exterior y forman una población aparte, difícil de definir y de clasificar, pero a la cual inmigraciones internas han dado cierto carácter de unidad.

Madagascar tiene poco más de 6 millones de habitantes. El crecimiento demográfico es sorprendente.

El malgache es una mezcla de razas, cuya proporción varía según las regiones y los individuos. El número de "poblaciones" malgaches, indebidamente llamadas "tribus" es de 13 a 20, cada una con su nombre y su región. Estas "poblaciones" no son sino un conjunto de clanes compuestos a su vez por familias numerosas que se reclaman un antepasado común y que se unieron al correr de las luchas o movimientos migratorios. Se dieron un nombre, sin por ello diferenciarse de los demás grupos ni por rasgos raciales marcadamente opuestos, ni por costumbres. Todas estas poblaciones son el resultado de mezclas de diversos elementos. El tipo malgache común y corriente es de piel oscura, de ojos rectos y pelo rizado, pero difiere bastante del tipo africano. Rakoto Ratsimamanga distingue dos tipos principales: 1) el tipo mongoloide, de baja estatura, piel amarilla, cabellos lacios, nariz recta y aplanada y cráneo braquicéfalo y, 2) el tipo negro-oceánico, de piel oscura, pelo crespo, nariz chata y ancha y cráneo subdolicocefalo. El primer tipo constituiría el 37% de la población y el segundo el 52%. Los Merina pertenecen en su

mayoría al primer tipo (indonesio); los Betsileo y la mayor parte de los costeros al segundo (melanesio), con aportes africanos europeos y árabes. Sin embargo, no se puede reducir el problema a términos tan simplistas y dividir la población en dos grupos opuestos: "Hova" para los de origen asiático y "Sakalava" para los de supuesto origen africano; o como suele hacerse también, definir el complejo étnico malgache como "el resultado de una mezcla de diversas razas negro-africanas, indo-malayas, negro-oceánicas, con aportes árabes, y fundidas a un elemento más antiguo, enigmático y legendario, los "Vazimba", que bien pudo haber sido pigmeo africano o asiático. Definiciones demasiado amplias y vagas y que conducen al mismo dilema, a la misma interrogación: ¿Africa o Asia? Sería más acertado hablar de diferentes tipos malgaches, teniendo en cuenta que ninguno de ellos es verdaderamente puro. Los malgaches, ellos, prefieren buscar sus orígenes en el Asia suboriental, refinada y culta, y reniegan de Africa.

Estas "poblaciones", ya se llamen en la Costa Oriental "Betsimisaraka" (los numerosos que no se separan) o "Antemoro" (los del litoral); y en el sur "Antandroy" (los de las espigas) o "Masi-kora"; y en occidente, "Sakalava" (gente de los amplios valles); o en el norte "Antankarana" (los de las rocas). Aunque se designen en el interior "Sihanaka" o "Benzanozano" (los de las numerosas trencitas); y en el altiplano "Merina" (los de las alturas) o "Betsileo" (los numerosos invencibles), la unidad de costumbres es evidente en toda la isla y la influencia indonesia preponderante. Existe un indiscutible parentesco con los pueblos del archipiélago indonesio y, en forma más amplia, con el grupo malayo-polinesio. Hay, en resumen, poblaciones malgaches diversas, tipos malgaches mejor dicho, pero un solo pueblo malgache con unidad que se manifiesta particularmente en sus creencias ancestrales, sus costumbres sociales y un idioma común, unidad que podría servir de base para crear un sentimiento de unión, de pertenencia común, una conciencia nacional que ayuden a vencer prejuicios raciales o rivalidades tribales.

Entre los malgaches la clase social y el color están estrechamente ligados, los nobles "Andriana" son los de tez más clara, y más alto rango social; les siguen luego los hombres libres u "Hova", de aspecto muy diverso, y finalmente los descendientes de esclavos "Andevo", "Mainty", de piel oscura, negra.

Creencias y ritos

EL islamismo no fue en Madagascar más que un episodio local y puramente litoral. Unos 300 ó 400 mil individuos forman la pobla-

ción musulmana. Por el contrario, el cristianismo, desde principios del siglo XIX, se ha extendido considerablemente. Hay más o menos igual número de católicos que de protestantes. El extremo sur y algunos poblados de la maleza siguen siendo paganos. Subsisten en general vestigios de las creencias de ayer.

Estas antiguas creencias carecen de precisión, los dogmas no han sido definidos. Como en toda sociedad primitiva, la religión no es una cosmogonía o un intento de explicar el mundo, sino un medio de asegurarse la existencia inmediata por medio de ritos en honor de potencias invisibles, omnipresentes y omnipotentes. Es una técnica de influencias místicas, íntimamente ligada y mezclada con las prácticas de la vida material.

El concepto de la divinidad es muy vago. El culto a los muertos y a los antepasados es de gran importancia. La "religión" malgache no tiene ni sacerdotes, ni templos, pero sí ciertos personajes, lugares u objetos que poseen carácter sagrado. El lugar sagrado por excelencia es la tumba colectiva, familiar. Las ceremonias del culto consisten en ofrendas y sacrificios de bueyes. Ofrendas y sacrificios van precedidos de una invocación. En los funerales se hacen visitas de pésame, ofrendas de dinero y un velorio. Ceremonias generalmente anuales se celebran en honor de los muertos de la familia o del clan, tales como el "Asa-fati" especie de confirmación de los funerales; o el "Famadihana", o volteo del muerto, ceremonia durante la cual se saca el cadáver, se le cambia la túnica o "lamba" que le sirve de mortaja; se expone y se le entierra de nuevo. Es como un segundo funeral en virtud del cual se transforma al difunto, al antepasado, en un personaje sagrado, que se puede invocar y que protegerá a los suyos, otorgándoles bienestar material o espiritual. Después se sacrifica un buey y se hace un festín, con música, para compartir con él un rato de alegría.

No en todo el país se celebran estos "volteos de cadáveres", pero sí otros ritos que revelan la misma actitud del malgache frente a la muerte, en relación con sus difuntos que son los jefes de la familia en el más allá y que han adquirido un carácter sagrado y casi divino.

En resumen, la religión malgache no presenta ningún carácter original o novedoso. Es práctica, social, sin impulsos místicos individuales, es más bien un conjunto de creencias paganas clásicas, con un acentuado culto a los muertos y prácticas de brujería.

Sociedad

UN hecho es particularmente importante, la sociedad malgache permanece dividida en grupos o castas que se mantienen encasilladas, que sólo raramente se interpenetran. Hay sentimientos racistas entre los miembros de una casta a otra, manteniendo también pocos contactos con la sociedad europea. Hasta las agrupaciones políticas son, con frecuencia, un asunto de familia o de casta.

Esta falta de homogeneidad ha impedido la formación de una clase social capaz de jugar un papel importante. Sin embargo, las antiguas castas privilegiadas ya no lo son ahora. Gracias a la enseñanza, muchos funcionarios surgen de familias otrora humildes, gente que antes no tenían acceso a la preparación, lo tienen cada día más; se han formado nuevas fortunas y se inicia en esa forma una lenta transformación o mejor dicho un movimiento de clases, aunque desgraciadamente no se ha logrado constituir aún un grupo humano coherente, una verdadera sociedad con un hondo sentido nacional, ni un medio intelectual que sea común a todos. Entre el intelectual y el pueblo, entre la gente preparada y la inculta hay un enorme abismo, siglos de distancia, que hacen imposible un diálogo o un intercambio. La cultura malgache que se pueda desarrollar en estas condiciones no tendrá nada de popular, será una cultura criolla de influencia francesa, reservada a una élite, que no podrá influir en los destinos de su pueblo. Es de esperar que con la independencia y la revalorización de las tradiciones nacionales, surja una cultura de acento nacional y se derriben barreras que frenan la evolución de la sociedad.

Aventura del Pensamiento

LA TEORÍA DEL ESTADO, DE HERMANN HELLER, Y OTRAS TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS

Por Manuel TUNÓN DE LARCA

SIEMPRE guardaré vivo el recuerdo del maestro Hermann Heller, presentado a los alumnos en nuestra aula de Derecho Penal por el maestro Jiménez de Asúa, a las pocas semanas de escapar a la persecución del "nazismo" en su patria. La Universidad Central intentó aliviar su destierro nombrándole profesor extraordinario. Heller continuó trabajando en España en su obra esencial, la *Teoría del Estado*. No le cupo la alegría de dar cima a su trabajo. La muerte, que ya le acechaba, truncó aquella vida fecunda el 5 de noviembre de 1933. Gerhart Niemeyer se encargó de ordenar los papeles y publicar la obra —incluso con los esquemas de trabajo redactados por Heller como borradores— limitándose tan sólo a redactar el apartado "El poder del Estado como unidad de decisión política", a base de las notas de Heller, y a añadir unas breves cuartillas sobre "el poder del Estado" que pertenecían a un trabajo que el autor dejó inédito.

De esta manera, la *Teoría del Estado*, de Hermann Heller, vio la luz, en su primera edición de lengua alemana, a fines de 1934. Al cumplirse los treinta años de aquel acontecimiento ha coincidido en nosotros el recuerdo, cargado de emoción, de aquel preclaro desterrado y la reflexión sobre el significado y alcance de su obra.*

Heller, partiendo de la realidad de su tiempo, significó la superación tanto del normativismo logicoformal como del tosco sociologismo natural. El hecho de postular una Teoría del Estado como "ciencia de la realidad" (aunque, naturalmente, se parte ahí de conceptos de Max Weber) anclada en la sociología, desarticulaba una serie de doctrinas precedentes que, si usamos una terminología familiar de hoy, hay que calificar de "escapismos" en lo que esto tiene de justificación indirecta —por omisión— de un orden fáctico. Heller fustigó a los que llamaba "apolíticos" —Gerber,

* La primera edición en castellano fue publicada por el Fondo de Cultura Económica de México en 1942.

Jellinek, Laband, Kelsen, etc.—, diciendo que habían creado una "teoría 'jurídica' del Estado que venía a parar en una teoría por la teoría, por cuya necesidad nadie se preguntaba y para la cual nada podía encontrarse tampoco en la realidad que la hiciera precisa".

El Estado, para Heller, ha de ser concebido como *una estructura en el devenir*, captado en el tiempo histórico-concreto, comprendido en *sus más amplias conexiones*. La sociedad civil es, según Heller, "una sociedad de clases cuya unión se mantiene mediante el predominio de una de ellas...". Y añade, refiriéndose a la realidad social de su tiempo: "La sociedad capitalista de clases no se caracteriza, como se dice, por el hecho de que en ella el 'débil' Estado se abstenga de intervenir en la vida económica. Tal idea pertenece al arsenal de las ideologías encubridoras. Pues se trata justamente del Estado que despliega a la vez, en la época clásica del imperialismo, una potencia hasta entonces desconocida".

En una época en que todavía no se ha impuesto el "keynesismo", cuando va a intentarse el "New Deal" rooseveltiano, conviene destacar la visión premonitoria de Heller al decir: "El verdadero lema de la sociedad civil no es, en modo alguno, la ausencia de intervención, sino la movilización privada del poder estatal para una poderosa intervención en el campo económico".

Sin embargo, la realidad del Estado y de la sociedad ha sufrido las suficientes transformaciones en estos últimos treinta años para que sea necesario plantearse el desarrollo de la Teoría del Estado. ¿Qué ha pasado en el mundo en estos tres últimos decenios para que aportaciones como las de Heller y otros pensadores necesiten, si no el relevo, el refuerzo de una continuada comprensión de la compleja realidad sociojurídica del Estado y de sus conexiones?

No estaría de más echar una leve ojeada retrospectiva para mejor situar nuestro tiempo. Veremos así que, desde que declina el siglo XIX, cuando en los Estados más importantes ("Estados-piloto" diríamos) las clases en el poder no tienen necesidad de una ideología de exaltación, ni de justificar metajurídicamente el poder, los pensadores se consagran, en su mayoría (hacemos ahora abstracción del que se desgaja de su clase) a la teoría estrictamente jurídica, al estudio de la *legalidad*. Esta idea, que en el positivismo rechaza toda noción de derecho al margen de la norma dictada por los órganos del Estado, acabará luego con Kelsen, a base de la dicotomía kantiana de ser-deber ser, en un formalismo que identifica ordenamiento jurídico y Estado, expulsando de la teoría los *hechos*, que se consideren metajurídicos. El edificio del Estado se queda, pues, sin el suelo en que afincan sus cimientos, sin el cielo en que despunta su techo, la *Grundnorm*.

Si como ideología estas tesis corresponden a una estructura que empieza a no cuadrar con el devenir real de la sociedad, hay que señalar también que, como explicación, corresponden a un momento dado en el desarrollo sociopolítico de las comunidades nacionales de la época. En efecto, la doctrina del Estado liberaldemócrata y su tesis de la representatividad, encajan técnicamente en una época en que todavía no se ha producido la gran "explosión" demográfica, en que la gran aglomeración urbana-industrial es aún la excepción, en que el partido político que no es todavía de masas tiene mucho de "club" o de red de comités, en que la prensa política —fenómeno aún de minorías— es expresión de opinión más que función de formar la misma... se trata, en suma, de un mundo que todavía es "pequeño", en que las relaciones entre gobernantes y los sectores de gobernados que tienen conciencia de su relación son relativamente más fáciles y directas porque no implican un fenómeno multitudinario.

Entre 1880 y 1910 se produjeron grandes cambios en la vida económica y social, que no vamos a reseñar ahora. Bástenos con recordar la concentración y "masificación" de la producción —con sus implicaciones de nuevas estructuras demográficas—, el conflicto latente entre las grandes potencias económicas y estatales por un nuevo reparto del mundo, la transformación de los partidos y sindicatos obreros en entidades de masa y, en el orden ideológico, la aparición, como fenómeno general de clase (antes reducido a una exigua minoría), de la necesidad de *cambio* (en el orden social, lo que naturalmente lleva implícita la puesta en tela de juicio de la legitimidad del poder estatal establecido).

Ante estos fenómenos, el mecanismo del Estado liberal de democracia parlamentaria (pura o atenuada por una serie de frenos) empezó a mostrar sus imperfecciones. El paternal "Estado guardián nocturno" se reveló como el instrumento de poder de un sector de la sociedad sobre los otros, desde el momento en que la nueva tensión entre esos sectores o clases hizo crujir —como luego haría estallar— el andamiaje normativo de un Estado que había sido llamado de derecho. El liberalismo, es decir, el reconocimiento de los derechos del sector discrepante, terminaba allí donde empezaban a estar en peligro los intereses esenciales de la clase dominante. La Teoría general del Estado de Derecho había sido concebida para la práctica politicoestatal según unas normas referidas a valores, según unas ideas-marco sobre la justicia, la propiedad, la moral y, en general, las relaciones humanas. Desde el momento en que una parte de la sociedad contraponía a esas normas otros proyectos de normas que se refieren a una escala distinta de valores, los que

se identifican con el Estado estiman que los otros, los discrepantes, "han roto la baraja". Y, en consecuencia, empiezan a "jugar con las cartas marcadas". Ese juego viciado puede ir desde el reforzamiento del Ejecutivo —actuando por una Administración que escapa al control de la mayoría—, las leyes electorales *ad hoc*, la presión sobre los instrumentos de información y de difusión de ideas, las cortapisas a las organizaciones de poder situadas entre Estado e individuo, etc., hasta la ruptura del orden legal-constitucional por grupos que personalizan el poder o parte de él (golpe de Estado). La *Constitución real* o "relaciones reales de poder", según Heller, se impone a la *Constitución escrita*.

La reacción primera de la ideología¹ dominante es la de eludir todavía más el problema: separar la estructura formal de su sistema normativo, de toda realidad social y de toda proyección hacia valores.

Sin embargo, esa expresión ideológica se revela insuficiente cuando se quiere crear una nueva normatividad para consagrar —y legitimar— una nueva relación de poder. Viene la quiebra, del liberalismo primero, de la democracia formal clásica después. Aparecen los regímenes fascistas.

Si hubiera que personalizar en algún teórico eminente esta toma de posición, no cabe duda que su expresión más relevante es la de Karl Schmitt. Esta posición está inserta en un vasto movimiento filosófico antirracionalista (o de desprestigio de la razón, si se quiere) y no es sino su adecuación a la Teoría del Estado. Para justificar nuevas formas del poder hay que hacer añicos las explicaciones racionales del mismo. Schmitt pone de relieve la *existencialidad* frente a la *normatividad*. Al poner la esencialidad de lo político en el acto de decisión, Schmitt concibe la Constitución como decisión y en modo alguno como normación. Por el camino de la formación del Derecho por el Poder (y no viceversa) y de la personalización de éste, va deslizándose, en la lucha contra la República de Weimar, desde la justificación de una dictadura del Presidente del Reich, hasta la justificación del hitlerismo. Para ello hay que romper todos los ligámenes entre el Estado y la Moral; para Schmitt, la doctrina de la razón de Estado, reflejo de la "técnica objetiva" del Estado moderno, está más allá de la diferencia entre lo justo y lo injusto. En *La noción de lo político* Schmitt ha establecido que es esencial al Estado la distinción a hacer entre amigo y enemigo, tesis que

¹ Usamos repetidas veces el término Ideología "como sistema de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos, según el caso) dotado de una existencia y de una función histórica en el ámbito de una sociedad", definición empleada por el filósofo francés Louis Althusser.

lleva a la aceptación de estado de guerra permanente, primero en el interior, luego en el exterior.²

Todo esto es de sobra conocido para que tengamos que detenernos más en ello. En cambio es oportuno recordar la crítica severa de Herman Heller a las posiciones schmittianas:

Finalmente, Karl Schmitt ha arreglado estas doctrinas (las que vienen de la línea Pareto-Sorel-Spengler) para el fascismo alemán, estableciendo como categoría fundamental de lo político, la oposición amigo-enemigo, debiendo ponerse el acento en el concepto de enemigo, que debe estimarse "como algo esencialmente distinto y extraño" y a quien, en caso de conflicto, hay que exterminar.

En toda la obra de Heller hay una constante referencia crítica a la doctrina irracional schmittiana de exaltación del Poder, "que podrá ser teología política, pero no es, evidentemente, Teoría del Estado".

Por eso, resultan algo fuertes y me atrevo a decir que desprovistos de pudor, algunos paralelismos que hemos leído entre Heller y Schmitt. Verdad es que ambos reaccionaron contra el formalismo, pero lo hicieron de manera muy diferente. Heller intenta comprender el fenómeno estatal en su totalidad real en movimiento; Schmitt, destruye la teoría jurídica del Estado, rompe las amarras con la Moral, pero no para comprender, sino para intuir unas esencialidades de lo político, que reflejan con suficiente nitidez la transmutación ideológica del fenómeno fascista entre el tercero y cuarto decenio de nuestro siglo. "Han roto, ellos, la baraja", pero Schmitt viene a decirnos que había que hacerlo así (no dice que "eso es lo bueno", porque prescinde del juicio de valor, pero, quiéralo o no, en su doctrina —como en toda ideología— va implícita una referencia axiológica).

Cuando se publicó la *Teoría del Estado* de Hermann Heller, sus restos descansaban ya bajo tierra en España. Al mismo tiempo, casi exactamente, Karl Schmitt escribe un ensayo *El Führer protege el Derecho*, en el que se dicen cosas como esta: "El Führer protege el Derecho contra el peor de los abusos, cuando a la hora del peligro, en virtud del mando, de su cualidad de señor de la justicia,

² "Un mundo del que se hubiera eliminado la posibilidad de la guerra —dice SCHMITT—, en el que se hubiera creado una tierra pacífica, sería un mundo del que habría desaparecido esa oposición amigo-enemigo; un mundo así sería un mundo sin política".

Sumamente interesante es también su tesis de que el Partido o Movimiento (*Bewegung*), es el "corazón del Estado" (*Reich*), "portavoz del espíritu nacional", en su obra, *Staat, Bewegung, Volk*.

crea inmediatamente el Derecho". Para más precisión, se trataba de justificar las matanzas del 30 de junio de 1934. Véase por qué me parece un poco fuerte el paralelismo.

La ruptura con la Teoría general del Estado de Derecho había sido antes realizada por teóricos del fascismo italiano, como Gentile y Costamagna, pero se perfecciona en los años treinta. Ellos crearon la doctrina del Estado totalitario, la del partido identificado con el Estado como su idea y voluntad, la de que "el Estado condiciona el Derecho y no a la inversa", etc. Los italianos no rompen formalmente con la Ética, sino que construyen una moral transpersonalista (Gentile unifica Ética y Derecho como dos momentos de la Voluntad) en que la persona humana se subsume (aniquila, de hecho) en el Estado.

Gran parte de estos fenómenos no podrían comprenderse sin tener en cuenta que desde fines del segundo decenio del siglo el orden de relaciones de producción existente fue cambiado por un nuevo poder político que había creado una nueva legalidad basándose en una legitimidad revolucionaria, de clase. Es innegable que la creación de una "legalidad socialista", referida a una Constitución como norma fundamental, tenía en este caso una fuerte carga valorativa. Sin embargo, los primeros que intentan una Teoría del Estado, para aplicar a la realidad soviética la concepción marxista del mismo, no van más allá de un sociologismo (o socioeconomismo) elemental, que ve en la organización estatal un reflejo directo de las relaciones de producción. Es el caso notorio de Pashukanis: dominado por la lucha contra el formalismo jurídico, identifica las categorías jurídicas con las relaciones económicas que están en su base. Otros, por el contrario, abstraen el concepto de clase del Derecho hasta hacer de él un simple acto volitivo que se desvincula de sus condicionantes socioeconómicos. Así, Vichinsky escribe en 1938 que "El Derecho es el conjunto de normas que expresan la voluntad de la clase dominante, legislativamente establecidas, así como de costumbres y reglas de convivencia sancionadas por el poder estatal, cuya aplicación y garantía residen en la fuerza coercitiva del Estado...".

El Estado es, para Vichinsky, la expresión directa de la voluntad de la clase dominante. Pero omite que esa voluntad se forma dentro de unas relaciones sociales precisas a las que está vinculada una ideología, con sus valores específicos, a los cuales se refieren las normas que aplica el Estado y respalda con su fuerza coactiva. Como ha señalado Humberto Cerroni, "Vichinsky agota el Derecho en la 'superestructura' postulando la socialidad de la norma como meramente extrínseca [y] Pashukanis agota el Derecho en la 'es-

estructura' faltándole el esclarecimiento de la especificidad normativa del Derecho".³ Sin embargo, la tesis de Pashukanis de que el Derecho no está sólo en la mente de los juristas sino en una realidad histórica paralela, no sólo tenía mayor valor polémico en la época, sino que estaba exenta de los peligros de la tesis voluntarista. La concepción de Vichinsky respondía al voluntarismo staliniano (que se manifestó también en otras esferas del saber) y no es extraño que sus consecuencias prácticas fuesen la anulación del Estado socialista de Derecho por la voluntad del poder.

En ambos casos no se realizó la síntesis dialéctica de hechos y valores. Como ha recordado el profesor Poulantzas, si la concepción marxista postula el primado de lo real-material sobre lo real-ideal, no limita el campo de lo real a la materialidad.⁴ Luego, la norma, aunque perteneciente a la ideología, no deja de tener realidad. Para Cerroni la cuestión reside también en "recuperar las dos grandes tradiciones del pensamiento moderno, la normativa y la sociológica; tomar por un lado lo que el Derecho tiene de ordenación ideal de la sociedad mediante normas, y por otro... una ordenación *positiva* históricamente determinada por relaciones sionaturales..."⁵ En ese sentido creo puede fincarse la definición que Poulantzas intenta de lo juridicoestatal como "conjunto axiológico normativo *específico* orientado, mediante la represión del Estado a la explotación de las clases oprimidas por la clase dominante".

Han pasado treinta años. El mundo ha conocido durante ellos mayores transformaciones que en largos siglos y ha sufrido la mayor de las guerras. La ordenación de las relaciones de producción ha dejado de ser unívoca; decenas y decenas de países que han accedido a la independencia tienen sus respectivos Estados —o se manifiestan como tales Estados—; la concentración de la producción, las transformaciones tecnológicas verdaderamente revolucionarias, la "explosión" demográfica, la creación de vastas zonas de mercados, la planificación y la programación, la tendencia hacia la "socialización" refrendada por la misma Iglesia, el crecimiento de las grandes urbes y la inversión de proporciones entre la población dedicada a la agricultura y a la industria y servicios son, entre otros muchos, hechos de gran alcance que han modificado las relaciones sociales (y entre ellas la estructura y funciones del Estado), se han traducido en nuevas representaciones conceptuales del mundo —ideo-

³ HUMBERTO CERRONI: *Marx e il diritto moderno*. Roma, 1962. p. 147.

⁴ NICOS POULANTZAS: ensayo sobre el "Estado y el Derecho" en el número especial de *Les Temps Modernes*, París, agosto-septiembre, 1964.

⁵ H. CERRONI, *ob cit.*, p. 151.

logías— que a su vez actúan sobre el comportamiento de los hombres, de las clases y de los grupos humanos.

Desde la perspectiva de 1965, surge la incitación de contrastar la aportación de Heller —esencial en su tiempo— con las nuevas actitudes y aportaciones y, siguiendo su método, con la realidad estatal de nuestros días.

Heller, al estudiar los supuestos históricos del Estado, va explicando cómo en la formación del Estado moderno entran esencialmente la formación de un ejército regular, la organización de la Hacienda pública, la administración de justicia, el sistema impositivo, etc., representando todo ello una burocracia, las comunicaciones, etcétera.

El Estado aparece justificado "por el hecho de ser una organización de seguridad jurídica", pero el Estado no puede cumplir su función social sin un hacer positivo. La progresión ininterrumpida de lo que se estima como servicio público y la exigencia de los derechos sociales (al trabajo, a la enseñanza, a la asistencia, etc.) fueron ampliando funciones y estructuras, que no podían limitarse a ejército, policía, tribunales, cárceles y agentes del fisco y representantes diplomáticos. La naturaleza del Estado es hoy mucho más compleja que en 1933. Y ello no sólo en aquellos países en que el Estado posee, administra o controla la totalidad o una parte importante de los instrumentos de producción y de cambio, sino en todo Estado de cualquier signo y sistema social. La multiplicación de funciones ha ido exigiendo la correlativa multiplicación de órganos, hasta el punto que puede hablarse de una naturaleza distinta del Estado de nuestros días. El Estado de nuestro tiempo, y más concretamente en los países occidentales (aceptemos, momentáneamente, esta impropia definición geográfica que hace del Japón un país "occidental") desarrollados, cumple, desde luego, las funciones de crear y garantizar la aplicación de las normas jurídicas, de garantizar el orden de la comunidad en el interior y la defensa hacia el exterior, de asegurar unos servicios públicos ya tradicionales (comunicaciones postales y, en cierto modo la enseñanza, la sanidad pública), pero además cumple toda una serie de funciones *asistenciales* que se derivan de los derechos sociales: desde las instituciones tradicionales de asistencia hasta la seguridad social. Decide igualmente el Estado todo lo que se refiere a moneda y medios de pago, la regulación del crédito y del comercio exterior (aunque sólo sea por el control de divisas); el Estado es, por lo menos, empresario de algunas empresas de interés nacional, pero comúnmente de muchas más (de producción, de transporte o de cambio), cuando no es que colabora en empresas de carácter mixto. En muchos Estados

surge la programación económica (también llamada de "planes indicativos"). Todo ello supone la existencia de órganos de decisión en planos de la vida social, sobre todo el económico, que otras veces quedaban fuera de la órbita estatal. En fin, el Estado tiene hoy servicios llamados de información —que, inevitablemente, adquieren en ocasiones el carácter de propaganda—, amén del control directo o indirecto de agencias de prensa, de emisiones de radio y televisión, etc., etc. Es indudable que el poder decisorio del Estado ha extendido considerablemente su radio de acción, en unos casos con carácter exclusivo o de monopolio, en otros en colaboración con órganos de administración local, organismos sociales intermedios, empresas de carácter privado, etcétera.

Obvio es añadir que en muchos jóvenes Estados, que no tienen carácter socialista, pero que se están estructurando en condiciones completamente nuevas, la tendencia que podríamos llamar de *socialización* no hace sino extender y reforzar el poder decisorio del Estado. El subsuelo sociológico sobre el que se construye el Estado —o el *solar*, para emplear una expresión más castiza— es determinante en la naturaleza del mismo. De ahí que en este mundo en que vivimos haya hoy Estados de naturaleza diferente que difícilmente podrían encajonarse en una definición común *passé partout*, so pena de limitarnos a definiciones de carácter formal.

La misma naturaleza del Estado contemporáneo reitera la vacuidad de lo que se ha llamado tradicionalmente "la división de poderes". En primer lugar, se habría tratado en el mejor caso de la "fragmentación del poder" o de una división en las manifestaciones externas del poder, ya que difícilmente podía concebirse que el Estado no fuese Poder, sino poderes. En segundo lugar, la extensión creciente de los poderes discrecionales de diversos órganos administrativos (en parte —pero sólo en parte— derivada de la complejidad de funciones estatales), la generalización del empleo de plenos poderes, leyes—cuadro, decretos—leyes, etc., ha mostrado históricamente la inanidad de tal división de poderes. Y no hablamos, para no hacernos demasiado extensos, de la ruptura de ese equilibrio de distintos poderes por transgresión no sancionada de la norma general de Derecho: transgresión de los derechos de la persona humana por órganos de seguridad, los llamados "servicios especiales", los cuales han creado, en casos que todos conocen, incluso conflictos de orden internacional no decididos ni tan siquiera deseados por los órganos estatales de carácter representativo (se podría escribir una obra de varios volúmenes con documentación sobre el particular); la actuación de los grupos de presión sobre órganos de gobierno, de legislación, de administración, etc.

Hay que tener la valentía intelectual de arrumbar los viejos esquemas y de replantearse la cuestión, pero no para hacer todavía más irrefrenable el poder del Estado (y menos aún de "un Estado en el Estado") sino, para ir más allá que Montesquieu, no con arreglo a la realidad social del siglo XVIII, sino con arreglo a la del último tercio del siglo XX. El Estado no es un simple aparato físico de dominación de clase, ni tampoco un orden normativo ideal. Es todo eso, pero seguramente es también mucho más.

En un sugestivo ensayo,⁶ Humberto Cerroni se enfrenta con el problema:

Solamente un simplismo —dice— que compensa con su facilidad, su impotencia y esterilidad científica puede hacer creer que el Estado sea solamente un conjunto de cárceles, cuarteles y oficinas de policía manejados por la astucia interesada de la clase dominante. En tal caso sería más que un "producto social", una invención, o por lo menos, un instrumento manejable a capricho de los gobernantes, en vez de un organismo cuya regularidad es histórico-social y objetiva (y por consiguiente, científicamente comprobable). Dentro de esa regularidad está como característico del Estado moderno, el ser una *forma de unificación* de la sociedad disociada, una unificación abstracta (una comunidad *ilusoria*) es, sin embargo, algo que no se identifica inmediatamente con la coacción y con la fuerza. Para decirlo brevemente, el Estado moderno no es solamente el poder de coacción del policía, sino también un sistema de normas; no es tan sólo la fuerza, también es la regulación normativa, ideal, de la sociedad. . .

Habría que añadir que el Estado no es tampoco un repertorio de instrumentos de coacción porque en su naturaleza contemporánea no puede concebirse —a diferencia del Estado del siglo XVIII— sin la regulación y la aplicación de una serie de funciones mínimas de la vida economicosocial, sin la prestación de un mínimo de servicios. Naturalmente, esas funciones económicas, sociales y asistenciales son cognoscibles en su doble realidad de *poder decisivo* y de *regulación* de relaciones sociales. No por eso deja de reflejarse la dominación de clase en ambos aspectos: no descubrimos nada recordando lo que puede ser un plan "indicativo y concertado" (con los oligopolios), el sentido que puede adquirir esta o aquella política fiscal y las relaciones del Estado como primer cliente —y a veces como proveedor— de grandes empresas cuasimonopolistas. Otro tanto puede decirse de como se regule el mercado de la fuerza

⁶ H. CERRONI, "La vía democrática e la conquista del consenso", en *Rinascita*, 2 de noviembre de 1963.

de trabajo o de la tan traída y llevada "política de rentas", destinada a encuadrar previamente la aspiración sindical-obrera en el marco general de una política concebida para mantener un orden existente basado en la obtención del máximo beneficio privado posible. Los ejemplos podrían seguir hasta el infinito.

Sería, no obstante, un grave error interpretar toscamente esa tendencia de clase. Para remitirnos al ejemplo más elemental, nadie ignora que la legislación del trabajo, la seguridad social, las vacaciones pagadas, etc., no han sido otra cosa, consideradas en su globalidad histórica, sino actos normativos del Estado impuestos, a través de un intrincado juego dialéctico, por clases en situación de dominadas. En lo que tiene el Estado de referencia unitaria, en su eventual permeabilidad (posible o imposible, según las circunstancias históricas concretas) a las clases que no tienen su hegemonía, puede crear normas que no reflejen exactamente esa hegemonía.

Se puede objetar lo antedicho utilizando el argumento de que lo esencial del Estado es el poder nudo de dominación, y lo adjetivo es la mayor o menor extensión de ese poder a esferas de la vida social. Sería esa una manera de razonar que prescindiese de la realidad concreta histórica. Si nos atenemos a su sustrato sociológico, lo que podemos diferenciar es *lo permanente* y *lo accidental* en el Estado. Pero ello nos obliga a volver a Heller, porque lo que en puridad plantea es el *problema del Poder*.

Heller dice: "los errores más extendidos del pensamiento político proceden de que se confunde el núcleo de poder que realiza positivamente el poder estatal con el Estado mismo". Recuerda que este sofisma es la base de la confusión entre Estado y gobierno y, para mayor claridad, recuerda igualmente que *el Gobierno que está en el poder intenta siempre desacreditar a sus opositores calificándolos de enemigos del Estado*. Distingue Heller en toda organización la cuestión del poder objetivo *de* la organización, de la del poder subjetivo *sobre* la organización y la del poder subjetivo *en* la organización. La segunda se refiere al "soporte del poder de la organización, al poder que decide sobre el ser y la forma de la organización", que "puede hallarse dentro de la misma pero también encontrarse fuera". Lo brillante de este razonamiento no creo que nos permita seguir a Heller en su criterio de que el Estado no puede identificarse con la clase dominante sino que, en todo caso, ésta pudiera tener el poder *sobre* el Estado. Si este poder decide de la forma y el ser de la organización (el Estado), de él depende su esencialidad historicoconcreta. Por otra parte, nadie puede hoy confundir el poder *sobre* el Estado con el gobierno ni con la representación legislativa. Los gobiernos y los representantes pasan mien-

tras que los hombres que tienen las palancas de la administración ("les grands commis de l'Etat") quedan. La tecnificación, la hipertrofia de los expertos, la ampliación del radio de acción del Estado no han hecho sino aumentar el poder *sobre* la organización de este grupo de hombres que no tiene carácter representativo, que no es nombrado por vía electiva. Por eso el conocimiento de la inserción social, de las relaciones sociales y de la ideología de ese grupo de hombres se ha hecho imprescindible para la teoría de la realidad estatal de nuestro tiempo. Es de sobra conocida la aportación que sobre el particular hizo C. Wright Mills con *La élite del poder*. Porque aunque este tema nos lleva de la mano al de la burocracia —pavoroso problema de la realidad estatal contemporánea de todo signo social— no se puede confundir la élite del poder con la burocracia.

Aunque sin rechazar el conocido aserto de Max Weber de que "el ejercicio diario de la autoridad estatal está en manos de la burocracia". No puede limitarse la cuestión a ésta. La burocracia es una cuestión, según la clasificación helleriana, del poder subjetivo *en* el Estado: "la jerarquía de los que ejercen, actualizan y aplican el poder". Como señala Lipset, el aumento de poder de la burocracia centralizada actúa en razón inversa de la democracia. Ello es tan verdad como que aquella desmiente con demasiada frecuencia la realidad de un Estado de Derecho, relegado al dominio de la ilusión. Pero la cuestión aquí es otra, aunque enlace con la del burocratismo. ¿Cuál es el poder de los hombres y grupos, que ejercen un poder decisivo en ocasiones diferente al del gobierno y, más aún, al de los representantes electos y que lo ejercen por mucho más tiempo, aunque según las normas jurídicas su designación dependa del gobierno? El lector conoce lo suficiente la historia más reciente para recordar algunos *coups montés* por ciertos servicios que han colocado a sus gobiernos en situación embarazosa. Otro aspecto aterrador de ciertos órganos ha sido revelado, aunque sólo en parte, tras el asesinato del Presidente Kennedy. Menos conocidas son decisiones tomadas en despachos casi ignotos que marcan la pauta de la vida social, como inversiones públicas, cambios de tarifas de servicios públicos, del tipo de descuento bancario, etc.⁷ Para que este poder *sobre* el Estado exista se necesita, eso sí, el desarrollo a ultranza del aparato burocrático, la exaltación de su espíritu, etc. El desarrollo de la burocracia centralizada del Estado es el "campo de cultivo" de las élites del poder. Pero éstas no ejercen su hegemonía tan sólo a base de una estructura sino también de una ideología: la conocida mixtificación de presentar como

⁷ H. AZEAV, *Le piège de Suez*. Paris, 1964.

intereses nacionales los de un grupo o clase, la explotación de la hipersensibilidad creada por un clima de política de bloques y guerra fría, el empleo de "técnicas psicológicas" que constituyen una auténtica violación de conciencias, forman parte de la ideología consustancial al ejercicio de esa hegemonía del poder. El norteamericano Fred J. Cook ha presentado un *dossier* impresionante sobre el poder de las grandes empresas dedicadas directa o indirectamente a la producción de guerra y sus vinculaciones con jefes militares, diplomáticos y "modeladores" de la opinión pública.⁸ En el plano ideológico André Groz, ha explicado también con suma lucidez, el proceso que comienza en "la sospecha" (ser considerado sospechoso en una sociedad enajenada) y que termina en el aniquilamiento del hombre, en su exclusión del todo social.⁹ Esta técnica ha encontrado máxima expresión en el hitlerismo y en el stalinismo, pero sería imperdonable frivolidad la de creer que es diferente a la empleada en otros Estados por esas élites ocultas del poder.

En nuestros días, la Teoría del Estado tiene que plantearse inexorablemente la cuestión de su realidad pluridimensional, superando definitivamente el normativismo formal y el sociologismo vulgar. Pero también exige el conocimiento de los centros de poder y decisión; de su relación con las clases y fracciones de clase, con los grupos organizados que aspiran al ejercicio del poder (partidos) o a influenciar el poder (sindicatos, organizaciones patronales, otras asociaciones) sin olvidar el problema de los órganos interestatales —sobre todo los de carácter económico— y de los correspondientes grupos de presión que actúan sobre ellos. Este conocimiento no es puramente especulativo, sino que debe fundamentar la comprensión de los nuevos bloques y alianzas sociales de poder, que sean capaces de abrir nuevos horizontes al Estado contemporáneo.

En suma, esta Teoría del Estado debería reflejar la realidad estructural de nuestro tiempo (demografía, producción, clases sociales, nivel técnico, medios de información y comunicación, etc.) para replantear el tema de la democracia.

Sin embargo, la más elemental pulcritud intelectual exige tener en cuenta otras concepciones que hoy tienen vigor en el plano de las ideas.

Hay, en primer lugar, la supervivencia del irracionalismo, que sigue representando, por ejemplo, Karl Schmitt, debelador de lo que llama "tiranía de los valores", y que traslada al plano internacional (o, más exactamente, planetario), la tesis de la distinción

⁸ *The Warfare Stat.* New York, 1962.

⁹ ANDRÉ GORZ, *La morale de l'histoire.* Paris, 1959, pp. 72 y ss.

en amigo y enemigo. Tesis como esa han seguido nutriendo a los mal llamados teóricos de "la guerra revolucionaria o antirrevolucionaria", a los ideólogos de "cruzadas", para colmar el nihilismo moral de una anacrónica resistencia a la descolonización. Todo eso puede ser muy grave en la política empírica (cuando el asesinato de Kennedy, el mismo Johnson creyó, según ha dicho después, que "se trataba de una vasta subversión inspirada por el extranjero", una "conspiración mundial") pero no tiene nada de científico. Puede y debe ser estudiado como una de tantas manifestaciones ideológicas.

En segundo lugar está la tesis de una necesidad del reforzamiento del Poder Ejecutivo. Sin duda, no es nueva y la argumentación en su favor ha consistido siempre en la creciente complejidad de las funciones del Estado y en la ineficacia de la máquina parlamentaria. Esto es, al comprobarse la inadecuación del Estado liberal parlamentario a la realidad contemporánea, no se piensa en buscar otras vías a la participación popular en el poder, sino que se le extiende o poco menos certificado de defunción. Lo curioso de los modernos defensores del Ejecutivo —algunos tan prestigiosos como Maurice Duverger—, es que proponen un Ejecutivo fuerte "como contrapeso necesario a los grupos de presión", así como para asegurar la gestión de una economía mixta en que tiene gran peso el capitalismo de Estado. El conocido periodista Jean-Jacques Servan-Schreiber (divulgador, de hecho, de las tesis de Duverger) ha escrito que el "jefe es hoy ante todo una necesidad imperiosa de la sociedad moderna", porque, según él, frente a los "barones" de las grandes firmas industriales y financieras "hace falta un rey".¹⁰ La verdad es que ese género de razonamientos sólo se explica por necesidades de "hacer simpática" una política; pero, aparte de que esos "jefes" o "reyes" no son nada sin una poderosa burocracia y de que permiten la floración de todas las "élites de poder" irresponsables (porque escapan a todo control salvo el suyo, en el supuesto optimista de que ese jefe incorruptible lo ejerza), está todavía por ver en la historia contemporánea, que uno solo de esos jefes, si no ha recurrido al apoyo activo y organizado de sectores de la sociedad, haya sido otra cosa que un cómplice o una víctima de esos "barones".

Una tercera posición muy en boga es la del imperio de los técnicos de los expertos, que corre parejas con la pretendida o real despolitización de la mayoría de la población. Este punto de vista que arranca en nuestros días de las concepciones de Burnham sobre "la era de los *managers*" ha adquirido singular difusión. Cultural-

¹⁰ *L'Express*, Núm. 697, 1964. Paris.

mente es una renuncia más a los valores. Como dice Enrique Tierno Galván "el experto no aplica concepciones del mundo... , aplica la eficacia... Un intelectual opera desde concepciones del mundo o desde valoraciones morales. El experto no".¹¹ En cuanto al técnico "no tiene la responsabilidad de la eficacia". Jurídicamente, el experto y el técnico no son representativos y escapan al control popular; sus atribuciones discrecionales suelen ser muy importantes. Políticamente, son los instrumentos del jefe o de la minoría gobernante. El ya citado Servan-Schreiber llama a esto "la biopolítica" de las sociedades industriales en las que, según él, toda la contienda política se reduce a saber cómo se va a emplear el 3% suplementario de la renta nacional.¹² Esto nos parece todavía menos serio que lo de aquel señor que pretendía oponer al dilema de las ideologías el de saber la cuantía del impuesto sobre la herencia. En ambos casos se trata de un método demasiado tosco para encubrir la disociación entre Estado y Sociedad, para desviar a la mayor parte posible de la opinión de esa "aspiración a participar en el poder" que es la política, según la clásica definición de Max Weber.

Nos apartaríamos demasiado de nuestro tema, enfrascándonos en la mixtificación de la "despolitización", traducción actual del "apoliticismo". Pero queremos citar el juicio de una inteligencia de primer orden, Jean-Paul Sartre: "La despolitización... es el resultado de una lucha que libran el Estado, la gran industria y el comercio con todos los aparatos de propaganda y difusión".¹³ En efecto, el más leve trabajo de sociología de la prensa nos ofrece una brillante confirmación de ese aserto.

No sabemos hasta qué punto puede hablarse de una doctrina del "Welfare State" o Estado de bienestar. Su misma definición contiene una petición de principio. Por otra parte, su noción suele relacionarse con la de "sociedad de consumidores" que corresponde en lo económico a la misma idea que la despolitización y el reforzamiento del Ejecutivo en lo político: acentuar el aspecto humano de sujeto-pasivo (de la masa receptora frente a la minoría selecta o élite), que en lo filosófico lleva a mantener la enajenación del hombre.

José L. L. Aranguren señala atinadamente que, en el plano económico "el Welfare State" supone y significa la culminación del capitalismo"¹⁴ y añade que sólo tiene posibilidades en países de

¹¹ ENRIQUE TIERNO GALVÁN, *Anotaciones a la historia de la cultura occidental en la edad moderna*. Madrid, 1964. p. 311.

¹² *L'Express*, Núm. 692, 1964. París.

¹³ JEAN-PAUL SARTRE, *L'Alibi*, en *Le Nouvel-Observateur*, Núm. 1. 1964. París.

¹⁴ JOSÉ L. L. ARANGUREN, *Ética y Política*. Madrid, 1963. p. 293.

economía superdesarrollada y pleno empleo. Cabe añadir que, en puridad, no hay una Teoría juridicopolítica del Estado de bienestar que sólo se define —y muy imperfectamente— en lo económico-individual.

Se ha identificado el "Welfare State" con el llamado *Estado social de Derecho* (por ejemplo, en Lucas Verdú), lo cual supone un esfuerzo de precisión sociológica y de definición jurídica. Nos tememos, sin embargo, que este concepto sea como una vestidura demasiado amplia que cubre imperfectamente realidades sociopolíticas muy diferentes y hasta contradictorias. El tema ha sido tratado de manera muy penetrante por Elías Díaz.¹⁵ Este, tras recusar esa apelación a "sistemas en realidad más cercanos al tipo que hemos denominado 'superación fascista del liberalismo' que a un auténtico Estado de derecho", propone la solución de dos etapas del Estado social de Derecho; la primera estaría representada por la situación actual de los países capitalistas de economía desarrollada, y la segunda sería la de un Estado capaz de conciliar democracia y socialismo. Pero no deja de advertir Elías Díaz, las tendencias que apuntan actualmente en esos países del llamado "Welfare State" a restringir la democracia, tanto política como social y económica, que muy bien pudieran hacer que la primera fase del Estado social de derecho se convirtiese en "obstáculo insalvable" de la segunda, sin cuyo logro no se realizaría "el auténtico Estado social de derecho".

Desde un punto de vista de la estricta teoría cabe referirse a la observación de Cerroni (en sus ensayos sobre la burocracia), para quien, desde una óptica marxista, el Estado social es una contradicción *in terminus*. Porque, en el fondo, la base teórica del término "Estado social" es que el Estado, al reconocer e integrar en la legalidad los "derechos sociales", ha realizado enteramente la integración, la subsunción de la sociedad. En la concepción Marx-Cerroni, la "comunidad ilusoria" del Estado se transforma en real, cuando los medios de producción son propiedad social. Ahora bien, podemos muy bien admitir el término *social* en su sentido tendencial, cuando la norma de Derecho —a partir de la Constitución— reconoce el proceso hacia la propiedad social y apunta hacia una axiología de socialización.

Para volver sobre el conjunto de doctrinas del "Welfare State" con su liberalismo atemperado por un desequilibrio de poder en favor del Ejecutivo y de su inmenso aparato decisorio-burocrático, sobre sus modalidades de institucionalización de partidos —de hecho o de derecho—, etc., podría decirse de ellas lo que Heller decía de

¹⁵ ELÍAS DÍAZ, "Teoría general del Estado de Derecho", *Revista de Estudios Políticos*, Núm. 131. Madrid, septiembre-octubre 1963.

la Teoría general del Estado de Derecho, de la que son su continuación (como el llamado neocapitalismo lo es del capitalismo en general): que están construidas "para eludir la problemática política de su tiempo". En verdad, son fiel reflejo de las estructuras del capitalismo en su época de máxima concentración, de marcado régimen monopolista, de suma burocratización (hipertrofia de los servicios), de utilización del Estado no sólo para establecer unas relaciones jurídicas de clase, sino para alcanzar la identificación Estado-gran empresa privada para acrecentar el poder, en su forma coactiva y en su forma de presión ideológica, con objeto de mantener y acrecentar la distribución desigual del producto social (producto nacional). Las transformaciones aparecidas en la estructura del Estado de los países capitalistas desarrollados, tienen un correlato de centralización y jerarquización politicoadministrativas que interesan al sector social que goza de la hegemonía estatal. Las grandes contiendas politicosociales tienen una tendencia creciente a darse en el terreno del sector público —estatal. Mientras la norma jurídica se presenta con una vaga valorización "social" y de "libertad" (que no se opone a la enajenación y, por ende, quiebra la libertad humana) para reforzar la "ilusión de comunidad", su aplicación y toda la "técnica del poder" exigen una restricción de las bases democráticas de la sociedad, acentúan la disociación Estado-Sociedad.

La casi totalidad de esas teorías revelan un predominio de la ideología (en lo que ésta significa de prisma deformante de la realidad; transmutación de lo volitivo, mantenimiento de ilusiones y, sobre todo, persistencia de una representación del mundo correspondiente a una realidad anterior ya periclitada).

Hermann Heller había dicho:

De la capacidad que la Teoría del Estado muestre para responder a tales cuestiones (los problemas serios de la vida misma del Estado) y para ayudar a vencer dificultades concretas y explicar oscuridades reales de la vida práctica del Estado depende, únicamente, la justificación de su existencia. . . . Con lo expuesto queda dicho que nunca haremos Teoría del Estado por amor de la teoría. No puede haber en nuestra ciencia cuestiones fecundas ni respuestas sustanciales si la investigación no tiene un último propósito de carácter práctico.

Tratando de ser fieles a esta orientación, podríamos sugerir que la cuestión más fecunda de la Teoría del Estado en la actualidad es la de superar las contradicciones que la han conducido a una cierta crisis. En una época de sociedad de masas —y no empleo el término en sentido peyorativo—, de sentido colectivo de la vida, de "socia-

lización" —para servirnos de la expresión de Juan XXIII— de articulación y cooperación de las fuerzas económicas, científicas, etc., de incorporación de pueblos a la vida independiente y de nuevos millones de hombres y mujeres a las técnicas del saber, resulta contradictoria la concentración del poder y de las decisiones en núcleos humanos restringidos, la jerarquización vertical de la producción y los servicios, el apartamiento de la mayoría del quehacer político de la comunidad y su relegación a una vida enajenada, a la función pasiva de "consumidor", a la desaparición del *ciudadano* convertido en sujeto beatamente satisfecho de una sociedad de discutible bienestar, regida por una minoría, teleguiada por poderes ocultos. "Viva y trabaje; nosotros haremos el resto", podría ser la formulación al estilo publicitario, de ese sistema empeñado en que el hombre sea *masa*, pero no *persona*. Una de las cimas del espíritu español, Antonio Machado, nos dejó dicho: "Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental, y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres, basada en una descalificación del hombre que pretende dejarlo reducido a aquello que el hombre tiene de común con los objetos del mundo físico: la propiedad de poder ser medido con relación a la unidad de volumen... Mucho cuidado; a las masas no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas".

No estaría de más que algunos teorizantes de la Ciencia Política, se dieran una vuelta por la Escuela de Sabiduría del maestro Mairena y reflexionasen sobre lo antedicho.

Pues, bien, el sentido práctico de la actual Teoría del Estado sería la de buscar el modo de acordar la realidad social con la estructura y funcionamiento de la organización estatal. Ello implica una primera fase de estricto conocimiento objetivo, pero también una segunda imposible de realizar sin cubrirla con ese "techo ideológico" de que habla Enrique Tierno. Porque —apresurémoslo a decirlo— hay ahí una referencia a valores, hay una ideología, en el sentido de que "la función practicosocial prevalece sobre la función teórica",¹⁶ pero una ideología no deformante de la base, una ideología indispensable para ayudar a los hombres a transformar sus condiciones de existencia. Es indudable que el conocimiento de la realidad estatal debe ir parejo con la tendencia a realizar los valores de plena expansión de la persona humana: distribución justa de toda clase de bienes materiales y espirituales, libertad en todas sus di-

¹⁶ Trabajo citado de ALTHUSSER en el volumen sobre *Humanismo Socialista*, editado por Doubleday and Co. New York, 1964.

mensiones, desenajenación del trabajo y del comportamiento en sociedad. No es, pues, ningún dislate, decir que se trata de buscar los caminos de la democracia en su cuádruple dimensión social, económica, política y cultural.

Hemos visto que el Estado de nuestros días, ese "Estado que se encuentra desbordado", según la expresión de Vedel, se articula en una multiplicidad de estructuras en todas las cuales se manifiesta el poder: junto a sus organismos clásicos de normación, mantenimiento del orden, administración de justicia, defensa y relaciones respecto al exterior, hacienda pública y servicios elementales, han surgido otros muchos: organismos y funciones económicos cada vez más vastos; de planificación o programación, de emisión y crédito, de empresas estatales y mixtas, de comercio exterior, de información y estadística¹⁷ y también organismos de asistencia y seguridad social, de enseñanza en todas sus ramas, de investigación científica, de información, prensa, radio, televisión, etcétera.

Esta realidad estructural del Estado toma cuerpo en lo que Pietro Ingrao ha llamado el *Estado burocrático-representativo*, definiéndolo como "un sistema que, por un lado hace de la administración pública y del Ejecutivo una fuerza prácticamente independiente en relación a las asambleas electivas y que escapa al control de éstas; y que por otro lado, no establece entre las asambleas y las masas representadas una relación de carácter orgánico y permanente que evite que la institución representativa se reduzca a una delegación de poder hecha a las asambleas y, en definitiva, al aparato burocrático y gubernamental".¹⁸

¿Qué estructura podría sustituir a la del Estado burocrático-representativo? Se trata de restituir el poder, en la medida de lo posible, a quien es, según la mayor parte de Constituciones escritas, su fuente, de la cual emana todo género de poder: el pueblo, la colectividad que existe en el marco normativo y físico del Estado. Como no es posible reducir las funciones de los órganos públicos, la cuestión podría ser la vertebración y descentralización del ejercicio del poder; tendría por objeto una mayor representatividad que no se limitase al acto de elección, sino que se extendiese al control, al intercambio entre representantes y representados, y también a posibilitar la participación de extensos núcleos de éstos en las plurifacéticas tareas de los órganos de gestión (por otra parte, esa orien-

¹⁷ Ver sobre este tema y los siguientes, principalmente sobre funciones económicas del Estado, la ponencia de A. ARZUMANIAN, sobre "Evolución mundial en los últimos cien años", leída en la Academia de las Ciencias de la U.R.S.S. (edición francesa de *Economie et Politique*, noviembre, 1964).

¹⁸ PIETRO INGRAO, *La crisis de las instituciones representativas...*, Roma, 1963.

tación constituye una cortapisa, que ya se intenta en ciertos Estados socialistas, a los defectos técnicos y morales de una excesiva uniformidad en la vasta acción de la administración). La autonomía regional y municipal —con esferas propias de poder— e incluso una puesta al día del federalismo, son muy dignas de tener en cuenta, así como la acción de organismos sociales intermedios (sindicatos, asociaciones, instituciones diversas y, naturalmente, los partidos) no en un sentido de subordinación sino de interdependencia, de supe-ditación a la norma general, pero en modo alguno al poder discrecional. Se trata de posibilitar la participación de la colectividad a todos los niveles del Estado y de la Administración, dicho de otro modo, la participación continuada de la colectividad en la *elaboración* y en la *realización* de la voluntad general. Esta participación puede expresarse lo mismo en una colaboración estrecha y orgánica con los representantes electos de las asambleas, que en la asistencia directa —con facultades de control— a los diversos organismos de gestión de servicios en todos los niveles.

Esa participación adquiere relieve especial cuando se trata de organismos económicos que controlan la *acumulación* y deciden su empleo y, por consecuencia, de la *inversión* (ya sea ésta estrictamente económica o social), de los objetivos del Plan y, en niveles más inferiores, cuando se trata de la participación en la gestión de empresas del Estado y mixtas de los representantes electos de los trabajadores de cada una de ellas.

No es menos importante, la participación y control en lo que se refiere a la información, sus fuentes y difusión, a la utilización de la prensa y radio-televisión, al control de la publicidad en las mismas, etc., etcétera.

Resulta obvio añadir que este replantamiento de la vida del Estado no puede concebirse sin un sistema en que los derechos individuales y sociales se encuentren sólidamente garantizados. Y por ahí llegamos a esa concepción del Estado social de Derecho a que apuntaba Elías Díaz. La exigibilidad de cada derecho debe estar garantizada, ante instancias directas e inmediatas, en cada zona de contacto entre Estado y persona, ya actúe ésta individualmente o en grupo. La irresponsabilidad del funcionario, la obediencia debida, etc., nociones acorazadas en innúmeras doctrinas, no han tenido otra concreción histórica que la de reforzar el poder arbitrario de quienes se han servido del Estado y de anular en la práctica el Estado de derecho. Sus últimas consecuencias están representadas por el ejercicio de la tortura, o por esa declaración de la enfermera-jefe Marta Glawinski, acusada de veintiocho asesinatos de niños en Alemania: "Nosotras éramos funcionarias en comisión de servicio y la ordenan-

za del Führer tenía para mí fuerza de ley". En suma, el dilema burocracia-democracia y el de Estado policial-Estado de derecho, hay que resolverlo en favor de los últimos, so pena de inmolar al hombre en el altar de un "Leviathan" al lado del cual el concebido por Hobbes era una broma para asustar niños.

En suma, El Estado que columbramos en el horizonte no tendría un "cuarto de palancas de mano" según la expresión ya corriente, sino una serie de cuartos, una pluralidad de centros de poder y decisión. Sería un Estado cuya articulación y descentralización permitiera la ampliación del sistema representativo y su entrelazamiento con nuevas formas de democracia directa adaptadas a nuestro tiempo (la gestión de un bloque de casas baratas por la asamblea de inquilinos y sus órganos, el sistema rotativo de comisiones electivas que colaboren a establecer los programas de radio-televisión, la gestión de la seguridad social por los interesados o sus representantes, son otras tantas formas de combinar los sistemas representativo y directo).

Un Estado así tiene forzosamente que ser pluralista, en lo político y en lo social. En la realidad economicosocial contemporánea podría llegarse a que, por esa vía, el Estado cambiase de naturaleza social, mediante la formación de un nuevo bloque de poder, compuesto por una pluralidad de clases cuyo porvenir coincida con la transformación del modo social de producción y de existencia. Pueden también darse situaciones más o menos transitorias en que el signo de clase de un Estado sea rebatido, disputado ("contesté") por un bloque candidato al poder que domine estos o aquellos centros de poder en diversos niveles.

Inútil precisar que este género de vertebración estatal en una sociedad pluralista, no corresponde necesariamente a los Estados que han salido de la noche colonial; se trata de países diferentes por su economía (subdesarrollo), estructura social (menor importancia y arraigo de las viejas clases dominantes) e ideología (tradiciones políticas que no han pasado por la democracia liberal-parlamentaria). Una Teoría del Estado que se apoye en la realidad social no puede identificar las estructuras del llamado Estado occidental con las de Estados como Egipto, Argelia o Guinea, pongo por ejemplo, aunque llegasen a estar inspirados por análogas referencias a valores. Tampoco es el caso de Estados dictatoriales que guardan en lo esencial la estructura fascista (España, Portugal).

La sociedad de occidente está en el umbral de una coyuntura, cuya duración es difícil prever, de un período que preludie, como ha escrito Jean-Marie Vincent¹⁹ "la construcción de un nuevo tipo de

¹⁹ Número citado de *Les Temps Modernes*, pp. 552-576.

Estado que tienda a reintegrarse en la sociedad"... "concretándose por la formación gradual de un nuevo bloque histórico capaz de sustituir al bloque histórico capitalista". Ese período abriría la perspectiva de una política que ya no será "la técnica de poder" de Max Weber, "la técnica de dominación del hombre por el hombre" de Francisco Ayala sino, según Gramsci, una "lucha por liberar las energías sociales de una sociedad aun disociada".

Herman Heller estimaba indispensable fundir el conocimiento objetivo de las relaciones sociales y su valoración ("El conocimiento de la realidad política y su valoración se hallan, pues, entrañablemente unidos. Tanto el teórico como el práctico de la política encuentran siempre ante sí, de modo ineludible, la cuestión de determinar cuál de las diversas tendencias del presente habrá de conformar el futuro").

Al exponer, de manera un poco desordenada, estas ideas sobre los horizontes del Estado y de la sociedad contemporáneos, hemos creído ser fieles a esta afirmación suya: *La hipótesis-guía de nuestra Teoría del Estado consiste en la afirmación de que es insostenible la estructura clasista del Estado actual y que, por consiguiente, se aceptan como válidas las tendencias de evolución que a ella se oponen.*

NACIONALIDAD Y CIUDADANÍA.

Por Guillermo DIAZ DOIN

"SARAJEVO"

MÉXICO.

NACIONALIDAD y ciudadanía son dos términos que frecuentemente se identifican en el concepto vulgar, pero que, entendidos correctamente, responden a acepciones o significados bien distintos. El primero proviene de *nación*, que a su vez deriva de *natio*, de *nasco*, nacer, lo que quiere decir que, en cierto modo, la nacionalidad va referida al lugar del nacimiento. En cambio, ciudadanía viene de *ciudad*, o sea *ciuitas*, palabra de origen latino, de igual sentido que la griega *polis*, por lo cual la condición, o mejor dicho, el *status* de ciudadano aparece determinado, evidentemente, por el hecho o circunstancia de gozar de derechos políticos en un país.

Si analizamos, pues, con cierto rigor los términos que acabamos de definir, vemos que, si bien poseen una raíz común, es decir el referirse ambos al vínculo que une a una persona con una comunidad, por otra parte, acusan al mismo tiempo una diferencia específica, ya que, mientras el primero responde fundamentalmente a la circunstancia de haber nacido dentro de una determinada comunidad, el segundo representa una especie de *status*, que capacita para el ejercicio de los derechos políticos. Lo dicho significa que, en tanto la nacionalidad es una condición de la persona, impuesta por el hecho *fortuito* de nacer dentro de un territorio (*jus soli*) o por razones de sangre (*jus sanguinis*), en cambio, el carácter de ciudadano, o dicho en otros términos, de sujeto con derechos políticos dentro de un Estado, puede depender de la propia voluntad personal, y, por consiguiente, ser susceptible de cambio o mudanza. En una palabra, la nacionalidad no es una circunstancia que depende de la voluntad del individuo (salvo el caso de la posibilidad de opción, cuando entran en conflicto legislaciones positivas inspiradas en opuestos principios, el del territorio y el de la sangre o familiar), mientras que la ciudadanía se rige siempre por el arbitrio de la persona, ya que ésta puede aceptar la que le viene atribuida por la nacionalidad o, si lo prefiere, adquirir otra distinta, mediante el procedimiento de la naturalización.

Vemos que la nacionalidad se inspira *siempre* en el origen y constituye una forzosidad que escapa de la esfera de la voluntad,

tanto si se tiene en cuenta el lugar del nacimiento, es decir cuando prevalece el principio del *jus soli*, como si se aplica, con vistas a mantener la unidad familiar, la teoría del *jus sanguinis*, o sea la basada en la nacionalidad paterna. En ambos casos, nadie puede renunciar o desconocer su nacionalidad, como nadie puede ignorar a la madre que lo ha traído a la vida. Es un hecho que no es susceptible de modificación o cambio. La nacionalidad le viene a uno impuesta por el territorio donde ha nacido o por la sangre que corre por sus venas. Pero no se puede, una vez adquirida, renunciar a ella, pues, como la sombra al cuerpo, acompaña a la persona y es ya inseparable mientras se siga existiendo. No ocurre, en cambio, lo mismo, por lo que respecta a la ciudadanía. Esta, como ya he señalado, depende de la voluntad de la persona, y puede prescindirse en absoluto de las circunstancias que determinan y condicionan la nacionalidad —territorio o sangre—, no cuenta para nada la procedencia o el origen de la persona que haya de ser titular de la misma, ya que su razón de ser se basa, de acuerdo con un criterio pragmático, en la necesidad lógica de todo Estado de convertir en sujetos responsables, políticamente, a cuantas personas residen dentro de su territorio, siempre que concurren determinadas circunstancias.

Después de lo dicho, resulta incuestionable que, mientras sólo se puede tener *una* nacionalidad, que nos viene atribuida por el azar o por el destino, por el contrario, puede darse el caso, y debe darse, si es que los cambios migratorios de las personas así lo exigen, de que éstas puedan pasar, sucesivamente, por distintas ciudadanías.

Es interesante también señalar que, mientras la nacionalidad constituye un vínculo natural y deriva del hecho de haber nacido dentro de un determinado territorio o de la circunstancia de la paternidad, condiciones objetivas y ajenas a la voluntad del titular de la misma, por el contrario, la ciudadanía representa una especie de *status* que capacita para el ejercicio de los derechos políticos, y que, en muchos casos, es susceptible de adquirirse o renunciarse. En una palabra, se encuentra dentro de la esfera de los actos volitivos. Podríamos decir, resumiendo, que la nacionalidad es una consecuencia, tiene un antecedente, mientras que la ciudadanía constituye una finalidad, sirve un propósito libremente enunciado o formulado.

Un jurista argentino, Dana Montañó, define la nacionalidad diciendo que es el vínculo jurídico que une al individuo con la sociedad civil, nación, pueblo, etc. De acuerdo con este concepto, la nacionalidad constituye una relación de estado civil, es un vínculo de derecho privado. Es materia de derecho civil, aunque las normas que la rigen sean, como todas las concernientes al estado de las personas, de orden público, por interesar a la organización. En cambio, ese mismo jurista define la ciudadanía como el vínculo

jurídico que une al individuo con la sociedad políticamente organizada, el Estado. Se trata, pues, de una relación de estado político, constituyendo un vínculo de derecho público, materia del derecho constitucional.

Como vemos, el vínculo que liga a toda persona con la comunidad puede ser de dos clases, ya sea de mera pertenencia al grupo étnico, cuya unidad proviene de diversos factores, en particular por la unidad de idioma, tradición, cultura, historia (*nacionalidad*), ya sea de relación política, de pertenencia del individuo al grupo políticamente organizado, como Estado (*ciudadanía*). No siempre ambas relaciones coinciden, pudiendo individuos de una misma nacionalidad pertenecer a una organización política diferente, y además un grupo étnico puede haber perdido su unidad estatal, de suerte que sus componentes se hallen distribuidos y dispersos entre soberanías distintas. Lo frecuente es que en un mismo individuo coincidan nacionalidad y ciudadanía. Tal el caso de los nacionales, cuando concurren ciertos requisitos para ejercer los derechos políticos. Se puede también ser nacional y no ciudadano, como sucede con los menores e incapacitados. Y asimismo puede darse el caso de ser ciudadano y no nacional (extranjeros naturalizados y ciudadanos por razón de matrimonio).

De todas las relaciones, la nacionalidad y la ciudadanía son quizás las más complejas, pues interesan tanto a la esfera jurídica privada como a la pública y política, y puede decirse que tienen más importancia en el derecho público que en el privado. Sin embargo, preciso es decir que también ejercen su influjo en este último campo, porque, si bien en nuestro tiempo han perdido valor como requisito para el goce de los derechos civiles, siendo en tal admitido el extranjero con absoluta equiparación, independientemente de toda condición de reciprocidad, la nacionalidad y la ciudadanía son decisivas para la aplicación de la ley a las relaciones jurídicas de las personas.

Hasta no hace mucho tiempo la mayoría de las legislaciones positivas mezclaban y confundían, sin ninguna claridad, ni precisión de concepto, las nociones de nacionalidad y ciudadanía, empleándolas en forma arbitraria y caprichosa, indistintamente, lo que contribuyó, evidentemente, a que muchos las consideraran sinónimas e equivalentes. Hoy no sucede así, sabemos lo que rigurosamente significan esos dos conceptos, y ya son bastantes las nuevas legislaciones que las aplican y emplean, escrupulosamente, en su verdadero significado, de acuerdo con un criterio más preciso y acertado.

Por lo que respecta a la ciudadanía natural o, en otros términos, lo que llamamos nacionalidad, se toman en consideración estos dos principios para establecerla: el *jus sanguinis*, en virtud del cual se

atribuye la nacionalidad al hijo de padre nacional o el *jus soli*, basado en el hecho de haber nacido el individuo dentro del territorio del Estado. Las legislaciones positivas se fundamentan en uno o en otro principio, o en una combinación de ambos, pero con predominio de uno de ellos. A veces se combinan en tal forma, que resulta inevitable que se produzcan situaciones contradictorias y paradójicas. Por lo general, los países en que se registran importantes corrientes emigratorias se pronuncian en pro del *jus sanguinis*, como un medio de mantener bajo el pabellón a los descendientes de los nacionales centrífugos, mientras que aquellos otros Estados que atraen muchos inmigrantes, por ser países de poca densidad demográfica, se muestran en favor del *jus soli*, en función de una política asimiladora y de crecimiento, si bien, a veces, negando su propia teoría incluyen dentro del sistema el principio contrario, con respecto a los hijos de los nacionales nacidos en el extranjero. En cuanto a la ciudadanía artificial, o sea la no impuesta por la geografía o por la sangre, y es el resultado de una concesión del Estado, en casi todos ellos, *mutatis mutandi*, se inspira y se organiza en términos semejantes. Pueden variar los requisitos o los plazos, pero el espíritu es el mismo.

Antes de seguir adelante, aunque pueda parecer una digresión, que no lo es, me interesa señalar que el concepto de ciudadanía es más antiguo que el de nacionalidad. Ya en la antigua Roma se conocía ese *status*, aunque con un sentido y carácter distinto al que posee en nuestro tiempo. Esto es lógico si se considera la diferente forma en que el individuo se halla situado dentro del Estado moderno. Para los romanos, conviene recordarlo, únicamente tenían capacidad jurídica y, por consiguiente, eran sujetos de derecho, los ciudadanos. Estos fueron, originariamente, los individuos pertenecientes a las trescientas *gens* que fundaron la ciudad y sus descendientes. Sólo los patricios tuvieron, en la primera época, la capacidad jurídica (*jus quirritium*). Fueron los únicos titulares del derecho de ciudadanía. Ni la plebe, ni los clientes, ni los libertos, ni, naturalmente, los esclavos, al no poseer dicho *status*, gozaron de capacidad jurídica. Estaban, todos ellos, sometidos a la tutela y absoluta potestad del patrono y sus hijos. Solamente desde la promulgación del Código de las Doce Tablas, el patriciado y la plebe estuvieron bajo el imperio de las mismas leyes y fueron igualmente ciudadanos.

Debo decir, por otra parte, que mientras el ciudadano (*cives*) romano disfrutaba de los derechos políticos y civiles, el extranjero, extraño (*peregrinus*), por el contrario, no podía invocar la protección de las leyes, sin habersele concedido este derecho por medio de un tratado, pues aquéllas sólo habían sido sancionadas para los ciuda-

danos. Considerábase al extranjero fuera de toda ley, siendo lícito, además, que el vencedor dispusiese arbitrariamente del pueblo vencido. El extranjero que deseaba comerciar con Roma, y no quería constituirse en estado de cliente, tenía que recurrir al *hospitium*, en virtud del cual el ciudadano defendía como suyos los derechos del que se acogía bajo su protección. Sin embargo, a medida que fue conquistando pueblos, razones políticas obligaron a Roma a no ser muy rigurosa. Es entonces cuando establece el magistrado (*praetor peregrinus*) que atiende las reclamaciones de los extranjeros y concede más participación en su derecho a las ciudades reducidas. En los últimos años de la República, no tuvo más remedio que elevar a la condición de ciudadanos a cuantos hombres libres formaban el imperio. Conquistadores y conquistados, manumitidos e ingenios, gozan de plena capacidad jurídica. Sólo quien no pertenece al Estado es extranjero.

El *jus civile*, como indica su etimología, era el derecho del ciudadano, el *cives*, y comprendía los derechos políticos y los que en la actualidad denominamos civiles. Fue necesario que transcurrieran muchos años antes de que se otorgara al extranjero la debida protección, y se le reconociese como sujeto de derecho, en general, mediante la institución del *jus gentium*. Este venía a ser como la equivalencia de los derechos civiles, que, como tales, corresponden actualmente a todo hombre, independientemente de su condición de ciudadano. Vemos, pues, la evolución registrada por el concepto, partiendo de la idea de los romanos de que sólo era sujeto de derechos civiles el ciudadano y de la negación de esa capacidad al extranjero, hasta nuestra época, en la que se atribuye a toda persona, con prescindencia de su *status* de ciudadanía y aunque sea extranjero, la titularidad de derecho.

Como he expresado, el concepto de nacionalidad es menos antiguo que el de ciudadanía. Evidentemente no pudo surgir hasta el momento en que hizo su aparición el moderno Estado nacional. En ese instante surge la nación y, por consiguiente, la idea de nacionalidad. Conviene, sin embargo, decir que todavía este concepto no lleva implícita la noción de ciudadanía, con el carácter que ésta posee en nuestro tiempo. No era posible aún, en aquella época, equiparar nacionalidad y ciudadanía, en el sentido de fuente generadora de derechos políticos, pues, en aquel entonces, sólo existían súbditos, con obligaciones pero sin derechos, frente al poder del Estado. El ser titular de derechos políticos es lo que caracteriza, de acuerdo con el significado actual, a la ciudadanía. Por tanto, hubiera sido prematuro en aquel tiempo ese sentido. Para llegar al concepto actual, fue preciso que se produjese la Revolución Francesa y que

se proclamaran los derechos del hombre y del ciudadano, que son la piedra básica del Estado democrático de nuestro tiempo. Es entonces cuando ya es posible distinguir, jurídicamente, dentro del territorio nacional, dos especies de habitante, el ciudadano y el extranjero. El primero es sujeto de derechos políticos y civiles, mientras que el segundo sólo puede ser titular de los últimos. La diferencia entre un nacional y un extranjero, radica esencialmente en que sólo aquél disfruta del *status* de ciudadanía.

El nacional o ciudadano —a la sazón ambos conceptos se consideraban sinónimos— quedó convertido, como consecuencia de la declaración de 1789, en integrante de la voluntad general y en elemento necesario para su formación, o sea en titular copartícipe de la formación del Estado. De la condición de *sujet*, súbdito, es decir, de persona sometida al imperio del monarca, y por tanto, objeto pasivo, se convirtió en soberano (*sovrain*), en ente supremo, y, en consecuencia, se transformó en titular de derechos políticos, de los que había carecido hasta entonces. Considérese la importancia que cobró, a partir de ese instante histórico, la posesión del *status* de ciudadanía. Ser extranjero, en cambio, significaba encontrarse fuera de la órbita de la actividad política, verse privado del importante derecho de participar en la cosa pública.

En nuestro tiempo, la ciudadanía se reduce a poseer la capacidad para el ejercicio de los derechos políticos, pues los restantes, o sea los denominados civiles, los disfruta igualmente el extranjero, con pequeñas limitaciones, que varían según las diferentes legislaciones positivas. Ya no es necesario ser ciudadano para ser titular de derechos civiles, como ocurría en la antigua Roma y muchísimo tiempo después. Las cosas han cambiado notablemente desde aquella lejana época, habiéndose equiparado, situándolos casi en el mismo plano, a cuantos residen dentro de un territorio, por lo que respecta a su capacidad para ser sujetos de derecho. La ciudadanía es sólo un complemento que habilita para participar en la cosa pública, pero ya no es condición indispensable para el ejercicio de los derechos civiles. Estos, en términos generales, son atributo de todos los hombres.

También ha variado el concepto de ciudadanía, en los últimos tiempos, en otro sentido, diferenciándose por completo de la noción de nacionalidad. Se la considera como cosas distintas, hasta el punto de que se puede ser nacional, y no ciudadano, y, por el contrario, ser lo último, no siendo lo primero. Este es el nuevo paso adelante que deben dar las legislaciones positivas, incorporando y consagrando este nuevo concepto de que la ciudadanía es un *status* independiente de la nacionalidad, y que, si bien pueden concurrir ambas

calidades en una misma persona, no siempre es preciso que así suceda.

Por lo que respecta a la nacionalidad y la ciudadanía, las legislaciones positivas se han inspirado hasta el presente, en términos generales, en los siguientes principios:

a) Tratar de conciliar la razón de sangre con la de territorio, si bien procuran dar preponderancia a una de ellas, de conformidad con la tradición jurídica del país.

b) Impedir, en lo posible, que en el eventual conflicto entre sus leyes y las extranjeras puedan darse casos de doble nacionalidad, por las dificultades de orden práctico y jurídico que origina el hecho de que una persona pertenezca a dos o más Estados, los que pueden imponer deberes o atribuir derechos contradictorios.

c) Impedir, asimismo, los inconvenientes que ocasiona la falta de nacionalidad, es decir la *apatridia* o no pertenencia a ningún Estado.

d) Conferir al ciudadano la libre facultad de renunciar la ciudadanía natural y de adquirir otra, sin necesidad de autorización o permiso del gobierno, habida cuenta de que el hecho de formar parte o no de una sociedad política es un acto voluntario y libre, limitando, sin embargo, esa decisión con la exigencia de la obligatoria adquisición de una ciudadanía extranjera (para evitar la *apatridia*) o manteniendo subsistentes en el renunciante algunas obligaciones respecto a la patria.

e) Facilitar la concesión u otorgamiento de la ciudadanía, plena o menos plena, a los extranjeros, con la exigencia de determinados requisitos.

f) Facilitar, asimismo, la readquisición de la ciudadanía a quienes la hubiesen perdido, reservándose, sin embargo, el gobierno la facultad de negarla en aquellos casos en que el que fue antes ciudadano se haya hecho indigno de readquirirla. (Quiero dejar establecido, para mayor claridad, que sólo cabe la readquisición de la ciudadanía, y no de la nacionalidad, pues esta última entiendo que no debe perderse en ningún caso, ya que, por tratarse de un vínculo natural y no voluntario, surgido del hecho del nacimiento, ni el gobierno tiene potestad para negarla o retirarla, ni el nacional puede renunciar a ella. Lo único que se puede quitar o renunciar son los derechos políticos o, dicho en otros términos, la ciudadanía).

La doctrina de la nacionalidad y de la ciudadanía se resume en el análisis de los modos por los cuales se adquiere, se pierde o se readquiere, considerados, ya en la persona misma, ya en los miembros de su familia, es decir, en la mujer y en los hijos, en los cuales esos hechos pueden tener repercusión. Cada ordenamiento jurídico

positivo legisla en materia de nacionalidad y ciudadanía de modo distinto, según se inspire en el *jus sanguinis* o en el *jus soli*.

Esta dualidad de criterio origina, a veces, conflictos entre las legislaciones de aquellos países que basan esas instituciones —principalmente, la de la nacionalidad— en principios opuestos. En efecto, no pudiendo conciliarse los diferentes puntos de vista de las leyes que consideran nacionales a todos cuantos nacen dentro de su territorio, con los de aquellas otras que atribuyen esa misma calidad, por razones de sangre o familiares, a los hijos de padre nacional, aunque hayan nacido en el extranjero, suele darse el caso de que una misma persona puede tener dos nacionalidades. Así ocurre, verbigracia, a los hijos de españoles nacidos en la Argentina, pues, en virtud de lo dispuesto en el Código Civil hispano y en la ley de ciudadanía de esa República del Plata, son españoles y argentinos, respectivamente, o mejor dicho tienen una potencial doble nacionalidad *de facto*.

A fin de evitar esta clase de situaciones, como la que acabo de señalar, derivadas de la aplicación de principios opuestos, como son el *jus sanguinis* y el *jus soli*, pienso que debería buscarse una solución a los conflictos que plantea la nacionalidad. Sin embargo, es evidente que no podrá resolverse eficazmente ese problema, si no llegan a un entendimiento los países que rigen por normas contrarias, o, lo que es mejor aún, si no se recurre a una fórmula más general, dentro de la cual se coordinen o superen las diferencias de criterio. En una palabra, considero que la nacionalidad debe regirse por principios uniformes, universales, aceptados por todos los países o, al menos, por la mayoría de ellos. Con esto quiero significar que el procedimiento más adecuado para lograr una solución conveniente sería servirse de un organismo con competencia internacional, que, en este caso, podrían ser las Naciones Unidas. En ellas funciona una Comisión de Derecho Internacional, creada por la asamblea general en 1947, a cuyo cargo está el fomento y desarrollo progresivo del derecho internacional y su codificación. Desde el mismo momento de su constitución, dicha Comisión, por iniciativa del Consejo Económico y Social, ha estudiado y preparado algunos proyectos relacionados con el tema que nos ocupa, entre otros, verbigracia el referente a la nacionalidad de la mujer casada, llegándose a la conclusión de la conveniencia de abordar esa cuestión como parte integrante del problema genérico de la nacionalidad. Sin embargo, hasta el presente, la idea no se ha concretado.

Creo, volviendo a mi tesis, que la mencionada Comisión de Derecho Internacional debería preparar un proyecto de convenio en el que se regulase la nacionalidad con carácter universal, para ser

sometido a la consideración y aprobación de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En dicho proyecto debe encararse la nacionalidad con un criterio uniforme, optándose en él por uno de los dos principios contrarios conocidos, el *jus soli* o el *jus sanguinis*, pero, bien entendido que, cualquiera sea el que se acepte, ello significará la exclusión absoluta del otro, a fin de evitar en lo futuro posibles conflictos entre países con legislaciones basadas en normas opuestas.

Estimo, sin embargo, que sería conveniente fundar la nacionalidad en el principio del *jus soli*, ya que aquélla responde, si nos atenemos a su etimología, a la circunstancia del nacimiento. Como ya he señalado al comienzo de este trabajo, dicho concepto proviene de *nación*, que, a su vez, deriva de *natio*, de *nasco*, nacer. La nacionalidad proviene, evidentemente, del hecho de haber nacido dentro de una determinada comunidad, o mejor aún, en un determinado territorio. Sin duda alguna la nacionalidad se inspira en el origen, y constituye una forzocidad que escapa, por consiguiente, de la esfera de la voluntad de la persona, tanto si se tiene en cuenta el lugar del nacimiento, como si, por el contrario, se toma como base la filiación, con vistas a mantener la unidad familiar. Sin embargo, fundamentando mi criterio favorable a la adopción del principio territorial, debo decir que, si bien el vínculo de la sangre ha servido también hasta el presente, en algunos ordenamientos positivos, para discernir la nacionalidad, considero más lógico y acorde con su finalidad, establecerla en función del *jus soli*, ya que, en realidad, este es el elemento más apropiado para determinarla, pues de lo que se trata, en definitiva, es de señalar la relación entre un individuo y el país donde ha nacido, y no la vinculación familiar, si, por el contrario, fundándose en la filiación, se aplica el principio de la sangre.

Lo dicho me lleva a pensar que la nacionalidad, por lo tanto, vendría a ser el certificado acreditativo del nacimiento en un territorio determinado, que serviría para establecer el origen o procedencia de la persona. La nacionalidad, de acuerdo con este criterio, es una condición atribuible al individuo, por el solo y exclusivo hecho del nacimiento, y, por ende, es vitalicia e irrenunciable, y nadie podría ser privado de ella, por ser consecuencia natural de un hecho no susceptible de modificación, es decir irreversible. Una vez adquirida, no podrá ser quitada por el Estado, como ocurre en el presente, debido a la confusión frecuente de esa condición con la ciudadanía, ni tampoco el individuo podría renunciar a ella, en razón de venir impuesta por un hecho ajeno a su voluntad. Como ya he dicho al comienzo de este trabajo, la nacionalidad, como la sombra

al cuerpo, acompaña a la persona inseparablemente desde el momento de su nacimiento hasta el de su muerte.

En consonancia con las ideas que he expuesto, estimo que, en el proyecto de convenio sobre nacionalidad, la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas, sólo debe referirse a aquélla, dejando, en cambio, reservado a los Estados contratantes la facultad de legislar, individualmente, en lo que concierne a la ciudadanía, por ser ésta materia privativa de su competencia, en razón de sus respectivas soberanías. Quede bien claro que, en modo alguno, se derivaría de la nacionalidad el *status* de ciudadanía, pues éste es de otro orden y se refiere especialmente al vínculo político que une al individuo con la comunidad estatal, relación ésta de carácter voluntario, de la que pueden ser titulares tanto los nacionales, al llegar a una determinada edad, como los extranjeros, mediante la naturalización. Dicho convenio podría basarse, expresado en forma esquemática, en los siguientes puntos:

a) Afirmación del principio del *jus soli*. De acuerdo con él, se establecería que son nacionales todas las personas nacidas en el territorio de un Estado, o en lugares que, por diversas razones, gozasen del derecho de extraterritorialidad, tales como naves de guerra, mares neutrales bajo pabellón nacional, embajadas, etc. Por consiguiente, y por el mismo concepto de extraterritorialidad, no se considerarían nacionales los hijos de extranjero nacidos en un país donde el padre cumpliera funciones del servicio exterior.

b) Ni la mujer casada, por razón de matrimonio, ni los hijos, para mantener la unidad familiar, deben seguir la nacionalidad del marido o del padre, respectivamente, sino la del lugar del nacimiento. A este respecto, debo decir que la nacionalidad del hijo de extranjero con funciones diplomáticas en un país, no le es atribuida por motivos de sangre, sino en razón de territorio (ficción jurídica de la extraterritorialidad).

c) La nacionalidad no puede perderse, pues nadie puede renunciarla, ni ser privado de ella, ya que responde a un hecho inmodificable, como es el nacimiento.

Considero que, con los conceptos generales enunciados, hay materia suficiente para elaborar un proyecto de convención sobre nacionalidad, basado en el principio del *jus soli*, en el que quedaría totalmente excluido el *jus sanguinis*. Una vez aprobado, por la Asamblea General de las Naciones Unidas, los Estados que lo suscribieran y ratificaran, procederían a incorporar su normas a sus respectivas legislaciones, y posteriormente, cada uno de ellos, individualmente, en virtud de sus facultades soberanas en una materia que es de su absoluta competencia, establecerían, en la forma que

considerasen más conveniente, de acuerdo con su sistema institucional, las condiciones y requisitos que deben concurrir para acordar la ciudadanía y obtener la naturalización.

Sólo a título indicativo, voy a esbozar los lineamientos que, a mi juicio, pueden servir de pauta para que cada Estado, aparte de razones especiales y de su singular estructura política, legisle, particularmente, en la materia a que me estoy refiriendo. Podrían ser los siguientes:

a) Definición de la ciudadanía y ejercicio de los derechos políticos que ella comporta.

b) Quienes adquieren la ciudadanía:

1º Los nacionales, al cumplir una determinada edad, y siempre que no existan ciertos impedimentos.

2º Los extranjeros (formas tradicionales de naturalización).

c) Quienes pierden la ciudadanía:

1º Los que se ausenten del país en forma continuada durante cierto tiempo.

2º Los que adquieran ciudadanía en otro país.

3º Los demás casos en que tradicionalmente se pierde (traición a la patria, prestación de servicios a país extranjero, etc.).

d) Forma de recuperar la ciudadanía, referida exclusivamente a los nacionales.

Entiendo que, en la forma bosquejada, podría lograrse una solución positiva y satisfactoria para los problemas derivados de legislaciones basadas en principios contrarios, como son el *jus soli* y el *jus sanguinis*.

Sin embargo, como no es probable que se pueda llegar, dentro de un *plazo breve*, a la firma de un convenio de carácter multilateral, sobre nacionalidad y ciudadanía, en virtud del mecanismo demasiado lento y laborioso de las Naciones Unidas, pienso que, los países cuyas legislaciones se encuentran en abierta oposición, podrían, entretanto, suscribir convenios de los llamados, aunque impropiaemente, de doble nacionalidad, que resolverían, en gran parte, los actuales conflictos. Estos convenios tienen un antecedente, que me interesa señalar. La Constitución de la República Española del 9 de diciembre de 1931 introdujo en uno de sus artículos ese concepto de la doble nacionalidad, al establecer que "a base de una reciprocidad internacional efectiva y mediante los requisitos y trámites que fijará una ley, se concederá ciudadanía a los naturales de Portugal y países

hispanicos de América, comprendido el Brasil, cuando así lo soliciten y residan en territorio español, sin que pierdan ni modifiquen su ciudadanía de origen. En estos mismos países, si sus leyes no lo prohíben, aun cuando no reconozcan el derecho de reciprocidad, podrán naturalizarse los españoles, sin perder su nacionalidad de origen".

Debo decir, sin embargo, al respecto, reiterando los conceptos expuestos a lo cargo del presente ensayo sobre nacionalidad y ciudadanía, que entiendo no es posible tener dos nacionalidades sino más bien dos ciudadanías. Cabe que se tenga una nacionalidad y además ser ciudadano de otro país, pues aquélla se posee por el hecho de haber nacido en un determinado país o por razones de sangre, circunstancias que no pueden darse dos veces. Con ese régimen a que me refiero se hace compatible la nacionalidad y la consiguiente ciudadanía de origen, con la que se adquiere posteriormente, facilitándose así la incorporación del residente en país extranjero a la vida política del mismo, sin que aquél se vea obligado a perder su ciudadanía de origen.

Con la firma de los convenios llamados de doble nacionalidad, se daría solución, aunque sólo fuese bilateral, a algunos problemas, y, sobre todo, a dos situaciones de importancia. Una de ellas es la de los extranjeros radicados en otro país. Con esa clase de convenios, se facilitaría la adquisición de la nueva ciudadanía a los residentes del otro país contratante que no se hayan naturalizado, para no perder su nacionalidad de origen. Ello sería conveniente, tanto para los países nuevos, de reciente formación, cuyo crecimiento demográfico se ha venido operando, en gran parte, mediante la afluencia de densas corrientes inmigratorias, como para los propios países de donde proviene ese caudal humano. En virtud del convenio, ambas partes se verían beneficiadas, sin tener que renunciar o negar sus principios.

La otra situación a que me refiero, es la de los hijos de los inmigrantes, nacidos en el país de la residencia de sus padres. Hemos visto más adelante que, a veces, poseen, *potencialmente*, dos nacionalidades de hecho, a causa de estar regulada su condición por dos legislaciones positivas basadas en principios opuestos, el *jus sanguinis* y el *jus soli*. La consecuencia lógica y práctica de la firma de un convenio de la naturaleza que consideramos, sería, sin duda alguna, la transformación inmediata de la situación *de facto*, en otra *de jure*, fundada en un acuerdo internacional.

Las dos sugerencias que formulo —una de carácter general y otra de sentido limitado— podrían contribuir, evidentemente, a dar solución a algunos de los problemas que, en nuestro tiempo, plantean los nuevos conceptos de la nacionalidad y la ciudadanía.

LOS IDEALES LITERARIOS MODERNOS

Por Emilio SOSA LÓPEZ
M. J.

I

PUEDEN decirse que hasta fines del siglo XVII las letras sirvieron principalmente a los valores morales de la tradición cristiana. El fondo de "verdad" a que ellas se aplicaban, no sólo en el sentido humanístico de la enseñanza sino en la jeraquización misma del espíritu, encontraba su perfecta correspondencia en ese orden social de estamentos y destinaciones carismáticas determinado por la Iglesia y la Monarquía. La función de las letras consistía, pues, en ilustrar e iluminar las conciencias acerca de los principios éticos, los misterios de la religión y la fe y, especialmente, sobre el destino ulterior de la vida humana. En tal aspecto, el escritor colaboraba con su "ingenio" exaltando precisamente esa *espiritualidad* que convenía al sistema teocéntrico de las instituciones del saber y del poder.

Lo predominante en este tiempo es la susceptibilidad de una fe autoritaria que se adelanta a toda pasión existencial o inquisitiva con su respuesta cargada de celo admonitorio. El conflicto que revela tan aguda desconfianza procede de la trágica contradicción en que se apoya tal principio de autoridad. La secreta intencionalidad de los poderes constituidos deja ver ya su contumacia histórica. En verdad, como lo ha señalado Jean-Paul Sartre en su libro *Situations, II (¿Qué es la literatura?)*, "la Iglesia y la Monarquía aspiran a la inmutabilidad; el elemento activo de la temporalidad es el pasado, que es a su vez una degradación fenoménica de la Eternidad. El pasado es un pecado perpetuo que sólo puede excusarse si refleja, lo menos mal posible, la imagen de una época acabada; una idea, para ser admitida, debe probar su ancianidad; una obra de arte, para agradar, debe inspirarse en un modelo antiguo".

Dentro de este esquema y en el recogimiento de esa intemporalidad que, por otra parte, legitimó el humanismo clásico, puede decirse que el escritor trabaja, curativamente, en función de tres elementos: *espiritualidad, estilo bello, verdad*, y se siente por lo

mismo, en medio de las disputas sociales y políticas de nobles y burgueses, como un *hombre universal*. El ejercicio de las letras es para él el ejercicio de lo moral o, mejor dicho, de la libertad moral que lo aparta justamente de las vanidades y mezquindades humanas. Su ejemplo restituye la postura verdadera de toda alma superior. Es como si el viejo ideal de *Salutati*, inspirado en el *Beatus ille* de Horacio, se hubiese generalizado en la conciencia intelectual de los autores hasta configurar el camino de "superación de las miserias de la vida".

Porque la posibilidad de ejercer una igual libertad de opinión o de juicio sobre las costumbres o las instituciones del poder no existe todavía como acción directa; sólo puede provenir de una invectiva sutilmente planeada, sea como alegoría o imitación satírica del desorden y mediante un uso alambicado del idioma. Sin embargo, esta ubicuidad a lo sumo destaca el valor de la "agudeza", pero nada más. La opinión libre tiene aún que enmascarar su contenido acudiendo al resguardo del estilo serio o festivo para encubrir, con el viso de lo genérico o lo educativo, su voluntad de denuncia. Y esta actitud que ya enmarca las rarezas laberínticas del barroquismo literario empieza a mostrar ya, tras el velo abigarrado de tropos, figuras o imágenes distorsionadas, el desagrado del intelectual frente a una época que se vuelve obsesivamente presente. Así, sin otro poder de convicción que el que nace de su sagacidad discursiva, el escritor no tiene, en un primer momento, otro campo de acción que la práctica de una retórica brillante de elevados recursos.

El prestigio de los autores emana, por consiguiente, del rigor crítico con que ejercita su propia vigilancia doctrinal. Su función predilecta esta en la persuasión y en la ejemplaridad de su obra. Es que, como dice el propio Sartre, "en el siglo XVII, al decidirse a escribir, se abrazaba un oficio definitivo, con sus fórmulas, sus reglas y sus costumbres, con su rango en la jerarquía de las profesiones". Empero, en el siglo siguiente, va a producirse un cambio radical en la función y uso de las letras. Liberado el escritor por la aparición de las nuevas ciencias humanas, que se fundan ahora en el sentir historicista y liberal de la modernidad, él mismo habrá de experimentar la compulsión de lo nuevo en el obligado trance de tener que desembarazarse de viejas trabas ideológicas y formales. El mismo Sartre lo indica: "en el siglo XVIII, los moldes quedan rotos, todo está por hacerse y las obras del espíritu, en lugar de confeccionarse con más o menos felicidad y según normas establecidas, son una invención particular y como una decisión del autor referente a la naturaleza, el valor y el alcance de las Bellas

Letras: cada uno trae consigo sus propios reglamentos y principios conforme a los cuales quiere ser juzgado".

Este sacudimiento en la función tradicional de las letras vino a producirse, en primer lugar, como consecuencia del tono polémico que asumieron las cuestiones mismas de la fe. El escritor entraba, de este modo, en el debate de un problema radical que lo llevaba a asumir una actitud crítica distinta, no referida esta vez al tema del destino ulterior del hombre, sino concretamente a sus responsabilidades con el presente. Al menos la naciente conciencia historicista le imponía la perentoria decisión de hacerse cargo de sus actos en la nueva concepción de su ser temporal como actualidad constante. El paso, por tanto, a esta autonomía profesional del escritor está determinado por un nuevo replanteo antropológico y no sólo esto, sino, en segundo término, por algo más importante aún, el descubrimiento de la "realidad social" en que vive. Además, el cambio de la visión cosmológica provocada por Copérnico también puede ser recogido como una causa eficiente para esta reducción del escritor a su mundo propio y a su sociedad.

Es el momento en que el hombre acoge el principio de "verdad" en los repliegues de su propio yo cognoscitivo, el "ego" cartesiano, más allá de toda duda o incredulidad, asegura el valor universal de la razón. Superado el terror escatológico el mundo y la vida aparecen en toda su vivacidad trágica como una novedad contradictoria y posible de transformación. El plano virtual de la visión armónica del *homo universale* ha quedado de este modo desplazado frente a la urgencia de hacerse cargo de una verdad que aparece en derredor. El hombre se vuelve histórico y en esta alteridad de sí mismo, en esta pérdida de su centro como alma abierta a la comunicación mitigadora con el Ser superior, el valor de su yo se afirma denodadamente, se arraiga aún más en su tensión interna, iniciando así un interés de conocimiento por el hombre mismo, en especial frente a los otros.

Ya Cervantes había intuido esta realidad concreta del otro. En esto es notable destacar su modo tan particular de concebir, aun en el plano de la ficción novelística, la existencia de sus personajes como seres reales, perfectamente ubicables en algún lugar determinado. El Quijote, en tal sentido, es presentado inicialmente como un individuo que vive (o ha vivido) en un reconocido lugar de la Mancha, que posee hacienda, que tiene una vida vulgar y que sólo se diferencia de los demás por su obsesiva inclinación a la lectura, lo cual pone en evidencia una libertad que es pura "ociosidad" y que, en el fondo, es la causa de su empobrecimiento. Esta relación entre la pobreza y la fantasía marca el comienzo de la li-

teratura social. Pero lo más notable de este cuadro es que el propio Cervantes, en un principio, basa todas sus referencias acerca de su protagonista en un conocimiento de índole estrictamente personal.

Su posterior enmascaramiento en la figura virtual de Cide Hamete Benengeli, parece muy bien corresponder a un ocultamiento discreto de su actitud crítica frente a la época, de modo de aparecer no como el autor único y responsable de las hazañas descalabrantes y acusativas de su héroe, sino simplemente como un ocasional depositario de la historia. Con ello Cervantes no sólo resguardaba su poder de observación de la vida española, cuanto su nuevo método objetivo de creación que le permitía servirse de la novela como forma de un conocimiento experimental de lo humano, frente a un arte narrativo tradicionalmente exacerbado por la falsedad o la irrealidad. La sociedad de su tiempo, aturdida por alegorismos morales, mostrábase así desgarrada por las contradicciones de sus propias creencias. Ya el antecedente del *Lazarillo de Tormes* había preparado esta posibilidad de analizar la sociedad desde el plano de la ficción, aunque sin concederle a ésta ninguna prerrogativa de ejemplaridad.

Es que el nuevo narrador de acciones humanas ha dejado de ser ya el poeta que exalta los fervores colectivos del entusiasmo y la credulidad. Precisamente Wolfgang Kayser al comentar, al respecto, las observaciones de Hegel y Vischer acerca de la situación del "poeta épico" en los tiempos modernos, dice en su libro *Interpretación y análisis de la obra literaria*, que éste ya "no puede apoyarse en leyendas o mitos creídos; su mundo está 'organizado prosaicamente', ha quedado sin mitos y sin milagros, y se ha convertido en una 'realidad conocida experimentalmente'. El poeta no encuentra ya auditorios reunidos, sino que tiene que escribir para lectores. Esto mismo modifica la actitud narrativa". Más adelante agrega: "Así como el narrador ya no está ahora en el sitio elevado del rapsoda, sino que habla como narrador personal, así como el auditorio se ha disuelto en lectores personales, así también se ha particularizado más todo el mundo de la narración. El lector atiende como persona particular, y en consecuencia se le cuentan vivencias personales".

El arte narrativo se ha convertido, como puede advertirse, en un método introspectivo de investigación de la realidad. Ahora representa vivamente el medio más eficaz para patentizar y desentrañar, en función de acciones personales y reacciones psicológicas, ese amasijo social en que se desenvuelve la vida humana. El naciente compromiso del escritor está en registrar los hechos en su absoluta

veracidad. Las ideas abstractas y escatológicas dan paso al caudal de sucesos continuos y presentes.

Frente a este arrollador dinamismo de la ficción moderna, el estático idealismo de las creaciones edificantes quedaba denunciado. Sin embargo, como lo ha hecho notar Arnold Hauser en su *Historia social de la literatura y el arte*, la verdadera dimensión del aporte cervantino no consistió únicamente en la actitud de burla hacia esas ideas fijas, ilusorias, de un mundo desarraigado en su idealismo, sino en haber incorporado un "insoluble dualismo" en el manejo de la realidad, el cual estriba en "el pensamiento de que la idea no puede realizarse en la realidad y lo irreductible de la realidad con respecto a la idea".

El escritor venía, pues, ya desde el siglo XVII, enfrentándose a una suerte de "crisis de conciencia" debido a esta básica ambigüedad de los principios ordenadores del conocimiento y de la vida. La autonomía de su yo, como centro de observación de lo real, no era sino la consecuencia fortuita de esa extrema capacidad del hombre, ya verificada en el Renacimiento, de tomarse a sí mismo como problema y como base de todo conocer. Frente a tal perspectiva ya el amor y la reverencia por el pasado no garantizan la oportunidad de lograr merced a ellos la solución de sus problemas actuales. Desligada entonces de todo vínculo que permitiera describirla en su proyección de origen y en su evolución histórica, la realidad social aparecía a los ojos del nuevo intelectual, en un comienzo, como un orden inquietante e irreductible, al que ninguna enseñanza basada en viejos cánones estilísticos podía dar la medida de su propia compulsión. Los escritores tuvieron así que entrar en la renovación experimental de los géneros y los asuntos humanos más privados.

Shakespeare es quien mejor representa este proceso inicial de crisis de la conciencia moderna. Su arte es un arte en permanente evolución. Desde sus eufuismos iniciales a sus posteriores metáforas complejas, Shakespeare logró un estilo perfectamente dúctil y adecuado para registrar las alternativas de la acción más imprevisible con los procesos internos más inasibles de la intencionalidad. Como expresa Georges Rylands en el libro de autores varios *Introducción a Shakespeare*, "su intelecto reducía lo múltiple a uno. Shakespeare extrajo sus ejemplos de la vida, y no de la cultura, pero la variedad de su experiencia y la agilidad de su mente le permitieron realizar una unificación semejante". Pero nadie mejor que él supo profundizar en los abismos justamente de la ambigüedad de lo real. A ello se ha debido sin duda su éxito, porque Shakespeare al combinar el naturalismo renacentista con el sistema de los con-

vencionalismos burgueses de su tiempo dio a su arte una amplitud de movimiento y de sospecha que rebasaba de hecho las reducciones de tipo moral o normativo en la apreciación del espectáculo humano. Tal como dice Hauser, "sus caracteres tienen una verdad íntima tan incontrastable, una sustancialidad tan inagotable, que no cesan de vivir ni de respirar, por muy forzados y muy desdibujados que estén". En este sentido, y por contraste, Shakespeare puso de relieve este principio de "artificialidad" de lo humano que desde él hasta nuestro tiempo parece condicionar y aun conciliar las posiciones irreductibles del escepticismo y la credulidad.

II

Si la grandeza de la escena renacentista consistió en descubrir el interés del público por la psicología humana, especialmente en el enfrentamiento de hechos y situaciones que conducen a los extremos de la realidad, no puede olvidarse que la traición espiritual del humanismo del Renacimiento llegó, tras la búsqueda de esos altos valores éticos del "decoro", a formular también su ideal antropológico, basando sus principios en la modulación de normas y hábitos que le permitieran al hombre alcanzar el nivel de la grandeza en el refinamiento. Este ideal presentado en el doble sentido de la educación y la liberalidad del pensamiento, tuvo en *Il Cortegiano* de Castiglione su formulación más exquisita. La solvencia de un sentido platónico de la vida unido al valor de las conveniencias sociales que, de hecho, habrían de permitirle a todo gentilhomme una seguridad de cortesía en sus relaciones con los príncipes del poder, restituyó en alguna medida la plenitud de la *paideia* antigua, aunque su aplicación exclusiva a la elegancia del gusto y a las costumbres del habla palaciega no dejó de relegar al orden de lo abstracto las posibilidades concretas de sus fines educativos. En la sociedad cultísima en que esta obra fue escrita naturalmente sus aciertos no pasaron de ser meras formulaciones de un juego verbal. Pero ella describe el momento en que la educación misma por el deleite de las letras y las artes logró su más alta eficacia sobre la vida.

Otro destino le estaba reservado, sin embargo, a una obra que por estar dirigida a caracterizar la más encumbrada potestad del poder tendría a la fuerza que haber configurado el ideal humanístico de la época. *El Príncipe* de Maquiavelo, escrita casi simultáneamente al *Cortesano*, si bien surgió de circunstancias de tipo político o institucional, no agotó su perspectiva en este solo campo, sino que vino a ser uno de los proyectos más vivaces para ilustrar sobre la pug-

nacidad con que el príncipe debe ejercer la autoridad del poder. Famosos fueron sus preceptos de que es mejor ser cruel a tiempo que inútilmente piadoso y que es mejor ser temido que respetado. La importancia de esta obra es que violentamente opuso a los ideales del refinamiento el más crudo realismo de la política. A partir de ella se opondrá ya a la serenidad de la contemplación, la necesidad de la acción.

Dos formas tendrán que competir, en adelante, en los planos de la enseñanza de las humanidades: una que por orientarse exclusivamente al usufructo del saber, tendrá la propiedad de aislarlo al sujeto de su circunstancia histórica, y otra que en vista de las exigencias de los cambios políticos intentará medir la fuerza de las ideas sometiénola a nuevos métodos de análisis y aplicación. La una quedará sujeta a los cánones de la tradición medievalista, en tanto que la otra se abrirá al curso de los tiempos modernos. Pero aún en esta situación de decisiones aparentemente rígidas, las letras seguirán dando margen a toda opción. En este sentido, mientras el naciente realismo de las costumbres, tan fecundo en su comienzo en el teatro y la novela va lentamente cediendo su capacidad crítica a un orden de ideas alegóricas, la imposición de las cuestiones de tipo antropológico tendente a forjar un ideal de hombre, continuará ejerciendo su influencia moral y educativa desde los pináculos de la vida intelectual.

La figura de Baltasar Gracián es la que mejor conviene, al respecto, dentro de este período de tránsito que se da en la educación por las letras. Así, pues, si su *Héroe* representó una visión moralizadora del *Príncipe* de Maquiavelo, su *Discreto* fue la expurgación del trato de los hombres, ya no sólo sostenida por los juegos verbales del elegante *Cortesano*, sino por la ejemplaridad de hechos históricos que Gracián manejó en pos de su hombre ideal. Él preanuncia ya, en su moralidad abierta a virtudes intelectuales y prácticas, la concepción del "honnête homme" de que gozará el siglo XVIII. Pero todo su pensamiento, armoniosamente regulado entre el respeto de la naturaleza y el arte, del "genio e ingenio", dará todavía un sistema de equilibrio para el buen uso de las facultades morales y especulativas del hombre.

Su obra *Agudeza y arte de ingenio* pretenderá ser un análisis del juicio. Para lograr este proyecto, Gracián tuvo que enfrentar las limitaciones de la antigua retórica. En tal sentido, como ha observado Curtius, "la originalidad de Gracián está en el hecho de ser el primero y el único que, declarando insuficiente el sistema de la antigua retórica, lo complementa con una nueva disciplina, la cual, según él, tiene validez sistemática". En esto consiste el alcance

de la "agudeza". Gracián sintió al respecto de que si "las figuras retóricas no son sino la materia y el fundamento del sistema de la 'agudeza'", fueron los antiguos, según la opinión de Curtius, quienes dejaron a los modernos "una tarea fundamental de la teoría literaria".

Todas estas regulaciones impuestas a una tradición que comenzaba a ser insuficiente para la sensibilidad especulativa de la segunda mitad del siglo XVII, responde en el fondo a ese fenómeno del individualismo que comenzó a darse con el surgimiento de la conciencia burguesa. Pero este individualismo no estaba aún desligado de la vieja raíz moral o prudencial que alimentó la tradición doctrinal de la Iglesia. Así ocurrió que al mantenerse esta misma posición en la persona surgiente del burgués, sus nuevos valores morales, enderezados a conciliar su destino terrenal con las ataduras de viejas metafísicas soteriológicas, tuvieron en un principio que adecuar a rigores éticos sus más íntimas convicciones de que todo bien en el mundo procede de la naturaleza.

De este modo el burgués que ya ha comenzado a probar el favor de su existencia en la posesión de la riqueza del trabajo, no puede ya sustraerse al afán de encontrar felicidad aquí abajo. Su porvenir como clase está en perfeccionar sus medios de producción y asegurar así su preeminencia en el mundo de lo social. Buscó, en alguna medida, su ideal en el conformismo. La conciencia de lo fáctico y la apariencia de la honestidad, lo llevaron a ocultar tras una actitud piadosa su radical incredulidad. Para él no quedaba sino el orden de la naturaleza como bien legítimo del hombre en el mundo. En esto puede decirse que fue el producto directo de la revolución de las ciencias naturales. Además, el principio de razón, ya incorporado al fundamento del pensar, le dio toda la confianza necesaria para asumir su papel en la historia.

Pero contra esta complacencia hay que registrar aquí la reacción más aguzada que se produjo contra esa tendencia de volver a la naturaleza la comprensión del fundamento humano. Pascal, en este sentido, recogiendo todo el aporte de la pasión cristiana, expresó su desconfianza frente a las ciencias al radicar en la interioridad del hombre el auténtico fundamento de todo conocimiento, el cual, a su juicio, no podía apoyarse sino en el amor y la piedad desnuda. El teísmo de los moralistas retóricos desvirtuaba a sus ojos la esencia misma de la fe. El mundo de la razón no era suficiente para llevar al hombre a su plenitud, pues lo desviaba de todo contacto con ese *Deus absconditus* que sólo es posible hallar en el corazón del hombre. De esta manera. Pascal oponía el órgano del corazón a la fría razón, puesto que no es posible alcanzar un conocimiento valioso y

verdadero del destino del hombre si este conocimiento no presupone el amor. En verdad, el conocimiento supone, según Pascal, los órdenes del espíritu: un orden abstracto, lógico, que mira las cosas con dureza e inflexibilidad, y otro, de finura (*esprit de finesse*) que va de los ojos al corazón y que otorga agilidad al pensamiento por el descubrimiento cada vez más gozoso de la interioridad. La fusión de ambos restituye toda la grandeza que el hombre necesita para usar del don de la palabra, es decir, de su elocuencia.

Pero Pascal, al buscar esta armonía entre lo exterior y lo interior del ser del hombre, no hacía otra cosa que reiterar, con tono más agónico, el sentir del humanismo estoico. En tal dirección, toda creación por la palabra no debe tender sino a recuperar el gozo de los bienes de la experiencia con los seres y las cosas. Pero todo ello debe estar encendido por el ardor de la fe. Es el único modo en que la religión naturalmente inserta en el hombre, puede alentar esa ansia de perfección innata en él, al convertir todo bien en un hábito de santidad y caridad. Frente al mundo cada vez más liberal del burgués insurgente, Pascal buscó su refugio en la Iglesia, porque "la historia de la Iglesia significa en sentido propio la historia de la verdad".

El movimiento jansenista al que perteneció Pascal, intentó este retorno violento a la Iglesia, en contra de las formas laicistas de la inicial burguesía. Centró en la idea de Dios toda su pasión devorante del hombre. Lo vio al hombre, declamatoriamente, no en posesión de esa nueva libertad que le otorgaba la razón, sino en pecado e impotencia. Porque, como comenta Groethuysen al respecto, en su libro *Formación de la conciencia burguesa*, "el jansenista no quiere saber nada de la libertad; no quiere reservar nada para sí. No quiere saber nada de una esfera autónoma de la voluntad en que sería su propio señor. Un cristiano no debe traficar con su Dios: Dios es todo o nada". Esta postura apasionada transformó el uso persuasivo de la retórica en la forma expurgativa del sermón cargado de amonestación. Y precisamente, esta modalidad amarga de referir siempre la condición del hombre a una situación de condenación y de pecado, no dejó de provocar, ya en el propósito de sanarlo todo, una suerte de perturbación progresiva en los mismos valores morales que por tradición venían sosteniendo la imagen más universal del hombre.

"Vemos todos los días—decía sensiblemente Bossuet— cómo se enmaraña la ley moral con tantas cuestiones y enredos que no podría haber más en los procesos más engorrosos. Si Dios no pone término a estas dañosas sutilezas que nos inspira el amor propio, pronto no serán las reglas de la fe y de la lealtad más que otros tantos

problemas". Indudablemente, el choque de estas dos concepciones, la cristiana y la burguesa, no podía ofrecer muchas posibilidades para el prestigio únicamente ponderativo de las letras. Los nuevos escritores encuentran una competencia ya de tipo social en el consumo de sus productos intelectuales. Pero estos productos sólo impresionan por la novedad de ideas liberadoras de ese estado de caída irredenta en que los ubica la doctrina. Se busca una imagen nueva del hombre que lo rescate del sentir de una originaria pecaminosidad. Todo esto conduce a volver los ojos a la claridad de las ciencias. Ellas son las únicas promesas para este "*honnête homme*" que a pesar de carecer de una tan encendida y abrasadora fe quiere seguir siendo probo y cumpliendo de un modo honrado sus obligaciones.

III

EN el proceso del desarrollo de las letras resulta incontestable el hecho de que las prácticas pedagógicas del clasicismo no sirvieron para estimular la curiosidad por la vida contemporánea, tal como comienza a anunciarse en los umbrales del siglo XVIII. Desde los tiempos de Cervantes o Shakespeare, el barroquismo literario pareció más bien confundirse con una suerte de deformación de los estilos. La falta de claridad, de unidad, el apego a formas cada vez más abiertas, dio sucesivamente amplio margen a obras complicadas, extravagantes o enigmáticas. La natural desconfianza ante el repentinismo y el abuso de reflexiones laberínticas fue incuestionablemente la causa de esa separación que se produjo entre los métodos de aprendizaje de las letras, en las escuelas, y el consumo o lectura de los autores más representativos del siglo. Sea por necesidad de los Estados monárquicos, sea por la misma extemporaneidad de la educación doctrinal, el naturalismo abigarrado de estos autores comenzó a ser sospechado de individualista, de caótico y malsano.

El Estado al asumir en estos tramos el control de la enseñanza instituyó, en las prerrogativas del poder, una absoluta primacía en las concepciones políticas y culturales, sin reconocer las restantes creaciones espirituales. Frente a este hecho que se prolonga hasta la revolución, los escritores o artistas tienen que aceptar la condición de súbditos del Estado y atenerse a sus normas, para no quedar fuera de la necesaria protección de sus autoridades. A este espíritu de concentración ideológica vino a servir justamente el clasicismo ya oficializado. Pero se trataba de un clasicismo impersonal, no surgido de la plenitud de una experiencia radical de la existencia,

sino meramente autoritario, rígido y ajeno a toda comprensión de lo humano y lo social. Sólo reflejaba el aristocratismo de un gusto únicamente complaciente en el éxito de la competencia. Es cuando, por otra parte, el academicismo aflora con la tenacidad del favor burocrático.

Frente a estas tendencias dirigistas que conducen al más frío dogmatismo de las formas, las ideas liberales que surgieron en contra de las metafísicas medievalistas, no dejaron de sostener con todo la misma actitud subjetivista de los grandes humanistas europeos. En este caso se observará una reacción de la propia burguesía en busca de planteos científicos que aseguren una ley de progreso a la enseñanza y el saber. El liberalismo burgués tendrá esta misión con la que intentará influir directamente en el público. Así, pues, la literatura, al profesionalizarse, empieza a desarrollar su acción a partir de un orden de ideas que en su generalización tienden ya a instituir el mundo libre de la opinión. Mediante esta participación en convicciones personales y nuevas, el escritor va adquiriendo gradualmente cierto poder de influencia sobre los hombres de su tiempo, hasta el punto de modificar sus creencias o inclinar las voluntades hacia esos nuevos dones del pensamiento y de la ciencia. En una palabra, *asume* toda la responsabilidad de una nueva función social.

Ser "hombre de letras", como se dice entonces, es ejercer un estado. Tanto equivale su función a la del magistrado, militar o eclesiástico. Pero el escritor ya no quiere ser sólo un servidor adocenado. Es por disposición de la fuerza intelectual que ejerce algo más siempre. Paul Hazard, en su libro *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, ha reconstruido ese estado de conciencia del siguiente modo: "Un autor, ¿no es el igual de los que lo han dominado tanto tiempo? En ciertos aspectos, ¿no es superior a ellos? ¿No es él el que distribuye —viejo argumento, que no parece desgastado— los laureles que impiden morir a los hombres? ¿No es el representante del nuevo poder que se llama la ciencia? ¿No es un príncipe del espíritu? Que cambien, pues, los términos de su antigua alianza, que tenga a los grandes señores por lo que son la mayoría de las veces: ignorantes, malos jueces, que no tienen el triste honor de ser injustos con conocimiento de causa. Sólo a este precio adquirirá conciencia de su propio valor".

Tal actitud condujo naturalmente a un clima de exaltación semejante, en la práctica de las virtudes, al clasicismo humanístico, aunque esta vez trasplantadas aquellas al plano racional de la investigación científica. Así resultó que las nuevas aspiraciones estéticas pretendieron ser, metodológicamente, tan valiosas como los demás apor-

tes de la ciencia. En actitud de rechazo, pues, de la vieja tradición religiosa que repudiaba como miserable el ámbito concreto de la vida humana, las nuevas tendencias literarias del siglo XVIII aparecieron como formas serviciales para despejar de las mentes la sobrecarga de prejuicios insanables. Buscaron por sí mismas educar el gusto, orientar el pensamiento e, incluso, encauzar la acción.

Detrás de esta postura intelectual se advierte la pujanza de nuevas concepciones del mundo provenientes principalmente de las ciencias naturales. En esto, las conquistas de la física de Newton son consideradas como modelos para regir también las ambiciones artísticas. Esta coincidencia entre los postulados del arte y de la ciencia, como lo ha puesto de relieve Ernst Cassirer en su *Filosofía de la Ilustración*, "descansa en la idea de que la naturaleza, en todas sus manifestaciones, se halla sometida a principios determinados, y así como la meta suprema de su conocimiento consiste en alcanzar estos principios y en expresarlos con claridad y determinación, así también el arte, rival de la naturaleza, muestra la misma condición interna. Del mismo modo que hay leyes universales e inviolables de la naturaleza, habrá leyes del mismo tipo y de la misma dignidad para la 'imitación de la naturaleza' ". Toda la estética del siglo XVIII aspiró a alcanzar el rango de una ciencia. Sólo faltaba un Newton del arte y este papel parece haber alimentado la ambición de un Boileau de convertirse en un nuevo legislador del Parnaso, como en su tiempo pretendiera serlo el cardenal Bembo. No obstante, este paralelismo entre las artes y las ciencias es el principio más encumbrado a que llega el clasicismo en Francia y es lo que sustenta, por lo demás, el espíritu del enciclopedismo.

El siglo de las Luces que gira en torno al lema kantiano, "*Sapere aude*", no ha encontrado otra plenitud que afirmar que "*rien ne vaut que le vrai*". Como comenta Cassirer, "verdad y belleza, razón y naturaleza son tan sólo expresiones diferentes de la misma cosa, del mismo orden inviolable del ser, que se nos revela, desde diferentes ángulos, en el conocimiento de la naturaleza lo mismo que en la obra de arte". Así las fuerzas positivas gobiernan la inteligencia del hombre. Sin embargo, con la traducción hecha por Diderot de la obra de Shaftesbury *An inquiry Concerning Virtue and Merit*, el clasicismo francés adquirirá un tono moral, aunque desligado de creencias estrictamente religiosas. Es un moralismo libre que oscila entre el escepticismo, las ideas liberales y el panteísmo. Diderot, en este aspecto, nutre su espíritu en las nuevas corrientes del pensamiento que representan Descartes, Locke, Leibniz, Montesquieu, Newton o Hobbes. Es decir, que el camino que toma la *Enciclopedia* por mediación de

él, se orienta a un plano de conquista de la realidad cuya última ambición radica, como él mismo lo expresara, en "*se passer de Dieu*".

Es la época en que el liberalismo moralista de la burguesía francesa ilustrada se enfrenta definitivamente contra los representantes de la visión católica del mundo. En este sentido, la burguesía aporta ya una "cosmovisión" autónoma del mundo y de la vida. En ella se inserta el "hombre de letras" que no tardará en conferirse a sí mismo todo el valor pedagógico que significa ser un intelectual, esto es, un hombre dotado de los poderes del pensamiento que gobiernan la realidad y también de las fuerzas persuasivas que moldean finalmente al individuo.

Mientras tanto la educación escolar seguirá padeciendo lo que La Chalotais llamaba en su *Essai d'éducation nationale* (1763), "el vicio de la monasticidad". El griego y el latín son sólo objeto de análisis gramaticales. En su práctica ya no se exprime el espíritu vivo de la Antigüedad. Sólo se pretende en general dotar a los individuos de adornos sentenciosos y así se desperdicia la oportunidad de lograr ciudadanos activos e imaginativos. Solamente los intelectuales, en gran parte autodidactos, cumplen con los ideales pedagógicos más auténticos. Son filósofos, librepensadores, que a la vez que informan y discuten, indican principios sobre la naturaleza de la obra de arte. Pero ellos miran ya más que al pasado ilustre, al presente y, sobre todo, al porvenir. En tal sentido, proponen o disciernen nuevos métodos para incrementar el interés por las bellas letras, con fundamentos nuevos, así se trate de los autores clásicos. Una naciente ciencia de la literatura quiere ser, en este aspecto, tanto normativa como preceptiva.

Sólo que en estos tramos de una tan positiva toma de conciencia de la cultura humana el viejo remanente de la noción de salvación, sustentada por la tradicional idea de la "miseria del hombre", volverá a asumir un carácter de angustiosa reflexión. Tanto los pensadores moralistas como los mismos escritores liberales no abandonarán ya fácilmente esta final preocupación por el destino ulterior del ser humano. La "crisis de conciencia", pues, que el escritor empezó a padecer desde el siglo XVII no cede terreno ante cualquier promesa del futuro. Lo único que ocurre es que la mentalidad burguesa habrá de derivar esta problemática a un plano terrenalista o historicista. Así la lucha entre las creencias de dos mundos se agigantará y se tornará obsesiva. "*Il s'agit de choisir*", dirá La Bruyere en sus *Caracteres: Des Esprits Forts*. Pero antes que él ya Montesquieu había indicado, a propósito de los "dos mundos", una alternativa excluyente, ya que a su juicio "éste hecha a perder el otro y el otro éste. Dos son demasiado; hubiera debido haber sólo uno".

La opción burguesa, conturbada entre el Cielo y la Tierra, se decidirá por esta última. En verdad, como afirma B. Groethuysen en su *Formación de la conciencia burguesa*, "el burgués es un hijo de este mundo". Su adueñamiento de los poderes públicos y productivos de la sociedad significó, en un momento, un rechazo de la vieja concepción teocéntrica del mundo, la cual en el proceso de su ascensión al poder se manifestó primordialmente en una larga disputa librada entre el nuevo hombre burgués y los ministros de la Iglesia. La disputa no fue una cuestión sólo de derechos o imposiciones, sino que en su misma tensión ayudó al hombre a enfrentarse a sus propios enigmas, a sus abismos interiores, en el preciso momento en que la esperanza de las ciencias parecía abrirle una inmediata felicidad en la posesión y el usufructo de su razón autoritaria.

IV

EL primero que reaccionó contra la artificialidad de un mundo exclusivamente dominado por la razón, en el que la cultura y la naturaleza no son sino jerarquías ilusorias de un usufructo defectuoso y opuesto al verdadero sentido religioso del ser humano, fue Rousseau, quien alguna vez participó de los ideales liberales del enciclopedismo. Pero el surgimiento de Rousseau no sólo fue una respuesta del corazón contra la opresión autoritaria de la sociedad, sino que tuvo el carácter de una doble oposición: contra el orden social instituido y muy especialmente contra las doctrinas eclesiásticas que condenaban al hombre en su pecaminosidad original. Desechando en forma radical esta concepción intentó, sin embargo, construir una nueva imagen del hombre sin violentar su más profunda religiosidad. Esta situación lo alejó de todo contacto con el racionalismo de sus contemporáneos y lo proyectó, aunque en una actitud igualmente diferente pero coincidente en su raíz, en el mismo plano de una reflexión apasionada por el hombre que siglo atrás había experimentado Pascal.

La misma descripción de la grandeza y de la miseria de los hombres que se encuentra en las *Pensées* de Pascal, habría de ser el presupuesto de sus primeras reflexiones. Pero a diferencia de Pascal que en su cerrado misticismo quiso resolver el conflicto aplicándose a una total despersonalización en el ejercicio de la caridad, Rousseau buscó en el *amour de soi* el reencuentro del hombre con su verdadera naturaleza afectiva. Esta preponderancia de su ser sentimental e instintivo fue el camino directo que lo condujo a esa febril empresa de mirarse a sí mismo, como criatura sanamente colocada en el mun-

do por las manos de la providencia. Sin quererlo Rousseau daba con ello un nuevo sentido y una inesperada justificación al problema tradicional de la teodicea. Pero a la vez que acusaba a la civilización de ser la causante de esta deformación de una bondad primera, su salida hacia el campo de lo social y lo político en su empeño de sanear los errores del pasado, dio a su pensamiento la magnitud de una ética nueva que consistía precisamente en tener que rehacerlo todo. No obstante, más allá de la influencia que generó en el plano de las ideologías y las cuestiones políticas, su redescubrimiento del ser natural del hombre significó la más grande reacción contra la tradición humanística que había basado su ideal del hombre en la extrema posesión del saber.

Por el contrario, Rousseau despreció esta exclusividad y justificó la sana ignorancia del hombre joven, el cual dotado de plenitud de vida puede llegar, mediante su capacidad de observación, a instruirse a sí mismo. Ello no implicaba, sin embargo, una negación del aprendizaje por vías de maestros. Pero aquí el educador no debía ser sólo el depositario del conocimiento, sino fundamentalmente un guía. En el fondo, todo el sistema pedagógico de Rousseau reposaba en la práctica más viva del amor y de la libertad. Y toda ella, naturalmente, debía conducir a la más alta exploración de lo moral y lo religioso. La propagación de sus ideas tuvo el poder de restar importancia a los cánones rígidos de la educación secular. Tanto el retorno a la naturaleza como la exaltación del sentimiento significaron, para la sensibilidad estética de los autores que comenzaban a sentir como un lastre la tradición del clasicismo, un punto de liberación y de reencuentro con el hombre moderno.

Pero bien visto, esta conciencia de la "modernidad" no sólo habría de surgir de una esperanza tan señera como la que se desprendía de un pensamiento carente en el fondo de dramaticidad. La vocación de la modernidad también tiene su arraigo en la desesperación frente a las fuerzas positivas del hombre que lo conducen a su enajenación en lo social. De esto ya sutilmente se había dado cuenta el propio Rousseau, al reconocer que la comunidad del pueblo puede enajenar su voluntad colectiva en sus "representantes", y dejar de ser pueblo. Pero el valor de lo negativo es también una forma de respuesta. La imagen del hombre se hace así abismal y vuelve a ser contradictoria en su propia interioridad. No se trata ya exclusivamente de distinguir, en edad adecuada, como pensaba Rousseau, la naturaleza del Bien o del Mal. Es algo más profundo que incide en la necesidad de una rebelión, en la que el Mal mismo, no como una esencia en sí condenatoria, sino como método de acción, puede desencadenar igualmente una acción liberadora del hombre.

Las ideas de Rousseau que alentaron el fervor revolucionario de 1789, no previeron esta contrastante naturaleza de lo humano en el ejercicio de una libertad radical y oscura, frente a la cual la que se institucionalizaba en el sentido de una justicia social parecía ser tanto o más ingenua que la más infantil esperanza de redención celestial del hombre. Es la actitud que desoladora y descaradamente asumió Sade. Sin duda él fue quien más acuciosamente se enfrentó a esa teoría del amor que desde Pascal a Rousseau había ganado a los espíritus humanitarios. Fundando su postura intelectual precisamente en el concepto de la libertad del yo, Sade desencadenó una teoría de la liberación del yo en el pleno ejercicio del odio y del crimen. Pascal sostenía que había que darlo todo por el semejante en el amor a Dios. Así expresaba: "La verdadera y única virtud consiste en odiarse a sí mismo y buscar un ser realmente amable para amarlo".

Sade sostiene, en cambio, lo siguiente: "¿Qué son todas las criaturas del mundo frente a uno solo de nuestros deseos?". El agrandamiento de su yo es casi cosmogónico. Así con relación a la naturaleza, reconocida ahora como fuente de la inocencia y la pureza del hombre, Sade sólo dirá en su expurgación liberadora: "Aborrezco a la naturaleza. Querría trastornar sus planes, resistir su marcha, detener la rueda de sus astros, revolver los globos que flotan en el espacio, destruir lo que la sirve, proteger lo que la perjudica, en una palabra, insultarla en sus obras". Por lo demás, "cuando el crimen del amor no guarda ya proporción con nuestra intensidad, podríamos, quizá, atacar al sol, privar de él al universo o servirnos de él para abrasar al mundo".

Todo esto no oculta la posibilidad de consumir incluso un inmenso sacrificio del yo mismo. "El patíbulo sería también para mí el trono de los placeres". "Aceptad—dice Sade— la libertad del crimen y entrad para siempre en la insurrección como en la gracia". Tanto Pascal como Rousseau y Sade, cada uno a su manera, fueron los grandes opositores de esa complacencia ante lo fortuito de la historia que encumbró en el poder a la burguesía. Fueron los enemigos de toda hipocresía y de todo falso moralismo. Buscando cada uno en sí el fondo de la verdad, fueron también, en este sentido, los investigadores—o instigadores—de la "crisis de la conciencia europea". Entendieron al hombre en la medida del pecado y la degradación y por ello buscaron sobrepasar al hombre, sobrepasar a la naturaleza en el esfuerzo de una adoración terrible, y negar así la creencia de que el hombre tal como vive en la sociedad burguesa se basta a sí mismo. Descreída la fe en los umbrales del poder institucionalizado, ellos fueron los incendiarios de la fe.

Sade reclamaba que había que matar al corazón, "esa debilidad del espíritu". Con esto ponía de relieve su aversión contra el sentimiento de honradez, justicia y decoro de la vida social burguesa. Por eso creía en un porvenir de destrucciones y de crímenes, necesario para que el hombre reconozca o sea capaz de llegar a reconocer su verdadera peligrosidad en el mundo, sin ocultamiento ni hipocresía moral con respecto a su innegable soberbia y capacidad criminal.

Y así como puede decirse que tanto Pascal como Sade fueron los fundadores de la conciencia moderna, en la doble dimensión de la culpa y de la gracia, también hay que convenir que en ellos hubo una demanda de verdad llevada hasta sus últimas posibilidades, lo que implicaba una acción directa, una denuncia universal contra esos males que subyacen agazapados en la naturaleza oscura de lo humano y que son los que atentan, desde su ciega tenacidad, un orden superior de revelaciones y manifestaciones imprevisibles del ser. Sade fue un caso notable de degradación imaginativa, pero él ejerció conscientemente este poder como una forma metódica para agotar las proclividades mentales del hombre, tradicionalmente escondidas por una cultura atendida ya sólo a las apariencias morales. En este aspecto, no puede negarse veracidad a la afirmación de Pierre Klossowski cuando dijo que Sade puso de manifiesto, ante los ojos de sus contemporáneos, "la criminalidad virtual" de que es capaz el hombre.

Mientras uno apuntaba a la salvación, por el encuentro con el Dios interior, el otro reclamaba, en la práctica del mal, la derogación de un orden terrenal excesivamente complaciente y, por tanto, culposo. La literatura en su "modernidad" ya no sólo será esa luminosa anunciación de libertad anticipada por Giordano Bruno, quien exaltaba el genio personal y renovador en contra de los géneros y reglas que impiden a un autor entrar en contacto directo con la realidad, cuanto ya una suerte de desafío constante a toda forma de conformismo. El Bien seguirá siendo la garantía de los grandes espíritus humanitarios, pero el análisis del Mal, supuesto en la vida y la naturaleza del hombre, no se apartará más del foco de atención de los escritores venideros. En todo caso, el *sentimiento de culpa* o el *anhelo de salvación* incidirán secretamente en la conciencia de todo lo moderno, como las llamas quemantes de un fuego encendido por la verdad.

Atrás ha quedado el prestigio de un humanismo externo que imaginó el orden de lo creado como producto de las manos de Dios. Ahora importa especialmente el hombre y su radicalidad caótica. La nueva rebeldía acabará por alimentarse sólo en el desabrimiento

de la angustia ante esa "dificultad para vivir" que será el signo común de los intelectuales y los nuevos aventureros del espíritu y la imaginación. Todos ellos habrán de buscar de un modo u otro la solidaridad humana en los abismos de sus propias soledades. La concepción de que el hombre es una criatura abandonada a su suerte tenderá a consolidar una metafísica de lo humano. Así, moralistas, pensadores, filósofos, estetas, no despreciarán, como verdaderos buscadores de un absoluto, los senderos tortuosos del hombre en su marcha hacia sí mismo. Sólo que se habrá acentuado en ellos, juntamente con el ideal de una posible salvación en la lealtad a sus destinos, esa conciencia de la propia capacidad de daño que hay en el hombre. El porvenir de las letras, en consecuencia, no estará ya tanto en el respeto a las normas consagradas, sino en la decisión de poder distinguir nuevos géneros en la liberación de una imaginación o de una pasión siempre insatisfechas.

Presencia del Pasado

UN INFORME SOBRE LAS RUINAS DEL PAJATÉN

DEPARTAMENTO DE
- P -
Por Pedro ROJAS PANGEM
MEXI

LA existencia de ruinas arqueológicas en la cuenca del río Huallaga y especialmente en las nacientes del río Huayabamba como los ríos Jelache y Pajatén ha sido conocida desde tiempo atrás, tanto por los cronistas españoles como personas que han hecho estudios de carreteras de penetración, dicho examen y confrontación se hará próximamente y permitirá tener un conocimiento pleno de la zona en estudio.

El arquitecto Víctor Pimentel G., subgerente de la Corporación de Turismo del Perú, viendo la importancia arqueológica de esta rica cuenca del Huallaga a base de los datos dados por el señor Carlos T. Torrealva J., vecino de la localidad de Pajatén, quien en compañía de otras personas de la misma localidad buscando tierras de cultivo, encontraron estas ruinas dentro del bosque alto en la confluencia de los ríos Jelache y Santa Cruz a 2,850 metros sobre el nivel del mar.

Hasta el momento la localización y descripción gráfica de las ruinas había sido difícil tanto por la imposibilidad de ubicarlas como porque las personas que viajaban por dicha zona tenían otro tipo de estudios.

Se organizó la expedición por disposición del señor Presidente de la República con el objeto de estudiar estos restos precolombinos, por un equipo de especialistas pertenecientes a diferentes ministerios y con la ayuda económica del Ministerio de Educación Pública y de la Corporación de Turismo del Perú.

Era la primera vez que nos reuníamos personas pertenecientes a diferentes ministerios con un mismo objetivo. El ensayo ha sido magnífico, pues cada uno de los delegados ha aportado los conocimientos propios de su especialidad. Se cumplieron todos los requisitos de exámenes médicos, compra de materiales, víveres, coordinación de transportes, etc. El personal anotado anteriormente, más siete suboficiales y soldados, a cargo de comunicaciones, sanidad y resguardo; en total catorce personas salimos de Lima el 11 de noviembre de 1965, en avión de la fuerza aérea. En el aeropuerto de

Trujillo nos esperaba un ómnibus fletado especialmente en el que partimos a Huamachuco donde pernoctamos. El 12 en la tarde llegamos al puente de Chagual sobre el río Marañón y al día siguiente en cinco horas estuvimos en Pataz, cuya población nos acogió amigablemente. El camino al otro día fue un tramo corto hasta la localidad de los Alisos (tres horas). En el trayecto se ve en la cumbre del cerro llamado Cuymuy, una serie de andenes de aspecto piramidal que no pudimos visitar. Hubiera sido necesario atravesar el valle y pasar por el anexo Zarumilla. Tuvimos informes que en la quebrada Colpar, a corta distancia de los Alisos (dos horas) existen pictografías de colores amarillo y azul con representaciones del "sol" y de la "luna".

En los Alisos se distingue a trechos una acequia de irrigación muy antigua y destruida. De este sitio son las dos hachas de piedra que se acompañan al presente informe. De los Alisos a Manachaqui, donde pernoctamos, se encuentran restos de un antiguo camino precolombino que en línea recta avanza por entre terrenos muy fangosos, se distinguen muros de contención construidos con piedras cortadas. El camino por término medio mide 2.50 m. de ancho.

Este camino continúa hasta Entrada al Monte, punto donde dejamos las cabalgaduras. La región está a 4,000 metros sobre el nivel del mar, como gran parte de la sierra Norte con enormes pantanos, donde los caballos que salían de la huella se hundían irremediablemente en el barro.

En Entrada al Monte el paisaje cambia bruscamente, de la Jalca pasamos rápidamente a un bosque pleno de vegetación, cubierto constantemente de neblina a ras del suelo; aquí dejamos los caballos; y nuestros implementos de trabajo y vituallas, tuvimos que llevarlos en hombros por senderos o trechos muy angostos, caminando a veces en declives de más de 45°, o vadeando ríos como el Monte Cristo; son dos días de camino en igual forma, uno a la Playa situado a 2,640 metros sobre el nivel del mar donde pernoctamos y el último hasta las mismas ruinas a 2,850 metros sobre el nivel del mar.

Las ruinas se hallan en la cuenca del río Huallaga y entre los ríos Jelache y Santa Cruz que son los nacientes del Pajatén y Huayabamba que desemboca en el Huallaga al sur de Juanjuí.

La región forma parte de una serie de cadenas montuosas de pendiente áspera, todas cubiertas de vegetación propia de la selva alta, especialmente por gigantescos cedros. El Santa Cruz nace de algunas lagunas al sureste de Pataz y con el Jalache y otros forma un abanico de afluentes que aumentan rápidamente el caudal del Pajatén, en cuyo recorrido medio se encontraba ubicado el antiguo



Edificio N° 1, al comenzar la limpieza.



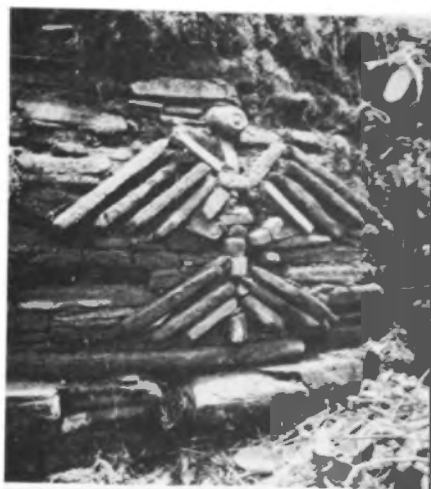
Edificio N° 1, antes de la limpieza y tala de árboles.



Ornamentación antropomorfa en el edificio N° 1.



Edificio N° 1, terminada la limpieza y tala de árboles.



Ornamentación de ave, en el edificio N° 2.



Edificio N° 2, muestra ave y cornisa con piedras ornamentadas.

luz del sol brillaba intensamente, contrastando con el fondo sombrío de los enormes árboles que cubren los edificios.

En la parte alta hay un edificio de piedra de dos pisos regularmente conservado, con una escalinata de acceso de diez peldaños, de 3.20 metros de ancho por 3.10 metros de largo orientado al noroeste, que servía para cubrir el piso alto.

El diámetro de este edificio, al que llamaremos No. 1, es de 14.75 metros y tiene 4 metros de alto, dos en la parte alta y dos para la baja. Está construido sobre un cimiento de forma irregular y de grandes lajas.

La escalinata ha sido construida posteriormente a la del edificio circular. Su hechura no es fina y las piedras están sin el amarre debido, tal vez haya sido agregada para ocultar alguna entrada a la planta baja que a simple vista parece maciza con un embaldosado en su parte superior que se está desintegrando por la humedad constante de las raíces de los árboles, convirtiéndose en una arcilla negra muy ligosa. La cara externa de este como de todos los edificios, ofrece la peculiaridad de su variada ornamentación, en tanto que la cara interna está hecha sencillamente. La ornamentación de los edificios orienta al noroeste y es más o menos similar. Al lado de estos edificios hay otros más pequeños igualmente circulares, de 9 y 5 metros de diámetro, igualmente ornamentados.

El No. 1 tiene en su frente noroeste una plazoleta embaldosada, que limita con un gran terraplén. Las raíces de los árboles grandes han movido la posición original de algunas piedras.

A 2.75 metros al noroeste de la escalinata se encuentra clavada verticalmente una piedra de un metro 20 centímetros de alto, de base cuadrangular, extremo superior en forma de lanza de bordes afilados, como una estela o "huanca", colocada para señalar sitios sagrados, tumbas, etc., como en Chavín, Huaylas, etcétera.

La ornamentación de la parte alta del edificio No. 1 es geométrica y está formada por lajas de piedra que forman parte del cuerpo del muro sobresaliendo como 5 centímetros de ella. En la parte superior e inferior de este piso corre una hilera de triángulos, dejando en el centro unas figuras de meandros y triángulos escalonados macizos.

La parte baja tiene una ornamentación a base de figuras humanas sentadas, cinco a cada lado de la escalinata, de 1.18 metros de alto, con los brazos y piernas en flexión cuyos dedos se tocan unos a otros. Los personajes van coronados con grandes penachos que parecen de plumas, unos divididos en dos haces de cinco a cada lado de la cabeza y otros colocados radicalmente alrededor.

Las cabezas, codos y rodillas, es decir lo que está tallado, son de arenisca rosa. Las primeras son en realidad cabezas clavadas que penetran profundamente en el muro, difieren de las de Chavín y Tiahuanaco, por el grosor del cuerpo o clavo, las de Pajatén son más recias; la altura de las cabezas varía de 24 cm. a 36 cm. de alto la mayoría muy suavizadas por la acción del tiempo, en algunas se han perdido los ojos, narices, etc. En general son de cabeza alargada, nariz prominente unida a cejas muy enmarcadas; la boca es una pequeña incisión horizontal y las orejas prominencias circulares a la altura de los ojos. Algunas figuras tienen una pequeña corona frontal ornamentada con meandros.

Esta ornamentación de figuras humanas se repite en los edificios Nos. 5, 7 y 8.

Las piedras pizarrosas largas están unidas por un mortero de barro negro muy ligoso casi de un mismo tamaño, acuñadas con otras muy pequeñas, puestas cual trabajo de marquetería.

Los edificios han sido construidos adaptándose a la naturaleza del terreno, unos son ligeramente más altos que otros, separados por corredores, escalinatas que se derraman en abanico, terrazas con grandes cornisas. Hasta el momento se observa que todo el conjunto ha sido embaldosado con el objeto que el agua de lluvia se deslice con facilidad, se notan asimismo acequias debajo del embaldosado.

En conjunto da la sensación de una arquitectura que tiene el mismo dinamismo de forma que la montaña, por doquier hay ángulos, corredores, que dan la sensación de moverse.

Se ha eliminado la espesa vegetación en una área aproximada de cuatro hectáreas, que ha puesto al descubierto ocho edificios. Se han quitado el humus y raíces que cubrían la superficie del patio del edificio No. 1, llamado también de la "huanca" donde se han encontrado fragmentos de alfarería. No se ha quitado el humus que cubre a las otras estructuras para permitir hacer en el futuro un buen trabajo arqueológico.

Hay un pequeño edificio circular a un metro 75 centímetros al norte, señalado como edificio No. 2 o de los cóndores, de 9 metros de diámetro y está casi enterrado. Tiene sus muros caídos y presenta una ornamentación especial a base de figuras de cóndores estilizados de alas y colas extendidas. La primera figura de cóndor que limpiamos tiene 70 centímetros de alto por 95 centímetros de ancho, cuya cabeza que mira a la derecha está tallada con arenisca rosa. Es una figura sencilla y subyugante. Al continuar la limpieza en sus bordes vimos que la ornamentación continuaba con otras figuras. A su lado sur tiene una figura humana sentada con brazos y piernas en flexión, coronada por tres lajas a cada lado de la cabeza; ésta

es de arenisca roja. La figura tiene 66 centímetros de ancho. Las raíces de un gran árbol sirven actualmente de sostén a este muro; pero pasado este obstáculo la ornamentación continúa, sólo se ve la parte superior de la figura de otro cóndor semejante al anterior aunque de cabeza más voluminosa. Luego se ven las partes superiores de otras ornamentaciones cubiertas por el desmonte y piedras de los muros que se han caído. Existe un friso que corona estas ornamentaciones hecho con piedra arenisca rosa, con distintos dibujos que representan flores y figuras humanas. Las piedras son de un alto uniforme de 11 centímetros variando su longitud, en 33 centímetros, 28 centímetros o 35 centímetros. Este friso en algunos tramos está interrumpido y se han colocado otras piedras sin decoración. Junto al segundo cóndor y fuera de sitio existe empotrada una piedra del friso, que hace suponer que en tiempos antiguos se hicieron reparaciones en el muro sin el cuidado que tuvieron los que construyeron primitivamente el edificio.

El edificio circular No. 3 situado al suroeste del No. 1, separado de él por un pasaje de más o menos 3 metros, está completamente cubierto de raíces y humus; deja ver algo de su muro exterior al lado este; no se nota ninguna decoración.

El edificio No. 4 al noroeste del No. 2, es de diámetro pequeño, está cubierto de humus, se ve sólo un trazo de su muro suroeste hasta la altura de la cornisa; se encuentra en regular estado de conservación y parece corresponder a un edificio importante como el No. 2 (de los cóndores) por su ornamentación.

El No. 4A es un pequeño edificio circular adosado al 4 en su lado norte del cual se han eliminado los árboles. En su lado oeste se distingue un muro de 1.80 metros de alto. A su costado oeste va reptando un pequeño terraplén de 1.20 centímetros de ancho que sube hasta empalmarse con la escalera de acceso a la plazoleta del edificio No. 1.

El edificio No. 5, situado al este del 4 es grande y circular, conserva sólo la parte inferior y tiene ornamentación similar al edificio No. 1, de personajes sentados. A este edificio le falta la escalinata de acceso al piso alto; éste actualmente no existe; las cabezas clavadas de los personajes han desaparecido, viéndose grandes huecos en su lugar. En lugar de la escalinata hay un pequeño edificio circular llamado 5-B.

El edificio No. 6 en realidad es un terraplén con un gran borde saliente a su lado noroeste y a una altura de 1.50 metros, construido a su vez sobre otro que tiene a su costado una escalinata que se conecta con el que va a la plazoleta del edificio No. 1.

El edificio No. 7 es grande, circular, construido con lajas. Está situado al suroeste del No. 8, cubierto de musgos y raíces, permitiendo ver su decoración de meandros y triángulos escalonados como el No. 1; el piso bajo está completamente cubierto de humus. El edificio No. 8 es uno de los mejor conservados, se ha limpiado de árboles su lado oeste y permite ver la ornamentación a base de personajes sentados y meandros semejantes al No. 1. Se encontraron en el desmonte del edificio No. 2 dos morteros de arenisca rosa; uno partido de 43 centímetros de largo, 32 de ancho y 8 de alto y otro de 36 centímetros de largo, 32 de ancho y 10 de alto con huellas de mucho uso.

En el desmonte también se hallaron piedras de formas irregulares, cortadas exprofesamente; algunas tenían 39 centímetros de alto y otras 19 centímetros de ancho y algunas 8 centímetros. Al principio no sabíamos su finalidad, pero después tuvimos la suerte de encontrar *in situ* empotrados en el muro exterior del primer piso de un edificio, cual enormes clavos que podrían haber servido para sujetar sogas y sostener así el techo. Estas piedras están en función con otras circulares en forma de carrete que se encuentran en el centro de los edificios circulares No. 1 y No. 2.

Una cabeza clava pequeña, correspondiente a un personaje humano del edificio No. 2 se encontró mezclada con piedras del desmonte.

Cerámica

Al limpiar el humus y raíces de la superficie de la plazoleta del edificio No. 1 de un espesor medio de 30 centímetros hasta encontrar al piso embaldosado, se encontró buen número de fragmentos de alfarería utilitaria en su mayoría. La primera de pasta roja y gris, compacta, de superficie rugosa. Espesor: los bordes labiales son gruesos, de bordes redondeados; tamaño: generalmente corresponden a golletes de grandes vasijas. La cocción es buena; de colores grises ligeramente naranja, rojo o blanco grisáceo. Algunos fragmentos de espesor delgado llevan decoración pintada carmín y sepia en rayas delgadas triangulares semejantes a la cerámica Inca. Las formas corresponden a ollas de labios pequeños evertidos y platos de base anular con engobe siena o blanco-gris. También se vieron asas planas de grandes cántaros.

Ornamentación

TRES gruesos fragmentos de alfarería, cuya pasta contiene cuarzo molido, muestran una decoración en alto relieve representando trián-

gulos u ondas similares a las del friso del edificio de los cóndores. Entre los restos de alfarería hubo dos interesantes; uno es parte del gollete de un aríbalo, con pequeñas asitas auriculares, de color blanco amarillento, sin brillo, de pasta de color gris, compacto, que estaba acompañado de un cuchillo "tumi" inca, de 12 centímetros de alto, 12 de ancho y un milímetro y medio en su máximo grosor, con un repliegue al extremo del mango. Es de cobre y presenta una superficie lisa y brillante de color verde azulado. La presencia de estos últimos restos hace presumir un contacto con los Incas, presumiblemente por comercio; ya que ninguno de los elementos arquitectónicos tiene sabor inca.

El norte andino presenta la característica de muros construidos con lajas pizarrosas, cortadas, unidas con barro y acomodadas con "pachillas" tal como se ve desde Añay, Rupak y Chiprak al norte de Lima; Tanramayo, Yayno, etc., en la cuenca del río Marañón y continúa hasta el Chinchipe.

En Yayno se mezclan edificios de planta circular, algunos de 15 metros de alto con otros de planta rectangular de muros con caras exteriores prolijamente trabajadas con piedras escogidas por su color y textura, dando la sensación de ser obras de marquertería. En cambio las caras internas están toscamente hechas.

Las ruinas del Pajatén son del mismo estilo arquitectónico, hecho a base de lajas de pizarra y "pachillas" semejante a las que se encuentran en toda la hoya del río Marañón. Su influencia debió haber sido muy grande, tal vez ocupó gran parte de la selva alta. Ulteriores exploraciones nos permitirán aclarar este problema.

La diferencia de unos y otros grupos estriba en la ornamentación mural, que anteriormente ví en forma esporádica en Condorgaga, Jaén; Chiguirip, Cutervo, en edificios de planta cuadrada con motivos Huaylas, tallados en altos relieves sobre grandes losas de piedra. En cambio en Pajatén la decoración está hecha con lajas colocadas de canto que penetran profundamente en la estructura del muro hasta formar en él un todo.

Es la primera vez que vemos edificios cuyos muros estén cubiertos de semejante ornamentación, tanto en el piso alto como en el bajo.

En general estas ruinas parecen pertenecer a la cultura Huaylas, por sus similitudes con ella en arquitectura, ornamentación a base de personas sentadas, por las bases anulares de su cerámica, por la presencia de "huancas" u obeliscos. Posiblemente el interior del piso bajo debe tener galerías o cuartos. El trabajo actual se ha limitado sólo a localizar las ruinas, tala de árboles de ocho edificios, lo mismo que de una plazoleta, dos escalinatas, algunas calles que convergen

al edificio No. 1. El trabajo futuro consistirá en hacer un cuidadoso examen arqueológico de cada conjunto. Es posible que el material de estudio que se extraiga sea cuantioso, porque a primera vista parece que las ruinas no han sufrido el ataque de los huaqueros y es de desear que en el futuro se haga un museo de sitio, para exhibir el material estudiado. Esto dará gran impulso a la zona, en especial a su importancia arqueológica y turística.

FORNER Y BLANCO. DOS VERTIENTES DEL XVIII

Por Iris M. ZAVALA

Las polémicas literarias del XVIII sirven, en gran medida, para pulsar los cambios de orientación de este momento histórico. El siglo está surcado por ellas: desde las ingenuas del padre Butrón, Benegasí o fray Juan de la Concepción,¹ hasta las irónicas y agudas de Iglesias o los fabulistas Iriarte y Samaniego. El XVIII es un siglo de reforma: no sólo política y doctrinal, sino literaria. Todo artista está empeñado en una obra de mejoramiento nacional. Hay que combatir no sólo las viejas y caducas instituciones, sino también el mal gusto reinante en la literatura. Y cada poeta lo combate con las armas a su alcance. De ahí que abunden las sátiras, epístolas y los periódicos dedicados a la crítica directa. Pitillas, Luzán, Huerta, Porcel, Cadalso, Vaca de Guzmán, Forner, Moratín, el padre Isla, todos tienen una fuerte corriente crítica. Y sus escritos polémicos los leerán en las escuelas o academias que desde Fernando VI nacen en España casi por generación espontánea.²

Se ha querido ver en estas polémicas sencillamente su carácter literario.³ Creo, sin embargo, que podrían ser de gran utilidad para captar los cambios de orientación que sufren los ilustrados españoles. Desde luego que para observar estas corrientes, habría que confrontar pensadores de distintas generaciones. Es decir, por más polémicas que fueran las diatribas contra Huerta o Trigueros,⁴ las diferencias entre Jovellanos, Meléndez, Forner o Iriarte no son tanto

¹ Cf. CUETO, *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, BAE, t. LXI, pp. XLVI ss.

² *Ibid.*, pp. LV ss.; TICKNOR, *Historia de la literatura española*, Madrid, 1856, t. IV, pp. 41-50; *Historia General de las literaturas hispánicas*, t. IV, 1.ª parte.

³ SÁNCHEZ AGESTA, "Introducción al pensamiento español del Despotismo Ilustrado", *Arbor*, XVIII (1950), p. 357. Marcelino Peñuelas intuye la importancia de las polémicas al decir: "...las nuevas corrientes de pensamiento se asoman de cuando en cuando en las discusiones", en su art. "El siglo XVIII y la crisis de la conciencia española", *CuAm.*, marzo-abril (1960), p. 166.

⁴ CUETO, *op. cit.*, pp. CXXXI ss.

de pensamiento o actitud mental, cuanto de opuestas concepciones de la poesía. Idéntico fenómeno ocurre cuando estudiamos las invectivas que se dirigieron Iriarte y Samaniego. Interviene en éstas el celo artístico o literario, pero, fundamentalmente, todos estos poetas tienen criterios parecidos respecto de la ilustración, las reformas o las luces. Atacan los males, y recurren a remedios parecidos: fe en la ciencia; rebelión y crítica contra la nobleza; pedagogía social; universalismo político.⁵ Todos ellos pertenecen al *despotismo ilustrado*, esa generación intermediaria, diría yo, entre el Antiguo Régimen y las revolucionarias Cortes de Cádiz. El asunto toma un cariz distinto si enfrentamos dos hombres de diversas estructuras mentales: diversas porque entre una y otra generación ha sucedido la Revolución Francesa. Esta generación de jóvenes liberales, aunque preparados y formados por el *despotismo ilustrado* (o preliberales, podríamos decir), exigen diferentes modos y métodos para lograr las reformas que desean. La Epístola de Blanco-White a Don Juan Pablo Forner (escrita en 1796), nos ofrece un maravilloso ejemplo para contrastar los modos de pensar de dos hombres de generaciones contrarias. Blanco la escribe contra los *Discursos filosóficos* que escribió Forner en 1787, es decir, 9 años antes. La epístola, que copiamos íntegra, dice:

- Sufrid, señor, que en tanto que se afana
 Confusa en torno la molesta tropa
 Que a tu favor aspira con porfía,
 Breves instantes de mi débil musa
- 5 A tí llegue el acento, y en su gozo
 Del sacro coro el gozo tierno mires.
 ¡Dichosos días en que al fin del premio
 Llega a gozar la ciencia, y colocada
 En alto puesto luce y brilla al mundo!
- 10 No sólo ya de estériles doctrinas
 Fruto tendrá el ingenio, que sus dogmas
 Furioso sigue y con tesón defiende;
 Ni de sabio el renombre reservado
 Será al que enfurecido en la palestra,
- 15 De las musas odiadas, en voces roncadas
 Busque de la verdad la sombra vana.
 ¡Infausta ciencia, que del vulgo necio

⁵ SÁNCHEZ AGESTA, *art. cit.*, y JOSÉ MUÑOZ PÉREZ, "La España de Carlos III y su conciencia de período histórico", *Arbor*, XL (1958), pp. 29-46.

- Distingue sólo al que la sigue y busca,
 Porque más necio su ignorancia encubre
- 20 En huecas voces, que con aire grave
 Pronuncia como oráculo infalible!
 ¿Qué es ser sabio sino una estéril pompa,
 Que hace dañoso al que mejor pudiera
 Ser útil a los hombres? Quien de sabio
- 25 Llega a alcanzar la fama, que es estudio
 De gruesos tomos, fiera catadura
 Y lúgubre vestido le atrajeron,
 Bien puede en ocio vil pasar los días,
 Y en torpe languidez tranquilas horas.
- 30 Ya manda con imperio, y su dominio
 Ejerce sobre el vulgo de ignorantes,
 De cuyo afán e industria, sosegado,
 Recibe los tributos que a su ciencia
 Y a su saber profundo son debidos:
- 35 Y así se ve la patria acometida
 De un tirano opresor, seguro el sabio
 Se recoge a su hogar, y allí en sosiego,
 Y sin temor de súbitas heridas,
 Los ejércitos manda, y a su agrado
- 40 Dispone las batallas; que exponerse
 Ante la hueste armada a ver perdido
 En breve espacio el dilatado estudio,
 Fuera grande impiedad. La necia sangre
 Derrámase en buen hora; a necias manos
- 45 Las armas pertenecen, que a los sabios
 (Exclaman altamente) ilustrar sólo
 Conviene con las útiles doctrinas
 Al mundo todo, y la verdad mostrarle.
 Más ¡ay! si la verdad, oscurecida
- 50 Por impíos dogmas, su brillante lumbre
 Pálida torna, y lánguido su influjo
 Al mortal llega, cual por densa nube
 Pasa trémulo el rayo, que otras veces
 Alentó el campo y fecundó su seno:
- 55 Impune entonces el error se esparce
 En vanas formas, y la vista débil
 Del hombre turba, que en la espesa sombra
 Solo y sin luz al precipicio guía
 Sus inciertas pisadas. ¿Quién la senda

- 60 Le mostrará, si el que debiera entonces
La mano darle, tímido se oculta,
O envuelto yace en la común ruina?
No es dado más a la mezquina turba,
Que del saber el nombre y puesto ocupa.
- 65 ¿Cuál hado, o cuál espíritu en su enojo
Domina al mundo con infandas leyes?
En torno de la tierra la ignorancia
Revuela, y de sus alas ponzoñoso
Licor esparce, y en sopor maligno
- 70 Detiene a los mortales, cuyos ojos,
Errantes y turbados, en su daño
Su dicha ven. El denegrido rostro
De falsa luz rodea, y colocando
Su inmundo pie sobre las santas aras
- 75 De la sabiduría, el sacro incienso
Recibe; y a su sombra defendiendo
La turba vil de sus adoradores,
Con ellos parte su dominio, y gime
El mundo ya cautivo en sus cadenas.
- 80 Más ¡ah! señor, que un fausto feliz día
Se anuncia ya a las ciencias, y no en vano
Gozas el premio a tu saber debido.
De ti esperan venganza a sus agravios
Las injuriadas musas, y a tí sólo
- 85 Fían su honor. ¿Y a quién mejor pudieran
Fiarlo si no a tí, que sus altares
De aves inmundas, y nocturnos búhos
Con mano victoriosa defendiste?
A tí, a quien sus misterios soberanos
- 90 Jamás ocultos fueron, el castigo
Reservan de su injuria. Sí, ya el tiempo
Se llega, en que a sus aras, no manchadas
Con vil ofrenda, sin temor se acerque
Gloriosa tropa, que con manos puras
- 95 Queme el sagrado incienso, que otras veces
Se ofreció ante un inmundo simulacro.
Del elevado trono en que ostenta,
Arroje la ignorancia, y sus secuaces,
Desnudos ya del engañoso brillo,
- 100 Mofa sean del pueblo, que otro tiempo
Se rindió ante sus plantas temeroso.

¡Oh, venga el día, día deseado,
En que su gloria el Helicón te aclame,
Y su esclarecedor el mundo todo!⁶

Si traemos a nuestra memoria la figura de Forner, recordaremos que parte siempre de una postura católica, pero, hombre del XVIII, introduce métodos, fines y consecuencias ilustradas a su obra ortodoxa.⁷ Forner se dedicó a la polémica: por un lado su *Oración apologética por la España*, respuesta hispánica a los enciclopedistas franceses; por otro sus *Exequias de la lengua castellana*, e infinidad de trabajos de historia, derecho y muchos poemas. Entre sus versos satíricos destaca *El asno erudito*, que a nombre de Pablo Segarra escribe contra Iriarte. En sus *Discursos filosóficos*, Forner trató de conciliar la aridez filosófica con la poesía. Los dividió en: *Dedicatoria al varón virtuoso*; *Discurso I, Ciencia del hombre*; *Discurso II, Imposibilidad en que se halla el entendimiento de alcanzar la verdadera noticia y culto de Dios*; *III, Corrupción del hombre*; *IV, Final del hombre; de aquí deducida la inmortalidad del alma, y de ella la existencia de Dios*; *V, Perversas inclinaciones de la razón. Sistema del hombre, y leyes que debe observar según los designios de la Providencia, que atiende a los remedios de las necesidades humanas*.

Sotelo, en el *Elogio* que escribe sobre Forner, resume los discursos de la siguiente manera:

Meditó las inalterables leyes dictadas al hombre por la razón para conservarse y perfeccionarse en el orden de su ser, comparó las acciones humanas con estas leyes, y notando entre ellas una contradicción casi universal, dedujo la corrupción de nuestro entendimiento. Meditó los extravagantes delirios que bajo el espacioso nombre de sistemas han forjado los hombres en toda la serie de los siglos para explicar la esencia del Ente supremo y fijar el culto que debe tributársele; comparólos entre sí, y no hallando en todos ellos más que un tenebroso laberinto de opiniones inciertas y ridículas, dedujo la debilidad y flaqueza de la razón humana para conocer por sí sola la naturaleza de Dios y el modo con que debe adorarlo. Contempló la inmensa cadena de seres criados, observó que todos ellos contribuían a la existencia del hombre, al paso que no necesitaban del hombre para existir; y de aquí infirió que el hombre no forma una parte o eslabón de esta cadena, sino que es un ente sometido a otro orden distinto,

⁶ BAE, t. LXVII, pp. 661-662. He actualizado la ortografía.

⁷ RAFAEL SEGOVIA, *Tres salvaciones del XVIII español*, Ed. Veracruzana, México, 1960, pp. 105-106. —Menéndez y Pelayo ve en estos poemas una influencia del *Ensayo sobre el hombre* y de la *Ley Natural*, de Voltaire, cf. *Historia de los heterodoxos españoles*, Emecé, 1945, t. VI, p. 433.

y destinado para otro fin. Reflexionó que éste no podía ser la conservación de su existencia puramente física, puesto que las cualidades espirituales de que está dotado, y las operaciones intelectuales de que es capaz, no son necesarias para vivir, y dedujo como una consecuencia necesaria que este fin debía durar más allá de la vida.

BAE, t. LXIII, pp. 275-76

Forner se lanza contra todos los sistemas filosóficos: desde la antigüedad griega, hasta Spinoza, Leibniz, Newton, Locke, Hume, Voltaire, Rousseau. Llenos de notas a pie de página, lo cual comprueba que el poeta concibió estos *Discursos* como obra de erudición, son, posiblemente, una de las pocas obras metafísicas que se crearon en este siglo enemigo de las disquisiciones ontológicas y filosóficas. En el mundo mental de Forner "Ella [la religión] precede a la razón incierta / Con antorcha brillante, / Sus pasos aclarando y dirigiendo" (p. 356a). Como todos los hombres ilustrados del siglo, Forner coloca la felicidad humana que se adquiere en el mundo como una meta inalcanzable; pero, mientras para otros pensadores, la religión que se apoya en la revelación era el más grave inconveniente, Forner creía que el cristianismo era el único camino que el hombre tenía para ser feliz en el mundo.⁸ El hombre tiene una finalidad:

Busquemos nuestro fin. Cuando dichoso
Logre medir la rutilante esfera
Suspensa en el espacio prodigioso;

.....
Forastero en su patria, da el deseo
Rienda a la inquisición de otras razones,
Que sirven, no a tu bien, a tu recreo.

.....
El universo todo no más bueno
Será porque averigües la constancia
Con que procede, de excelencia lleno.

.....
Para errar torpemente se desvelan, los hombres
Mientras que menos tiempo yo consumo
En creer lo que del cielo me revelan.

No es saber con verdad, cuando presumo
Que puede ser así; fúndase en esto
La humana ciencia, y se resuelve en humo.

Sólo sé que conozco descompuesto
Mi ser, y oscurecida su alta esencia;
Y está en mi arbitrio el dirigirla presto.

⁸ *Tres salvaciones...*

Si a la virtud me llama la conciencia,
Y la debo oponer a las maldades,
Esta es del hombre la sublime ciencia;
Lo demás, vanidad de vanidades.

Ibid, pp. 357a y 358b

A diferencia de Jovellanos, si Forner se niega a aceptar los sistemas filosóficos, no es tanto por motivos prácticos, cuanto porque la filosofía no sirve para conocer la naturaleza de Dios. El asturiano excluyó los estudios de metafísica en sus estudios generales de Gijón porque comparte el espíritu antimetafísico de la época. Forner, por el contrario, apoyaría esta disciplina, si diera pruebas patentes de la existencia de Dios, y, sobre todo, si sirviese para mejorar el ser del hombre:

Inclina al hombre al sentimiento santo dice al sofista
Que a la sublime adoración le guía;

p. 362a

Blanco escribe su Epístola en 1796. Han pasado 9 años, y también la Revolución Francesa. Más o menos para esta fecha, es ordenado sacerdote. Más tarde, a la llegada de la Junta Central a Sevilla, redacta, conjuntamente con Alvarez Guerra, Lista y Gallego el *Semanario Patriótico*. Pertenece al grupo joven de las Cortes de Cádiz; es uno de los auténticos revolucionarios. Se me podría objetar que la comparación entre Forner y Blanco no es válida, porque Forner es de los pocos ilustrados totalmente ortodoxos. Debo admitirlo. Pero, la generación del *despotismo ilustrado* era ortodoxa, de ahí que Hazard pueda hablar de un "cristianismo ilustrado".⁹ Querían perfeccionar la religiosidad. Es dudoso que se pueda considerar al siglo como fundamental irreligioso y enemigo de la fe.¹⁰ Si bien es cierto que la secularización es más tajante que en el siglo XVII, tam-

⁹ Para este momento, entre los defensores de la tradición se encuentran: los padres Rodríguez, Castro, Alvarado; Fr. Fernando de Ceballos y Mier; el canónigo Fernández Valcárcel; el médico José Luis Pereira; don Andrés Piquer y Forner, Cf. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Heterodoxos*, t. VI, pp. 397-460. Jovellanos nunca se va contra la religión abiertamente. Es posible que de esta generación de ilustrados el más revolucionario sea Cabarrús, que acepta el radicalismo político y ve a la Iglesia como superstición y como conjunto de devociones apócrifas que pervierten la razón (Cf. BAE, t. LXII, pp. 551-603). Esto podría explicar el que Cabarrús sea uno de los hombres más admirados en Cádiz y que, por el contrario, Blanco sponga a Jovellanos lleno de preocupaciones supersticiosas en sus *Cartas sobre España*.

¹⁰ CASSIRER, *Filosofía de la ilustración*, Fondo de Cultura, México, p. 136.

bién es cierto que la crítica, en todas partes, iba enderezada contra la Iglesia de los hombres, no contra Dios. El siglo no reniega de la religión; busca sencillamente el regreso a un cristianismo interior. Quieren una reforma moral, pero en concordancia plena con las ciencias modernas y la nueva filosofía. Ninguno llega al extremo de Forner, pero ninguno se atreve, como Blanco, a renegar de la religión. Y por lo regular, aunque no de manera tan tajante como Forner, aceptan la revelación; o, al menos, no se la discute abiertamente. Jovellanos, por ejemplo, introduce siempre el estudio de la religión entre sus reformas pedagógicas. Sobre todo, ninguno de ellos es capaz de cuestionarse cuando llegan a materia de fe. Feijóo, que es capaz de inquirir sobre tantas cosas, y lanzarse con gran ímpetu contra la superstición, enmudece súbitamente cuando plantea cuestiones de dogma.

La actitud de Blanco es totalmente distinta: si Forner estima la ciencia insuficiente, Blanco, por el contrario, dice: "¡Dichosos días en que al fin del premio / Llegue a gozar la ciencia, y colmada / En alto puesto luce y brilla al mundo!" (vv. 7-9). Mentalidad burguesa, secularizada, reformadora, tiene una actitud práctica hacia las ciencias. No son "estériles doctrinas" (v. 10). Por el contrario, "fruto tendrá el ingenio, que sus dogmas / Furioso sigue y con tesón defiende" (vv. 11-12). La ciencia no es algo negativo; la verdadera ciencia sólo es del que la busca. Admite, desde luego, que puede servir para encubrir del "más necio su ignorancia" (v. 19). Blanco reprocha a Forner su sabiduría porque no es útil a los hombres. De nada vale la sapiencia para el que puede "en ocio vil pasar los días" (vv. 28-29). A medida que la crítica a Forner se agudiza, el poema va adquiriendo perfil más secularizado y antidogmático: el vulgo de ignorantes, la patria está "acometida de un tirano opresor" (vv. 35-36). El "tirano opresor" no es otra cosa que la religión, la ortodoxia:

Mas ¡ay! si la verdad, oscurecida
 Por impíos dogmas, su brillante lumbre
 Pálida torna, y lánguido su influjo
 Al mortal llega cual por densa nube
 Pasa trémulo el rayo, que otras veces
 Alentó el campo y fecundó su seno:
 Impune entonces el terror se esparce
 En vanas formas, y la vista débil
 Del hombre turba, que en la espesa sombra
 Solo y sin luz al precipicio guía
 Sus inciertas pisadas... (vv. 49-59).

La verdad está oscurecida por *impíos dogmas*. Blanco puede ir aún más lejos: algún espíritu o hado domina al mundo con infan-

das leyes. Este espíritu que "la ignorancia revuela" (v. 68), y *detiene a los mortales* "cuyos ojos, / Errantes y turbados, en su daño / Su dicha ven" (vv. 71-72). Más certero todavía dice que la religión, el dogma es "falsa luz" (v. 73); tiene "inmundo pie" (v. 74), que coloca sobre las santas aras de la sabiduría. El mundo del misterio, de lo numinoso, aplasta el deseo de investigación, sofoca la curiosidad científica, lo único que puede darle felicidad a los hombres. Pero, más grave aún "la turba vil de sus adoradores" (v. 77) le echa incienso, es decir, mantiene la religión, esclavizándose a sí misma: "el mundo ya cautivo en sus cadenas" (v. 79).

Hombre del XVIII, optimista, que espera del futuro el remedio de todos los males, Blanco augura un mundo feliz, un feliz día para esas ciencias, para ese espíritu científico, investigador, que será la solución a los problemas del hombre. Cuando llegue este mundo las ciencias se vengarán de Forner, hombre dogmático, intransigente, destructor, que quiere encerrar el espíritu del hombre en dogmas ya estrechos. Forner es quien llena el altar de las musas:

De aves inmundas, y nocturnos búhos

 A tí, a quien sus misterios soberanos
 Jamás ocultos fueron, el castigo
 Reservan de su injuria. (vv. 82-92)

A las "aves inmundas y nocturnos búhos" de la ortodoxia cerrada, opone Blanco las "manos puras" que ahora quemarán incienso sagrado ante el altar de las ciencias. Estas son la verdad; la religión, el dogma, son "inmundo simulacro" (v. 96). El día llegará en que las ciencias alcancen el elevado trono, y desde allí arrojen la "ignorancia y sus secuaces" (v. 98), a quienes desnudarán de su brillo. Estos "secuaces" pueden ser tanto Forner mismo como el clero. Pero, no se conforma Blanco con que la verdad sea conocida por los sabios, llegará también al pueblo, y éste, antes turba vil, vulgo idiota, se mofará del mundo mágico, ante el cual se había rendido "temeroso" (v. 101). Su actitud ante el pueblo es totalmente distinta de los "filósofos" que pertenecen al *despotismo ilustrado*. Estos se conformaban con saber la verdad ellos mismos, el pueblo no era depositario de verdades; el vulgo no tenía que saberlo todo. La indignación de Blanco es precisamente porque Forner embrutece al pueblo, lo atemoriza más, mientras que él espera que llegue el día en que este vulgo conozca la verdad.

El poema termina con el explosivo:

¡Oh, venga el día, día deseado
 En que su gloria el Helicón te aclame,
 Y su esclarecedor el mundo todo! (vv.102-104).

Blanco está llamando a Forner a una obra conjunta. Sabe que es hombre ilustrado, que tiene conocimiento, pero desearía que lo pusiera al servicio del pueblo, no para atemorizarlo o embrutecerlo más, sino para *esclarecer* las verdades. Blanco solicita una poesía comprometida, o una obra comprometida, secularizada, que acabe con la ignorancia y la superstición que reinaba en la España de ese momento. Su mentalidad es igual a la de Feijóo¹¹, Torres Villarroel, o Cadalso, o todos aquellos que luchaban contra la superstición y la ignorancia del pueblo. No se escuda, no recurre, sin embargo, al sueño para hacer su crítica. Blanco es más atrevido: aquellos temían expresarse abiertamente contra la religión. Sí, se habían compuesto poemas anticlericales, antinquisitoriales, pero aparte de Marchena, nadie se había atrevido a usar su pluma para una obra antidogmática, irreverente, totalmente secularizada. Y más importante aún, la crítica virulenta contra la religión, concebida como una "falsa luz", un "inmundo simulacro" que esclaviza al hombre, que no le permite elevarse, evolucionar o mejorar su condición. Nos crea la imagen de un hombre aplastado por el mito. Un hombre a quien la religión, el dogma, en lugar de ser fuente de felicidad, le impide buscar la verdad que mejorará su vida. Concibe la religión como un tirano opresor que a fuerza de látigo somete a los fieles: unos fieles ignorantes e ingenuos que caen presos en su trampa. Blanco no se satisface con las críticas al fanatismo, tan usuales en la poesía revolucionaria de finales del siglo XVIII. No ataca el fanatismo desde el

¹¹ El propio Blanco declara en sus *Cintas*... haber aprendido de Feijóo a "raciocinar, a examinar, a dudar" penetrando por medio de sus obras en un mundo nuevo de libertad y análisis. Aunque sobre el fanatismo escribieron Meléndez, Quintana y Lista, ninguna de las odas se puede comparar con el tono de la Epístola que comentamos. El más atrevido es Lista (recordemos que trabaja conjuntamente con Blanco en el *Semanario Patriótico*) que llama a la Inquisición "espelunca de horrores" y dice: "La libertad común yace en cenizas / So el trono y so el altar. Allí se abate / Bajo el poder del cielo / Del libre-pensamiento, el libre vuelo" (cf. *El triunfo de la Tolerancia*, t. LXVII, p. 313). De ahí que Menéndez y Peláez diga que esta oda, conjuntamente con la del fanatismo, son masónicas (*op. cit.*, t. VII, pp. 36-38). Quintana, por su parte, escondió muy hábilmente su crítica a la Iglesia en la *Oda a la Imprenta*, y aunque se acusa su libro ante la Inquisición de Logroño en 1818, el poeta se puede defender de los cargos (cf. *Heterodoxos*, pp. 354-358). El famoso romance de Iriarte, *La barca de Simón*, que Sarraih, basándose en don Marcelino, da como el primer poema heterodoxo de la literatura española, aparte de su discutible heterodoxia, está en un plano simbólico. Blanco es, desde luego, conjuntamente con Mar-

mismo supuesto que los restantes españoles ilustrados que buscaban la auténtica religión, la interior, y sólo se lanzaban contra los visos de opresión con que se viste la religiosidad. Escribir contra el fanatismo equivale, en cierta medida, a aceptar la religión como integrante de la sociedad española, y querer extirpar sencillamente su aspecto cerrado y negativo. Equivale a perfeccionar la religiosidad. Pero a Blanco no le preocupa el fanatismo: va contra el espíritu religioso mismo. Va contra el más funesto mal de la España de siempre. ¿Ateo? No lo creo. Liberal, pero aún más que aquellos revolucionarios de las Cortes de Cádiz que abrían sus sesiones de manera muy litúrgica en el nombre de Dios. A Blanco se le nombra capellán en la Junta Central de Sevilla, pero este mismo Blanco, exilado, abraza el protestantismo. Tenía demasiado metido dentro el espíritu religioso, la búsqueda de verdades absolutas, y buscándolas pasó su vida.

chena, y otros, el más osado. Razón por la cual la Junta Central le llama la atención sobre el lenguaje que utiliza en el *Semanario*. La Junta, como se sabe, estaba compuesta por personas que como Floridablanca, habían renegado de sus ideas anteriores; por otros como Jovellanos, muy moderados, por aquellos como Quintana, que renegaban de lo francés, pero que estaban impregnados de ideologías revolucionarias, y de los que como Blanco, eran demasiado revolucionarios.

EL CONCEPTO DE "DEMOCRACIA" EN ESTEBAN ECHEVERRÍA

Por *Didier T. JAEN*

"Nuestro suplicio es el suplicio de Tántalo: deseamos y no podemos realizar".

Dogma Socialista

LA tragedia política de Hispanoamérica gira en torno al frustrado deseo de establecer la democracia en el seno de una sociedad que no parece estar capacitada para ella. Una de las causas de esta frustración se encuentra, tal vez, en la manera misma como sus políticos han concebido la democracia. Por eso hemos dedicado este somero estudio al concepto de democracia en uno de sus más dedicados apóstoles a principios de la vida constitucional hispanoamericana, como preliminar a un estudio más amplio del concepto de la democracia en Hispanoamérica.

1. *La democracia como meta*

EN los escritos de Echeverría existe una íntima relación entre los conceptos de democracia, igualdad y libertad.¹ En ciertas ocasiones, esta relación parece concebirse como una relación temporal de causa y efecto: "El camino para llegar a la libertad es la igualdad, la igualdad y la libertad son los principios engendradores de la

¹ Las ideas políticas de Echeverría se encuentran principalmente en las siguientes obras del autor:

Discurso de introducción a una serie de lecturas pronunciadas en el Salón Literario (1837).

"Código o creencia social de la Joven Generación Argentina" (1838).

Exposiciones hechas en el seno de la Joven Generación Argentina al iniciarse la discusión del "Código" (1838).

"Mayo y la enseñanza popular en el Plata" (1844).

"Antecedentes de la Asociación de Mayo, precedido de una Ojeada re-

Democracia" (*Dogma*, O.C., p. 233). Sin embargo, pronto podemos ver que no se trata de un simple orden causal, sino de una trilogía cuyos términos se implican mutuamente:

La igualdad y la libertad son los dos ejes centrales, o más bien, los dos polos del mundo de la Democracia.

La democracia parte de un hecho necesario, es decir, de la igualdad de clases, y marcha con paso firme hacia la conquista del reino de la libertad más amplia, de la libertad individual, civil y política. (*Dogma*, O.C. p. 255).

En otras ocasiones, el término "democracia" es equivalente con los términos "igualdad y libertad": "La política americana tenderá a organizar la democracia, o en otros términos, la igualdad y la libertad" (*Dogma*, O.C., p. 235) y más adelante: "Caminamos a la *Democracia*. Organizar la asociación de modo que por una serie de progresos llegue a la igualdad y a la libertad, o a la democracia: he aquí nuestra idea fundamental" (*Dogma*, O.C., p. 264). Finalmente, la democracia se define en términos de los otros dos conceptos: "La democracia es el régimen de la libertad, fundado sobre la igualdad de clases" (*Dogma*, O.C., p. 255).

Los conceptos de igualdad y libertad, a su vez, se implican mutuamente: "La igualdad de clases—dice Echeverría—envuelve la libertad individual, la libertad civil y la libertad política. Cuando todos los miembros de la asociación estén en posesión plena y absoluta de estas libertades, y ejerzan de mancomún la soberanía, la democracia se habrá definitivamente constituido sobre la base incontrastable de la igualdad de clases" (*Dogma*, O.C., p. 258). En el *Dogma*, siguiendo las normas de la Joven Europa, Echeverría proclama la igualdad y la libertad como principios universales. Sin em-

trospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año '37" (1846).

"Dogma socialista de la Asociación de Mayo" (reedición del "Código o creencia social de la Joven Generación Argentina") (1846).

Cartas a Urquiza (1846), a Madariaga (1846) y a Pedro de Angelis (1847) con motivo de la edición del *Dogma socialista*.

Manual de enseñanza moral (1846).

"La contrarrevolución. Origen y naturaleza de los poderes extraordinarios acordados a Rosas".

"La educación del pueblo" (1847).

"La revolución de febrero en Francia" (1848).

Para propósitos de referencia hemos utilizado la edición de la *Obras Completas* de A. Zamora (Buenos Aires, 1951). En adelante nos referimos primero a la obra particular de la cual ha salido la cita y luego al número de páginas en las *Obras Completas* (e.g. *Dogma*, O.C., p. 233 indica que la cita, tomada del *Dogma Socialista*, se localiza en las *Obras Completas*, página 233).

bargo, en su doctrina, estos conceptos tienen también un significado muy concreto. No se trata de declarar simplemente que todos los hombres nacen libres e iguales sino que deben serlo en su vida particular. La libertad y la igualdad consisten en el ejercicio pleno y verdadero de todos sus derechos, igualmente, por todos los miembros de la sociedad. A falta de esto —de libertad e igualdad concretas— la democracia no existe y las supuestas instituciones democráticas son una farsa. Este punto de vista, claramente, es el que determina la posición de Echeverría ante el sufragio universal. El ejercicio del sufragio, según él, requiere independencia y criterio personal. La libertad y la igualdad, no como principios sino como elementos de la organización social, dependen no sólo de la promulgación de ciertos decretos sino también de las condiciones de desarrollo económico y cultural de la sociedad y de los individuos que la forman. Solamente los individuos económica y culturalmente independientes son capaces de gozar de libertad política pues son libres de decidir de acuerdo con su propio criterio, por lo tanto, solamente en estos individuos el derecho al sufragio tiene un significado verdaderamente democrático. El ejercicio de este derecho, por lo tanto, debía limitarse a los que hubiesen logrado esa posición:

La soberanía es el acto más grande y solemne de la razón de un pueblo libre. ¿Cómo podrán concurrir a este acto los que no conocen su importancia? ¿Los que por su falta de luces son incapaces de discernir el bien del mal en materia de negocios públicos? ¿Los que, como ignorantes que son de lo que podría convenir, no tienen opinión propia y están, por consiguiente, expuestos a ceder a las sugerencias de los mal intencionados? ¿Los que por su voto imprudente podrían comprometer la libertad de la patria y la existencia de la sociedad? ¿Cómo podrá, digo, ver el ciego, caminar el tullido, articular el mudo, es decir, concurrir a los actos soberanos el que no tiene capacidad ni independencia?

Otra condición del ejercicio de la soberanía es la industria. El holgazán, el vagabundo, el que no tiene oficio tampoco puede hacer parte del soberano; porque, no estando ligado por interés alguno a la sociedad, dará fácilmente su voto por oro o amenazas.

Aquél cuyo bienestar depende de la voluntad de otro, y no goza de independencia personal, menos podrá entrar al goce de la soberanía; porque difícilmente sacrificará su interés a la independencia de su razón.

El tutelaje del ignorante, del vagabundo, del que no goza de independencia personal, es, por consiguiente, necesario. La ley no les veda ejercer por sí derechos soberanos, sino mientras permanezcan en

minoridad: no los despoja de ellos, sino les impone una condición para poseerlos: la condición de emanciparse. (*Dogma*, O.C., pp. 256-257).

La libertad política, es decir, el derecho al sufragio y a la representación, sobre la cual se basa todo el sistema democrático, presupone, pues, cierto grado de independencia intelectual y económica. Esto, a su vez, implica la transformación y reforma de la sociedad. El camino de la democracia es el progreso: por la educación y por el desarrollo económico. Por la educación se hace al pueblo consciente de sus derechos y deberes. Por el desarrollo económico se le hace independiente, es decir, capaz de ejercitar estos derechos y deberes. "Para que la igualdad se realice, es preciso que los hombres se penetren de sus derechos y obligaciones mutuas. La igualdad consiste en que esos derechos y deberes sean igualmente admitidos y declarados por todos" (*Dogma*, O.C., p. 236).

Como vemos, pues, cuando Echeverría pensaba en la Democracia, pensaba en un estado de la sociedad. Su concepto de la democracia era, en cierto sentido, utópico; es decir, consistía en la idea preconcebida de una sociedad perfecta hacia la cual había que aproximarse; la norma del desarrollo social y político consistía en el grado de aproximación a esa idea de la sociedad.

El primer paso de la organización política, por lo tanto, no era el establecer arbitrariamente un sistema de gobierno basado en el principio de la igualdad universal de todos los hombres, sino en buscar los medios, las instituciones, los caminos que llevaran a la igualdad concreta, al nivelamiento de las distintas clases sociales o de los individuos que forman la sociedad. No se podía decretar la democracia, el régimen de la igualdad y la libertad, en una sociedad en la que por tradición histórica y por realidad social y económica, la igualdad no existía. "Las costumbres de una sociedad fundada en la igualdad de clases, jamás podrán fraternizar con los principios de la igualdad democrática" (*Dogma*, O.C., p. 250). Era necesario, pues, cambiar la sociedad, es decir, las costumbres heredadas de la tradición hispánica. "Para destruir estos gérmenes nocivos y emanciparnos completamente de esas tradiciones añejas, necesitamos una reforma radical en las costumbres: tal sería la obra de la educación y de las leyes" (*Dogma*, O.C., p. 251).

El fracaso de los ensayos democráticos llevados al cabo después de la Independencia se explicaba, según Echeverría, porque se había intentado implantar el sistema democrático inmediatamente, se habían concebido las formas y las instituciones pero las costumbres no habían cambiado.

Antes de Mayo el pueblo era vasallo, después de Mayo fue soberano, y nació en las orillas del Plata la Democracia. El principio de la Democracia, venciendo al colonial, entró desde entonces a ser el nuevo móvil y regulador social. Pero ese principio o nueva fuerza motriz, para obrar de un modo eficaz y regular, debió haberse de antemano incorporado, en la educación, en nuestras costumbres, en la inteligencia de todos, y esto no sucedió porque era imposible, porque un pueblo no se transforma de un soplo, no cambia de hábitos, de modo de ver y de sentir, sino después de una larga y laboriosa educación. (*Mayo y la enseñanza popular*, O.C., p. 332).

Según Echeverría, lo que hacía falta y lo que se debió buscar después de la Independencia fue un sistema temporario que, manteniendo la paz y el orden, permitiera la transformación gradual de la sociedad hacia las bases democráticas de la igualdad y la libertad. "La cuestión, pues, capital, previa, en punto a organización, era y es hallar un modo de Institución que hiciese poco a poco apta la sociedad Argentina (sic) para el régimen democrático, y la llevase, sin sacudimientos ni guerra, a la perfección de la institución democrática" (Carta segunda a don Pedro de Angelis, O.C., p. 310). La obra del legislador consistía en buscar los mejores medios para llevar a cabo ese plan preconcebido de aproximación a la democracia o a la igualdad y la libertad. "Un cuerpo de leyes americanas, elaborado en vista del progreso gradual de la Democracia, será el sólido fundamento del edificio grandioso de la emancipación del espíritu americano" (*Dogma*, O.C., p. 252).

La actividad política, pues, se concebía como una actividad de educación y reforma en la cual todos los factores culturales y sociales entraban en juego. Esta fue la base y el fin de toda la actividad patriótica de la Asociación de Mayo, de la generación romántica argentina. "Nuestro punto de arranque y de unión será la Democracia — Política, filosofía, religión, arte, ciencia, industria; toda la labor inteligente y material deberá a encaminarse a fundar el imperio de la democracia" (*Dogma*, O.C., p. 264).

Se comprende el interés que los románticos argentinos tuvieron en la educación popular. Les parecía a ellos que era posible y necesario educar al pueblo dentro de las normas democráticas para que de allí surgiera naturalmente la constitución democrática del país. Creyeron posible cambiar sus costumbres y convertirlo, de un pueblo con una cultura basada en la desigualdad de clases, a un pueblo democrático. "No se hacen constituciones para los pueblos, sino pueblos para las constituciones" fue una de las máximas proclamadas por Echeverría (Carta segunda a don Pedro de Angelis, O.C., p.

310). Por supuesto que no se engañaban tampoco sobre las dificultades de tal tarea y concedían que la obra de cambiar a un pueblo, "la obra de organizar la democracia", no era obra de un día (*Dogma*, O.C., p. 261).

2. La democracia como proceso

EN contraste con un concepto utópico o futurista de la democracia, ésta puede concebirse como un principio regulador del desarrollo político y cultural de un pueblo. Según este punto de vista, toda evolución de la sociedad, toda reforma o progreso nace del pueblo mismo, de sus aspiraciones y deseos, y éstos, a su vez, nacen de la historia, del modo de vida, de las tradiciones y creencias del pueblo. Esta doctrina puede concebirse independientemente de un concepto de la democracia como principio y puede constituir simplemente una descripción de la ley natural del progreso o desarrollo de los pueblos. Como tal, ofrece una base naturalista, es decir, no metafísica, a las ideas democráticas.² Echeverría adopta un punto de vista parecido al describir la función del legislador. En exposiciones hechas en el seno de la Joven Generación Argentina al principiar la discusión del *Código*, advierte Echeverría:

Siento tener que insistir sobre una cosa que he dicho varias veces: que nosotros no hemos venido aquí a elaborar teorías en abstracto; que el objeto de esta asociación es ocuparse de los intereses más vitales del país; que ese Código no es ni puede ser nuestra creencia individual, sino nuestra fe de patriotas y ciudadanos; *que hemos contraído el deber de legisladores sabios, el de interpretar y conocer los instintos y necesidades del pueblo* y deducir de este conocimiento el dogma que nuestra diligencia le hará adoptar en lo porvenir. (*Dogma*, O.C., p. 224. Subrayado mío).

² Derivación política de las ideas de la filosofía de la historia y del naturalismo histórico en Francia que tanta influencia ejercieron en Echeverría y en la generación romántica argentina. Véanse para el caso: Barreiro, J., *La visión política y social de Echaverría*. Buenos Aires, 1955; Bogliolo, R., *Las ideas democráticas y socialistas de Echaverría*. Buenos Aires, 1937; Fernández, M. A. de, "El concepto de 'Progreso' en Echeverría", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, octubre/diciembre, 1951, pp. 419-491; Ingenieros, J., "La filosofía social de Echeverría y la leyenda de la Asociación de Mayo", *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, enero, 1918, pp. 231-256; Orgaz, R., *Echeverría y el saint-simonismo*. Córdoba, Argentina, 1934; y Popescu, O., *El pensamiento social y económico de Esteban Echeverría*. Buenos Aires, 1954.

Y en el *Código* mismo, al considerar la organización de la patria sobre la base democrática, escribe así la función y la obra del legislador:

Si la ley orgánica no es la expresión de la razón pública proclamada por sus legítimos representantes; si éstos no han hablado en esa ley de los intereses y opiniones de sus poderdantes; si no han procurado interpretar su pensamiento; o en otros términos, si los legisladores, desconociendo su misión y las exigencias vitales del pueblo que representan, se han puesto como miserables plagiarios a copiar de aquí y allí artículos de constituciones de otros países, en lugar de hacer una que tenga raíces vivas en la conciencia popular, su obra será un monstruo abortado, un cuerpo sin vida, una ley efímera y sin acción, que jamás podrá sancionar el criterio público. (*Dogma*, O.C., p. 259).

El papel del legislador se concibe, pues, como el de un portavoz de los deseos y las aspiraciones del pueblo, basada esta capacidad en un conocimiento íntimo de esas necesidades y aspiraciones. Más que de reformador, su papel es el de agente organizador.

De lo dicho deduciremos, que si el pueblo no tiene luces ni moralidad, que si los gérmenes de una constitución no están, por decirlo así, diseminados en sus costumbres, en sus sentimientos, en sus recuerdos, en sus tradiciones, la obra de organizarlo es irrealizable; que el legislador no es llamado a crear una ley orgánica, o a aclimatar en el suyo la de otros países sino la de conocer los instintos, necesidades, intereses, todo lo que forma la vida intelectual, moral y física del pueblo que representa, y a proclamarlos y formularlos en una ley; y que sólo pueden y deben ser legisladores aquellos que reúnan a la más alta capacidad y acrisolada virtud, el conocimiento más completo del espíritu y exigencias de la nación. (*Dogma*, O.C., p. 260).

Este concepto del legislador como portavoz del pueblo implica una mente libre de ideas preconcebidas sobre el desarrollo futuro de la sociedad y la nación, o al menos, lo suficientemente amplia para aceptar como válidos otros conceptos de la sociedad y aceptar el consenso de la mayoría como un determinante de su validez. Es decir, el legislador, como individuo y miembro de la sociedad, puede tener ideas particulares sobre el desarrollo de ésta, pero como legislador, su responsabilidad es descubrir y expresar las ideas y preferencias del pueblo. Tal actitud implica un optimismo con respecto a las cualidades del pueblo y de la raza humana en general; implica que tanto valor tienen la opinión y las aspiraciones de un individuo

como las de otro; que el pueblo sabe lo que quiere, o más bien, que lo que el pueblo quiere es lo que debe ser. No hay ideas preconcebidas sobre una mejor forma de vida. Según este punto de vista, la evolución del Estado y la cultura es el resultado de las aspiraciones de todos; es el pueblo en conjunto y no un individuo o grupo de individuos el que decide sobre el futuro de la nación y su cultura. El papel del legislador, en este caso, no es el de tratar de imponer su criterio sino el de descubrir el criterio de las mayorías, expresarlo y darle forma concreta en las leyes, así, paulatinamente la sociedad lleva a cabo una evolución que nace desde dentro y desarrolla su propia cultura.

Ahora bien, si, como hemos dicho, Echeverría concibe la democracia como una meta, lo cual implicaría una idea preconcebida de la evolución o el progreso de la sociedad, su concepto del legislador como simple portavoz del pueblo parece estar en conflicto con este concepto utopista de la democracia.

En parte, el problema se resuelve postulando dos aspectos distintos de la democracia: uno como institución y otro como actitud. La democracia como institución es el pueblo determinando su propia evolución cultural y política por medio del sufragio y la libre expresión. Pero, según Echeverría, esto no es posible hasta que se logre reformar ciertas costumbres y condiciones de la sociedad que son incompatibles con la libre expresión de la opinión. Esto no quiere decir, sin embargo, que el legislador no pueda mantener una actitud democrática. En otras palabras, la democracia como institución se concibe en el futuro; la democracia como actitud es el principio guía del legislador.³

El conflicto tampoco se hace aparente al propio Echeverría ya que él estaba convencido de que el camino que buscaban las masas era el camino de la democracia. "Las masas —dice— no tienen sino instintos: son más sensibles que racionales; quieren el bien y no saben dónde se halla; desean ser libres, y no conocen el camino de la libertad" (*Dogma*, O.C., p. 257). El papel del legislador era, pues, mostrarles el camino de la libertad, es decir, de la democracia.

³ A esto, en parte, se refería Echeverría en lenguaje más retórico en la "Ojeada retrospectiva" cuando decía:

Queríamos entonces como ahora la Democracia como tradición, como principio y como institución.

La Democracia como tradición es *Mayo, progreso continuo*.

La Democracia como principio: *la fraternidad, la igualdad y la libertad*.

La Democracia como institución conservatriz del principio: *el sufragio y la representación*. . . (O.C., pp. 164-165. Subrayado en el texto).

El peligro de este punto de vista, sin embargo, se encontraba en la posibilidad de concebir la Democracia, como parece hacerlo Echeverría a veces, como una forma determinada de sociedad, lo cual limita las posibilidades de la democracia como un desarrollo natural.

En Hispanoamérica, el político ha pretendido ser a menudo un reformador de las costumbres; ha concebido la democracia como una meta imposible de lograr a menos que el pueblo adquiriera un nivel cultural y económico equivalente al de los Estados Unidos o Europa y ha querido reformar la sociedad en esa dirección; olvidándose en el proceso, que la democracia implica un movimiento de desarrollo que nace del pueblo mismo, que es el pueblo en su totalidad el que determina los cambios, y que el verdadero demócrata recoge este clamor popular para darle forma concreta y llevarlo adelante. En Echeverría y, en general, en la generación romántica argentina, influidos como estaban, al mismo tiempo, por las nuevas teorías y por las viejas tradiciones ilustradas, encontramos curiosamente mezcladas estas dos maneras de concebir la democracia.

LA EXPEDICIÓN DE MÉXICO VISTA POR NORTEAMERICANOS DE HACE UN SIGLO

Por R. OLIVAR BERTRAND

AL paralizar a los Estados Unidos, la guerra civil norteamericana abrió posibilidades de intervención europea en el continente occidental. Si en 1860 Mr. Preston, representante norteamericano en Madrid, se había preguntado si la guerra de Marruecos declarada por los españoles era una oportunidad que debían aprovechar los Estados Unidos en Cuba, en 1861 algunos altos funcionarios españoles pensaron que la Guerra de Secesión les ofrecía, a su vez, espléndida oportunidad para reinstaurar la influencia española en el hemisferio que los abuelos habían descubierto y colonizado. Los disturbios domésticos de México, entre extremistas conservadores y liberales, al empeorar dificultades ya tradicionales, facilitaban el pretexto para la intervención. Gran Bretaña, Francia y España proclamaron la validez de las deudas contraídas por el predecesor del liberal Benito Juárez, afianzado en México desde este año de 1861. Como las tres potencias europeas reclamaran, además, compensación por los daños sufridos durante la guerra civil mexicana, el Presidente Juárez confesó que no tenía recursos para satisfacer las reclamaciones. Planteado así el conflicto, ¿cómo fue éste visto al norte del Río Grande?

Para el neoyorquino común, el conflicto que amenazaba a México resultaba de la lucha tradicional entre la Iglesia y el pueblo, lucha que se daba "en los países en que la superstición por una parte, y la codicia eclesiástica por otra, habían levantado una Iglesia de Estado engordada en la médula del respectivo país".¹ Esa lucha se había dado ya en España. La Iglesia Católica Romana de México poseía las tierras productivas y, por consiguiente, se creía con derechos para gobernar el país. Pero, si bien la Iglesia podía reunir tropas, el pueblo se percataba al fin de la corrupción reinante en el seno de la Iglesia, de la que intentaba librarse. La lucha entre conservadores y liberales debía considerarse en estos términos. Un

¹ *Harper's Weekly*, N. Y., 9 junio, 1860.

británico tozudo, un francés pícaro y hambriento y un indiscreto ciudadano norteamericano habían lastimados los sentimientos populares de México. ¿Qué decir de los españoles?

Oficialmente al menos, España tenía acumulados algunos agravios de México. Los Estados Unidos lo sabían y, como medida de precaución, habían ordenado un aumento de fuerzas frente a la costa de Veracruz, al objeto de proteger los derechos y los intereses norteamericanos. Caso de que España se decidiera por la guerra, los Estados Unidos no estaban dispuestos a tolerar medidas positivas contra México. Al confirmar esta resolución a García Tassara, embajador español en Washington, Mr. Lewis Cass hizo alusión a la amenazadora acción europea que se tramaba contra México. Los Estados Unidos "se oponían terminantemente a que ninguna potencia extranjera, en cualesquiera circunstancia, intentara apoderarse de México o intervenir por la fuerza con el propósito de dominar su destino político".² La situación económica empeoró a tal extremo, que el gobierno mexicano se vio en la necesidad de aplazar el pago de los bonos extranjeros. Como réplica, las naciones europeas suspendieron sus relaciones diplomáticas con México. Al mismo tiempo, la acción revolucionaria volvió a turbar la vida interna de México. Consignemos que un periódico estadounidense³ reprodujo el editorial del *London Spectator*, del 27 de abril de 1861, en el que Inglaterra elogiaba a España por sus "últimos adelantos en la civilización, el aumento de su renta y el desarrollo de su potencia militar". Inglaterra se complacía en este desarrollo porque una España débil era siempre tentadora presa para las intervenciones francesas, de las que debía librarse en todo momento. Y sin ambigüedades de ningún género, el órgano británico añadía que si España conseguía implantar su ley nuevamente en México y gobernar a Santo Domingo como los ingleses gobernaban las Barbados o Ceilán, Inglaterra no lamentaría, ciertamente, el cambio...⁴ Un artículo publi-

² Washington, Archivos de los Estados Unidos (AUSA), Dept. de Estado, Sp. Instructions. vol. 15; Washington, 7 setiembre, 1860. A Mr. William Preston.

³ *Daily National Intelligencer*, Wash., 22 agosto, 1861.

⁴ La prensa norteamericana mantenía informados a sus lectores acerca de los acontecimientos en el Caribe. Despachos recibidos de Santo Domingo permitían afirmar que a fines de agosto, "el capitán general Serrano había regresado de Santo Domingo, después de recorrer la nueva posesión de la Corona Española y de hacer públicas multitud de proclamas congratulatorias. Por todas partes había sido recibido con gran entusiasmo. Bailes, desfiles, fiestas, Te Deums e iluminaciones se habían sucedido día y noche durante su permanencia en la isla. Una vez dispuesto el gobierno a su satisfacción, y posesionado de él el general Santana, Serrano había regresado a La Habana" (*Daily Nat. Int.*, 7 set., 1861).

cado en el mismo periódico norteamericano, al insertar el texto de su corresponsal en París, señalaba la tirantez a que se había llegado. En la eventualidad de guerra entre los Estados Unidos y España, "en fecha no muy distante", importaba considerar la situación de la flota española. Contaba ésta con veintisiete vapores de rueda lateral, armados con ciento treinta cañones; seis vapores a hélice de armamento incompleto; seis fragatas propulsadas a hélice; treinta y tres corbetas a hélice, más otras diez fragatas a hélice en período de construcción. La marina española poseía además treinta y ocho barcos a vela, entre los cuales se destacaban dos buques de línea y seis fragatas. El agregado naval estadounidense reconocía a España "un poder naval efectivo de importancia considerable".⁵

Ante la probable intervención conjunta en México de los gobiernos de Inglaterra, Francia y España, el plenipotenciario norteamericano Carl Schurz solicitó una entrevista al señor Calderón Collantes, ministro español de Asuntos Exteriores. El ministro expresó su indignación por la expulsión del embajador Pacheco decretada por el gobierno mexicano, así como por la negativa de éste a cumplir sus anteriores obligaciones. España debía buscar reparación a estos agravios sin favorecer, desde luego, a ninguno de los partidos contendientes en la República Mexicana, porque España no tenía la menor intención de imponer instituciones de ningún género.⁶ Después de la entrevista, Mr. Schurz escribe una carta "particular" a Mr. Seward⁷ en la que informaba acerca de las últimas resoluciones del gobierno español: antes que Inglaterra o Francia se aprestaran a obrar por su cuenta, España estaba decidida a iniciar las hostilidades contra México, sin dilaciones. La oposición, en las Cortes españolas, explicaba la súbita resolución del gobierno español como deseo impaciente que éste tenía para ayudar al partido clerical de México. Días más tarde, Mr. Schurz mandaba relación más detallada⁸ adelantando el nombre del general Gasset como jefe electo de la expedición que se preparaba. Se señalaba al general Rubalcava como jefe, a su vez, del escuadrón naval integrado, probablemente, de tres fragatas de primera clase y tres de segunda, tres vapores de rueda lateral y cuatro corbetas, sin contar otros buques más pequeños para el transporte de tropas y provisiones. Con referencia a la infantería española, Mr. Schurz declaraba que los soldados eran los mejores que en todo tiempo había visto, supe-

⁵ *Daily Nat. Int.*, Wash., 6 set., 1861.

⁶ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 43; Madrid, 7 set., 1863.

⁷ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 43; San Ildefonso, 11 set., 1861. "Particular" porque tenía que, a consecuencia de los acontecimientos, el gobierno español abriera la correspondencia.

⁸ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 43; San Ildefonso, 20 set., 1861.

riores en mucho a los de Francia. Procedentes de los estratos más humildes de la sociedad, estaban acostumbrados a las privaciones. Las armas, el equipo y el entrenamiento eran, asimismo, de alta calidad. En cambio, la oficialidad y la caballería ligera no merecían los mismos elogios. En su análisis de la crisis, el plenipotenciario estadounidense apuntaba que las simpatías del gobierno español por el partido clerical de México favorecía la diplomacia de los Estados Unidos al separar, virtualmente, a Inglaterra de Francia y España. En esta dirección, la primera se opondría siempre a toda acción de las dos últimas.⁹

El plenipotenciario siguió a la Corte de San Ildefonso a El Escorial. Entretanto, se dedicó a observar y leer a los políticos españoles pertenecientes a los partidos democráticos, ya que todos ellos colaboraban en la prensa. Cuando la ocasión se terciaba, charlaba también con ellos. Las notas sacadas de estas actividades le servían a Mr. Schurz para redactar sus informes al Secretario de Estado. He aquí uno de los más perspicaces:

Parece ser que, de un tiempo a esta parte, la extensión del poder español en el hemisferio occidental alimenta un sueño de la dinastía. La reina Isabel señora de mediana inteligencia, aunque de valor, ambición y viva imaginación, ha concebido la idea de que está destinada a ser una segunda *Isabel la Católica*, y restaurar así el antiguo esplendor y poder de la monarquía española. Desde la guerra de Africa y la anexión de Santo Domingo, esta idea es la materia prima de que se nutre la lisonja en la Corte, y la reina, animada por cuantos desean complacerla (¿qué cortesano no lo desea?), está convencida de que las circunstancias le facilitarán aventajar a su ilustre predecesora. Y conste que estas ideas y aspiraciones no se ven compartidas únicamente por las camarillas de la reina.¹⁰

⁹ AUSA, Dept. Est. Sp. vol. 43; San Ildefonso, 21 set., 1861.

¹⁰ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 43; San Lorenzo del Escorial, 27 set., 1861. La ilusionada idea de que parece ser estaba poseída Isabel II venía ya del mes de su nacimiento, octubre de 1830. Por lo menos sabemos que durante los tres días de festejos públicos, del 19 al 21 del citado mes de octubre, en un cuadro monumental colocado sobre la fachada principal del ayuntamiento madrileño, se leían los siguientes versos de Ventura de la Vega:

Bajo tu amparo, Religión sagrada,
Una Isabel, orgullo de Castilla,
Las rojas cruces tremoló en Granada
Lanzando al moro a la africana orilla.
Esta que hoy nace de la Patria ansiada,
Destina al Cielo a la paterna silla:
Sagrada Religión, tú la acompaña,
Y el siglo de Isabel renazca a España.

El cuadro representaba a España llevando en sus brazos a la princesa y ofreciéndola a la religión.

En su informe, Mr. Schurz sopesaba las cualidades personales de los miembros del gobierno más entusiasmados con empresas capaces de deslumbrar al pueblo y, a un tiempo mismo, favorecer las ambiciones y proyectos de la Corte. El señor Calderón Collantes era "hombre de quijotesca inclinación, vanidoso y ampuloso", hombre no nacido para héroe, que había cometido muchos desatinos en la dirección de su ministerio y que, más que ningún otro, temía los ataques de la oposición. A O'Donnell, por otra parte, verdadero apoyo y pilar del gobierno, se le había oído decir que no entendía nada de política exterior. "Pero es un soldado", recuerda Mr. Schurz, "y, como tal soldado, se ve naturalmente impulsado a operar con cañones y bayonetas. Por lo demás, no dejará de halagar su ambición el ver que su gobierno podrá ser señalado como el restaurador del poder español en el hemisferio occidental". Incluso los liberales se mostraban bastante sensibles en lo concerniente a la vanidad nacional. Apoyándose en fuentes dignas de todo crédito, Mr. Schurz informa al secretario Seward acerca del plan de la Corte encaminado a implantar una monarquía en México, y a colocar en el trono a un príncipe español. Los dos candidatos de quienes más se hablaba eran don Juan de Borbón, hijo de don Carlos, "considerado idiota e incapaz de hacer nada que requiera inteligencia, fuerza y carácter", y don Sebastián, tío de la reina, antiguo partidario de don Carlos, "enteramente dominado por el clero". Pero este plan, ¿no contradecía las seguridades dadas por el señor Calderón Collantes? No, porque el ministro había dicho que España no intentaba "intervenir en los asuntos internos de México contra la voluntad del pueblo mexicano..." Se decía que un representante español se había enviado a México desde La Habana para provocar una demostración popular a favor del establecimiento de la monarquía con un príncipe Borbón, y bajo la protección de España.

En opinión del ministro norteamericano, resultaba imposible contratar estos planes por vía diplomática, porque a los Estados Unidos se les consideraba "demasiado débiles en aquel momento para oponer serios obstáculos a una coalición tan poderosa como la formada por España, Francia e Inglaterra".¹¹ El mero cambio de ministros afectaría apenas esta situación. Incluso en el improbable caso de que los liberales fueran llamados a formar gobierno, muy pronto se verían engatusados por la ambiciosa política de la Corte. Y ni qué decir que si Narváez¹² llegaba al poder, el proyecto se

¹¹ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 43; San Lorenzo del Escorial, 27 set., 1861.

¹² El general Ramón María Narváez, duque de Valencia, era jefe del Partido Moderado.

llevaría a cabo con mayor energía. Ciertamente, Mr. Schurz se encontraba en posición delicadísima. Y dándose cuenta de que no podía presentar formal protesta ante la esperada acción de España, no le quedaba más recurso que el de proveer a las legaciones norteamericanas en París y Londres la información que él poseía, para determinar hasta qué extremos llegaba la alianza entre las tres potencias. En el horizonte, una realidad se presentaba más que segura: las tendencias religiosas y políticas de los tres países eran elementos de discordia más que de unión.

En los Estados Unidos los periódicos estaban bien informados gracias, por una parte, a sus corresponsales europeos y, por otra, a los agentes que, oficial y extraoficialmente, mantenían en Cuba. El éxito de la anexión de Santo Domingo parecía animar al gabinete de Madrid a aprovechar la ocasión en la cuestión de México. Así se explicaban los preparativos de una gran expedición naval para el Golfo, y que sonaran ya los nombres de los generales elegidos para ponerse al frente de la expedición. Según *La Correspondencia*, de Madrid, todo estaba ya ultimado. No sin cierta dosis de grandilocuencia castellana, el órgano ministerial español declaraba: "España irá sola a México, y actuará sola según le dicten sus intereses y su dignidad, sin preocuparse poco ni mucho sobre lo que puedan decir Francia e Inglaterra. Si, como consecuencia de nuestra acción, estas dos potencias expresan su deseo de emplear su influencia para ayudar a esa infeliz República, el gobierno español se mostrará dispuesto a aceptar su colaboración". Un corresponsal norteamericano en París juzgaba esta declaración excesivamente arrogante incluso para un grande de España. Las probabilidades, sin embargo, le hacían pensar que México sería pronto dividido en tres colonias, respectivamente, inglesa, francesa y española.¹³

Tras la firma de la Convención,¹⁴ Mr. Schurz preguntó al ministro Calderón cómo podía esperar que un gobierno débil como el mexicano estuviera en condiciones de ofrecer sólidas garantías para reparar los agravios de que se lamentaba España. La respuesta del ministro español dio a entender que la presencia de la expedición aliada en las aguas de México y la ocupación de Veracruz y Tampico actuarían de una manera decisiva en el pueblo mexicano, alentándole a poner un hombre de autoridad y poder a la cabeza de su gobierno. Con todo, España no pensaba en imponer forma alguna

¹³ *Daily Nat. Int.*, Wash., 5/9/22 oct., 1861.

¹⁴ En mis dos libros *El caballero Prim* (tomo II), Barcelona, 1952, y *Así cayó Isabel II*, Barcelona, 1955, doy una documentada y panorámica relación de la intervención europea en México.

de gobierno a México, ni toleraría que ninguna otra potencia asumiera esta responsabilidad.¹⁵ Era indudable que la inminente intervención en México de las fuerzas combinadas anglofrancoespañolas animaría a la formación de un gobierno estable bajo la protección de las tres mencionadas potencias. Como consecuencia de esta acción, un corresponsal norteamericano en París vislumbraba el desvanecimiento del sueño sureño de la conquista de México y la fundación de un gigantesco imperio esclavista. "Si el Sur no se hubiese rebelado, México habría sido pronto anexado a los Estados Unidos". El sur, pues, mataba el ganso que ponía los huevos de oro.¹⁶

Si, en verdad, se emprendía la expedición combinada, don Juan Prim era el mejor general para mandar las tropas. Tan pronto como el nombramiento trascendió al público, Mr. Schurz se propuso obtener cuantos detalles estuvieran a su alcance, y no tardó en despachar sus averiguaciones. Vale la pena empezar por la caracterización del general Prim según la perceptiva observación del plenipotenciario norteamericano:

El general Prim es un hombre muy importante en este reino. Ocupa elevada posición y la mantiene con considerable talento. Como jefe militar, se destaca por su temple frío y la brillantez de sus hazañas. Debo señalar que su popularidad es tan grande entre el pueblo como lo es su prestigio en el ejército. Es liberal por instinto, y las opiniones políticas que profesa le identifican con el partido progresista. Generoso y franco, su carácter es, en cierto modo, romántico. Se le considera muy impresionable y apto para modelar su carrera de acuerdo con las circunstancias. Se dice que su elevación a la Grandeza de España no ha dejado de influir en su manera de pensar, como ha influido, sin duda, en sus relaciones sociales. En su vida privada es espléndido en exceso, príncipesco en sus gastos, descuidado en la administración de sus negocios, propenso a contraer deudas atolondradamente y está casi siempre necesitado de dinero. Pocos años atrás casó con una señora mexicana riquísima, de quien dilapidó la fortuna en brevísimo tiempo. En la actualidad está sobrecargado de deudas...¹⁷

La explicación de su nombramiento era distinta según la personalidad con quien se consultaba. El señor Olózaga, jefe del partido progresista, creía que Inglaterra había estipulado, como condición de su alianza, el nombramiento del general Prim para jefe de la empresa, basándose en un vigoroso discurso del general, dos

¹⁵ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 43; Madrid, 2 nov., 1861. A Mr. Seward.

¹⁶ *Daily Nat. Int.*, Wash., 4 nov., 1861.

¹⁷ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 43; Madrid, 16 nov., 1861.

años antes, en el Senado, contra el dominio clerical en México. Pero sir John Crampton, embajador británico en España, nada sabía de este asunto. Creían otros que por ser el general Prim favorito asiduo en las Tullerías y amigo íntimo del embajador francés en España, la influencia francesa tenía mucho que ver en el nombramiento. Un jefe destacado del partido moderado aseguraba que Prim estaba abrumado de dificultades financieras, "y una de dos, algo se tenía que hacer para aliviarle o él tendría que hacer algo para aliviarse a sí mismo...". Por otra parte, el gobierno temía un pronunciamiento del general que, al derribar al gobierno, derribaría igualmente la dinastía. "Por tanto, el gobierno, al objeto de librarse de hombre tan peligroso, lo colocaba a la cabeza de la expedición y, alejándole del país, le ofrecía la oportunidad de llenarse la bolsa".¹⁸

Una larga conversación mantuvieron Mr. Schurz y el general Prim. Con absoluta franqueza, el español aseguró al plenipotenciario que su propósito era el de usar de todo su poder para afianzar en el pueblo mexicano la plena libertad de zanjar por sí mismo sus asuntos. Las tradiciones del pueblo de México eran republicanas; por consiguiente, consideraba absurda la idea de introducir instituciones monárquicas. En su opinión, las desdichas y la desmoralización de los mexicanos se debían en gran parte a la influencia del clero; esta convicción pesaría en su futura acción. Tenía tomada la resolución de apoyar al gobierno elegido por la mayoría de la población de México, fuese el que fuese el partido que la consiguiera. Personalmente, él se inclinaba por Juárez, la personalidad liberal en la lucha mexicana. Más aún, le preocupaba poquísimamente cuanto pudiera pensar el gobierno español sobre la totalidad del conflicto. Y como se daba el caso de que era él jefe político y militar, a un mismo tiempo, de la expedición, deseaba actuar con absolutos desinterés y generosidad. Al brindarle Mr. Schurz la mediación de los Estados Unidos, previamente rechazada por el señor Calderón, el general se había apresurado a decir que "nada le produciría mayor placer que operar en completo acuerdo con los Estados Unidos...". La República norteamericana tenía todas sus simpatías. Como comentario final de esta conversación, Mr. Schurz afirmaba su convencimiento de que el general Prim era perfectamente sincero "en cuanto había dicho en el momento en que lo había dicho". A creer fuentes fidedignas, sin embargo, Prim era inconstante.

¹⁸ *Ibidem*. En su despacho, Mr. Schurz añade: "Corrientemente, se cree que los generales españoles no son de fiar cuando están desprovistos de fondos".

Con todo, en dos cosas no cabe duda de ningún género: primera, sus impulsos son enteramente liberales, y actuará en consonancia con ellos, a menos que se interpongan sus intereses materiales; segunda, se da cuenta de su poder e importancia, no alimenta gran estima por el gobierno actual de España, y está, por naturaleza, acostumbrado a obrar a su placer. Habrá que añadir que no es inaccesible al halago, que se siente orgulloso de la gran tarea política que le acaban de asignar, que le complace representar el papel de pacificador y restaurador de la libertad y la independencia de una nación infortunada, y que no prestará oído sordo a las proposiciones que le haga directamente el gobierno de un grande y poderoso país. Cabe registrar que no es completamente desconocido en México. Ha vivido en él algún tiempo y, por su mujer, posee en México grandes intereses territoriales y un extenso círculo de relaciones familiares.¹⁹

Entretanto, las demostraciones de uno de los generales amotinados en México, a favor de la bandera española, señalaban qué clase de influencias actuaban. Mr. Schurz preguntaba: "¿Por qué el Departamento de Estado no asignaba un agente diplomático a la persona del general Prim?". Este había dado a conocer sus intenciones de visitar los Estados Unidos después de la campaña mexicana. (Años más tarde, al recordar sus experiencias como embajador en España, Mr. Schurz completaría el retrato del general, entonces de edad de cuarenta y siete años, añadiendo que "tenía una figura elegante y de mediana estatura; de facciones más bien regulares, con barba negra, expresión soldadesca, y ojos relampagueantes; vivo y elástico en sus movimientos; franco y jovial en su porte y maneras..."²⁰). Pocos días después de la citada conversación, Mr. Schurz y el general Prim volvieron a reunirse en casa del Nuncio. Fue entonces cuando el plenipotenciario norteamericano mencionó la información que le había llegado acerca de los deseos de la Corte de colocar en el trono mexicano a un príncipe que se prestara a casarse con la infanta Isabel, hija de la reina. A lo cual Prim le interrumpió con una carcajada: "La Corte quiere esto y lo de más allá. ¿Quién se preocupa por lo que quiere la Corte? Véamos, si hubiera de establecerse un trono en México bajo los auspicios de España, ¿por qué no sentar en él al general en jefe...?"²¹

Mr. Schurz vio en esta reacción una oportunidad de neutralizar los designios de la Corte española. Estaba convencido de que todo

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *The Reminiscences of Carl Schurz. Illustrated with portraits and Views*, (3 Vols.), N. Y., 1909; t. II, p. 294.

²¹ *Obra cit.*, pp. 299-300.

español era, por naturaleza, partidista, y que Prim, consiguientemente, tomaría partido. Trasladándonos a otra atalaya, el *Times* de Londres preveía múltiples dificultades y desacuerdos entre los firmantes del tratado, los cuales, por necesidad, se verían forzados a reconocer una u otra de las facciones que se disputaban México. Se sabía que Inglaterra simpatizaba con los liberales, mientras que Francia y España, oficialmente, se inclinaban hacia la facción reaccionaria. Mr. Schurz recordaba, sin embargo, que los impulsos de Prim favorecían al partido liberal, con el cual estaba íntimamente relacionada la familia de su mujer, y el general actuaría, no cabía duda, de acuerdo con esta trayectoria.²² Aparentemente al menos, la expedición aliada, a punto entonces de abandonar los puertos de Francia, Inglaterra y España significaba un intento de las potencias europeas de tomar posesión de territorio americano. Y esta acción era inimicísima para los estadounidenses, que siguieron ansiosamente el desarrollo de los acontecimientos.²³

Era de esperar que el pueblo mexicano participara de un sentimiento de odio hacia España y que, temporalmente, se uniera para resistir al enemigo común. Las noticias que llegaban de México —reproducidas y aumentadas en la prensa de los Estados Unidos—, informaban sobre violencias contra residentes españoles. Una observación frecuente y zumbona por aquellas fechas fue la de que si los españoles llegaban solos, se les recibiría "calurosamente"...²⁴ Desde los últimos días de diciembre de 1861, Mr. Horatio J. Perry, esposo de la poetisa Carolina Coronado y secretario de la Legación de los Estados Unidos en Madrid, estaba al frente de los negocios norteamericanos mientras no llegaba el nuevo embajador. Dedicó toda su actividad a estorbar la ofensiva española contra el hemisferio occidental. Armas suyas eran la indudable influencia que ejercía sobre algunos ministros y los principales periódicos del país, que aceptaban sin discusión las sugerencias de Perry en lo referente a la cuestión mexicana. Y era este último punto de la máxima importancia en España, donde, como en ningún otro país, la prensa moldeaba la opinión pública.²⁵ El pueblo norteamericano se enteró

²² AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 43; Madrid, 17 nov., 1861. Véase también *Daily Nat. Int.*, Wash., 23 nov., 1861.

²³ *Daily Nat. Inst.*, Wash., 30 nov., 1861. V. el texto de la Convención firmada en Londres (31 oct., 1861) por los plenipotenciarios John Russell, Xavier de Istúriz y Flahault de la Billarderie en el periódico últimamente citado, edición del 6 dic., 1861.

²⁴ *Daily Globe* y *Daily Nat. Int.*, Washington, respectivamente del 12 y el 20 de dic. de 1861.

²⁵ AUSA, Dept. Est. Sp. vol. 43; Madrid, 21 dic., 1861. A Mr. Seward. En sus comunicaciones oficiales con el Secretario de Estado, Mr. Perry sub-

de que Veracruz, la primera ciudad mexicana ocupada por las fuerzas aliadas, se había convertido en una ciudad sitiada ya que, entre otros artículos, ni verduras ni combustible llegaban a ella. Muchos soldados habían caído enfermos, muchos desertores se habían fugado y varios centinelas habían sido sentenciados a muerte. Gran mortalidad pesaba sobre el ejército aliado en Veracruz.²⁶ Algunos periodistas recordaron a los norteamericanos, en esta ocasión, que no eran los Estados Unidos los únicos en ejercer el derecho de invadir a México para vengar agravios o reclamar deudas. España, Francia e Inglaterra tenían ultrajes que reparar y derechos que mantener en México.²⁷

Las potencias aliadas habían discutido, desde el principio (según señalara el Secretario de Estado Mr. Seward), la candidatura del archiduque Maximiliano para el trono de México. En el fondo de la cuestión presionaba el emperador francés, el cual, sin tan siquiera consultar a España, había ya enviado refuerzos a México. Esta acción de Francia irritó a España, puesto que se había hecho a la idea de que era ella la destinada a dirigir las operaciones de tierra en México. ¿Qué otro significado podía tener el nombramiento del general Prim? La candidatura del archiduque no era del agrado de los españoles, pero aparentaron aceptarla con la secreta esperanza de que las circunstancias permitirían desbaratar la iniciativa francesa. De hecho el gobierno español buscó las simpatías de los británicos, bien con la insinuación del posible matrimonio entre el conde de Flandes y la hija mayor del duque de Montpensier, presentado a ambos como una real y constitucional pareja para México, bien dando realce a la capacidad del general Prim para mantener el régimen republicano en aquella anárquica tierra del continente americano. Sabemos que Prim y los ingleses actuaron de común acuerdo, enajenándose las simpatías de los franceses, del partido monárquico de México y de la prensa reaccionaria española. Muy pronto desapareció la cordialidad entre las fuerzas aliadas.²⁸

rayaba siempre su "trabajo" en la prensa española. Para actuar con mayor soltura, solicitó quinientos dólares al objeto de pagar al traductor que tenía en la Legación. Mr. Seward ordenó el envío de los quinientos dólares, pero ni un centavo más, pues consideraba que los resultados no compensaban los gastos. (AUSA, Dept. Est., Sp. Instructions vol. 15; Wash., 8 marzo, 1862).

²⁶ *Daily Globe*, Wash., 23 enero y 5 febrero, 1862.

²⁷ *Daily Nat. Int.*, Wash., 27 febr., 1862.

²⁸ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 43; Madrid, 15 marzo, 1862. Perry a Mr. Seward. Además de sus fricciones con los españoles, la conducta fría y soberbia de los ingleses indignó a los franceses "como consecuencia de la falta de cortesía por parte de los británicos". Se habían adelantado a las fuerzas expedicionarias. Y al principio, no habían izado las tres banderas... (*Daily Nat. Int.*, Wash., 23 marzo, 1862).

El pueblo norteamericano, especialmente los encariñados con la llamada doctrina de Monroe, respiró con alivio al enterarse del concierto establecido entre las fuerzas invasoras y el gobierno de México. Después de alcanzar una pacífica solución, al objeto de evitar el derramamiento de sangre, los plenipotenciarios inglés y español decidieron retirar sus respectivas fuerzas. Obstinados, los franceses rechazaron la convención de paz "como contraria a la dignidad de Francia". Así se explica que las tropas francesas, conjuntamente con los reaccionarios mexicanos, después de garantizar a Inglaterra y a España el pago de las respectivas reclamaciones, prosiguieron la invasión del territorio mexicano. La alianza entre los europeos invasores quedó rota, pues, por la acción violenta de los franceses. Dirigiéndose a sus oficiales, el general Prim dijo: "Dejo a los franceses la responsabilidad de esta acción, sobre la cual caerá muy pronto la sentencia de la opinión americana y europea. Con todo, no les deseo daño alguno. Son ellos soldados valientes; merecen que la victoria les acompañe siempre; pero nosotros nos marchamos para cumplir con nuestro honor. La Historia juzgará entre ellos y nosotros".²⁹ Esta era la imagen que de los personajes y la situación se iban formando los norteamericanos a través de su prensa.

Información de primera mano nos la ofrece Mr. Perry.³⁰ Una observación del señor Calderón Collantes le había llamado la atención. Al discutir si México debía transformarse en monarquía o seguir siendo una república, el ministro español había afirmado que la cuestión era mexicana, no europea; pero como el ejemplo de los Estados Unidos, con referencia al poder ejecutivo, no se ajustaba al mundo hispánico, en el caso de República el presidente debía permanecer en el oficio de diez a veinte años. . . Llegado el mes de abril, Francia, aparentemente, había aceptado los preliminares de La Soledad como un *fait accompli*. Por otra parte, España recapitulaba su política de Ultramar proclamando que no deseaba reestablecer su dominación sobre ningún territorio de sus antiguas colonias reales. Su único objetivo consistía en lograr la amistad de todas ellas, pero recordándolas que aun cuando con paciencia había sufrido sus ultrajes, no le faltaba la fuerza para castigarlos. Declaraba, además, que España no toleraría que los Estados Unidos se entremetieran en la independencia y la integridad de las repúblicas de habla española.³¹ En los últimos días del mes de mayo, con el

²⁹ *Daily Nat. Int.*, Wash., 22 marzo, 22/26 abril, y 7 mayo de 1862.

³⁰ He documentado el hecho en mis dos libros mencionados antes, *El caballero Prim y Así cayó Isabel II*.

³¹ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 44; Madrid, 15 abril, 1862.

repentino desenlace de la expedición española en México, los políticos de Madrid se movieron en un ambiente de agitación y sensación, del que se aprovechó la oposición para combatir al gobierno por haber sancionado "la mancha en el honor español" que suponía la retirada de las tropas ordenada por el general Prim. Lentamente, sin embargo, el prestigio del general ganó en la opinión pública. Cuanto más adelantaban los franceses sus pretensiones, más ventajosa aparecía la retirada de las tropas españolas. De haberse quedado en México, se habrían visto obligadas a luchar a las órdenes de los franceses y por una causa que no era española. Romper con ellos, después de las operaciones militares, hubiese acarreado serios problemas entre España y Francia. En todo caso, el discurso del señor Calderón Collantes, endosando la decisión del general Prim, había logrado los efectos buscados, de manera que los moderados, cabizbajos, se habían visto obligados a retirarse del debate que ellos mismos habían provocado. Más aún, una doble consecuencia resultaba ahora del arreglo terminante de México. Por una parte, el peligro que acechaba a las antiguas colonias españolas ante la iniciativa francesa había despertado los sentimientos antifranceses de los españoles. Por otra, la reina, el gobierno y la mayoría de los liberales españoles apoyaban la política de los Estados Unidos de evitar toda intervención europea en México. La *côterie* francesa en Madrid—diputados de las Cortes, oficiales del ejército y de la marina, altos funcionarios de los ministerios—constituía una minoría que deseaban mantener a España en una política estrictamente nacional, en Europa como en América, donde la influencia moral española se había fortalecido después de la decisión del general Prim.³²

La verdad estaba en que, durante cuarenta años, México había sido la presa desdichada del desorden y la anarquía, en su peor sentido. Como consecuencia, la revolución había reflejado la falta de norma legal, y el bandidaje y el asesinato aparecían como aspectos fatales de aquella sociedad. Esta indignante situación había surgido del antagonismo entre el pueblo y la Iglesia, facilitando así el acuerdo inicial entre Gran Bretaña, Francia y España con el propósito de intervenir y, tras una ocupación conjunta, restaurar la paz. Francia, en realidad Napoleón III, necesitaba ver a México en paz, si más no para asegurar su clientela de vinos, sedas y otros productos manufacturados franceses. Esta era la razón de que el Emperador prestara unos millares de soldados al partido reaccionario de México.³³

³² AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 44; Madrid, 25 mayo, 1862. También el despacho de 30 mayo, 1862.

³³ *Harper's Weekly*, N. Y., 21 junio, 1862.

En Europa, sin embargo, el poder de Napoleón III tenía mayor peso. Reflejo de esta realidad fueron la sensación de peligro y las vacilaciones de la familia real española puestas de manifiesto en las declaraciones del gobierno de O'Donnell al nombrar al general Concha para la embajada de España en París. La acción del gobierno español al favorecer al general Concha, francófilo y en abierta oposición a las opiniones de Prim, se explicaba por el miedo a Francia, miedo al aislamiento y las demasiadas derrotas de los soldados de la Unión-Richmond, Charleston, Oeste de Virginia. . . .³⁴ Pero en la hondura de sus corazones la mayoría de los españoles siguieron alimentando sentimientos antifranceses, y aplaudieron las hazañas de los mexicanos contra los soldados del Emperador. La decepción final para los españoles llegó con la proclamación de Maximiliano, puesto que habían soñado con un príncipe español para México, no un austriaco.³⁵ Sabemos ahora que el designio de Luis Napoleón de afianzar la raza latina en el Nuevo Mundo dependía enteramente de las contingencias de la Guerra Civil norteamericana. Terminada ésta, cuando Maximiliano fue ejecutado, puede decirse que en su tumba quedó enterrada la última tentativa de una potencia europea de mezclarse con violencia en la política de una nación del Hemisferio Occidental. Al comentar la tragedia, una revista estadounidense escribió que el príncipe ejecutado, de treinta y cinco años de edad solamente, había sido un hombre bondadoso y culto, sin duda, y que su esposa, a consecuencia del disgusto, había perdido la razón. "Sin embargo, si bien nos compadecemos del príncipe, tengamos también piedad por sus víctimas, piedad por los buenos y cultos jóvenes que aún vivían, de no haber sido eliminados por ese mismo príncipe".³⁶

A los ojos de los norteamericanos, los más linceos, el fracaso francés en México era la obra de un hombre —el general Prim— y comprendieron que los Estados Unidos debían mostrarse agradecidos a la conducta de Prim, amigo y admirador del pueblo y del ejército de la Unión. Después de su acción en México y de su visita a los Estados Unidos, se había embarcado para España, no más rico en honores ni en dinero. En alabanza del general, el plenipotenciario norteamericano Gustavus Koerner escribió el siguiente párrafo:

Es un aventurero en el más noble y extremado sentido de la palabra. De cincuenta años y mediana talla, tiene anchas las espaldas y el pecho y, sin embargo, es esbelto como suelen serlo todos los espa-

³⁴ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 44; Madrid, 1/17 agosto, 1862.

³⁵ AUSA, Dept. Est., Sp. vol. 45; Madrid, 7 junio, 1862. V. también vol. 46, Madrid, 2 abril, 1864. Mr. Koerner a Mr. Seward.

³⁶ *Harper's Weekly*, N. Y., 20 julio, 1867.

ños; su rostro es muy pálido o más bien de clara tonalidad olivácea; su cabello y barba negro azulado; los ojos, grandes y negros. La nariz amplia y la boca grande. La expresión amable y jovial. Valiente, nada teme cuando se propone satisfacer sus ambiciones. Como casi todos los españoles, es orador nato; su discurso en el Senado, que duró varios días, encaminado a justificar su conducta en México en contra de los deseos del Emperador francés (de quien había sido amigo y de quien había recibido apoyo para su mando, por ciertas afinidades de condición aventurera) fue un gran discurso. En él proclamó que los Estados Unidos eran una gran y poderosa nación, la cual, a despecho de sus actuales dificultades, no dejaría de reivindicar la doctrina de Monroe y arrojar a los franceses del país.³⁷

³⁷ *Memoirs of Gustavus Koerner, 1809-1896, Life-sketches written at the suggestion of his children*, edit. by Thomas J. McCormack, Cedar Rapids, Iowa, 1909, vol. ii., pp. 295-296.

NOTA SOBRE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Por Dardo CUNEO

REHAGO las sensaciones que Mariátegui produjo en nuestra generación —aquí, generación equivale decir de los de 15 años de hacia el año '30—, cuando desde Lima andina nos llegaba al Río de la Plata la revista *Amauta* y la anécdota de su director. En otra oportunidad, me referí a esas sensaciones.¹ Puedo volver a precisarlas ahora: ellas nos hablan de algo que venía avalado con aire, color —y olor— de la leyenda. Desde aquel lado del continente, extremo de montañas e indios para nuestro mundo de llanura e inmigración, el mensaje periodístico tenía una extraña fuerza de llamada. ¿A qué llamaba? Primero veamos cuáles eran los instrumentos, es decir, el estilo de esa llamada. Sí, porque lo que más hacía que nos sintiéramos cerca del lejano Mariátegui era la voz con que nos hablaba, era el estilo en que estaba escrito su ensayo, su monografía, su artículo, todo lo cual valía como poema. Releo, ahora, y felizmente encuentro en sus páginas, en el conjunto de ellas, en casi todas ellas, una viva resonancia de energías que sólo podían partir de un escritor, de un hombre con un sentido religioso —misional— de la vida. Era estilo que se abría, por sí mismo, rápidamente, paso. Siendo directo, no era simplificador; sin reducir de antemano denominadores, se centraba en una estrategia que obligaba a madurar a todos los factores requeridos; en su factura, en su trabajo, estaban todos los elementos de la completa travesía y cada párrafo asumía la diligencia de la pasión y la duda, de la fe y la contradicción. Por haber sido, precisamente, trabajado en tal duelo, ese estilo revelaba en sus trazos definitivos el sustento de una rica argamasa, o sea las pruebas de un recio laboreo anterior e interior, equivalente a la liquidación de los conceptos que habían fatigado a nuestros climas coloniales para entrar, en cambio, en trato directo con realidades en movilización, realidades puestas al día por el rigor heterodoxo del análisis. El párrafo salía, así, limpio, enteramente limpio, con cuño de lucidez, con ritmo acelerado, convergente, suscitando las claridades que sólo

¹ "Mariátegui y Lugones", en *Aventura y Letras de América Latina*, Pleamar, Buenos Aires, 1964.

son posibles cuando, de alguna manera, se hace pie en la poesía. Porque estaba poblado, por dentro, de todos los materiales asimilados por quien tenía el don de haber hecho buen registro de la escena contemporánea y de entenderse —alertado aprendiz de profeta— con las señales de diversa índole con que se representaba la época. ¿A qué podía llamar ese estilo si no a un empleo de energías totales para comprender y vivir —es decir, modificar— nuestra América Latina? Más que convocar detrás de fórmulas, incitaba a apresurar ejercicios de vida. Era, en verdad, una llamada a la acción heroica, a maneras de hacer y vivir en plano —y tensión— misional. Y esa llamada a la acción heroica llegaba acompañada —y como aprestando credenciales extremadamente legítimas, muy concretas, indesmentidamente sinceras— con la anécdota heroica de aquel hombre acerca del cual sabíamos que, en su silla de ruedas de postrado, había ido a la cárcel por disconformista, por insurrecto, por revolucionario. Como si algo necesitáramos aún para identificar a la vida heroica con la revolución, ahí estaba la advertencia de esa anécdota: ser disconformista, ser insurrecto, ser revolucionario, era la manera, la más completa, de ejercitar la aventura y el riesgo de vivir heroicamente.

Aquella lectura de Mariátegui, de *La Escena Contemporánea*, de su *Amauta*, de sus más recientes *Siete ensayos*, asociada a su heroica anécdota personal podían, evidentemente, configurar una especie de Mito Mariátegui para uso de muchachos necesitados de exteriorizar su aspiración a vivir en forma diferente a la corriente, de no dejarse enredar por convenciones, por rutinas. Ese Mito —por lo demás, andino, proveniente de montaña, gran productora de mitos— pactaba con nuestras intranquilidades. Y nos comprometía. Aprendices de intelectuales, con nuestras mañanas de Biblioteca y nuestras tardes con libros debajo del brazo por las calles de la ciudad, nos acompañaba a todas partes y compensaba ampliamente —alimento para expectativas— nuestro desacuerdo con la ciudad convencional, esa frase con sonoridad de bando para la iniciación de la batalla: "Los deberes de la inteligencia son revolucionarios".

Vuelvo a hacerme cargo de esas sensaciones de entonces y las reúno a mi lado, muy cómodamente, con las consideraciones que atino hacer ahora, a la distancia, acertando a fraguar con unas y otras una imagen entera, acaso definitiva, para mi antigua amistad con libros y anécdotas, prosa y vida de José Carlos Mariátegui. Se me revela, en primer término y como dominadora del conjunto de esa imagen, la índole religiosa de su temperamento. Cuando junto al nombre de Marx ha puesto, insistentemente, el de Sorel e implícitamente el de Bergson, y con regular frecuencia el de Unamuno;

cuando en la vecindad de los políticos revolucionarios y escritores disconformistas de los años '20 exalta la plasticidad mística de Carlos Chaplin, nos estaba poniendo, con propia mano, en la pista que nos permitiría saberlo hombre religioso, en quien los mandamientos morales son, por lo menos, obligadas entrelíneas de los análisis económicos y sociales; para quien la revolución no era un trámite de resentidos o afectados, ni de mecánicos sociales, ni de dogmáticos científicos, ni de funcionarios de comité, sino la aventura de los sensibles, de los adelantados, de los que hacen de la disidencia más que operación de recambio con sus plazos fijos, un estilo de vida sin limitaciones. ¿Por qué estoy pensando en Péguy, cuando deliberadamente me niego a la referencia comparativa, tan fácil y dañina? Existen algunos motivos para enlazarlos. Péguy criollo, Péguy mestizo, el hazañoso sostenimiento de *Amauta* reproduce la obstinada osadía de sostener los *Cahiers de la Quinzaine*. Como en el francés, el socialismo fue en Mariátegui la manera de no pactar con la sociedad de su tiempo, con las injusticias y el desorden —con lo antiestético— de esa sociedad; y con cualquier sociedad injusta y fea con que hubiera dado, sea ella capitalista o no, Mariátegui, como Péguy, habría sido por igual desidente, insurrecto, revolucionario. Por eso, su experiencia no es exclusiva del militante moderno, sino experiencia cultural completa, es decir, de raíces y proyecciones religiosas; en definitiva, como en Péguy, experiencia de cruzado, que rebasa partido, tácticas de oportuno uso y horarios fijos. Cuando se empeña en defender a Marx frente a De Mann, comete esa herejía de asociarle a aquél a Sorel, lo que para la ortodoxia resultaba tan grave como dejarlo indefenso frente a De Mann. Y es que su socialismo era, ni más ni menos, el camino por el que aspiraba a expresar, en términos concretos, su completa disidencia, de tal manera que suelen encontrarse mayores cargas de sentimiento religioso en ese su socialismo que actualidades y postulaciones militantes en su temperamento religioso. Su paisano Eugenio Chang-Rodríguez situó claramente esta circunstancia. "Si su socialismo —puntualizó— alteró muy poco sus ideas religiosas, en cambio, su concepción religiosa sí alteró sus ideas políticas". "Mariátegui —agregó Chang-Rodríguez— comunicó un carácter místico a su interpretación socialista". Y por extensión, generosamente: "vio en toda revolución un movimiento religioso". Es su temperamento religioso el que determina su fe —y sus dudas— en la revolución; es el sentimiento religioso quien modela su fe en el socialismo.

Hagamos pie en su defensa de Marx frente al *Más allá del marxismo*, de Henry De Mann, libro de resonantes e inquietantes apelaciones hacia los años que convergen en el '30. Con quien Ma-

riátegui enfrenta a De Mann no es, precisamente, con Marx sino con Sorel, y aunque no le consiente al crítico belga la afirmación de que el marxismo es un hijo exclusivo del siglo XIX, él se cuida mucho —y ese cuidado estaba en su propia naturaleza de alertado; era aptitud principal de ella— de no dejarse atrapar por los climas y esquemas de ese siglo; vale decir, se cuidaba en estar más cerca de Sorel que de Marx. Por ejemplo: "Superando las bases racionalistas y positivistas del socialismo de su época, Sorel encuentra en Bergson y en los pragmatistas ideas que vigorizan el pensamiento socialista, restituyéndolo a la misión revolucionaria de la cual lo había gradualmente alejado el aburguesamiento intelectual y espiritual de los partidos y sus parlamentarios...". Aquellas bases racionalistas y positivistas eran, evidentemente, correlativas a este aburguesamiento de partidos y sus parlamentarios, y lo que Sorel ha hecho es revitalizar del marxismo su misión. Ojo: se trata de la misión; se trata de la revitalización de la fuerza de profecía que impule desde el marxismo; no se trata, pues, en rigor, del teorema marxista. El teorema era rectificado —o ampliado— por Sorel en cuanto postula al sindicato obrero como adecuada manifestación económica de la lucha, pero mucho más lo sabe como pleno vital de la nueva sociedad que revienta dentro de la vieja; es depositario de la vibración moderna del mito de la revolución, sostenido por aquel algo más que Marx no se decidió del todo a habilitar en su teorema, pero que fluye desde su profecía: la voluntad del hombre con sus propios poderes de desafío e insistencia. La naturaleza de Mariátegui era más voluntad que teorema; o no era teorema sin voluntad, pero como ésta excedía, con su contextura heroica, al teorema y sus contextos ortodoxos, solía abrirse en sus expectativas y labores el juego de las convenientes contradicciones. No nos apresuremos, sin embargo, hacia ellas; ellas ya vendrán a nosotros; sigamos un pequeño tramo más al Mariátegui que defiende a Marx a través de Sorel. Doble tarea le reconoce a éste; una: completar a Marx, ajustándolo al progreso intelectual y a los panoramas nuevos; otra: retornar a la fuerza de profecía de Marx. Su ubicación es la del continuador que ensancha. "Sorel, esclareciendo el rol histórico de la violencia, es el continuador más vigoroso de Marx, en ese período del parlamentarismo socialdemocrático, cuyo efecto más evidente fue, en la crisis revolucionaria posbélica, la resistencia psicológica e intelectual de los leaders obreros a la toma del poder a que los empujaban las masas". Después de Marx, Sorel. Después de Sorel, la Revolución Rusa. Es la clasificación de Sorel. Es la constante refundación del mito. "El mito —había escrito, en el '25— mueve al hombre en la historia. Sin un mito, la existencia del hombre no tiene ningún

sentido histórico". "Sin un mito —confirmaría en la misma fecha—, los hombres no pueden vivir fecundamente".

Al acudir a la tentativa de reactualizar el mito de la revolución, desemparentar, pues, al marxismo de sus cohabitantes del siglo XIX: "La bancarrota del positivismo y del cientificismo como filosofía, no compromete absolutamente la posición del marxismo". ¿No la compromete? Tan comprometida que es necesario darle amistad reconstitutiva en Sorel. ¿Por el cual se llega a Lenin? Pudo hacer Sorel camino a Lenin y éste, a su vez, hacer algún camino con él, pero hay algo más: con Sorel se llega a los sentidos propios de la nueva época, al restablecimiento de las rutas heroicas, a los significados misionales de la vida, a la puntualidad de los sentimientos religiosos en los hombres, en las masas. Mariátegui viene entendiéndose, muy avisadamente, con esas experiencias, revestidas de plena validez para sus exámenes generales. Por ejemplo: "Todas las apuestas históricas han sido, probablemente, un fenómeno espiritual" (en una de las primeras páginas de *La Escena Contemporánea*). En el año '25, al comentar al Unamuno de *La Agonía del Cristianismo*, subraya aquello de "Yo siento a la vez la política elevada a la altura de la religión y a la religión elevada a la altura de la política", para agregar, inmediatamente: "Con la misma pasión hablan y sienten los marxistas, los revolucionarios. Aquellos en quienes el marxismo es espíritu, es verbo. Aquellos en quienes el marxismo es lucha, es agonía". Los contemporáneos de su admiración son religiosos: Rolland "crea su fe a cada instante", y "su trabajo espiritual es heroico": Shaw tiene por ambición "crear los símbolos del nuevo espíritu religioso" (en *El Alma Matinal y Otras Estaciones del Hombre de Hoy*). En las mismas páginas de *Defensa del Marxismo* acaba de escribir: "Vendrá un tiempo en que, a despecho de los engreídos catedráticos que acaparan hoy la representación oficial de la cultura, la asombrosa mujer que escribió —se refería a Rosa Luxemburgo— desde la prisión sus maravillosas cartas a Luisa Kautsky, despertará la misma devoción y encontrará el mismo reconocimiento que una Teresa de Avila". En los *Siete ensayos* había deliberado a profundidad sobre la liquidación de las reminiscencias, muy siglo XIX, que mutilaban las escalas del hombre; así: "Han tramontado definitivamente los tiempos del apriorismo anticlerical, en que la crítica *librepensadora* se contentaba con una estéril y sumaria ejecución de todos los dogmas e iglesias, a favor del dogma y la iglesia de un *libre pensamiento* ortodoxamente ateo, laico y racionalista. El concepto de religión ha crecido en extensión y profundidad".

¿Qué tiene que hacer, entonces, este José Carlos Mariátegui en un alistamiento de consignas disecadas, alistamiento que ejecutaba,

en sus días, pareja gestión inhibitoria a la que, en los días de Sorel, estaba a cargo del socialismo de rutinas positivistas y parlamentarias? La misma reducción de significados que cubrió a éste, se manifiesta ahora en la apelación calcada sobre los modelos de la ortodoxia mecanizada en nombre de la Revolución Rusa. Aquí, como allá, se deprime el mito. La naturaleza de Mariátegui no se puede sino mal llevar con los nuevos esquemas cerrados, con las sistematizaciones carcelarias. "Pienso —ha escrito en el prólogo de *La Escena Contemporánea*— que no es posible aprehender en una teoría el entero panorama del mundo contemporáneo. Que no es posible, sobre todo, fijar en una teoría su movimiento". De ahí que los pasos que se empeña en dar como militante registren, dolorosamente, la contradicción entre las muchas energías con que sabe medir la época y la pequeña consigna que no conseguirá reproducir, ni interpretar, con ninguna fidelidad. La Internacional Comunista le dará trato de hereje. Por ahí se enreda y por allá se ilumina —obstinados actos de su contradicción— deliberando sobre la metodología de la revolución latinoamericana. En su personal supuesto de marxismo, cobijado por el clima de época y pasado por tierra peruana, el lugar que el esquema de facturación europea o europeizadora confiere al proletariado, será ocupado por el indio; y entre las postulaciones, no todas suficientemente calibradas, con que, en el '29, inscribe a su Partido Socialista, deduce que de la confiscación del terrateniente será usufructuaria la comunidad indígena, el *ayllu*, provista de correspondientes técnicas modernas. Que es manera, aquí, de rehacer el mito cuya lejana y cercana claridad le llega en el curso de las sangres maternas, demorada realidad vital de su pueblo y con el cual se acercará a la época, a adueñarse de ella. "No queremos, ciertamente —sabe remarcarlo, en el '28, segundo aniversario de *Amauta*—, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser —propone, y se dispone— creación heroica". Con él, desde él, concurrirá América Latina a la lucha final. ¿Lucha final? Lucha inacabable, cuenta siempre abierta, renovadas instancias disconformistas. "El hombre llega —había escrito, en el '25, definiendo a la lucha final— para partir de nuevo".

Dimensión Imaginaria

MENSAJE

Por *Miguel Angel ZAMBRANO*

"Oid la voz que advierte e insta,
se adentra al porvenir y lo ilumina"

Hombres de aquí y de allá, del sur y el norte,
del orto y la agonía
de este mi sol mestizo, andino y tropical:
Siento en mis manos el latiente barro
de las estatuas vuestras.
Llevo en mis ojos vuestras figuras recortándose
en todos los paisajes derramados
sobre los bruscos graderíos
de esta ascendente patria
del pez y la naranja, del eucalipto y de la nieve.

Sí, yo os he visto
en las orrillas de la sal azul
que se revuelve en rollos espumantes,
afanosos, cobrando redes llenas
de alargados luceros matutinos
caídos a la mar.
Y he contemplado cómo,
atléticos —piel de cobre— por duro sol bruñidos,
a relumbrantes tajos
abris senderos de esperanza
en la maraña verde estremecida de víboras.
Y con iguales o más absortos ojos, yo os he visto
agarrados
de la sinuosa luz de los machetes,
como eses vivas, ir trepando
por las escarpas ásperas,
por los taludes y las rampas,
por el desnudo torso de las rocas

y al fleco de los ríos colgados al abismo,
 ir trepando
 hasta los altos valles
 en la espejente serranía difundidos.

Y en los niveles del asombro,
 con los primeros o últimos soles a la espalda
 —hombres dorados— yo os he sentido
 trepar por dentro de mis ojos
 hasta el hirsuto parámo
 que con su piel de puma al viento espeluznado
 embiste al Dios de nieve
 en blanca eternidad inmovible.

Oh, sí, yo os llevo hundidos
 en mis profundos ojos. Allí estais:
 jinetes en veloces relinchos montaraces
 lanzando el lazo elástico
 al resoplante mugido que se escapa
 con llamas de crepúsculo prendidas en las puntas.
 O tras la flecha de arborescentes astas
 que se tiende en la línea
 de roja luz quemada bajo la sombra en cierne.
 Y en mis honduras resonantes guardo
 vuestras siluetas resquebrajadas, rotas
 por el zigzag de los cuchillos
 que en la borrasca estallan.

¡Oh! vosotras, gentes del desván y el tugurio,
 la choza y el bohío, el machete y la hoz,
 del humo, el tizne y el aceite,
 del trigo amargo y de los alcoholes turbios,
 de la arrugada risa y de los dedos garfios.
 Y vosotros también, ¡oh cejijuntos!
 que meditáis bajo la insomne lámpara
 en la alta noche acribillada de letras y de números,
 y vosotros, hombres de las febriles manos
 que con menudos ríos de perlas saltarinas
 entre las cinco rayas mágicas,
 entretejéis urdimbres de armonía.

Y los que abris espejos en los lienzos
para volcar los rostros y las cosas
o levantáis del sueño las estatuas hundidas
en la entraña del árbol o dentro de la roca.
Husmeadores de asfixia en las comarcas de la niebla
que a tientas váis tras la confusa antorcha.
Centinelas de la conciencia
en lúcida vigilia permanente.
Agitadores de estrellas y campanas.
Augures. Altavoces, Adalides. Conductores
de la alta llama, el grito y la bandera. .

Vosotros todos,
hombres de carne y sangre y hueso padecientes,
torcidos por el hambre, el odio, el ansia y la tortura,
hermanos en las pedradas y los golpes,
en el obscuro fuego y la ferviente herida,
todos . . . todos . . . oíd la voz que advierte e insta,
la que arde y crece,
se adentra al porvenir y lo ilumina.
Escuchadla de pie.
Que en fiebre exalte vuestros ánimos
y encienda vuestras manos.
Oídla, sí, oídla. Habla en la luz.

"Manos para las tierras libertadas.
Tierras para las manos redimidas"

Hay que aplastar el cerco de torres de carbón.
Que se hunda la tiniebla y surja
la cumbre iluminada.
A conquistarla: todo esfuerzo, toda hazaña.
Lanzad de lo alto los cóndores en vuelo.
De sus combadas alas majestuosas
descenderán los nuevos panoramas
en paracaídas de cristal.

Lo que es, no debe ser. No puede ser.
Hay que tirar al suelo las estructuras tambaleantes
roídas por el moho y la carcoma.

Hay tanto y tanto por hacer.

Precisa derogar de un golpe
el viejo testamento y los caducos códigos,
desbaratar a choques de masas los castillos
y hacer saltar las lindes constrictoras.
Hay que arrancar las máscaras pegadas
a los tortuosos rostros,
extraer las cataratas tenebrosas
que aprisionan los ojos de las víctimas;
aventar el incienso que en humareda envuelve
los látigos, la horca y los cuchillos.
La tierra está en quinientos puños que la oprimen
y comprimen también el aire en las gargantas.
Urge extinguir el monopolio de la savia,
oxigenar la asfixia de los poblados presos
y abrir en un despliegue de mieses y verdura
el ansia vital de sus ahogados habitantes.
Es menester poner en brío los músculos que ahora
en obligada inercia se consumen.

La tierra es hembra
de quien la parte y la fecunda
en posesión intensa, inextinguible.
Nada vale la farsa de los títulos
que arrancan del ludibrio y el asalto,
desde la cruz de Cajamarca y la primera infamia
hasta los últimos labriegos
que, con la muerte a espaldas,
se fueron de bruces en su sangre
y quedaron cosidos a las cercas.
Váyanse abajo las puntiagudas cercas
que se entran por los ojos
y desgarran el sueño y los suspiros
de los que ven el campo al otro lado,
en fuga siempre de sus manos.

Urge abolir el monopolio de la savia
y de cuajo extirpar las servidumbres.
La tierra ahora en criminal incuria
se cubra de otras manos vivas, libres,
que en plebiscito permanente
hagan bullir sus votos
de fe y de esperanza unánimes.

Manos para las tierras libertadas.
Tierras para las manos redimidas.
Hay que trozar los yugos.
Hay que airear el aire, empujando las cercas
hasta el círculo azul del horizonte.

"Urge que hagamos tierra,
tierra nueva y sana"

Pero no es todo. No.
No es suficiente cuadrricular el agro
para ilusorios juegos de ajedrez.
Resta mucho. Casi todo.

Hay que atrapar las culebrillas líquidas
que entre las zarzas tiernas se escabullen
y alumbrar las que se enrollan
en los rugosos y profundos senos.
Torciéndolas en chorros, hagamos ríos: únos,
en pedregoso andar a flor de espuma aporrellados;
ótro, en hombros de férreas armaduras
tendidos en el aire,
para de golpe echarlos sobre las blandas dunas
que el viento desenvuelve en sequedad y sed.
Entonces las arenas se tomarán simientes
y diminutas flores,
como dentro de gotas de rocío,
en sus entrañas temblarán.

En los terrosos flancos deleznables
reconstruyamos las antiguas
escalinatas de verdura.
Y paso a paso ascenderán los árboles
con ofrendas de frutas y de nidos
para la fiesta matinal del Inti.
Con tupidas alfombras
y airosas redes vegetales
cercenemos las uñas rasantes de los vientos
y los malignos clavos de agua que en ráfagas lanzados
a los cerros batidos descascaran.

Basta de tierras duras, leprosas, desgarradas
por cárcavas siniestras.
No más geológicos museos
en permanente exhibición
de calaveras dinosauricas
y torvos mascarones
de los Saharas de la luna desprendidos.
Los árboles fugados al filo de las hachas
y en la violencia azul de los machetes,
de adentro de la tierra vuelvan
con los brazos abiertos y los nidos cantando.

Encontremos la fórmula de luz y clorofila
para encender en llamas de esmeralda
las aguas cenizas de los páramos.
La agresiva protesta de las pajas
se pacifique en mies, en pasto y en pinares.
En los parajes hoscos brote
una alta y bella vida verde
asperjada de blancos vellones huidizos,
de potros enroscados y elásticos vaqueros,
de lazos en el aire
y fugitivos toros ensartados.

Y, a contra parte, hay que abolir la pena
de muerte verde y traicionera
de la selva voraz en víboras ardida,
cegar los ojos perversos del pantano,

abrir profundos arcadauces
para las aguas pútridas y la sangre amarilla,
y expulsar a los pálidos espectros que pululan
en los corruptos miasmas.
La luz fosforescente que deshace los huesos,
vigorice la gleba amarga y ácida.
Del triple reino, los fertilizantes
verdes, ocre, pardos, rojos y amarillos,
en lluvia de iris penetrante vitalicen los yermos.

Precisa dominar la manigua y el páramo,
cerner el cascajar
y exprimir las esponjas cenagosas.
Urge que hagamos tierra, tierra nueva y sana
para las rudas manos
suavizadas de amor y de alegría.

"Pero, no basta con la máquina:
hombre y tierra, binomio sustancial"

Que a grandes pasos se adelante el día
sin horas y sin mengua —todo luz de amanecer—
en que los bruscos artefactos
sembradores del plomo que revienta
en árboles de fuego y ojos despavoridos,
pierdan sus largas bocas fulminantes,
su insania destructora, su protervia,
y, en la metamorfosis de la paz,
se conviertan en máquinas propicias
para las buenas siembras y las cosechas óptimas.

Los tambaleantes monstruos
que husmeando sangre
se arrastran por los campos de cruces y cadáveres,
con la acechanza ruin de su rastrera oruga,
los coléricos ojos en atisbo
y su torpe iracundia concentrada

bajo cúpulas de odio impenetrable,
esos terribles paquidermos
por fin apaciguados disipen su embriaguez
y desvestidos de furor se transfiguren,
y así, con despaciosa mansedumbre avancen
arrugando planicies y dispersando pliegues
en las tendidas faldas de las cordilleras.
Surcos y más surcos.
Caminos diminutos, infinitos,
para que a pie desnudo
la luz de los pastores lleve
sus gavillas de mies y de bonanza
a todos los hogares
de par en par abiertos a la vida.

Las tableteantes máquinas
que ocultas en las grietas del combate
lanzan pedrisco negro u rojo en tempestad oblicua,
se hagan alegres mecanismos
que en la mitad del sol azul
apresten juncos de aguas rubias y redondas
para la sed de las raíces.

Pero a la inversa,
los grandes peces de aluminio
que el subceleste mar gozosos atraviesan,
nunca se tornen aves de rapiña,
de esas que llevan rayos en las garras
y desde lo alto sueltan
los negros huevos estallantes
que hacen saltar la muerte sobre puntas
de llamas, escombros y alaridos.
Continúen los triángulos de plata
—signos de paz— dorándose de ocaso o madrugada.
Siga el avión: Gran Cruz de la Legión del Aire
condecorando al horizonte en marcha.
Alcón de caza que se adentra
en la alta noche a perseguir cometas,
que les dé alcance.
Paz de mercurio, Mercurio mismo,

de antiguo y nuevo caduceo, Dios redivivo.
Portador de proyectos y de empresas
de castillos dorados y oscuras pesadumbres,
paz en sus alas.

Y no nos llegue por acá la bomba
de la furia a la enésima potencia.
¡Cuidado! En sus entrañas lleva el árbol
que, al destrozarse la simiente cósmica,
en tenebrosos pulpos se levanta
chorreando sangre y calaveras
hasta manchar las nubes y los astros.
Cuidado con ese árbol fatídico, espantoso,
que pesa en la cabeza del pobre Harry Truman.

Aquella bomba nunca descienda por aquí
ni caiga más en parte alguna.
Lleguen otras redomas sutiles y radiantes
y con ellas nos vengan
todos los vidrios que tienen la virtud
de aprisionar la muerte y de esparcir la vida.
Y bombas aspirantes, impelentes,
con émbolos, arietes, catapultas,
para lanzar el agua, el pan, la luz
a todos los niveles y distancias.
Aparezcan gozosas maquinarias
para segar las campanillas
doradas de los trigos que llaman a cosecha,
moler el viento agitador de trillas,
regar vislumbres giratorias en discos y más discos
y en hélices más hélices radiosas.
Y otras mil y miles
y de todos los diseños y facturas.
Y si es preciso, inventemos el sol,
hagámoslo en retortas, partámoslo en pedazos
para dorar las sementeras, las cunas, los caminos,
el mañana que anida en todas las mañanas.

Pero, oídlo, no basta con la máquina.
Hombre y tierra, binomio sustancial. Irreductible.

Hay que escardar los surcos
 igual que se escarmenan los vellones;
 hay que labrar el campo
 como se labran el cedro y el nogal;
 como se bordan los manteles del amor.
 Es fuerza hundir las propias manos
 y, en vivo ardor, el corazón con ellas;
 que las manos adentro se tornarán raíces
 y el corazón subiendo hará crecer los árboles;
 los llenará de savia ardiente, savia-sangre,
 y todos rojos florecerán de golpe.
 Entonces... ¡Ah!
 Será la fiesta de la reconquista.
 Hombre y paisaje en ascensión total.
 Dignificadas las frentes de los padres,
 se alzarán.
 Dulcificados los rostros de las madres,
 brillarán.
 Enardecidos los senos de las mozas,
 temblarán.
 Y saltarán los niños y los trinos
 en los umbrales de la buena nueva,
 mientras los trojes de la abundancia
 se vaciarán a una
 sobre todas las manos crecidas de alborozo.

ECS

|Z"

"Que surjan techos. Aparezcan techos como
 en prolíficos espejos, sin fin reproducidos"

Pero aún no es todo. No basta el pan.
 Hay que airear también el aire espeso
 que tiende natas sudorosas, malolientes,
 en las zahurdas afiebradas.
 Arranquemos las llamas espectrales
 que en los candiles ebrios se retuercen
 y danzan en delirio
 mientras los gatos, los niños y la luna,
 todos tiznados entre las sombras movedizas,
 juegan a los difuntos.

Eliminemos los suburbios,
nidos de ratas y murciélagos
donde la gran maestra —la andrajosa—
enseña entre espantajos
a engañar y a robar, a vender y alquilar,
a precio de hambre y de lujuria,
los cuerpos y las almas.

Y es de techar la choza:
mala palabra en el silencio
del páramo asustado. Las chozas aplastadas
en que se ensucia y se enfurece el viento
y sale convertido en pesadilla;
a las que entra la muerte por los huecos,
adelgazándose, arrastrándose,
para llevarse a los indios
recién paridos, recién pateados.

Al suelo los palacios. No hay derecho.
Algún día, lo presento, lo percibo en la atmósfera,
zahareños pájaros de piedra y plomo
disparados saldrán de las cabañas
y saltarán gritando los espejos
con las caras trizadas de los amos.
Un tempestuoso sismo hará temblar
los regios edificios y dejará, por siempre,
bocas de espanto abiertas en la historia.

No quiero verlo. No. Que surjan techos.
Para los de hoy y los que llegan
con cada luz y cada sombra.
Aquí y allá. En la urbe y la campiña.
A cientos de millares. Techos y más techos,
como en prolíficos espejos, sin fin reproducidos.
Techo y lumbré: hogar. Ardor de amor al centro
de los que enhebra el hilo de la sangre.
El sol haga crecer sus yedras de oro vivo
pegadas a los muros.
Las puertas y ventanas
se tiendan como manos para coger la luz y el aire
y echarlos en torrentes
al corazón, la mente y los pulmones.

"Es menester guiar los ojos a las letras
para que éstas penetren más allá de los ojos"

Y hay que soltar las letras de los abecedarios
y desatar los números de las Aritméticas.
En todos cuatro vientos vuelen
hasta los más inhóspitos extremos.
Como encendidas mariposas alumbren los tugurios
de los barrios caídos de rodillas
a ras de las ciudades.
Invadan las aldeas;
en bandadas asciendan a los páramos;
en las agudas pajas salten;
en las quebradas rueden;
desciendan a la selva, la estremezcan;
en ráfagas penetren a chozas y bohíos.
Y en todas partes rasguen
las telarañas en que anidan los ojos y las mentes.
Quien guarde letras en sus cofres,
no más las escatime. Obséquielas
al que las busca a tientas en la sombra.
Quien entre sus papeles haya números,
no los retenga bajo siete llaves:
en amplias donaciones
los multiplique al infinito.

Hagamos árboles de letras y de números,
que el soplo de la luz los riegue en los espíritus
desatando las íntimas potencias
prisioneras ahora en las cavernas
donde las lenguas enrolladas
en sollozos derriten su mudez.

Pero no bastan silabarios ni tablas pitagóricas,
ni bancos escolares, ni masas de palabras
comprimidas en fundas de cartón.
Hay que enseñarles a dirigir los ojos,
a mirar los contornos y penetrar en los adentros,
a conocer su diminuto mundo
y el mundo de los astros, infinito.

Comprendan dónde están
y quienes ellos y los otros son.
Tienen que saber "a dónde vamos
y de dónde venimos". La ceguera pasó
con sus nubes de opio y blancas pesadillas.
Es menester guiar los ojos a las letras,
para que éstas penetren más allá de los ojos.
Aprendan su decálogo y escriban sus demandas,
para que tomen cuenta de sus horas
caídas de la frente y de los párpados
en gotas de amargura.

Como una bomba de cristal obscuro
—bomba de gritos— se romperá el silencio.
El obrero de manos aceitosas,
de pie sobre la máquina, lanzará su proclama.
El montubio desnudo y musculoso,
con la trizada cruz de su machete,
rubricará su queja y su protesta.
Y, por fin, hablarán los que jamás hablaron:
oiremos a los indios. A los indios
clavados en la gleba hasta el resuello,
agarrados de abajo por las raíces de los gritos
que estallaron adentro de sus padres
y de los padres de sus padres,
por veinte y treinta huecos de sangre rebotando
en las honduras del tiempo y de los malos.
en las honduras del tiempo y de los suelos.
Todos saldrán por cráteres y grietas.
Todos a una —vivos y difuntos—
desempolvados lanzarán el grito
amarrado a su entraña
y a los huesos hundidos en la tierra.
Gritarán... Y en el aire sombrío
trepidarán rompiéndose columnas
de alucinantes pájaros.
Y correrán los árboles.
Y saltarán las piedras golpeándonos el rostro.
Y... entonces, yo os lo digo,
pronunciaránse solos los fusiles
con su elocuencia irrefrenable.

"En nuestras latitudes el sol desciende en
ceros de sombra alrededor de las figuras
nítidas"

Hacia los puntos mil regados
en torno de la rosa nacida sobre el mar
—la flor de plata y viento en remolino—
desenvolvamos cintas sin fin
de arena y de esperanza
y sobre ellas soltemos ruedas y más ruedas,
innumerables, incontenibles,
conductoras de frutos y pupilas,
de riquezas, canciones y alegrías.

Eufóricas culebras de hierro, aceite y vidrio
sobre mellizas líneas límpidas se escapan
y su estridencia fugaz y trepidante
dívda el pan-sembrar de las llanuras.
Por fantásticos puentes extendidos
sobre eslabonados arcoiris
de luz en luz, los trenes, traspasen los abismos.
Con ágiles esguinces soslayan la porfiada
y resbalosa rabia de las rocas;
en violación profunda perforan las montañas
hasta salir al otro lado
con gran penacho de humo victorioso,
y en son y alarde de conquista
a grito herido invadan los últimos boscajes,
mientras los árboles sacuden
su piel de pájaros barridos de sorpresa.

En calle de honor formados
presenten armas de fuego los volcanes
ante impetuosos cóndores de plata,
que desplegados pasan
abriendo túneles de vidrio
en la mitad del aire azul y sonoro.

Las ondas del éter y el espíritu
se tornen luminosas al transportar las voces,

imágenes y ritmos que revelen al mundo
de nuestro ser plural el numen forjador.
Inundemos de música el espacio,
de iluminadas palabras y banderas.
Adviertan los extraños
el cómo de esta gente
y de su grano de Universo.
Sepan que en estas latitudes
desde el cenit el sol desciende en ceros
de sombra alrededor de las figuras nítidas.
Escuchen nuestros pasos que resuenan
en la concavidad profunda del futuro
y nuestra voz que clama en vocación de paz
entre hombres y entre pueblos,
sin varias dimensiones y estaturas.
Bajo el sol de todos, para todos.

EL DUALISMO EN DARÍO Y UNAMUNO

BIBLIOTECA

LA

RUIZ"

F.

Por Norman LITZ

EN su estudio dedicado a la *Poesía de Rubén Darío* (Buenos Aires, 1957), don Pedro Salinas analiza el resorte de la literatura moderna en contraste con los de la antigua griega y la medieval. Concluye el poeta-crítico que lo que distingue la producción literaria de nuestros tiempos de la de los pasados es la dualidad que se encuentra en la personalidad íntima de sus personajes. Ya no existe en tiempos modernos la seguridad religiosa o filosófica que conduce a una totalidad de carácter sino más bien una incertidumbre congajosa de la cual surge una dualidad psicológica, un conflicto entre los varios yos del mismo personaje, entre el uno y el otro de la misma persona. Tal choque se vislumbra tanto en Hamlet, en Don Quijote y en Fausto como en las otras creaciones insignes de tiempos modernos. Refiriéndose a dichos personajes divididos, escribe Salinas:

La épica medieval, las ensartadas hazañas, pugnas y encuentros del hombre con otros hombres, se transfieren de lo exterior al ámbito de la conciencia. Y se crea una nueva épica de la vida interior, con sus choques, sus rotas, sus triunfos, como la otra; sólo que son del hombre contra sí mismo, contra un alguien que le habita, el otro, que lleva entrañado en él. Y esa guerra pasa a ser el tema mismo de la creación literaria, y la única paz posible se ha de conquistar allí dentro. . .¹

Tal "nueva épica de la vida interior" es la que se encuentra en la poesía de Rubén y en la de Unamuno. Son los dos poetas angustiosos, modernos hombres atormentados. La dualidad del nicargüense arranca del conflicto entre el espíritu y la carne, entre un anhelo erótico insaciable, sin objeto fijo, y el deseo de algo más alto y perpetuo. En el caso del vasco, la dualidad encuentra su origen en lo que él suele llamar "el sentimiento trágico de la vida", en el choque entre el espíritu y la razón, entre el hombre vital y el racional. Así se ve que se parecen Darío y Unamuno en la esencia luchadora de su respectivo problema fundamental. El modernista,

¹ Pedro Salinas, *La poesía de Rubén Darío* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1957), p. 140.

tanto como el noventiochista, representa el modelo del moderno hombre dual que lucha "contra sí mismo, contra un alguien que le habita, el otro, que lleva entrañado en él". Ambos poetas hacen de esta guerra contra sí mismo, que ha señalado Salinas como rasgo distintivo de la época moderna, el tema mismo de su respectiva creación literaria.

El problema fundamental de Darío se observa a lo largo de su obra poética. La dualidad del choque entre su uno erótico y su otro anheloso por algo más elevado y perpetuo no se destaca en ningún período cronológico; es más bien un hilo que se puede seguir a través de su producción entera. No varía el tema principal del erotismo ni el problema fundamental del conflicto que es el resultado de dicho tema. Lo que sí cambia es el disfraz, los distintos ambientes creadores, que escoge Darío para desarrollar y embellecer su tema. Acude Rubén, a lo largo de su obra, a subtemas derivados de su vasta cultura para ennoblecer su único tema de experiencia, el erótico. Tratando de hacer paz entre su uno erótico y su otro espiritual, y de este modo resolver su dualidad, Rubén se hace poeta de cultura para ennoblecer y ocultar, a la vez, su personalidad erótica de experiencia. Así abraza Darío las superficies de la cultura en vez de las profundidades de la experiencia y establece la línea seguida por toda la poesía modernista, una línea tan distinta de la de la poética a la moda unamunesca o machadesca. Pero se nota que, en Rubén, aun las superficies surgen de las entrañas más hondas del poeta, de su esfuerzo constante por resolver la lucha contra sí mismo.

Apunta Salinas:

Lo único común a toda la poesía de Darío en cuanto se la mira en conjunto, es el ir y venir de sus afanes de un arrimo a otro, del amparo de Afrodita a la sombra del Crucificado.²

Uno de los rumbos que toma "el ir y venir" de los "afanes" de Rubén, uno de los ambientes que escoge el poeta para sumergirse en su anhelo erótico, es la fase puramente hedonística de su obra. Aquí, el poeta atormentado procura convencerse de que el placer es el único bien y la razón de ser de la vida. Aquí, no hay verdadera lucha sino más bien una convivencia incómoda entre su uno y su otro. Dicho hedonismo, como todos los subtemas, es más bien una fase que reaparece a lo largo de la obra rubeniana que una época cronológica. Por toda esta fase, es Eros el guía y único maestro del poeta; y le asegura a Rubén de que el mundo y la sed de lo erótico equivalen a lo mismo, una creencia de la cual surge lo que llama

² *Ibid.*, p. 201.

Salinas el "panerotismo". Dicha fase es la en que el uno erótico Rubén se niega reconocer ningún tiempo sino el de los sentidos, uno enteramente del momento presente, sin ayer ni mañana. Dicha fase es la del amor plural posesivo, en la cual el poeta, de una manera clásica, está enamorado del amor en sí más bien que de ningún objeto fijo. Durante esta fase de la obra, parece que el uno erótico triunfa sobre el otro; pero tal triunfo queda muy temporal.

En "Eco y yo" de su *Canto errante* (Madrid, 1907), saluda Rubén a su fiel guía desde los principios de su creación poética:

Guióme por varios senderos
Eros.

Fieros son los requisitos que le impone al poeta su guía. Bajo el signo de Eros, está Rubén obligado a eliminar lo temporal y a vivir en lo que llama Salinas una "ucronia". Los mandatos de su maestro erótico no le permiten a Rubén ni recordar ni esperar. Para satisfacer su sed, el poeta tiene que enfrentarse sólo con el momento actual. Explica Darío en "Dezires, layes y canciones" de sus *Prosas profanas y otros poemas* (Buenos Aires, 1896, y París, 1901):

En el reino de mi aurora
no hay ayer, hoy ni mañana;
danzo las danzas de ahora
con la música pagana.

"El año lírico" de *Azul* (Valparaíso, 1888, y Guatemala, 1890), que representa una poetización erótica correspondiente a las cuatro estaciones del año, demuestra la fase plenamente hedonística del uno Rubén tanto como un presagio del conflicto con el otro, un choque todavía por venir. Las dos primeras partes de la poetización, la "Primavera" y la "Estival", se desarrollan en un bosque selvático, el escenario del encuentro íntimo del macho y de la hembra, del tigre y de la tigresa. Declara el poeta que "el gran bosque es nuestro templo". En efecto, es la selva mucho más que eso; para los dos amantes es dicho bosque un mundo encerrado por ramas, por las cuales no penetran los rayos de la temporalidad. En "Autumnal", la tercera división que se sitúa en las "pálidas tardes", ya siente el poeta "tristezas íntimas" mezcladas con su "ansia de una sed infinita". Con "Invernal", ya surgen una melancolía y una nostalgia en parte del poeta. El otro espiritual, a pesar de sí, se sumerge en reminiscencias; y, de esta manera, rompe los límites del mundo del otro —el mundo sin tiempo que pertenece a Eros.

Pero la continua dualidad de Rubén, aun en la fase primariamente hedonística de su obra, queda clara en los insignes alejandrinos de su soneto a "Venus", parte del mismo *Azul*. Aquí, la diosa de amor, símbolo del goce carnal, es una amada dual, representada a la vez como un ente sensual y celestial. Venus-estrella es la dicotomía de la dualidad, la una mundana deseada físicamente por el erótico Rubén, la otra ideal de los cielos que corresponde al otro espiritual del poeta. Para el alma enamorada de Darío, es la estrella una "reina oriental" que espera a su amante en el cielo que es su "camarín". El uno erótico personifica a su estrella-amada "recostada sobre un palanquín". El uno y el otro Rubén luchan; el uno quiere gozar de los placeres carnales del mundo; el otro quiere huir de ellos:

¡Oh, reina rubia! —dijele—, mi alma quiere dejar su crisálida
y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar;
y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida,
y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar.

Sin par son las imágenes encontradas aquí. Dicha "crisálida" es el cuerpo físico, los límites del uno erótico, del cual quiere el otro escaparse y, con alas espirituales, volar hacia la amada-estrella para sus "labios de fuego besar". El yuxtaponer de los verbos "volar" y "flotar", que crean una atmósfera ligera y etérea, con "besar", que connota un pesado acto carnal, desarrolla más adelante el choque entre el espíritu que anhela volar y la carne que quiere besar. Lo mismo el contraste entre la brillantez de los "labios del fuego" y las tinieblas de la "luz pálida en el nimbo". Coronan la impresión ya creada las "siderales éxtasis", símbolo metafórico del amor mundano elevado hasta los cielos. De una manera desesperada, el uno erótico quiere poseer a su dual-amada; pero no lo consigue. El mirar silencioso de la diosa es la mejor respuesta de todas:

Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

El frenesí del poseer, que llega a ser una verdadera obsesión durante la fase hedonística de la poesía de Rubén y en el cumplimiento del cual siempre fracasa el poeta, se esclarece en el soneto titulado "Mía" de las ya mencionadas *Prosas profanas*. Es sobresaliente dicho frenesí nunca satisfecho porque contribuye tanto a la congoja de la dualidad nunca resuelta. En la primera estrofa de dicho soneto, se observa que el ya mencionado "panerotismo" rubeniano, en el cual se equivalen el mundo y el afán erótico, contiene también algo de panteísmo, en el cual el poeta quiere absorber en su propio ser finito, mediante su anhelo posesivo erótico, toda la

materia y energía infinitas del Universo, haciéndose a sí mismo, de esta manera, la sola manifestación de su solo principio universal, el erótico. Se ve que la primera persona singular del pronombre posesivo contiene el secreto que necesita el poeta para hacerse dios de su propio mundo que no reconoce otra finalidad que la erótica:

Mía: así te llamas.
 ¿Qué más armonía?
 Mía: luz del día;
 Mía: rosas, llamas.

Pero, como ocurre con todos los panteístas, sea Espinosa, que identifica a Dios con la naturaleza y con el orden natural, o sea don Miguel de Unamuno, que concibe a Dios como el anhelo vital de sobrevivir proyectado hacia lo infinito, el hado de Rubén es congojoso. Nunca alcanza el poeta la eliminación de lo temporal ni la incorporación de ello en su propio ser. Ya se da cuenta Rubén de la imposibilidad de realizar sus deseos; pero, en esta fase hedonística de su obra, todavía no cede el uno erótico a los mandatos del otro. En la "Canción de otoño en primavera" de sus *Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1905), todavía no está dispuesto el erótico a renunciar su "juventud, divino tesoro" y a entregarlo al padre tiempo:

Mas a pesar del tiempo terco,
 mi sed de amor no tiene fin;
 con el cabello gris me acerco
 a los rosales del jardín...

El fin de sus deseos carnales todavía niega a reconocer el poeta; pero ya rompe los límites del tiempo actual, el hedonístico, y espera, con una anticipación que, por fuerza, se refiere al porvenir:

¡Mas es mía el Alba de oro!

En el poema XVII de los mismos *Cantos*, sigue Rubén con rumbo hedonístico a la "carne, celeste carne de la mujer" y, a la vez, confiesa que "la vida se soporta, / tan doliente y tan corta, / solamente por eso". La misma actitud se vislumbra en su "¡Aleluya!" a

El beso de esa muchacha
 rubia, y el de esa morena,
 y el de esa negra, ¡Alegría!

Verdadera monotonía es el resultado de todos los poemas que se puede citar y comentar como muestras tanto del hedonismo de Rubén como del conflicto espiritual que surge de ello. Sirven de ejemplos adicionales el "Programa matinal" de los *Cantos* y la "Balada en honor de las musas de carne y hueso" del *Canto errante*. Dichas "musas de carne y hueso" forman otra dicotomía de lo ideal y lo sensual, otra división que corresponde a la de Venus-estrella. Y, para demostrar, una vez más, que la fase hedonística es un hilo que se puede seguir a lo largo de la poética rubeniana, se ofrece el *Poema del otoño* (Madrid, 1910).

Ya se entera el poeta de "la imprecación del formidable Eclesiastés"; pero, a pesar de esto, está escrito dicho poema bajo el signo de Aristipo. Es el *Poema del otoño* la doctrina del dual hombre moderno y profesa una filosofía bien distinta de la de las *Coplas* de Jorge Manrique, el hombre típicamente medieval que, en virtud de su inquebrantable fe religiosa, desdeña los placeres de la vida mundana y sólo se esfuerza por prepararse para los de la otra vida todavía por venir. Rubén es el libertino angustiadamente frustrado frente a Manrique, el asceta pacífico. El otro Rubén espiritual se da cuenta muy bien de

como se passa la vida,
 como se viene la muerte
 tan callando;
 quan presto se va el plazer,
 como despues de acordado
 da dolor,
 como, a nuestro parescer,
 qualquiera tiempo passado
 fue mejor.

También, sabe Rubén muy bien que

Nuestras vidas son los rios
 que van a dar en la mar
 que es el morir:
 alli van los señorios
 derechos a se acabar
 y consumir;
 alli los rios caudales,
 alli los otros, medianos
 y mas chicos,
 allegados son yguales
 los que bien por sus manos
 y los ricos.

Ya se entera el Rubén espiritual del inevitable "miércoles de ceniza", pero, todavía, prefiere el erótico acudir al amor que le hechiza. La filosofía rubeniana es la del coger "la flor del instante". Si la ética unamuniana hace de la muerte una injusticia, la hedonística de Rubén la hace una casi no-consecuencia:

En nosotros la vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!

El mundo hedonístico, el de los sentidos en el cual existe sólo el momento actual, resulta suficiente para el uno Rubén; pero no lo es para el otro que anhela un ambiente más elevado en el cual pueda sublimar el afán erótico. Y, como consecuencia de tal choque, acude el poeta a lo que llama Salinas "el ingreso en la mitología", que forma otra fase de la producción rubeniana. ¿De dónde le viene a Rubén su obsesión helénica, que ya rompe los límites temporales de su fase hedonística, porque dicho complejo mitológico surge tanto de la historia como de la fantasía? No se puede interpretar sino metafóricamente lo que Rubén afirma en las estrofas de ~~su~~ *Poema del otoño*:

La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones

A nosotros encinas, lauros,
frondas espesas;
tenemos carne de centauros
y satiresas.

Surge el mundo de los seres mitológicos de la vasta cultura de Rubén, y utiliza el poeta este subtema cultural para disfrazar su único tema vital, el erótico. Sublima Darío su experiencia por medio de su cultura; y, de esta manera, eleva el poeta su afán erótico desde la baja de los instintos animales hasta la altura del Monte Olímpico. Al acudir a la mitología, el afán erótico del poeta se transporta de la condición humana, con todos sus límites y características transitorias, y alcanza una propiedad divina —la inmortalidad. El Rubén espiritual se acongoja ante los anhelos del uno erótico y ante la vida pasajera; y, al identificarse con Júpiter vuelto en cisne, el

símbolo de la posesión eterna, o con el centauro, medio-hombre medio-bestia, procura el poeta hacerse de sí mismo un dios.

No cabe dentro de los límites del presente ensayo un estudio detallado de la fase mitológica de Rubén, con tal que se entienda que dicho subtema depende del tema vital, el erótico, y que surge de la continua dualidad del poeta. Esta dualidad que anhela la fusión del hombre con el ser divino se vislumbra en el tercer poema de *Los cisnes*, el subtítulo de los *Cantos de vida y esperanza*. Aquí se entera de lo que significa, para la necesidad vital del poeta, el famoso episodio de la biografía jupiterina:

Por un momento, ¡oh Cisne!, juntaré mis anhelos
a los de tus dos alas que abrazaron a Leda,
y a mi maduro ensueño, aun vestido de seda,
dirás, por los Dioscuros, la gloria de los cielos.

.....
Cisne, tendré tus alas blancas por un instante
y el corazón de rosa que hay en tu dulce pecho
palpará en el mío con su sangre constante.

El choque irreconciliable entre su uno y su otro no le deja a Rubén descansar. Siempre tiene que probar nuevos rumbos culturales por los cuales pueda él sublimar e idealizar su erotismo. De esta continua necesidad arranca la fase exótica de su obra, la que se inspira en las "fiestas galantes" de Watteau y de Verlaine. El ambiente exótico a la moda dieciochesca y versallesca sirve el mismo propósito que el mitológico. Encuadrado ya en el escenario versallesco, el bruto instinto animal se sublima y asume un exclusivo tono aristocrático. Ya se encuentra el afán carnal envuelto en lo que llama Salinas "el prestigio de la tradición más refinada del erotismo, ya sea literaria o artística".³ Ya se eleva el instinto animal hasta las alturas aristocráticas de lo pastoril. En las *Prosas profanas*, "Era un aire suave"; pero no puede el poeta colocar el momento preciso de ello:

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
de amantes princesas y tiernos galanes,
cuando entre sonrisas y perlas y flores
iban las casacas de los chambelanes?

Hace Rubén una "Divagación" en compañía de su constante guía, Eros, y pregunta:

³ *Ibid.*, p. 116.

¿Te gusta amar en griego? Yo las fiestas
galantes busco, en donde se recuerde,
al suave son de rítmicas orquestas,
la tierra de la luz y el mirto verde.

Pero es en su *Sonatina* donde el Rubén espiritual, identificándose con "la pobre princesa", expresa otra vez su ya conocido deseo de quebrantar los límites del cuerpo físico, los límites de su otro erótico, y de volar hacia una esfera más alta y celestial. Aquí se encuentra el mismo anhelo que se encontraba en el soneto a Venus-estrella:

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de Mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Rubén está preso en su afán erótico cuanto la

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus túles,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrél que no duerme y un dragón colosal.

La convivencia del uno erótico y del otro espiritual se hace más y más difícil. El "alma frágil" del "Reino interior" del poeta "se asoma a la ventana oscura de la torre terrible", que es su cuerpo físico, "en que ha treinta años sueña". El alma, captada en su torre-cuerpo, es "la prisionera que sonríe y que canta". Mediante la facultad reflexiva del poeta, el "reino interior" del alma se proyecta hacia fuera; y, por su "ventana oscura", se exterioriza su propia dualidad. Al lado derecho del camino de la vida, ve el poeta una procesión de "siete blancas doncellas, semejantes a siete blancas rosas de gracia y de armonía". "Y esas bellas princesas son las siete Virtudes". Al lado izquierdo del mismo camino, contrastado con la blancura de la doncelez y encuadrado en una opulencia oriental, se adelantan los "siete mancebos hermosos, parecidos a los satanes verlenianos de Ecbatana". Y dichos mancebos "son los siete Vicios, los siete poderosos Pecados capitales". Es de alta significación el adver-

bio "paralelamente" que se utiliza para describir la ruta que toman las dos procesiones. Aquí no se encuentra una lucha sino más bien una convivencia paralela de las "Virtudes" y de los "Vicios". Lejos de estar en pugna, se atraen ahora el uno y el otro:

Y los siete mancebos a las siete doncellas
lanzan vivas miradas de amor. Las Tentaciones,
de sus liras melifluas arrancan vagos sonos.
Las princesas prosiguen, adorables visiones
en su blancura de palomas y de estrellas.

Aquí, las "virtudes" y los "vicios" se necesitan; se necesitan de la misma manera en que se apoyan el personaje antipático, Joaquín, y el simpático, Abel, en la novela unamunesca. En el alma de Rubén, se necesitan las cualidades contrarias del mismo modo en que se enlazan los hermanos mellizos, Cosme y Damián, en el drama *El otro*. Las "virtudes" y los "vicios", como todos los enemigos, se necesitan de la misma manera en que la fe busca la aprobación de la razón y del mismo modo en que la religión busca la de la ciencia. Ya lo ha explicado don Miguel de Unamuno en su *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (Madrid, 1913):

La razón ataca, y la fe, que no se siente sin ella segura, tiene que pactar con ella. Y de aquí vienen las trágicas contradicciones y las desgarraduras de conciencia.

La fe no se siente segura ni con el consentimiento de los demás, ni con la tradición, ni bajo la autoridad. Busca el apoyo de su enemiga la razón.

Lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional. Tienen que apoyarse uno en otro y asociarse.⁴

Así se ve que ambos poetas, Darío y Unamuno, se dan cuenta no sólo de su dualidad de carácter sino también de la interdependencia entre su uno y su otro —una asociación que toma la forma de pugna y que sirve de resorte de su producción poética. Brillante es la metáfora "mariposa" para connotar el "reino interior" de Rubén, porque, como dicha mariposa hace con las flores, el alma indecisa del poeta vuela de su uno a su otro, sin poder escoger ninguno de los dos:

⁴ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (Nueva York: Las Américas, s. f.), pp. 70, 71, 103.

Unos y otras se pierden por la vía de rosa,
 y el alma mía queda pensativa a su paso.
 — "¡Oh! ¿Qué hay en ti, alma mía?
 ¡Oh! ¿Qué hay en ti, mi pobre infanta misteriosa?
 ¿Acaso piensas en la blanca teoría?
 ¿Acaso
 los brillantes mancebos te atraen, mariposa?"

Procura Rubén, en su poema "En las constelaciones" (1908), averiguar el origen de su dualidad. No acude el modernista pagano al mito del pecado original del primer libro del Pentateuco, parte de la tradición judaico-cristiana, sino a los mitos órficos de su obsesión helénica. Según la doctrina órfica, había dos fuerzas simultáneas en el ser humano —la titánica, la mala surgida de las cenizas de los devoradores del dios Dionisios, y la dionisiaca, la buena surgida de la reencarnación del dios sacrificado. Acude Rubén también a Pitágoras, el filósofo griego y fundador de una hermandad religiosa que adoptó y desarrolló las ideas originales órficas. Sufrir el alma de Rubén la iniciación de los misterios antiguos:

En las constelaciones Pitágoras leía,
 yo en las constelaciones pitagóricas leo;
 pero se han confundido dentro del alma mía
 el alma de Pitágoras con el alma de Orfeo.

Se identifica Rubén también con la culpa del titán Prometeo, el que entregó al género humano el fuego y que fue tan severamente castigado por Zeus:

Sé que soy, desde el tiempo del Paraíso, reo;
 se que he robado el fuego y robé la armonía;
 que es abismo mi alma y huracán mi deseo;
 que sorbo el infinito y quiero todavía...

No sabe Rubén curar la enfermedad de que padece —el problema de la personalidad a la moda unamunesca:

Pero ¿qué voy a hacer, si estoy atado al potro en que, ganado el premio, siempre quiero ser otro, y en que, dos en mí mismo, triunfa uno de los dos?

Pero "en la arena" de su conciencia, ya visualiza el poeta una "tortuga de oro" que le enseña que se adelanta el colmo de su choque. Eros, su constante guía, va a tener un rival.

Ya se acerca una fase de la poesía rubeniana que llama Salinas el "encuentro de Eros y Chronos", el padre del tiempo. Hasta ahora, no ha reconocido el afán erótico, dentro de su concepción del mundo y de la realidad, el factor del tiempo pasajero. Lo explica Salinas:

En las fases mitológico-helenista y en la fase exótica el tiempo lo usa Darío detenido, fijado en momentos históricos, tiempo quieto, vuelto pasado. Más que un elemento temporal es ése un elemento histórico. No es el tiempo que pasa, el tiempo en acción, el tiempo-vida, el trágico, porque no le pasa a él, les ha pasado a otros, a los griegos, a los cortesanos de Versalles.⁵

Pero ahora sí reconoce el poeta que el mundo de su erotismo no puede durar por siempre. Entra ya Rubén en una fase de la conciencia que se enfrenta con su inevitable naturaleza transitoria. Ya se da cuenta el poeta del bergsonismo de Antonio Machado, la relación íntima de la temporalidad y la poesía. En los *Cantos de vida y esperanza*, le molestan a Rubén "Augurios" en los cuales ya no se fija en el cisne, el símbolo de la posesión erótica, sino en el búho, símbolo de la sabiduría. Ya no acude el poeta a Venus sino a Minerva.

Pasó un búho
sobre mi frente.
Yo pensé en Minerva
y en la noche solemne.
¡Oh, búho!
Dáme tu silencio perenne,
y tus ojos profundos en la noche
y tu tranquilidad ante la muerte.
Dáme tu nocturno imperio
y tu sabiduría celeste,
y tu cabeza cual la de Jano,
que, siendo una, mira a Oriente y Occidente.

Con la entrada del búho, ya toma la poesía rubeniana, siempre aficionada a los pájaros, un giro nocturno. En efecto, se encuentran tres poemas de Rubén que se titulan "Nocturno", en los cuales el alma del poeta sufre del insomnio y espera a "Ella", la señora de la muerte. En el primer "Nocturno" de los *Cantos*, quiere Darío expresar su "angustia", una congoja que ya renuncia su "juventud de rosas y de ensueños" y que anuncia "la desfloración amarga" de

⁵ Salinas, *op. cit.*, p. 146.

su vida. Ya está el poeta dispuesto a renunciar su exotismo, su "viaje a un vago Oriente", su paganismo, "el grano de oraciones que floreció en blasfemias", y su erotismo, "los azoramientos del cisne entre los charcos". Ya confiesa Rubén que siente

la conciencia espantable de nuestro humano cieno y el horror de sentirse pasajero, el horror de ir a tientas, en intermitentes espantos, hacia lo inevitable desconocido, y la pesadilla brutal de este dormir de llantos ¡de la cual no hay más que Ella que nos despertará!

Tan unamunesca es la imagen de la existencia humana como "la pesadilla brutal de este dormir de llantos", porque el profesor salmantino concibe la vida humana no sólo como el sueño del hombre sino también como el de Dios—un sueño que acaba en el acto de "desnacer" cuando Dios se despierta. Ya define Unamuno la naturaleza del ser humano en una poesía suya de 1901 que se titula "Muerte":

Eres sueño de un dios; cuando despierte
¿al seno tornarás de que surgiste?
¿serás al cabo lo que un día fuiste?
¿parto de desnacer será tu muerte?

El ser humano sueña su existencia; y, de la misma manera, sueña Dios la suya. Pregunta Unamuno en "La vida es sueño" de su *Cristo de Velázquez* (Madrid, 1920):

¿Estás muerto, Maestro, o bien tranquilo
durmiendo estás el sueño de los justos?
Tu muerte de tres días fue un desmayo,
sueño más largo que los otros tuyos;
pues tu dormías, Cristo, sueños de Hombre,
mientras velaba el corazón...
Y di ¿soñabas?
¿Soñaste, Hermano, el reino de tu Padre?
¿Tu vida acaso fue, como la nuestra, sueño?

En el tercer "Nocturno", el del *Canto errante*, ya entra Rubén en su "noche oscura del alma". Otra vez sufre el poeta del insomnio y de toda clase de presentimientos. Es la noche de una "suave tormenta" y de la "auto-pieza de disección espiritual". Se pregunta Rubén, "¿A qué hora vendrá el alba?" Ya espera el poeta a la última amada de todas. Y concluye:

Ha dado el reloj trece horas... ¡Si será Ella!...

La congoja de los "Nocturnos" de Rubén recuerda la de las "Noches de insomnio" del *Rosario de sonetos líricos* (Madrid, 1911) de Unamuno. Aquí se sienta don Miguel "en la ribera del corazón" y piensa en "lo inevitable" —el pasar de la vida:

Terribles noches de insomnio en las que se cuenta
el toque de las horas que van al vacío;
su procesión cargada de vidas va lenta
bajando por las aguas del eterno río.

.....
... Oh las noches terribles
de locas aprensiones y de vil congoja
al ver las esperanzas hechas ya imposibles...

Una vez confrontado con el inevitable pasar del tiempo y con el conocimiento de que ni aun su afán erótico podría resistirlo, Rubén se profundiza de una manera extraordinaria. No se ahonda la poesía rubeniana a pesar de sus superficies modernistas sino a causa de ellas. En el caso de Darío, si no en el de la mayoría de sus discípulos, el culto mismo a dichas superficies, siempre un disfraz para sublimar el hondo conflicto espiritual, le lleva al poeta, con el tiempo, a las profundidades más universales.

Ya confiesa Rubén en su "Canción de otoño en primavera":

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer.

Ya habla el poeta de sus episodios amorosos como algo del pasado. Utiliza el tiempo perfecto, el imperfecto y el pretérito para describir la "plural" y "celestes historia" de su "corazón". Más adelante, confiesa que el "divino tesoro" ya no se va sino que se fue:

Juventud, divino tesoro,
¡te fuiste para no volver!

Un Rubén que entra aquí en su madurez espiritual confiesa que

En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!

Ya no puede Rubén seguir su propio consejo de su "Amo, amas..." Entiende él ahora "la obra profunda de la hora"; y la expresa en su "De otoño". Ya tiene el poeta "miedo de querer"; y lo confiesa en su "Canción de otoño a la entrada del invierno". Ya está preparado el escenario para la fase plenamente religiosa y existencial de la poesía rubeniana.

Al comentar el poema "Lo fatal" en su *Historia de mis libros* (1909), hace Rubén esta confesión que recuerda las más íntimas y desnudas de Miguel de Unamuno:

Ciertamente, en mí existe, desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparece de nuestro cuerpo. En mi desolación, me he lanzado a Dios como a un refugio; me he asido a la plegaria como de un paracaídas. Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar, y me he sentido sin un constante y seguro apoyo.⁶

"Lo fatal", el último poema de los *Cantos de vida y esperanza*, ya no representa los paisajes de cultura de la fase mitológico-helenista y de la exótica del poeta sino los "paisajes del alma", como decía Unamuno. Aquí siente Rubén una preocupación con el cómo y el cuándo, con el "de dónde" y el "adónde", con el por qué y el para qué de la existencia humana —la angustia principal de don Miguel y la que interpreta el rector salmantino como el resorte de todos los sistemas religiosos, de todos los movimientos filosóficos y de todo campo de la creación humana. Aquí se enfrenta Rubén con "el punto de partida" del sentimiento trágico de la vida de Unamuno. Le duele a Rubén el alma y considera el poeta

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque ésta ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Maldice el poeta su sensibilidad que le ha forzado a reconocer su gran conflicto espiritual y la desolación de su situación humana:

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...

⁶ M. Sanmiguel Raimúndez (ed.), *Obras completas de Rubén Darío* (Madrid: Afrodísio Aguado, 1950), I, p. 223.

y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!

Ya se da cuenta Rubén del pecado original de Unamuno —el de haber nacido. Aquí en "Lo fatal", le acongoja a Darío el suyo. Le atormenta al Unamuno desterrado dicho pecado en el soneto XCVII de su *De Fuerteventura a París* (París, 1925). Aquí don Miguel se obsesiona con los mismos enigmas eternos:

¿De dónde, adónde, para qué y cómo?
Este es todo el afán de la tragedia,
donde se encierra toda enciclopedia
y en piel humana encuadernado el tomo.

En los *Cantos*, siente Rubén una "Melancolía" en la cual confiesa angustiadamente que es "un ciego" que va "sin rumbo y a tientas bajo tempestades y tormentas". En su *Canto errante*, aparece el "Eheu!" en el cual ya está el poeta a las riberas del "mar latino". Pero ahora no sirve de disfraz para su afán erótico el ambiente de su complejo helénico. Más bien es el "mar latino" ahora el escenario en el cual siente el poeta su "antigüedad" y su angustia. El paisaje de cultura ya se ha cambiado en un "paisaje del alma":

¡Oh, qué anciano soy, Dios santo;
oh, qué anciano soy!...
¿De dónde viene mi canto?
Y yo, ¿adónde voy?

El conocerme a mí mismo,
ya me va costando
muchos momentos de abismo
y el cómo y el cuándo...

Ya confiesa Rubén que el mar fabuloso, con todos sus seres mitológicos, no le ha ayudado a resolver el conflicto entre su uno y su otro:

Dimensión Imaginaria

Y esta claridad latina,
¿de qué me sirvió
a la entrada de la mina
del yo y el no yo...?

Ahora el mundo mediterráneo no sirve de escenario para la pasión carnal sino para la pasión espiritual:

Como en medio de un desierto
me puse a clamar;
y miré al sol como muerto
y me eché a llorar.

Ya no se fija Rubén en los dioses helénicos; acude ahora al *Cristo de Velázquez* de Unamuno. Está atormentado el poeta porque

La tierra esta preñada de dolor tan profundo
que el soñador, imperial meditabundo,
sufre con las angustias del corazón del mundo.

Así se expresa el poeta, el "soñador meditabundo", en su "Canto de esperanza" de los *Cantos*. Y continúa el "soñador" con sus visiones espantosas:

Verdugos de ideales afligieron la tierra,
en un pozo de sombras la humanidad se encierra
con los rudos molosos del odio y de la guerra.

Siente ahora Rubén la sed de la divinidad, la quintaesencia del ser humano según el sentir de Unamuno. Anhela la llegada del reformador de todas las injusticias:

¡Oh, Señor Jesucristo!, ¿por qué tardas, qué esperas
para tender tu mano de luz sobre las fieras
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

.....
Vén, Señor, para hacer la gloria de ti mismo,
vén con temblor de estrellas y horror de cataclismo,
vén a traer amor y paz sobre el abismo.

En el "Spes" de sus *Cantos*, expresa Rubén el "querer creer" de Unamuno. Tanto con el nicaragüense como con el vasco es esta etapa de "querer creer" la más alta que se alcanza. Ruega Rubén

que le dé Jesús "el tierno pan" de las "hostias" y "una gracia lustral contra el infierno de iras y lujurias". Pero se ve que le obsesionan al poeta dudas; a pesar de su gran deseo de creer, no puede Rubén asegurarse de los poderes divinos del Cristo. Anhela el poeta dicha seguridad:

Díme que este espantoso horror de la agonía
que me obsede, es no más de mi culpa nefanda;
que al morir hallaré la luz de un nuevo día,
y que entonces oíré mi "¡Levántate y anda!"

Aquí aparece el ya conocido conflicto entre el espíritu que dice sí y la razón que dice no. Es la continua dualidad de Unamuno —el sentimiento trágico que se ha expresado en tantísimos lugares como, por ejemplo, en el poema "Incredulidad y fe" del ya mencionado *Rosario de sonetos líricos*. Don Miguel se desespera:

me amarga el sudor, el de la duda;
sácame, Cristo, este espíritu mudo,
creo, tú a mi incredulidad ayuda.

La misma "ciencia de la penitencia" que busca Darío en su "Salmo" se encuentra en la poesía que surge de la visita que hizo el poeta a la Cartuja de Miraflores de Mallorca. "La Cartuja" representa el poema de remordimiento por excelencia. Aquí, el poeta arrepentido sufre, otra vez, del problema unamunescos de la personalidad. Se pregunta a sí mismo por qué él es como es. Se pregunta por qué no le ha hecho Dios como "los callados hijos de San Bruno, secos de orar y pálidos de ayuno". Anhela Rubén ser como

los que en su existencia solitaria,
con la locura de la cruz y al vuelo
místicamente azul de la plegaria,
fueron a Dios en busca de consuelo.

Anhela Rubén tener la fuerza de voluntad de los que

Mortificaron con las disciplinas
y los cilicios la carne mortal
y opusieron, orando, las divinas
ansias celestes al furor sexual.

Tanto como Joaquín Monegro quiere liberarse de su enfermedad envidiosa, desea Rubén escaparse de su estado lujurioso:

Poder matar el orgullo perverso
y el palpar de la carne maligna,
todo por Dios, delante el universo,
con corazón que sufre y se resigna.

.....
Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia,
que al Ángel hace estremecer las alas.
Por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablasas malas.

Anhela el poeta una metamorfosis en la cual triunfa su otro espiritual sobre su uno erótico. Quiere otros ojos, otra boca, otras manos, otra sangre. Sobre todo, anhela

¡quedar libre de maldad y engaño,
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge el ermitaño,
o al silencio y la paz de la Cartuja!

Ya se ha visto que el mismo espíritu de conflicto es el resorte tanto de la producción poética de Rubén como de la de Unamuno. Nunca alcanza Darío dicha "paz de la Cartuja". Nunca puede él resolver su continuo conflicto entre el espíritu y la carne. Del mismo modo, nunca logra Unamuno hacer paz entre el espíritu y la razón, dos tendencias categóricamente opuestas de las cuales surge el irremediable sentimiento trágico de la vida. Como modernos hombres duales por excelencia, hacen ambos, el modernista y el noventiochista, del conflicto mismo el resorte de su obra y de su vida.

DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN PÚBLICA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
SECRETARÍA DE CULTURA Y FOLCLORE
SECRETARÍA DE TURISMO Y CULTURA
SECRETARÍA DE ECONOMÍA
SECRETARÍA DE ENERGÍA
SECRETARÍA DE FOMENTO ECONÓMICO Y PROMOCIÓN INDUSTRIAL
SECRETARÍA DE GOBIERNO FEDERAL
SECRETARÍA DE HACIENDA Y CREDITO PÚBLICO
SECRETARÍA DE INTERIORES
SECRETARÍA DE JUSTICIA FEDERAL
SECRETARÍA DE LA FORTALEZA MEXICANA
SECRETARÍA DE PLANEACIÓN Y ECONOMÍA
SECRETARÍA DE PROMOCIÓN INDUSTRIAL
SECRETARÍA DE SALUD
SECRETARÍA DE TRABAJO Y PREVISIÓN SOCIAL
SECRETARÍA DE TRANSPORTES Y COMUNICACIONES
SECRETARÍA DE VIVIENDA Y OBRAS PÚBLICAS
SECRETARÍA DE YACIMIENTOS CULTURALES
SECRETARÍA DE POLÍTICA EXTERNA
SECRETARÍA DE DEFENSA NACIONAL
SECRETARÍA DE LA FORTALEZA MEXICANA
SECRETARÍA DE ECONOMÍA
SECRETARÍA DE ENERGÍA
SECRETARÍA DE FOMENTO ECONÓMICO Y PROMOCIÓN INDUSTRIAL
SECRETARÍA DE GOBIERNO FEDERAL
SECRETARÍA DE HACIENDA Y CREDITO PÚBLICO
SECRETARÍA DE INTERIORES
SECRETARÍA DE JUSTICIA FEDERAL
SECRETARÍA DE LA FORTALEZA MEXICANA
SECRETARÍA DE PLANEACIÓN Y ECONOMÍA
SECRETARÍA DE PROMOCIÓN INDUSTRIAL
SECRETARÍA DE SALUD
SECRETARÍA DE TRABAJO Y PREVISIÓN SOCIAL
SECRETARÍA DE TRANSPORTES Y COMUNICACIONES
SECRETARÍA DE VIVIENDA Y OBRAS PÚBLICAS
SECRETARÍA DE YACIMIENTOS CULTURALES
SECRETARÍA DE POLÍTICA EXTERNA
SECRETARÍA DE DEFENSA NACIONAL

ROMAIN ROLLAND RABELESIANO
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Por Roberto F. GIUSTI

EN el mes de enero se cumplió el siglo del nacimiento de uno de los mayores creadores literarios de nuestra época, Romain Rolland.

Cuando abarcamos con mirada retrospectiva el vasto volumen de su obra, comenzada en el último decenio del siglo pasado, cimera en algunas de sus creaciones, particularmente en la novela cíclica *Juan Cristóbal* (1905-1912) y en los dramas del *Teatro de la Revolución*, vemos manifiestos en ella los rasgos del genio: la fecundidad servida por la alteza de los propósitos, y la riquísima vena humana. En la obra de Romain Rolland no afrontamos el hoy muy traído y llevado contraste entre los fines del arte: el suyo es social, no porque puesto al servicio de tal o cual doctrina política, sino del hombre, del progreso moral de la humanidad, de la reconsideración de las patrias por obra del espíritu por encima de las fronteras y los encontrados credos ideológicos o religiosos. Es, en una sola palabra, humano.

Este narrador de vidas heroicas —la de Beethoven, la de Miguel Angel, la de Tolstoy, la de Gandhi— también elevó la suya al nivel del sacrificio cuando la fuerza brutal de los hechos se lo impuso. El ya famoso creador de *Juan Cristóbal*, galardonado con el premio Nobel, sacrificó, echándose a los perros, la fama y la tranquilidad, todo menos el alma, antes que renegar su credo de fraternidad europea. De 1914 a 1919, levantándose "au-dessus de la mêlée" —por encima de la pelea—, dirigiéndose "a los pueblos asesinados" (son títulos de sus libros), valiéndose de la persuasión, del anatema, de la súplica, clamó por que no fueran rotos todos los puentes espirituales que unían por encima del Rhin a franceses y alemanes, levantó himnos a los heroicos precursores de la internacional del espíritu, y, después de encarnar, concluida la guerra fratricida, en Clerambault, otro de sus héroes, la propia tragedia, que fue la de la voz clamante en el desierto, o peor aún, la del hombre libre y valiente acosado por las fieras del prejuicio y el odio irra-

cional, no cesó ya, hasta su muerte, de ir gritando, como en un tiempo Petrarca a la desgarrada Italia: *Pace, pace, pace*.

Mi recordación, en su centenario, del fecundo creador cuya voz no puede sonar como extranjera en una revista americana abierta a los cuatro vientos del Espíritu, mal podría abarcar la vasta y múltiple obra del novelista, dramaturgo, historiador, musicólogo, ensayista y polemista. Esta pide el libro o la múltiple serie de ensayos. Por cierto, el pensamiento, la obra, las heroicas luchas del escritor no han caído en tierra estéril ni en Francia ni en ningún país, pues vienen prosperando desde antes de su muerte en biografías, ensayos, ilustraciones críticas, expresiones diversas de admiración y devoción, aun de escritores ilustres y también de grupos como la Asociación Internacional "Amigos de Romain Rolland".

Yo me he propuesto en estas páginas comentar un solo libro suyo, *Colas Breugnon*, aparentemente singular en su varia creación, regalo de muchos lectores del escritor ilustre, aunque menos difundido que otras partes de su obra. No obstante su espíritu y "verve" rabelesianos, ese libro está mucho menos distante del alma de la mayor creación del novelista de cuanto pueda suponerse de primera impresión. *Juan Cristóbal* es una creación singular en la novelística de este siglo aun cuando valoricemos cumplidamente otras epopeyas semejantes (pásese me el vocablo "epopeyas") o *sagas*, según la calificación igualmente metafórica de Galswerthy, vastas novelas cíclicas, o individuales, o familiares, o sociales, de las que, precisamente, la de Romain Rolland fue estímulo sin más antecedentes ilustres en el siglo anterior que los de Balzac y Zola, y quizás el de Tolstoy, el de *Guerra y Paz*.

Juan Cristóbal es el espejo con muchas y variadas facetas de una sociedad que, nacida entre esperanzas después de la guerra franco-prusiana del '70, marcha entre contradicciones y zozobras, actos de fe y desesperanzas, hacia el abismo de otra guerra inmensamente más tremenda, entrevista proféticamente por el autor, en 1912, hacia el fin del décimo libro del ciclo, el titulado *El Nuevo Día*.

Figura admirable la del héroe de nombre doblemente simbólico en la religión de Cristo, en cuya alma fervorosa procuró ligar quien lo bautizó, en un solo metal de calidad superior, así el espíritu como la cultura de alemanes y franceses.

Por la voz severa y ardiente de Juan Cristóbal, Romain Rolland señaló a la vez los defectos particulares de las dos naciones y sus virtudes complementarias. Notable figura original, la de ese muchacho fornido, de robusto apetito, vuelta a vuelta sensual y ascético, de corazón inmenso y alma indoblegable, oso teutónico terrible en sus furias arremetedoras contra cuanto juzga falso, postizo, conven-

cional, y a la vez inocente, dulce, exquisitamente sensible al arte y a los más delicados sentimientos, así al amor puro como a la amistad sublimada.

Aunque no un estilista de rara perfección, el autor de *Juan Cristóbal*, desdeñoso de exquisiteces literarias, es una voz elocuente, algo enfática en ocasiones, que en frases cortadas, breves, de construcción directa, enciende y eleva al lector. Por esa voz quedan expresados los mil sentimientos que se combaten en nuestra alma, particularmente los que, triunfantes, aspiran, por los caminos del arte (en particularísimo modo la música) y del amor, de la fe en la condición humana y en el porvenir de la humanidad, a justificar nuestra existencia. Romain Rolland, al desatar la propia indignación, encarnándola en Juan Cristóbal, contra tantas mentiras convencionales de nuestra civilización, contra el arte y las letras falsificadas, contra "la feria en la plaza", como tituló el volumen más demoleedor de la historia ejemplar, muestra tanta vena de crítico y satírico como de poeta de alta elocuencia, ora filosófica, ora moral, ora profética. Verdad que Juan Cristóbal, o por él su creador, se alimenta con preferencia de médula de leones. La Biblia, Dante, Goethe, Bach, Beethoven, Tolstoy, son sus maestros.

Otra influencia espiritual me parece indudable, la de Víctor Hugo. Cuando la revista *Europe*, fundada por el propio Rolland después de la Primera Guerra Mundial, publicó en junio de 1935 un número especial consagrado a Hugo en ocasión del cincuentenario de su muerte, lo encabezó el propio novelista, si bien no ya director de la publicación, con un elocuente artículo cuyo título era "El viejo Orfeo". En él confesaba que en la mocedad su alma palpitaba al ritmo de la voz del poeta glorioso, que luego se alejó de él enderezando hacia otros horizontes, pero que, habiendo revisado durante el destierro en Suiza todos sus juicios literarios, por encima de la cabeza del hombre de 20 a 40 años (habla de sí mismo) el de 50 volvió a darse la mano con el adolescente, devolviendo su admiración a Hugo y a Voltaire. Sonreíamos, confiesa, en tiempos de diletantismo y positivismo, de sus llamamientos grandilocuentes a la humanidad, pero éstos recobraron su acento revolucionario y heroico después de haber pasado los jinetes del Apocalipsis sobre la Europa devastada de 1914 a 1918.

En mi opinión, la conversión, consciente o inconsciente, se había hecho antes de la guerra, mientras componía los últimos tomos de *Juan Cristóbal*, en los cuales la religión de la humanidad de Hugo hace sonar su voz ardiente, profética, si humosa en ocasiones.

Juan Cristóbal es mucho más en el campo del arte que un libro de fe y optimismo, vencedores —tal como se lee en el *Libro de Job*,

del cual el novelista saca frecuentes inspiraciones—, del dolor, el desánimo y la derrota; es también una caracterología humana de extraordinaria riqueza y profundidad. Los centenares de seres que viven en la larga historia tienen todos su ficha antropométrica, así la física, como la moral. Ningún rostro, particularmente los ojos, queda sin ser sutilmente retratado; ningún alma escapa al buceo que trae a la superficie perlas y cieno, solos o mezclados. La galería de figuras femeninas es rica y siempre diversa, enriquecida más tarde en el ciclo que siguió, *El alma encantada*, con nuevos seres de excepción. Algunas de sus mujeres quedan inolvidables, nunca desvanecidas: la madre humilde en quien sin duda Rolland volcó mucho de la suya, adorada por el hijo, Sabina, Antonieta, Cecilia, Andrea, Grazia. A mí no me es posible, desde cuando he vuelto a acompañar al héroe por los caminos de la vida, consolarme de la muerte opaca de la triste, tímida, insignificante Sabina, ni del fin de la heroica Antonieta, la hermana de Oliverio, alma fraterna, complementaria de la de Juan Cristóbal: notas acordes ambos para entonar el himno más elocuente que haya sido nunca compuesto a la pura amistad de la inteligencia y el corazón.

Si en la galería de retratos físicos, compuesta por un hombre de vivo sentimiento artístico, él se complacía en inspirarse en ocasiones en los grandes maestros de la pintura, en la de las almas, la de los retratos morales, compuesta, individuo por individuo, con psicología sutil, no excluía la que hoy llaman psicología profunda. En ocasiones advertimos que al idealizar los sentimientos de algunas figuras dibujadas con amor, incurre en cierto preciosismo psicológico el cual aparece más acentuado en algunos retratos de su segunda novela cíclica ya citada, empezando por las dos primeras encantadoras heroínas, Anita y Silvia; pero ¿negaremos por tal motivo a muchos grandes poetas líricos cuando reconozcamos en ellos estas quintaesencias espirituales o los aceptamos como son? Si bien Romain Rolland, como todo *licéen* francés sabía componer versos, prefirió expresarse en prosa; pero su alma rebosaba de lirismo. Por muchas de sus páginas —son características en tal sentido las que cierran el ciclo novelesco con la muerte de Juan Cristóbal— sopla la alta poesía, ya apacible en las pinturas de la naturaleza, que el novelista también supo ver con ojos penetrantes y contemplar con amor, ya huracanada en las descripciones de las tormentas del alma, enfrentada con el misterio del ser y el destino del hombre, problema resuelto por él en un deísmo o panteísmo optimistas, canto a la Vida, canto a la Muerte en cuyo seno la vida renace incesante.

He ahí una solución que probablemente no satisfaga a todos los privados de la Fe de una iglesia, pero que serena el alma tormen-

tosa de Juan Cristóbal, el músico genial incomprendido o mal comprendido, en cuyo espíritu posiblemente el creador volcó alguna sustancia del de Beethoven.

Más podría decirse de la caracterología individual de Romain Rolland: que sin perder sus retratos los firmes trazos individuales, trascienden a lo social, ya que, indudablemente, sobre la faz de la tierra son más los tipos humanos que los individuos; y esto mismo ocurre en Balzac, en cuya *Comedia Humana* sin duda mucho aprendió el autor de *Juan Cristóbal*. Entre otras cosas, su sentido del realismo, el cual pone lo verosímil sobre lo rigurosamente verdadero. Pues, frente a la verdad esencial de situaciones, caracteres y conflictos psicológicos, poco importa la verdad estricta de los encuentros y desencuentros de los personajes cuyas acciones son los hilos de la tela sabiamente urdida. Basta que tales encuentros y desencuentros sean posibles y verosímiles. El arte verdadero no necesita más. Poco se le importaba al novelista explicar todo lo exterior, el cómo, el por qué, el cuándo y el cuánto. La rigurosa verdad objetiva, circunstanciada, sometida al cálculo dudoso de probabilidades, le era indiferente. ¿Acaso ella es necesaria para reflejar la vida real, esencial, según erróneamente lo juzga así cierto infrarrealismo contemporáneo de paso rastrero?

EN el prólogo de *El alma encantada* el novelista, explicando el cómo y el por qué de su obra, dijo: "Cuando escribo una novela, escojo un ser con quien me siento afín (o más bien, es él el que me elige). Apenas elegido este ser, lo dejo en libertad, guardándome de mezclarle mi personalidad". Y más adelante: "Así, pues, desde cuando he adoptado a Juan Cristóbal, o a Colás, o a Anita Rivière (se refiere a la otra alma de excepción que llena el primer tomo de *El alma encantada*), solamente soy el secretario de sus pensamientos. Los escucho, los veo obrar, y miro por sus ojos".

¿Quién es este Colás puesto por el escritor en tal escogida trinidad de sus héroes novelescos? Romain Rolland lo concibió, concluido *Juan Cristóbal*, antes de la guerra; pero el libro sólo apareció en 1918, al término de la tormenta bélica en cuyo vértice el irreductible apóstol de la fraternidad de los pueblos quedó arrebatado hasta verse forzado por la injuria, la amenaza y el vilipendio a desterrarse en Suiza. En el prólogo de posguerra, el autor avisó que, impreso el libro ya en 1914, no había introducido en él ninguna modificación. En la advertencia que entonces servía de prólogo al libro no distribuido, declaraba que fatigado ya por la atmósfera trágica de *Juan Cristóbal*, la necesidad de descansar le inspiró esa

novela "insouciant" (¿quiso decir "despreocupada?"). "He sentido, escribió, la necesidad invencible de soltar la libre jovialidad gala hasta la irreverencia".

Romain Rollan era natural de Borgoña. Colás Breugnon es un artesano campesino borgoñón de los tiempos de Luis XIII, ebanista de inspiración y talento. En él el autor volvió a encontrarse con todos sus antepasados, a quienes creía dormidos por siempre. Narrar esa vida, hacer hablar a su conversador héroe rústico fue para él una necesidad, al parecer, vital.

En apariencia Colás es un héroe muy diferente de Juan Cristóbal. Mirando superficialmente podría, en efecto, considerarse tal creación una mera diversión que el autor se concedió después del largo esfuerzo que supone haber seguido a Juan Cristóbal de la cuna a la sepultura. Una diversión lo fue, ciertamente, en cuanto el novelista se ofreció el goce de animar a un ser exuberante de vida; sin embargo, subterráneamente, en el alma del autor cantaba, al hacer vivir a Colás, el espíritu dionisiaco que infundió en su héroe mayor en más vasto escenario y con más alto entendimiento. Cumplíase así en cierto modo un anhelo suyo, expresado por boca de Juan Cristóbal en uno de sus arrebatados discursos. "¡Ah —dice— si yo fuera francés pondría a Rabelais en música, haría epopeyas bufas!". Asombra que el hombre reservado y frío que fue en apariencia Romain Rolland, y tal lo dicen quienes lo conocieron y lo muestran las fotografías, encerrara en su alma tanta riqueza efusiva.

Otra condición hacíase necesaria para evocar al abuelo lejano, sano de cuerpo y espíritu, libre de prejuicios, fuerte bebedor, sensual y jovial: sorber el vino de Rabelais, y así lo hizo. Como Montaigne, como Descartes, como Voltaire, Rabelais se cuenta entre los grandes escritores que, si engendrados por el espíritu galo, han influido luego sobre él, modelándolo según el respectivo estilo individual.

Colás Breugnon es a la vez el protagonista y el relator de las aventuras hiladas en el libro. Como si conversara. Es la voz de la raza que le habla al descendiente lejano. Lo hace en frases cortas, hachadas, rítmicas como las de un poema en versos sueltos cuya música se apoya insistentemente en libres asonancias:

Saint Martin soit béni! Les affaires ne vont plus. Inutile de s'éreinter. J'ai assez travaillé dans ma vie. Prenons un peu de bon temps. Me voici à ma table, un pot de vin à ma droite, l'encrier à ma gauche; un beau cahier tout neuf, devant moi m'ouvre ses bras. À ta santé, mon fils, et causons.

Así empieza el robusto cincuentón el relato de sus aventuras. Su lengua es rica y jugosa, algo desenfadada a veces, copiosamente rabelaisiana. Fatigan por momentos las asonancias que chocan o se oponen

insistentemente; pero así quiso Romain Rolland que hablara su lejano abuelo, embriagándose como con un vino de su tierra, rica en mostos, con la música verbal de su "verve" inagotable, jubilosa. Y también en esa complacencia con el ritmo muéstrase aquél de la escuela de Pantagruel.

Colás es rico, dice él. Posee un casa, tiene mujer, una hija casada, dieciocho nietos, un asno, un perro, seis gallinas y un cerdo. Con la mujer, flaca, hacendosa, económica, sobria, honesta, pero gruñona, no se lleva nada bien. Pero filosóficamente la soporta con ironía sin ceder a sus gritos y reproches. Los tiempos son duros. La guerra pasa con frecuencia por la villa amurallada en cuyo arrabal tiene Colás su corta hacienda; pero también en eso él se ha vuelto filósofo. Su divisa: no hacerse demasiada mala sangre. Trabajar después de beber, beber después de trabajar: eso hace hermosa la vida. Una punta de estoicismo lo ayuda a tolerar las adversidades que asedian la fortaleza de su epicureísmo optimista y jovial.

Pero ¿cómo pormenorizar las mil cosas y sucesos que hacen el encanto de esta confesión sonriente, despreocupada, obra maestra de gracia, de ternura, de malicia y buen humor, rica de "gauloiseries" y dichos expresivos, cuya jugosa poesía ciertamente se pierde en cualquier traducción?

La Francia eterna que tanto ama *Juan Cristóbal* reaparece en este libro, agitada en ciertas horas por vientos de locura fanática, pero fundamentalmente escéptica y tolerante, tierra del buen sentido que se ríe de todo exceso.

En otro tono, burlón, no desmienten estos succulentos trozos de vida campesina ser de la misma mano que narró la gesta de *Juan Cristóbal*. Dos rasgos, particularmente: el gozoso amor de la naturaleza y la ternura. El mismo pincel que trazó en la obra maestra tantos cuadros diversos, ricos de color y sentimiento, deteniéndose con morosa complacencia en los particulares más menudos, acariciando pétalos, insectos, briznas de hierba, alas, cambiantes matices del cielo y del agua, personificando los fenómenos naturales con delicados símiles, revistiéndolos de la solemnidad de andantes sinfónicos o de la melancólica ternura de un *lied*, anima las páginas de *Colás Breugnon*.

La ternura, las exquisiteces del alma que tanto espacio ocuparon en *Juan Cristóbal*, también gotean de la pluma de este jovial artesano rústico. La ternura le dicta páginas primorosas. Se las inspiran Glodia, su nietecita, y Belette, la joven campesina bella y sensual a quien amó ardientemente en la mocedad y perdió por tonto. En todo el relato se respira un embriagador aroma rústico. La escena en donde Colás y Belette vuelven a encontrarse accidentalmente,

pasados los años, ambos mal casados, y recuerdan los días idos y la ocasión perdida, es de una ternura melancólica de cuyo arte sencillo y sutil sólo poseen el secreto contados escritores. Aquí Rabelais dejó paso, en espíritu, al Renan de *Recuerdos de niñez y de mocedad*.

Con igual arte cuenta Colás la muerte de su vieja mujer regañona, relato que empezado entre burlas crueles se desliza hacia una dramática reconciliación ante la penosa suerte común de los hombres.

Colás dícese creyente, por rutina, pero es escéptico por espíritu crítico, como buen francés. Las páginas cargadas de sal y pimienta en que la blasfemia abre brechas en la plegaria, son de una elocuencia arrebatadora. La ironía gala, la burla rabelaisiana, ciertamente con anticipación cronológica de la crítica de los enciclopedistas, no se agotan en esta historia en el solo libre examen de la religión. Todas las instituciones son sometidas a juicio por el jovial y sutil borgoñón: la clerecía, la nobleza, la realeza. Su facundia censoria es sabrosísima. Por su boca habla socarrón el buen sentido de Bertoldo y el de Sancho el de la isla Barataria —pero Colás, contemporáneo de las luchas entre hugonotes y católicos, es menos basto. Debajo de las palabras medidamente audaces, salpimentadas de imágenes rabelaisianas, arden las brasas del desprecio y la indignación.

Todo el espíritu crítico de la raza acude a sus labios en esas páginas densas de dudas y negaciones. Pero en cierto punto Romain Rolland no olvida el credo optimista de su héroe Juan Cristóbal e igual voz le presta a Colás al cabo de su meditación sobre la caprichosa crueldad de Dios, sordo a las quejas y plegarias del hombre. Es el mismo credo panteísta que cierra *El Nuevo Día*, es la fe en la inmortalidad del espíritu a través de la obra de las generaciones humanas. No es la sola página en donde por boca de Colás se escucha el credo moral y artístico de Juan Cristóbal, con ser tan distinto el inocente e impetuoso mocetón alemán, del travieso rústico francés.

Cuando, después de haber salido Colás con vida de la peste que lo tumba hasta creérselo muerto, su taller es incendiado y saqueado por la turba ignorante, malvada y codiciosa, y uno de sus aprendices, devoto del arte del maestro hasta el sacrificio, le trae la sola cosa que ha podido salvar de las llamas, una estatuilla de Santa Magdalena, vestida solamente de sus cabellos; Colás, mirando al niño heroico, se lo enseña al cielo y dice:

“Este es mi trabajo más hermoso: las almas que he esculpido. No me las quitarán, quemad la madera, me queda el alma”.

En tal pasaje ciertamente Rolland se olvidó de su héroe campesino. Anteriores devociones heroicas llameaban todavía en su cere-

bro y en su corazón. Juan Cristóbal no hubiera hablado diversamente.

Son esas devociones las que le dictan los dos capítulos finales, particularmente el que cierra el ameno y sustancioso monólogo, especie de parábola que se teje alrededor de su lecho de inválido por accidente, cuando los cuatro hijos distintos y discordes y, sin embargo, todos de la casta de los Breugnon, borgoñones cabales, están prestos a irse a las manos en defensa de su propio credo religioso. Ahí afirmase, al final del libro, sin guerra fratricida, el derecho de pensar y sentir cada cual a su manera sobre la tierra nutricia de todos.

LIB. IOTECAS WHITMAN, EL GRAN HERMANO

ECA -

DA RUIZ"

D. F.

Por F. DIAZ FIGUEROA

SI Walt Whitman se reintegrase molécula a molécula a la existencia y pudiera volver a su Manhattan; si nota a nota su lira entonase sus acordes, fiel al diapasón de su voz profética; si el Gran Viejo errante recorriera hoy su América: ¿Qué verías, Walt? ¿Qué oirías, Walt? ¿Qué diría el Respondedor? Estoy seguro que entonaría otra vez sus viejos cantos que se originaron lentamente en el decurso de la evolución telúrica y se hicieron voz en él, en este comienzo de ahora, para retornar a su origen a través de infinitas edades.

Whitman se sitúa en el vértice de dos épocas: de la prehistoria que fenece y del mundo libre que nace. Así como del Dante se ha dicho que es el último poeta feudal y el primer poeta del Renacimiento, de Whitman debe decirse que es el último poeta del odio social y el primer poeta de la fraternidad humana. Habla por todos, siente por todos: por el criminal y por la prostituta, por el moribundo y por el leproso, por el joven y por el anciano, por el débil y por el fuerte, por la mujer y por el hombre; anuncia al hombre nuevo, a la mujer fecunda y vigorosa; anuncia la triunfante Justicia, la justificación del orgullo, la aparición de una raza "de espléndida y salvaje ancianidad".

¿Quién va allí?...

"¿Quién va allí? Hambriento, grosero, desnudo, místico.

¿Cómo es posible que extraiga fuerzas del buey que como?"

QUIENES piensan que Whitman es un milagro, no lo entienden. "¿Es un asombro la luz del día?". El es una ley elemental en Estados Unidos. Apareció en su hora, cuando debía de aparecer; ni antes ni después. Nació donde debía de nacer. ¿Por qué no apareció en el sur de Estados Unidos, entre los zafios y tenebrosos linchadores de Texas? ¿Por qué no nació cuando la nación americana era apenas un puñado de colonias europeas y un mosaico de inmigrantes de variadas lenguas? Whitman surge con la nación americana, por eso

para él es preocupación central de su obra expresar a América. La nación es la expresión universal de su tiempo.

Estados Unidos se integra como nacionalidad en el siglo pasado, cuando existe en su seno un proletariado robusto, a diferencia de las naciones europeas, definidas en el siglo XV cuando el proletariado no existía y era apenas un decadente grupo de artesanos. Esta composición social de Norteamérica explica a Whitman y a su poesía. Por eso la plebe acomodada de Wall Street y los racistas vergonzantes que dirigen la vida política de ese país lo ven como a hijo espurio. Es verdad, su voz no es la misma, pues mientras Whitman ama al negro y al chino, al judío, al mexicano, al ruso y predica la futura hermandad racial, el imperialismo preconiza la ley del revólver e idealiza el puñal florentino: ¡dos lenguas diferentes!. Pero a pesar de todo Whitman es la entraña yanqui, el sentimiento más puro y más vasto de su patria, la voz de decenas de millones de norteamericanos. El mismo se apartó de los deformadores de la expresión yanqui y les lanzó a la cara su desprecio, diciéndoles: "¿Qué objeto tienen ahora vuestros juegos de bolsa? ¿Qué vais a hacer? ¿Qué significa vuestra respetabilidad? ¿Qué valen vuestra teología, vuestra cultura, vuestra humanidad, vuestras tradiciones, vuestros códigos ahora? ¿Dónde están vuestras ridículas existencias? ¿Dónde vuestras argucias acerca del alma?".

Whitman es el poeta yanqui por antonomasia. Él es América como el poeta negro Langstone Huges también es América. Extrae sus fuerzas del buey que come; su lengua "cada molécula de su sangre, emana de este suelo, de este aire"; sus fuerzas morales son las de la nación, las de sus trabajadores, las de sus pensadores, las de sus padres—parte del pueblo— severas y rectas. No proviene de las aulas universitarias; sus universidades —condiscípulo de Gorki— son el trabajo manual, necesario para todos, la bondad y la comunión democrática del pueblo. No tiene escuela: "que se callen todas las escuelas", las alcobas y los estantes están llenos de perfume, aspira su fragancia, pero siente su influjo enervador y no lo tolera. ¡La atmósfera no es un perfume, es inodora, hecha para su boca! ¿Qué piensa de la cultura europea? No la rechaza ni rechaza el pasado ni sus formas; acepta la lección con tranquilidad viendo cuán proporcionadas fueron esas expresiones para su tiempo y se dispone a iniciar la labor de heredero que hará el uso adecuado de las cosas precedentes. Toma de las formas culturales lo vivo, no lo inerte; por eso sujeta a la prueba del aire libre y de la naturaleza de terca fertilidad, a Sócrates y a Hegel, a Shakespeare y a Homero, a todo el arte y a toda la ciencia y de su experiencia surge un mensaje optimista y liberador.

Whitman proviene del pueblo: él mismo es un carpintero. No quiere ser más que eso: ¡Pueblo! Un hombre medio, un hombre de la multitud. Ni patrón ni siervo: ¡Un camarada! ¿Sobrepasar a todos? ¿Ser el Presidente? "Todos pueden llegar allí y todos llegarán más allá". Ser a un tiempo el Respondedor, resolver todas las lenguas dentro de la propia, para que todo hombre pueda traducirlas y traducirse a sí mismo. Después de todo, "una hoja de hierba no es inferior a la jornada sideral de las estrellas".

Mi grito es el grito de batalla

"Mi grito es el grito de batalla. Yo fomento la rebelión activa, el que vaya conmigo irá frecuentemente en compañía del hombre, de la pobreza, de la enemistad y el abandono".

HAY todavía quienes creen en el "arte por el arte" y tratan de huír de la vida ruidosa y creadora. Pero para Whitman todo tiene sentido: lo tiene la mica que está adherida a la roca, lo tiene el canto del mirlo, el color de las alas de las mariposas... ¿Qué es lo que no tiene sentido en la vida? No tiene sentido el canto del hombre vivo que se empeña en estar muerto, "vestido con elegancia, sonriente, erguido, con la muerte debajo del esternón y el infierno debajo del cráneo". Lejos de Whitman los versos de amor azucarados de rimas, de los ociosos amores, los placeres malsanos, las extravagantes distracciones de la minoría. Reclama para el arte los temas más grandiosos para exaltar lo presente: la gloria del trabajo manual cotidiano, de la creación artística, de la ciencia positiva, de la democracia social y de la fraternidad humana. Porque más grandes que las locomotoras y los trasatlánticos; más grandes que el aeroplano, el radio y la televisión; más grande que la energía nuclear desencadenada, es la fuerza humana que los produce y los controla y el amor esencial del hombre. Por eso te canta a tí, Democracia Integral, su vieja causa; a tí, pueblo norteamericano; a tí, trabajador de todas las razas y de todos los países; a tí, mujer, madre de robustos hijos; a tí, revolucionario desterrado.

¿Tiene un sentido su poesía? Sí, lo tiene: quiere ser el espíritu de Norteamérica, quiere robustecer la conciencia nacional, quiere afianzar el espíritu democrático, la fe en la justicia y en la humanidad.

Canto a mí mismo

*"Yo soy Walt Whitman. ¡Un cosmos, miradme!
 El hijo de Manhattan.
 Turbulento, carnívoro, sensual, que come, debe y engendra.
 No soy sentimental.*

DESPUÉS de varios siglos de escarnecer al cuerpo, de despreciar la carne, surge el gimnasta griego en sus cantos que se desnuda a mediodía en la Playa de Long Island para admirarse y recibir el beso del sol. Después de analizar y escudriñar y consultar a los sabios, encuentra que lo mejor de su ser está adherido a sus huesos. Por eso es también el poeta de la especie. Ninguna partícula de su cuerpo es vil; ni la vida ni la muerte son viles. Mas no es solamente tierra ni lo accesorio de la tierra, es el camarada, el semejante a todos, inmortal, insondable. No se contempla porque su belleza física haya sido deslumbrante, sino por admiración a la armoniosa estructura humana, interna y externamente considerada.

Las primeras ediciones de *Hojas de Hierba* encontraron agrias oposiciones, más —cuando menos aparentemente— por sus conceptos sexuales y éticos que por su doctrina social. En 1855, fecha de la primera edición, la burguesía del norte era progresista, requería de la vibrante trompeta lírica de Whitman para congregar sus fuerzas al llamado de la Unión contra los esclavistas del sur; pero ya despierta preocupaciones e insomnias ese espíritu tan libre y tan audaz. Conocemos esos vergonzosos procesos contra el poeta y la confiscación de sus libros. Sus nuevas concepciones aterran a la gazmoñería bostoniana. El silencio, el olvido, la negación por consideraciones políticas, vendrá después, pero muy pronto. Whitman quizá sea más conocido y amado en el exterior que en su patria. Su consagración no la obtuvo en Norteamérica sino en Inglaterra y en Francia. La política cultural yanqui ha colocado siempre en primer plano a otros poetas de gran mérito indudablemente, pero que expresan con menor vigor que Whitman el espíritu de Norteamérica, entre ellos Edgar Allan Poe y Longfellow. Hoy particularmente Whitman es un proscrito de la literatura yanqui. Y es que un escritor que no resuelve los dramas de la miseria con lágrimas, milagros y suspiros como se acostumbra en los novelones ingleses de la época de la reina Victoria, sino con orgullosa rebeldía, tiene que abandonar las fronteras si está muerto, o si vivo, aumentar la población ciudadana de Sing-Sing. Hoy Whitman, como Chaplin, sería condenado por actividades antinorteamericanas.

Solamente seres de mente deformada y retorcida pueden ver

poesía procaz en sus escritos, porque, vamos, Whitman ni siquiera cultiva la picaresca a la española o shakespeareana; se mantiene en un plan lírico de gran altura y en la extasiada contemplación de la naturaleza. Justamente él acusa de procacidad a la literatura yanqui de su tiempo, madre de toda esa morralla literaria de gangsters, vaqueros, esquizofrénicos, prostitutas, banqueros y demás entes despreciables, héroes de película y de todos los "readers digests" que se publican en inglés y en otros idiomas. Quien buscase en Whitman temas escabrosos, saldría defraudado. No se interesó jamás por esos seres equívocos que buscan en el arte pasto a su imaginación enferma. ¿Qué son, después de todo, sus discutidos Cantos Adánicos? No hay en ellos ninguna obscenidad, ninguna bajeza, sino la exaltación de la fecundidad y de la vida que se renueva incesantemente a través de ella misma. ¿Por qué escandalizarse de que todos los seres vivos se reproduzcan? He aquí uno de sus más hermosos versos:

En tí duermen los más grandes héroes, los más grandes bardos
y ellos rehusan ser despertados por otro hombre que no sea yo.
... A través de tí, liberto los ríos represados de mi ser,
en tí deposito un millar de años anteriores,
sobre tí injerto lo más querido de mí y de América.

Whitman es el poeta del cuerpo y el poeta del espíritu; después del más encendido canto a la belleza orgánica dice esta rotunda verdad sobre el destino del hombre: "Y no hay más oficio o empleo que aquel que enseña al joven a ser héroe".

Canto del hacha

*"Dejemos atrás todo el pasado
Desembocamos en un mundo nuevo y mayor, en un mundo distinto;
puros y fuertes, nos apoderamos de este mundo, mundo de trabajo
y de progreso".*

WHITMAN es también el poeta de la destrucción y el poeta de la construcción. Requiere el hacha lo mismo para desbrozar el camino que para labrar el andamio y la puerta. A sus Pioners les grita: "¿Tenéis vuestras pistolas? ¿Tenéis vuestras afiladas hachas?" Si hay necesidad será en sus manos el hacha del bárbaro, porque está decidido a fundar la más grande ciudad; no en la que se alcen los más grandes edificios, ni los almacenes más grandes, ni de las gran-

des muchedumbres; la más grande ciudad, la que quiere construir es la de los potentes oradores y los brillantes poetas, amados de los héroes que la pueblan. Ciudad de habitantes frugales y prudentes donde el esclavo deje de ser esclavo y el amo de ser amo; donde los niños aprendan a ser la ley de sí mismos y a depender únicamente de sí: ¡quiere construir la ciudad más grande de todos los tiempos! Empuña su hacha para derrumbar vegetaciones parasitarias que impidan esa nueva vegetación y desde ahora recomienda a sus primeros moradores que sus palabras se transmitan por generaciones: "temed la suave dulzura, la miel que se pega al paladar... desconfiad de cuanto corroe la rudeza de los estados y de los hombres". Y que no olviden nunca la lección del movimiento, de la perpetua transformación, porque la República siempre está en construcción y siempre ofrece nuevas perspectivas. ¡Que otros engalanen el pasado: hay que vivir en el presente y creer en el futuro!

Whitman difiere de Platón. En su República habrá poetas que serán árbitros de mayor autoridad que los presidentes, porque el poeta es el orden, la construcción y la justicia en la paz, y en la guerra su verbo es destrucción, ruina y muerte del enemigo. De esta manera coloca al poeta en su sitio privilegiado e inaccesible a toda cursilería que cultiva el ripio llorón.

Hemos llegado a la sustancia democrática de Whitman que encomiara Rubén Darío como la forma poética más alta de América.

Grandiosa música de la tempestad

"¿Queríais ejercer el magisterio o ser un poeta, aquí, en los Estados? Augusto es el empleo, arduas las condiciones.

El que pretenda enseñar aquí, debe preparar su propio cuerpo y su espíritu, debe examinarse, estudiar, armarse, fortificarse, endurecerse, flexibilizarse, porque seguramente será interrogado por mí, con numerosas y severas preguntas'.

“Yo digo: lo mejor que debemos hacer es mirar nuestra época y nuestro país con mucha atención y de frente, como un médico diagnóstica una enfermedad grave. Acaso nunca haya existido más hipocresía que en estos tiempos y en particular aquí en los Estados Unidos. La verdadera fe parece habernos abandonado. A pesar de todo este frenético ardor y sus melodramáticos alardes nadie cree honradamente en los principios sobre los cuales se sustentan los Estados Unidos... La deshonestidad de las gentes de negocios de nuestro país no es menos grande de lo que ha

podido suponerse, por el contrario es infinitamente mayor. Los servicios públicos de América, tanto los nacionales como de los estados particulares o los de las ciudades, en todas sus ramas y departamentos, exceptuando los judiciales, están saturados de corrupción, soborno, fraude y mala administración, y aun mismo la justicia, está deshonrada. (Las grandes ciudades están infestadas por el latrocinio y la ignominia entre las gentes en apariencia respetables y entre las que no lo son). En el mundo elegante existe la petulancia, la galantería insípida, la infidelidad, ambiciones mezquinas o ningunas ambiciones en lo absoluto, sino únicamente el deseo de matar el tiempo. En los negocios (los negocios, palabra moderna que lo devora todo), el único objeto es ganar dinero por todos los medios posibles. La pasión por el dinero es nuestra serpiente del mago y hoy es el dueño absoluto del campo. La mejor clase que podemos demostrar es sólo una chusma de especuladores y de palurdos vestidos a la moda. Sin duda detrás de esta farsa fantástica, representada en la escena visible de la sociedad, pueden descubrirse cosas sólidas y formidables trabajos, que existen en estado bruto y que se cumplen en último término destinados a progresar y a afirmarse a su debido tiempo. Estas verdades, sin embargo, no son menos terribles. Digo que nuestra democracia del Nuevo Mundo, por muy grande que haya sido su éxito al haber arrancado a las masas populares sus escaras, y en el desarrollo material, en cuestión de productos y en una cierta superficial ilustración popular muy engañosa, ha resultado, a pesar de todo, hasta el presente, un completo fracaso en su aspecto social o en los resultados religiosos, literarios y estéticos. En vano marchamos con una rapidez inaudita y sin precedentes hacia la formación de un imperio tan colosal que dejara atrás a todos los antiguos, más grande que el de Alejandro, más grande que el de Roma en el pináculo de su poderío. En vano nos hemos anexionado Texas, California, Alaska, y nos alargamos hacia el norte en busca del Canadá y al mediodía en busca de Cuba. Como si estuviéramos en cierta manera dotados de un inmenso cuerpo que se perfecciona más y más, mientras que permanecemos con un poco de alma o sin ella".

Creo adivinar algún comentario: esto ya no es un tema literario, sino un tema político. Bien, sí, lo es; pero no he sido yo quien lo ha elaborado: me he limitado simplemente a transcribir una página de "Perspectivas Democráticas" que es la profesión de fe política de Whitman y aquí la dejo sin un solo comentario.

Canto de partida

*"Anuncio que los seres naturales se levantan;
Anuncio a la triunfante Justicia;
Anuncio la libertad y la igualdad inflexibles;
Anuncio la justificación del orgullo".*

WHITMAN presiente su muerte y se prepara a morir tan alegremente como vivió. Sus últimos años angustiados por la enfermedad, son, sin embargo, años de amores y amistades sublimes; de confirmación heroica de sus propias palabras. Se va, sí, pero ya nos ha poseído definitivamente, ya no nos abandonará jamás su entrañable voz; su espíritu, abierto a todos los horizontes humanos, nos queda como legado. Concluye su jornada y toma un respiro para dar el paso definitivo, sólo para decimos:

*"Mi canto cesa, yo lo abandono,
Camarada, ésto no es un libro.
Quien lo toca, toca a un hombre".*

LA GENERACIÓN DEL '36 VISTA DESDE EL EXILIO

U LIB IOTECAS
TECA -
ANDA RUIZ"
), D. F.

Por Manuel DURAN

“**T**RASPLANTADOS son mejores”. Eso dice Gracián de los españoles en el *Criticón*. ¿Nos hubiera consolado la frase si la hubiéramos conocido o recordado mientras nos dispersábamos por los caminos de Francia o nos preparábamos para embarcar hacia tierras de América? No sé. Creo que no. Para la inmensa mayoría, el destierro era un golpe inesperado, absurdo, pasajero; una herida dolorosa e inaceptable que el tiempo y la historia se encargarían de sanar. Pasaron muchos años antes de que pudiéramos acatarlo como un hecho irreversible, imborrable, y también, en cierto modo, aceptable y aceptado: parte de nuestra vida, fuente de vigor y de flaqueza, ingrediente de lo que decíamos, pensábamos y escribíamos, molde insoslayable de nuestra actividad.

Nuestros *Mayflower* se llamaban *Nyassa*, *Ipanema*, *De la Salle*. En tierras americanas el destierro cobraba una dimensión nueva: bastaba saber que nos separaba de España el mar, la distancia, los días de viaje difícil, para empezar a comprender que, de veras, nos habíamos trasplantado. Pero para muchos el fenómeno vital seguía siendo —durante muchos años, en bastantes casos hasta la muerte— el desarraigo. Una negativa obstinada, a veces consciente, otras no; y lo que nos negaba más a aceptar era, nada menos, que el presente tuviera razón, peso, sentido. Los exilados seguían viviendo en Madrid, en Barcelona, en Valencia. Y si el mundo exterior les enviaba unos árboles, unas calles, unas voces, que correspondían más bien a los detalles cotidianos de alguna ciudad americana, era que el mundo exterior andaba un poco trastornado —cosas de la guerra— pero aquel espejismo no podía durar. “Mañana tengo que regresar a Barcelona”, me decía un día, en Cuernavaca, Joaquín Xirau. Quería decir, en el plano consciente, con la voz del sentido común, que había de regresar a la ciudad de Méjico —o México, como aprendimos a escribir muy pronto— y ni siquiera se dio cuenta de la sustitución. Le esperaban sus alumnos, la vida continuaba. Pero la voz interior no se equivocaba: a Barcelona —o a Madrid, o a mil otros lugares— era donde había que ir, donde la vida habría podido ad-

quirir densidad, abandonar aquella provisionalidad que hemos arrastrado tantos años.

El hombre, según la frase de Ortega, viaja por el mundo cautivo de su raza, de su pueblo, de su cultura, como la gota de agua en el seno de la nube. Y cuando la abandona comienza por no entender nada. Son los jóvenes, los niños, los adolescentes, quienes, más rápidos, mejor adaptados, tienen que explicarles a los viejos lo que sucede en el nuevo ambiente. Y los viejos comienzan por negarse a entender: entender, adaptarse, les parece una traición. No es raro el caso de refugiados españoles en México que, terminada la Segunda Guerra Mundial, cuando empezó a verse claramente que el final del conflicto no iba a permitirnos regresar a España en la forma que queríamos hacerlo, dejaron de leer el periódico, o se limitaron a las noticias frívolas, los deportes y los anuncios de películas.

Egoísmos, obsesiones, "pobretería y locura" —según la frase de Moreno Villa— nos afectaron, en mayor o menor grado, a todos. Nuestro aislamiento era sólo en parte culpa nuestra. (Hablo de lo que he vivido en México, no de otras experiencias que me son ajenas). En México, el refugiado español se hallaba frente a una paradoja: los mexicanos amigos de España eran los conservadores, de los que se sentía separado por un abismo ideológico; algunos liberales eran —y son— en principio antiespañoles, sobre todo cuando pensaban en la España de Felipe II y de la Colonia. Excepciones como las de Alfonso Reyes, Octavio Paz y tantos otros, entre los más inteligentes y cultos, justifican la regla.

Otra característica de los exilados, producto en parte de la exasperación y el aislamiento, en parte de la conciencia del propio valer: el orgullo. Cuando todo iba peor, cuando todas las noticias eran desalentadoras, hacíamos recuento de hombres ilustres y no nos sentíamos tan solos. "Pero yo me llevo la canción", había gritado León Felipe. La lista de poetas desterrados era impresionante: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Larrea, Emilio Prados, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre. Y las noticias que nos llegaban acerca de lo que en España se escribía en los primeros años de la posguerra no hacían sino reforzar nuestro orgullo. Poco o nada de lo que escribían los poetas garcilasistas, por ejemplo, podía interesarnos (y sigo creyendo que a pesar de la indudable calidad "técnica" de lo que en aquellos años escribieron Rosales, Vivanco, Ridruejo y Panero, o quizá precisamente porque la técnica, una técnica algo fría e impersonal, los caracterizaba, sus obras no interesan ya a casi nadie ni en España ni fuera de España). El Gerardo Diego de aquella época, con sus sonetos tan formales, de

joven de buena familia dispuesto a sentar cabeza, no nos seducía. De los novelistas no sabíamos nada. En rigor era muy poco lo que nos llegaba de España, casi todo de segunda mano, nombres en nuevas ediciones del Valbuena Prat, noticias confusas en cartas de amigos. Nunca estuvo más bajo el prestigio de la cultura española en tierras americanas. Los españoles desterrados habían dejado de ser prestigiosas figuras exóticas: convivían con mexicanos o con argentinos, despertaban a veces las envidias de otros escritores autóctonos. Y la España oficial o semiformal era rechazada por casi todos. En la Argentina, Borges seguía con sus críticas a la tradición española, Ortega no conseguía despertar el entusiasmo de otros tiempos, la atención de grupos como el de *Sir* se dirigía ante todo hacia Francia e Inglaterra. En México la animadversión a la España oficial —y a muchos valores españoles tradicionales, con algunos de los cuales, pero no con todos, habíamos roto nosotros mismos— era todavía más marcada. Únicamente en países más conservadores, como el Perú o Colombia, se mantenía cierto respeto —no exento de condescendencia o incluso de lástima— hacia lo español. (Se da el caso de que aún hoy los escritores liberales españoles tienen que vencer la indiferencia o la repugnancia de una opinión pública que juzga en principio que todo lo que se hace en España ha recibido ayuda oficial o por lo menos un "nihil obstat": y no se olvide que la gran mayoría de los intelectuales "activos", incluso en los países conservadores, es liberal e izquierdista, a veces extremadamente).

No conocíamos los poemas escritos por Miguel Hernández desde la cárcel. Los libritos de *Adonais* nos intrigaban: apenas nos habíamos acostumbrado a creer que todos eran iguales, que un solo poeta los había escrito todos, valiéndose de numerosos seudónimos, cuando se nos ofrecía alguna valiosa sorpresa. Pero nos aferrábamos a lo nuestro, repetíamos el poema de León Felipe:

Hermano... tuya es la hacienda...
 la casa, el caballo y la pistola...
 Mía es la voz antigua de la tierra.
 Tú te quedas con todo
 y me dejas desnudo y errante por el mundo...
 mas yo te dejo mudo... ¡mudo!
 Y ¿cómo vas a recoger el trigo
 y a alimentar el fuego
 si yo me llevo la canción?

Orgullo y exasperación. Porque nos exasperaba ver que pasaban los años y la emigración estaba irremisiblemente condenada a

desintegrarse: los viejos se morían como españoles, los niños crecían ya como franceses, mexicanos, argentinos. Y los que no eramos ni jóvenes ni viejos nos convertíamos en híbridos complicados, mitad españoles, mitad otra cosa, inevitablemente. Quizá de esta exasperación han salido los mejores frutos del destierro: la poesía incandescente, torpe y violenta de León Felipe; los cuentos amargos de Francisco Ayala; los lentos, desolados relatos de Segundo Serrano Poncela; la fecundidad siempre juvenil, siempre llena de sorpresas, de Max Aub. Y los ensayos de Américo Castro, de Antonio Sánchez Barbudo, de tantos otros.

Porque los emigrados teníamos un arma secreta. Todo nos fallaba, menos la conciencia de poder escribir lo que nos diera la gana. Ningún tema nos estaba prohibido. Publicar era ya otra cosa, y a veces los libros han tenido que esperar. Pero no importaba. Mientras en España, después de la guerra civil, pasaron años y años antes de que —tímidamente al principio, con más energía a medida que pasan los años— alguien se atreviera a evocar la tragedia, nosotros lo hacíamos a cada paso; era nuestra obsesión. De ahí las novelas de Aub sobre la guerra civil, las de Barea —tan autobiográficas y tan novelescas al mismo tiempo, sobre todo el primer volumen—, las de Sender, los relatos de Ayala o de Serrano Poncela. Nuestro reloj interno se había detenido, como ocurre con los relojes de las ciudades bombardeadas o asoladas por terremotos, en la hora fatal de la guerra civil; éramos incapaces de sentir plenamente el presente o de hacer planes para el futuro; pero incluso aquello, lo que nos ocurría a nosotros, era mejor que sentirse fuera del tiempo, escuchando la música celestial de los garcilasistas o sin atreverse a poner el dedo en la llaga de todos, que era lo que les ocurría —creíamos— a los que se habían quedado en España. Mejor la obsesión que el olvido o el vacío.

Pero mientras tanto los autores desterrados caían en otro vacío: el público ideal de sus libros, el público español que podía entender su mensaje, les estaba vedado. Novelas, poemas y ensayos —en ediciones en general reducidas, con excepción de algunas argentinas— o no llegaban a España o lo hacían de manera incierta y esporádica. Saber para quién se escribe es ganar media batalla: los desterrados no sabían, con frecuencia, qué clase de público iba a leerlos. El aislamiento funcionaba en ambos sentidos. Es cierto que España se hallaba en parte separada del resto de Europa, y que los libros de los emigrados raras veces llegaban al público minoritario, y nunca al gran público; también lo es que nosotros sentíamos prevención, en principio, contra todo lo que se publicaba en España, y a veces lo condenábamos sin conocerlo. Un observador imparcial

que hacia 1944 hubiera examinado la producción española de la posguerra y la hubiera comparado con lo que escribían los emigrados habría concluido que se trataba de dos literaturas diferentes, que no tenían en común más que el idioma, pero cuyos estilos, ideas, intenciones, eran en casi todo opuestos.

A partir de dicha fecha las posiciones de ambos grupos se han ido aproximando. En general los desterrados han cambiado menos —en ideología, estilo, gustos e intenciones— que lo que pudiéramos llamar la vanguardia liberal de España: el acercamiento ha sido, en gran parte, unilateral, y producto de la evolución del ambiente español: poesía social, novela sobre la guerra civil, etc. Recuerdo, por ejemplo, con qué emoción leímos *Hijos de la ira* o *La colmena*. Por fin alguien se atrevía a enfrentarse con el dolor y la miseria: ya era hora.

Me gustaría poder recordar exactamente lo que Emilio Prados o Juan José Domenchina me dijeron por aquellos años acerca de *Hijos de la ira*. Todos teníamos la sensación de que estábamos en vísperas de un cambio que iba a afectar a otros poetas. Un terremoto invisible, que iba a pasar inadvertido para la mayoría, pero iba a afectar hondamente a muchos de los mejores. Y así fue.

Los ecos se multiplicaron:

Voz de lo negro en ámbito cerrado
ahoga al hombre por dentro como un muro
de soledad, y el sordo son oscuro
se oye del corazón casi parado. . .

Blas de Otero interpretaba, al mismo tiempo que la angustia de los españoles de España, nuestra propia angustia, nuestra desazón, nuestro desconcierto. Poco a poco las vibraciones metafísicas se convertían en preocupaciones ancladas en el presente, en la sociedad, en la historia, en lo concreto. (Salvo en el caso de Dámaso Alonso, que evolucionaba en sentido contrario).

Por fin reconocíamos voces que eran como las nuestras. O mejor dicho: como las que hubiéramos querido para nosotros. En 1937 la voz desgarrada de César Vallejo urgía:

. . . si la madre
España cae —digo, es un decir—,
salid, niños del mundo; id a buscarla. . .

(*España, aparta de mi ese cáliz*)

Y las nuevas promociones se buscaban a sí mismas y buscaban a España. Comenta Max Aub, uno de los emigrados que con mayor

interés se han ocupado de la nueva poesía española: "Han salido a buscarla (a España), con riesgo de su vida; la traen en sus manos, con el mismo acento trágico y angélico del poeta peruano; la llevan en andas, en angarillas, llegan hasta donde no se puede llegar: más allá de donde les permiten. Es la misma y es otra —nunca se es igual a sí mismo— que la mía: la dorada de Jorge Guillén, la verde de Federico García, la azul de Rafael Alberti, a la sombra buena de Juan Ramón; Machado y Unamuno, horizonte morado. Es otra, más oscura. Ahora bien: la esperanza de esa pléyade es la nuestra. Es nuestro presente, así somos suyos". (*Una nueva poesía española*, pág. 16).

Más tarde debían llegarnos los versos desolados del último Miguel Hernández, de un patetismo respaldado por el sufrimiento personal:

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba. . .

Hay muchas maneras de morir. Miguel Hernández, con su visión del rayo de luz que dejaba vencida la sombra, nos esperanzaba y satisfacía mucho más que la resignada tristeza de José Luis Hidalgo ("pleno y dorado estoy para tu sueño").

Los poetas nuevos eran, ante todo, nombres y libros: muy pocos de nosotros los conocíamos personalmente. Teníamos que conformarnos con los delicados retratos, impregnados casi todos de sensaciones auditivas, que de ellos hace Alexandre en *Los encuentros*. Así conocimos a Hidalgo, "cuya voz se esperaba que tuviera resonancias de cueva, de cueva en piedra pura y adusta. . . Leía sus versos con infinita castidad en la voz. . . Pero otra voz resonaba más honda, otra voz sin garganta, que todos oíamos en la ronca voz de José Luis (págs. 248-249). Y a Blas de Otero: "Tenía una voz clara, limpia, y si estábais en un jardín cualquiera con cielo alto y tersa luz, él poseía todas las cualidades naturales de una condición comunicativa. Por otra parte, había tensión en su tranquilidad, casi podría decir en su silencio. . . Su afluente palabra, que ingresaba ahora en la corriente de los demás con la más natural de las entonaciones. . ." Y a Concha Zardoya: "La cabeza de Concha Zardoya está excavada probablemente en una roca. . . Mirándola desde lejos. . . se dibuja perfectamente el contorno de la cima, la masa pétreo de los bucles, la despeñada roca que ondula hasta tocar el cuello y hundirse con él en la arena inmensa, en el vasto llano sobre el que la cabeza

está. Se trata de un antiquísimo monumento milenario, de una cultura extinta... , sobre una región desolada por donde a veces se desata el huracán...". Y a Gabriel Celaya, cuya voz suena "cálida y verdadera desde un recinto protegido".

Poco a poco fue creciendo nuestro interés por lo que se escribía en España. Fuimos recibiendo libros y revistas. Poco a poco, gracias en buena parte a los esfuerzos de *Insula* y de Seix Barral, se ha ido creando un puente. España nos necesita a todos. Algunos años contribuyó a separarnos una estéril rivalidad: nos parecía que lo único bueno de España se había ido con nosotros, que nada grande o digno podía llegarnos de allá. Hemos rectificado. El propio León Felipe ha reconocido —a propósito, si no recuerdo mal, de *Belleza cruel* de Angela Figuera Aymerich— que la canción, que él creía haberse llevado, seguía siendo patrimonio de los nuevos poetas españoles.

Mientras tanto, los exilados seguían publicando —y muriéndose. Lo ha expresado más claro que nadie uno de los mejores, Segundo Serrano Poncela: "El problema del escritor en el exilio no es fácil... Tiene que escribir 'a la española' y, sin embargo, España no le presta jugos para la pluma; quiere corresponder con la realidad americana y no la siente más que conceptualmente... Lo grave es que esta situación aumenta cuando se considera que las generaciones españolas exiladas son generaciones a extinguir, algunas de ellas ya en el escalafón de las cuentas incobrables. Dentro de diez años [esto lo escribía en 1953] la obra no hecha ahora quedará en el limbo de lo que se debió hacer, porque la última generación y más joven está dejando de ser española y la más vieja también, aunque por ese procedimiento más universal y dramático que consiste en hacerse ciudadano del subsuelo. Sólo una, intermedia, con muy contados ejemplares en reserva... , tiene abierta todavía su posibilidad. Esperamos que la aproveche". (*La Torre*, abril-junio 1953).

Un estudio completo acerca de la literatura española en el destierro está por escribir. Hoy por hoy, el mejor libro sigue siendo el de Marra-López, *Narrativa española fuera de España*. Su imparcialidad, su rigor crítico y su intuición de los problemas del escritor exilado compensan de sobra las pequeñas omisiones. "Si el español es, por naturaleza, un ser arraigado —escribe Marra-López— la situación del exilio le resulta angustiosa, como una planta a la que le falta el riego indispensable. Por ello, la situación del escritor desterrado resulta aún más trágica, pues si el resto de sus compatriotas se ven afectados por el desgajamiento que el exilio supone, el escritor se encuentra doblemente a la deriva, como español y como

profesional" (pág. 55). A los exilados, como al personaje de la novela de Miró, se nos ha tragado América: los espacios inmensos, las ciudades enormes en que cada día es más difícil ver a los amigos, las tentaculares y acogedoras universidades norteamericanas nos han ido capturando, dirigiendo, transformando. Lo que no ha hecho la inmensidad del espacio o la urgencia de la vida moderna lo ha logrado la angustia de escribir desde un limbo para un público inexistente. Y sin embargo la lista de valores "nuevos" —revelados por el destierro o transformados radicalmente en él— es considerable, y entre ellos algunos de los más significativos pertenecen a la generación del '36.

Otros pueden ser considerados, sin forzar demasiado la cronología, como miembros honorarios de la misma. La guerra y el destierro han cambiado muchas cosas, nos han hecho más jóvenes y más viejos al mismo tiempo. Han trastornado nuestras capas geológicas, como un terremoto. Dicen que en Londres, después de la guerra y de los bombardeos, aparecieron en los terrenos baldíos removidos por las bombas algunas flores y plantas de especies que los botánicos creían extinguidas. Las explosiones al remover la tierra y desenterrar las semillas habían creado el aparente milagro. No sé si esto es cierto o no. Pero sí sé que la atroz explosión de la guerra civil ha producido cambios tan bruscos en nosotros, en lo que algunos escritores dentro y fuera de España han sentido y escrito en los años de la posguerra, que la forma normal de dividir y agrupar las generaciones parece insuficiente en más de un caso.

Todo intento de poner orden en ese desorden permanente que es la vida, la historia, significa, con frecuencia, forzar y mutilar. Pero ¿en qué generación situar a Barea, a Max Aub, a Sender, a Francisco Ayala, a tantos otros cuyas mejores obras han quedado cristalizadas, deformadas si se quiere, vitalizadas o polarizadas por la inmensa explosión de 1936? Trate el que quiera de situarlos en la alegre y elegante generación de Guillén y García Lorca. Yo no.

En España misma, al tratar de los que allí han seguido, ocurre más o menos lo mismo. Dámaso Alonso, por ejemplo, cuyo nombre parecía unido en forma indisoluble a 1927 y el aniversario de Góngora, ¿no empieza a arder plenamente como poeta con la inmensa explosión de *Hijos de la ira*? ¿Dónde situarlo? Compárase cualquier poema de ese libro con lo que se escribía hacia 1927, con lo que él mismo escribía en aquellos años. O con lo que han seguido escribiendo en el destierro —a pesar de lo mucho que han cambiado— Guillén o Salinas o Alberti. Y se verá una irreductible diferencia. "Un escritor tiene la edad de sus libros, no la de su partida de bau-

tismo —ha dicho Max Aub. León Felipe tiene veinte años menos de los que le marca la ley”.

Lo que caracteriza a una generación, en estos casos, es que exista un hecho histórico de importancia indudable que sea para los miembros de la misma una experiencia vital imprescindible, la más importante para todos ellos, y que alrededor de esta experiencia se organicen vidas y sensibilidades, ideas, actitudes y obra creadora. Todo ello, naturalmente, complica la tarea de establecer una nómina de la generación del '36.¹ Y, sin embargo, por esquemático e insuficiente que pueda parecer nuestro enfoque, hay que intentarlo. Y hacerlo, naturalmente, partiendo de la existencia de lo que Francisco Ayala llama “el tajo”: la división, el destierro, la existencia de dos literaturas, una en España y otra fuera de España, la de la España peregrina.

Vista desde el destierro, la generación del '36 me parece compuesta en España (quisiera subrayar ahora lo personal de esta opinión) por un gran novelista (Cela) rodeado de tres o cuatro novelistas notables pero algunos de ellos semifrustrados y otros difíciles de juzgar por hallarse todavía en pleno desarrollo. (Zunzunegui, Ignacio Agustí, Carmen Laforet, Gironella, Delibes), sumergidos todos ellos en un mar de poetas, y, en lontananza, un dramaturgo,

¹ Sobre la generación del '36, véase el interesante número de *Insula*, de julio-agosto de 1965, con artículos de Ricardo Gullón, Guillermo de Torre, y otros. Desde el punto de vista de una estricta ordenación biológico-cronológica la generación del '36 no tiene, en realidad, derecho a la existencia: si partimos de 1898, habría que contar otra generación treinta años más tarde, en 1928, y la siguiente en 1958. Guillermo de Torre comenta en su ensayo de *Insula*: “¿Por qué tanto empeño en agrupar a los escritores del presente en generaciones?... Este método que Ortega, con proyección de radio superior al puramente literario, definió como ‘el concepto más importante de la Historia, y, por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos’, parece llegar ahora a ciertos confines abusivos... Si antes, al menos, teníanse en cuenta los naturales lapsos de espaciamento—quince, treinta y cuarenta y cinco años como respectivos períodos de la vigencia, duración y relevo—de las generaciones... ahora se inventan en cuanto el humor de cualquier grupo—especialmente de poetas—, tanto en España como en América, experimenta tal ocurrencia... Advertiré en seguida que la anterior reserva en nada disminuye la legitimidad del concepto y el método de las generaciones”. Sobre tan delicado tema véase el excelente libro de Henri Peyre, *Les générations littéraires* (París, 1948). Una aplicación rigurosa del método generacional a las letras hispanoamericanas la encontramos en el estudio de J. J. Arrom, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas* (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1963). Homero Serís, en un ensayo publicado en *Books Abroad* en el otoño de 1945, fue el primero en agrupar, en forma no siempre exenta de arbitrariedad, a un grupo de escritores españoles bajo el marbete de “The Spanish Generation of 1936”.

Buero Vallejo, cuyo mérito sobresale aún más debido a la falta de rivales en su generación, y algunos ensayistas (Láin Entralgo, Julián Marías, Aranguren), cuyo indudable talento no les ha servido, sin embargo, por razones muy complejas, para conquistar una posición ni de lejos comparable a la que por tantos años ocupó Ortega.

Es muy posible que el párrafo anterior suscite discrepancias. He estudiado con cuidado las fechas de nacimiento y de publicación de los autores a que me refiero. Quisiera invitar, simplemente, a los que no estén de acuerdo con el breve esquema que apunto, a que colocaran en otra generación a estos escritores. El resultado sería confuso, para no decir desastroso.

A la larga, toda generación adquiere una estructura: figuras principales frente a otras subordinadas. Me parece indudable ya que Cela ocupa el primer lugar indiscutible en esta generación española del '36: es el gran prosista creador, el novelista nato, capaz de interpretar a su época. En cambio, otros novelistas, como Zunzunegui y Agustí, fracasan en parte porque no saben situarse "a la altura de los tiempos" y emplean técnicas novelísticas anticuadas, que los sitúan estilísticamente en el siglo pasado. A Gironella le falta profundidad y poder de síntesis: es un periodista que ha decidido escribir novelas. El destino de los periodistas es ser leídos y olvidados, y no creo que sea diferente el destino de Gironella. Carmen Laforet es, simplemente, una promesa que no ha cuajado. (Excepción muy honrosa es su última novela, *Insolación*). Delibes es el más prometedor, fresco y espontáneo y logra en *El Camino* una de las obras maestras de la generación.

En cuanto a la poesía, forma el núcleo principal de la generación. Vivanco, Rosales, Panero, Ridruejo, contrapesados por Miguel Hernández, Blas de Otero, José Luis Cano, Gabriel Celaya, Victoriano Crémer, Concha Zardoya, Angela Figuera (¿no se reproduce aquí, en los estilos y la concepción del mundo, el tajo de que hablaba Ayala?). Recordemos lo que afirma Crémer: "Lanzar gorgoritos rítmicamente, mientras el hombre a secas trabaja, sufre y muere, es un delito". Y escuchemos a Celaya, que maldice "la poesía concebida como un lujo/cultural por los neutrales". Pero en esta generación hay para todos los gustos. Castellet, en su ya famosa antología, ha visto con claridad la evolución de muchos de ellos, y ha situado históricamente los estilos sin raíces de unos y las angustias de otros.

Fácil es observar, por otra parte, que la poesía social o comprometida tardó algunos años en desarrollarse. Blas de Otero tiene la misma edad que Cela, ambos nacieron en 1916. Pero mientras Cela había encontrado su estilo y sus temas pocos años después del final de la Guerra Civil, Otero tuvo que esperar algo más hasta con-

seguirlo. No importa. Lo esencial es que el panorama de la poesía de esta generación es rico y variado, y su calidad comparable, en conjunto, si no en riqueza de estilo o en fuerza innovadora, sí en intensidad emocional, con la producción de la generación precedente, una de las más ricas en la historia de la lírica española. Poetas firmemente anclados en el presente, y —a través del influjo de Unamuno y Antonio Machado, visible en muchos de ellos— en la historia. Incluso la preocupación patriótica de muchos de ellos nos recuerda la de Jovellanos o de Quintana hacia fines del siglo XVIII. O de Cadalso. "Hombre de bien": así define Juan Marichal a Cadalso. Y así parece oportuno definir a muchos de ellos. A Blas de Otero, a Celaya, a tantos otros. Poetas, sí, pero ante todo hombres, y hombres de bien. El claro sentido moral de esta poesía hace de ella algo aparte en el panorama de la lírica contemporánea: un caso único en que la poesía se renueva al ponerse en contacto con problemas colectivos: abandona su retiro preciosista y baja a la calle no para seguir banderas partidistas sino para levantar las de ideales —paz, hermandad— que son o deberían sernos comunes a todos.

Sería ingenuo, pueril e inútil tratar de colocar al lado de cada nombre ilustre de la generación del '36 en España un nombre parecido, en cuanto a la importancia de su obra, entre los emigrados. La partida resulta en exceso desigual. Es cierto que los emigrados llevan publicados ya varios millares de libros. (No exagero. Véase lo que en 1950 escribe Mauricio Fresco en *La emigración republicana española*: "El acervo de libros editados por los refugiados españoles es revelador de la calidad de la emigración a que nos referimos: más de ~~dos~~ mil doscientos cincuenta libros han aparecido, como fruto de la intelectualidad española") (pág. 92). Pero desde luego esta cifra, si bien se limita a México, es muy baja comparada con lo que en España se publica en un solo año, lo cual es natural si tomamos en cuenta la cifra de los exilados y la comparamos con la totalidad de los habitantes de España. Sería fácil, por ejemplo, enfrentar el grupo de ensayistas emigrados (Ferrater Mora, Sánchez Barbudo, Eduardo Nicol, María Zambrano, Eugenio Imaz, José Gaos, Francisco Ayala, Vicente Llorens, Segundo Serrano Poncela, etc.) de esta generación con los ensayistas de edades similares que han surgido en España después de la guerra. O cotejar la calidad y la variedad de los cuentistas y novelistas —Aub, Barea, Ayala, Serrano Poncela, Sender—, con lo que han producido los novelistas de esta generación en España. No se trata de oponer unos a otros sino de sumar valores, para mejor comprensión del panorama total de las letras españolas y sencillamente porque estos valores emigrados no pueden ser pasados por alto. La crítica ya ha empezado a comprenderlo así:

Eugenio de Nora en su libro sobre la novela española, el ya citado estudio de Marra-López, y además la presencia de los nombres de emigrados en manuales como el de Angel del Río y el de García López, nos aseguran que sus obras no se van a perder para los españoles que quieran de veras tener una idea cabal de lo que ha sido y es todavía la generación del '36. Me gustaría afirmar simplemente que no creo que las novelas de Max Aub del ciclo de la guerra civil o las de Francisco Ayala dedicadas a temas americanos desmerezcan en modo alguno al ser colocadas junto a la mejor producción española de la posguerra. Y lo mismo ocurre, creo, con los cuentos de Serrano Poncela o de Francisco Ayala, o con los mejores de Aub. Pero una vez más insisto: no se trata de rivalizar sino de completar. La generación del '36 en España es especialmente rica en poetas. La del '36 fuera de España, en cuentistas, novelistas y ensayistas. La España del futuro las necesita a las dos.

EL CULTO DE LOS HÉROES

Por Jesús MEDINA ROMERO

POR fin hemos llegado a la garita del sur. Están presentes las autoridades chviles y el Estado Mayor de la comandancia militar. El comandante viene con nosotros desde el puerto. Doce oficiales de marina muertos en nuestro primer encuentro. El cadáver que traemos es el de un teniente Landeros. Yo no conocí al teniente Landeros. ¿Y su muerte? Su muerte será más importante que su vida. Que los primeros soldados muertos descansen en su tierra. Inteligente orden del gobierno. Las nubes... Las nubes cubren el cielo como un paño de ánimas. A esta hora doce ciudades asisten al entierro de sus héroes. La presencia de los héroes, aunque estén muertos, servirá de ejemplo a la juventud. ¿Cuándo saldremos nosotros a combatir en los frentes extranjeros? El miedo está conmigo. ¿Miedo de qué? ¿También a mí me enterrarán con tantos honores? Con extremo cuidado bajamos de la carroza el pesado ataúd. Un prisma negro que forman dos, cuatro, seis gruesos tablones de pino. Ya está el féretro sobre el armón del funeral. El armatoste tiene ruedas de cañón y es jalado por caballos negros. Negros el ataúd y el lienzo que lo cubre. Negros los jaeces de los caballos y las vestiduras de las gentes. Negros los gallardetes de los balcones y las banderas a toda asta. A toda asta para celebrar la apoteosis del luto. El pueblo de calles empedradas ha crecido como una marea negra. Un pueblo tranquilo, abandonado a su propia suerte. Ahora es una ciudad terrible que reclama su participación en las glorias nacionales. En las derrotas nacionales también. Sobre este mar de tinta flotan como bollas algunos adornos tricolores. Marchemos al cementerio bajo los crespones del nublado. Detrás del armón va una banda militar formada de clarinetes. ¡Qué dolorosas desarmonías! ¿La marcha nupcial de "Lobengrin"? Si, la marcha nupcial de "Lobengrin". ¿Y por qué una marcha nupcial en un entierro? ¿Cómo por qué? ¿No te das cuenta de que esta marcha celebra los desposorios de un soldado con su muerte? ¡Qué militares tan extravagantes! (¡Tan cursis! Pero que no me vayan a oír). ¡Alto! La tribuna está en el primer cruce de avenidas. Dos blondas negras y un gallardete tricolor. Las palabras no me llegan de los labios del orador, sino de los altoparlantes

con listones de luto. La sombra ruge una oratoria desenfrenada. "El teniente Landeros, muerto en plena juventud por defender ante el mundo nuestros principios". ¿Cuáles principios? "¡Por más que crezcan los tentáculos al pulpo de las dictaduras no lograrán aprisionar al libre espíritu de la democracia!". Los pobres pulpos siempre salen a relucir en estas ocasiones. ¿Pero cuál democracia? "Sin ser soldado de un país beligerante fue víctima de la alevosía y de la traición". En tiempo de guerra suelen violarse las normas diplomáticas. "¡Descanse para siempre en el seno materno de la patria!" Yo sabía que la patria es la tierra del padre. No aplaudan por favor. ¡Otra vez el viejo Wagner con su tonada! ¡Pobre viejo! Su música sirve para todo. ¡Adelante, mi teniente Landeros! Este fue apenas el primer discurso y todavía nos faltan cinco. Alégrate de ya no poder oírlos. Cum mortuis in lingua mortua. Se abre entre las nubes un ojo de cielo. Un rayo de sol enciende las manos del último orador. Sus brazos terminan en llamas. ¿De quién es ese cuadro? Yo dije que no asistiría a más entierros que el mío. Aquí a la vuelta hay una cervetería. ¡Cómo no vamos a poder zafarnos! Cuando regrese la comitiva nos volvemos a hacer presentes. Yo recuerdo vagamente a una señora Landeros que tenía cuatro muchachas muy bonitas. Yo ni de ella me acuerdo. Parecerá una profanación, pero ¡cómo se me antojan las mujeres enlutadas! Si te matan no vas a poder gozarlas. ¡Y Landeros que murió en plena juventud!.. Lo siento de veras, mi general; hemos tenido una gran pérdida. No lo vi en el entierro. No me atrevía estar junto a la fosa. Usted que es impulsivo procure imitar el ejemplo y poner sus energías al servicio de la patria. Los ojos del viejo militar flamean detrás de los lentes oscuros. Yo no sé si reírme o conmovirme. ¡Se lo prometo, mi general! En el abrazo que sella nuestro pacto los brazos del viejo me ciñen como enormes tenazas. Yo siento que me abogo, pero nada digo. ¡Me abogo!.. ¡Me abogo!.. ¡Me abogo!..

Las manos del subteniente Gómez, al sacudirme, me han vuelto a la realidad.

—Estaba usted hablando dormido y dando manotazos. ¿Alguna pesadilla?

—Tal vez. Estuve soñando toda la noche el entierro de aquel teniente Landeros. ¿Qué hora es?

—Van a dar las siete. Recuerde que a las ocho comienza el reclutamiento.

—¡Otro reclutamiento! ¿Qué no habrá ya bastante con todos los que llevamos?

—Posiblemente no. ¡Y vaya que no aflojan los voluntarios!

—¡Allá ellos!

Bajo la regadera de agua helada seguimos nuestra charla:

—Subteniente Gómez, sinceramente, ¿qué opina usted del reclutamiento?

—Bueno, pues yo creo que constituye una prueba muy elocuente del patriotismo de nuestro pueblo. Ya ve usted que cada vez es mayor el número de voluntarios que acuden a enlistarse.

—¿Y cree usted que se justifique tanto patriotismo cuando en realidad éste no es un país beligerante?

—¿Cómo que este país no es beligerante? Recuerde que nos encontramos en estado de guerra y que el estado de guerra es la guerra misma, según lo expresó el señor Presidente.

—¿Pero cree usted que el hundimiento de una de nuestras cáscaras de nuez haya dado motivo suficiente para declarar el estado de guerra a un país que nos ignora?

—¡Claro que ha sido motivo suficiente! En todo caso se trata de un atentado a nuestra soberanía, y a eso debe responderse con la guerra.

—Muy bien. Pero recuerde que nuestro barco fue quien abrió el fuego. El submarino simplemente pedía que se le dejase practicar una visita de inspección. Sin embargo, a nuestros oficiales se les subió la sangre a la cabeza y respondieron por la boca de los cañones. El resultado ya lo conoce usted: un barco hundido y doce oficiales muertos inútilmente.

—¿Pero por qué habíamos de tolerar semejante intromisión? Nuestros oficiales obraron con toda dignidad al negarse a ella.

—¿Y qué andaba haciendo nuestro barco en una zona donde seguramente habría de hallar dificultades?

—Sin duda cumplía con una comisión militar.

—¡Qué comisión militar ni qué cuernos! Para mí que esto fue una provocación a que nos obligaron los grandes para justificar ante el mundo la entrada de nuestro pueblo a la guerra. ¡Y se salieron con la suya! Ya lo está viendo usted. Nuestro gobierno tuvo que seguirles el juego de la mejor manera, y para ello dispuso, con toda inteligencia por cierto, que las víctimas fuesen traídas a sus lugares de origen y sepultadas con los honores y el bombo que sólo se justifican cuando se trata de grandes caudillos. ¿Recuerda usted siquiera al teniente Landeros? Se lo pregunto porque se dice que antes de servir en la armada fue oficial de infantería en esta ciudad, de la que se le supone originario y en la que usted ha pasado casi toda su vida. Después ya sabemos lo que ocurrió: la juventud de todo el país se sintió enardecida y, para no quedarse atrás, allá va al mata-

dero de una guerra absurda, como tendremos que ir todos nosotros, para emular a nuestros héroes.

—¿Me atreveré a preguntarle si tiene usted miedo de ir a la guerra, mi teniente?

—¡Yo no tengo miedo de nada! Me parece que así lo he demostrado en no pocas ocasiones. En lo que no estoy de acuerdo es en que se mande por delante a los más débiles. Combatiremos por la libertad de nuestro hemisferio y por la consagración de nuestros principios si usted quiere. ¿Pero por qué no salimos nosotros a los frentes hasta que las grandes potencias comiencen a escasear de material humano? ¿Por qué hemos de ser precisamente nosotros las víctimas propiciatorias de una doctrina común?

—No sé qué contestarle, mi teniente. Pero si usted está convencido de cuanto dice, hay recursos para que no vaya con nosotros a los frentes.

—Hay recursos para que no vaya con ellos a los frentes, pero a pesar de todo no incurriré en la cobardía de quedarme, por mi patria, por mi familia, por mí mismo.

iii ARMISTICIO!!!

Después de esperarla durante años desangrándonos en los frentes, la palabra apareció a ocho columnas en todos los periódicos del mundo.

Tras de sus últimos desastres y de sus capitulaciones finales los totalitarios han comenzado a rumiar su derrota.

Por fin la democracia y la libertad habrán de imponerse en el mundo para siempre. ¿Para siempre?

En las ciudades victoriosas la alegría es increíble, dionisiaca. El último disparo se produjo al mismo tiempo que estalló la primera botella de champán. Desde los sótanos sube hasta desbordarse en las copas la escandalosa bebida. Los salones reventan de gentes borrachas de vino y de entusiasmo, y las bandas y los gritos callejeros atruenan el espacio.

Al otro lado del océano un coloso muestra al mundo, como siempre, la puntilla ensangrentada. La sombra del puntillero es tan grande que cubre un hemisferio. Bajo ella se acoge al desenfreno de los hombres libres, aniquiladas definitivamente las dictaduras.

De las iglesias salen los curas con banderitas en las manos gritando su victoria. Ya podrán seguir ejerciendo con toda libertad la suprema dictadura de las conciencias.

De los burdeles salen las prostitutas desgreñadas con banderitas en las manos. Ya podrán seguirse vendiendo al mejor postor, en ejercicio de uno de tantos derechos que les otorga el capitalismo.

Los banqueros estrenarán edificios y secretarías, y los capitanes de industrias seguirán haciendo que restalle el látigo de la miseria sobre las espaldas de sus asalariados.

¡Armisticio! ¡Armisticio!

De estas ruinas todavía humeantes saldrán aviones y barcos de guerra que llevarán a sus hogares a los soldados de la victoria. Irán con los ojos abiertos a la perspectiva de un mundo nuevo, limpio de sombras y de amenazas. Aquí mismo, sobre las ruinas calcinadas de una cultura, se colocarán las piedras angulares del nuevo orden. Todo será ventura y prosperidad en el naciente mundo del Derecho.

CUANDO los trenes militares comenzaron a llegar a nuestra metrópoli la alegría de la ciudad fue imponderable.

Por sus avenidas íbamos los supervivientes de la guerra, los héroes de la guerra, pisando sobre una alfombra de propaganda y bajo una tempestad de serpentinas y de confeti.

Nunca antes vieron aquellas calles, que todavía conservan la humillación de la colonia, tal despliegue de fuerza y tal bizarría en nuestros soldados.

Pero hoy que hemos llegado a las ciudades en donde reposan los despojos de las primeras víctimas, de aquellas que fueron traídas y enterradas con todos los honores, el entusiasmo llega al paroxismo. Parece que los edificios van a desmoronarse ante el embate de la multitud que nos aclama.

Los estudiantes llegan a la locura y piden a voz en cuello que los muertos sean liberados del olvido en que reposan y que sus huesos sean llevados a la metrópoli, para que sobre ellos se levante un monumento al heroísmo que sea asombro del mundo.

Los gobiernos de los Estados, en cumplimiento de órdenes superiores que han previsto un desacato y supuesto una profanación, han tomado las medidas necesarias para evitarlos. Pero las fuerzas apostadas en los cementerios resultan insuficientes para contener a la multitud que se lanza detrás de los estudiantes hasta las tumbas. ¡Uno!.. ¡Dos!.. ¡Tres!.. ¡Cientos de golpes de pala y ya están ante los ojos de los patriotas y el morbo de los curiosos los ataúdes, cuyas tapas hace saltar el entusiasmo!

Los ataúdes estaban vacíos.

LAS BENDITAS SERENATAS

Por *Andrés IDUARTE*

LA dulzura y la austeridad de mi casa, el embrujo de la Escuela Nacional Preparatoria y mi amor romántico con su mala literatura, me apartaron del billar, del prostíbulo y de la cantina, del vicio y del ocio que liquidaron o disminuyeron a algunos de mis amigos; pero tan feliz salvación no fue completa porque el infortunio de haber sido lanzado, desde los quince años, a la legión libérrima, inerte y vanidosa de los huérfanos de padre, dejó mis problemas íntimos en mis manos inexpertas. El asco y la lástima por las prostitutas, y el respeto y la compasión por las criadas, únicas mujeres a mi alcance, junto con la ausencia de quien oyera confidencias, serenara interrogaciones y orientara descos, me hicieron pasar toda la adolescencia con los apetitos encendidos y encajonados. Por conceptos caducos,seudoliterarios, de la peor especie bohemia, y por la mexicana antipatía por cuanto supiera a norteamericano, repudiaba el deporte, que hubiera hecho papel de contrapeso a la imaginación exaltada. Con vergüenza recuerdo cómo en el Colegio Mexicano me negué, hasta crear un problema de disciplina, a tomar parte en marchas militares y en equipos de *basket-ball*; y, con la misma, del día en que engañé a los médicos que hacían el examen físico de los estudiantes de la Preparatoria, haciéndoles creer que estaba yo enfermo del corazón para que me eximieran de todo ejercicio. Mediaba en esa rebeldía, desde luego, la preocupación por no exhibir mis aguzados huesos al lado de los buenos músculos de mis compañeros: torpe cálculo, pues era la única manera de igualarlos algún día. No hubo nadie que me convenciera ni que me obligara. La salud heredada pudo, por suerte, esperar los viajes al extranjero, donde conocí la importancia y la alegría del nado y del remo, que me salvaron de los daños de una adolescencia sedentaria y fantaseadora. Mi único ejercicio eran los paseos nocturnos con mis amigos, desde la Colonia Roma hasta el Zócalo, o hasta Coyoacán, dedicados a conversar, a soñar . . .

De todos modos, aquella primera juventud en una castidad físicamente absoluta, lamentable porque no era casto el pensamiento, resultó menos trágica que el proceso de animalización sexual y

las enfermedades que muchos de mis compañeros recogían en las calles de Panamá y Cuauhtemotzín, en los hoteluchos de las calles de la Estrella y de la Luna, en las zahurdas de las pintorescas y repugnantes zonas de tolerancia. Aquellos albañales me producían horror del ser humano. ¡Alcohol, mariguana, obscenidades, perversiones, microbios, pobre carne podrida! . . . Parientes viejos, o amigos de mi padre, demasiado distantes de mí para poder ser mis confesores, ajenos a mi mundo interior, me hablaban, cariñosamente, de solucionar mis naturales deseos en aquella sentina:

—Cuando necesites algo . . . cinco, diez, veinte pesos . . . no te preocupes: avísame. En Recabado hay buenas mujeres. Lo que no quiero es que . . . es que hagas lo que no debes—me dijo un día, en la escalerilla de mi casa, ya al despedirse, un fidelísimo amigo de mi padre. Los ojillos le bailaban maliciosamente tras los cristales, gruesos como aisladores de piano, y una ternura pedagógica le descubría los dientes.

Y mi primo Romeo me prometió espontáneamente un día, paseándose la lengua por los labios regordetes:

—Un día te voy a llevar con Magdalena Poitiers. Es una francesa de Cuauhtemotzín, y tú ya la necesitas.

Mis compañeros me contaban maravillas de una prostituta apodada "la Matildona". Hablaban de ella con el respeto que merece una institución, y con acatamiento y devoción de discípulos. Les daba cuidadosa instrucción—decían—, especialmente en cuanto a higiene. Les descubría el mundo—contaban—, y para el mundo los preparaba por un *tostón*. Hacía o pretendía hacer—cosa tremenda—lo que correspondía a pedagogos y a médicos. En su lenguaje arrabalero les hablaba de la vida, esa entidad descuidada, áspera y cruda, que ni médicos ni pedagogos nos daban como la queríamos y la necesitábamos, purificada por la experiencia y la sabiduría.

Y Teodorico, criado o semicriado de una familia del vecindario tabasqueño, me daba explicaciones, inútiles por incomprensibles, sobre todas las medidas prudenciales. Y me decía, entre carcajadas, que él ya no tomaba ninguna:

—¿Ya para qué? ¿Qué me van a pegar a mí que yo no les pegue?

Había contraído todas las dolencias y olía, siempre, a yodoformo. Se creía, por eso, muy hombre.

Los teatros frívolos, en cuya pasarela veía yo, algún sábado por la noche, cobrizas piernas y senos tremolantes sobre calvicies faunescas, me presentaban el amor físico, también, a través de caricaturas innobles, enmedio de aullidos soeces y de gritos histéricos. Palabrotas, chistes inmundos, cuentos verdes o colorados, bailes zoo-

lógicos, contorsiones desesperadas, respiraciones espasmódicas, ojos desorbitados, frentes sudorosas . . . ¡Y aquello —Dios mío— aquello era el amor, el placer, la vida!

Con mi primo Carlitos Marín Foucher y con Lincoln Salazar, mis más íntimos amigos de las noches sabatinas, iba al Teatro Lírico, recorríamos las calles de Cuba, nos reuníamos con los cancioneros yucatecos y terminábamos charlando, con buena cena en la que el mayor exceso eran dos cervezas, de los amores con lindas mujeres que queríamos tener y no teníamos, dándolos por ocurridos, mintiéndonos recíprocamente —me consta, cuando menos, que yo mentía—, y revelándonos aventuras peligrosas con mujeres casadas o con ingenuas hijas de familia, no sin especificar, al despedirnos, que todo había sido dicho "en reserva".

Una noche me llamó por teléfono uno de mis más queridos condiscípulos, que quería corresponder con el regalo de una muchacha *de la vida* en beneficio que yo le había hecho al enseñarle, meses antes, a gustar de la cerveza, que le pareció amarga y espantosa entonces, y luego magnífica, durante el resto de su vida. Me citó en la *Farmacia Mérida*, donde su dueño, don Agustín, me dio un poco de nuez vómica, en previsión de una noche pánica, porque, según le confié, una serie de ellas me tenían maltrato. Desde aquí veo su oculta sonrisa, que a través de tantos años me hace saber que no lo engañaba, sino que paternalmente se reía de mí. Cuando llegó mi camarada con el acompañamiento, me dije "¡qué amigas, qué mujeres!", y poco después, ya cada cual a lo suyo, tomé una copa con mi pareja, y huí, huí intocado y más casto que nunca de aquel mestizaje olfativo de *pachuli*, polvos de arroz y permanganato.

El ambiente realizó, sin embargo, asaltos victoriosos: las clásicas serenatas de fin de semana, en noches de luna, cuando Ernesto Denis cantaba lánguidas canciones de su tierra y mi amigo Eduardo recitaba poemas de su firma al pie de la ventana de mi amor incontestable. Estos bohemios me ganaban la simpatía y el cariño. Eran muchachos refugiados en la juerga —decían— por asco a la lucha sucia, despreciadores de las *chambas* tras de las que vivían tantos de los compañeros de la Universidad, sentimentales fugitivos de la dura prosa de la vida. Pero con sus profesionales de la parranda y la guitarra, el habanero *Berreteaga* y el *Pizá*, el ron *Bacardí* y hasta el tequila *Sauza*, tenían que beberse de igual manera que la cerveza, a grandes tragos, sin dejar una gota en la botella —"hasta verte, Cristo mío", decían ellos—, según mandaba la tradición alcohólica que aniquilaba el cuerpo y el espíritu de los grupos más emotivos, descarrilados y anacrónicos de nuestra juventud.

Eduardo era otra cosa: estudiante de leyes y, a la vez, rebelde en la prensa con sus artículos y con las armas en la revolución delahuertista, y poeta a todas horas y en todas partes. Tenía fina sensibilidad, brillante inteligencia, generoso corazón, palidez romántica y manos de marqués. En el rostro, dos arrugas simétricas y profundas evidenciaban la bohemia atormentada. Sus novias de la Colonia Juárez eran mi envidia, sus amantes de las oficinas públicas eran mi desasosiego —¿Cómo las seducía, por qué se enamoraban de él y no de mí, que tanto las deseaba?—, y alguna pasión suya me mostró los estrechos lindes del amor y el sufrimiento. Y lo mejor era que, dentro de la euforia, en medio del placer, ejercía la más estricta honradez económica en los empleos que desempeñaba, y conservaba celosamente intacta la proverbial caballerosidad de su vieja familia de Campeche.

A las seis de la mañana, después de bailes y de jaranas de toda especie, ganaba Eduardo su cama de semisoltero, y a las nueve ya estaba en oficinas que calificaba de espantosas, en el Catastro, en el Juzgado Penal, en la Suprema Corte, donde se ganaba el pan y la alegría sacando cuentas, haciendo horribles sumas y restas, defendiendo a obreros despedidos o a ciudadanos que habían charrasqueado al prójimo en cualquier pulquería de Tepito, o absolviendo a ocasionales delincuentes en los peregrinos tiempos en que desempeñó el cargo de juez en la comisaría del barrio de Santa Julia. Allí llegaba a buscarlo Denis, que se anunciaba, cantándole desde las rejas de la celda, pobladas de huéspedes astrosos y muertos de risa.



Justicia, señor juez, una perjura
eterno amor jurome el otro día,
y haciendo luego alarde de falsía,
que nunca me ha querido me asegura...
Y como toda la justicia es mía,
os pido con el alma hecha pedazos
que condenéis, señor, a esa perjura,
a la pena de muerte entre mis brazos...

Justicia y amor, ley y guitarra, se juntaban en aquella hora crepuscular en el campechanísimo precinto de policía, mientras Eduardo tomaba su sombrero y se lanzaba con Denis en busca de "lo ignoto". Era una de las frases que seducían al guitarrista, que no dejaba de hacer sus libérrimas incursiones por la literatura.

Eduardo no dormía, trabajaba mucho y leía más. Le temblaban las manos. Recitaba:

Y arrastré por el mundo
 tal castigo dantesco
 dado a mi vida loca...
 Más tus ojos divinos hicieron el encanto
 y al posarse en los míos me arrancaron el llanto
 ;como la vara bíblica al posarse en la roca!

En las callejuelas de la humilde Colonia Guerrero de entonces, a la puerta del 235 de Santos Degollado, donde mi novia vivía, resonaba, en la madrugada de un frío domingo de invierno, su cálida voz, recordando a Bécquer, a Gutiérrez Nájera, a Darío, a Villaespesa, a Nervo. Lo más moderno que admitíamos —pero siempre estaba presente— era Ramón López Velarde.

Mientras Eduardo decía sus versos, Denis dormía, de pie, su borrachera eterna. Lo sacudíamos y despertaba cantando con dulce voz de tenor e inflexiones yucatecas, tiernas y ardientes, que entusiasmaban al auditorio, y que se referían a la que escuchaba tras la ventana:

Ella, la que hubiera amado tanto,
 la que hechizó de música mi alma.
 me pide con ternura que la olvide,
 que la olvide sin odios y sin llanto...

Yo que llevé enterrados tantos sueños,
 yo que guardo, tantas tumbas en el alma,
 no sé, por qué sollozo y tiemblo
 al cavar una más, una más en mis entrañas...

Eduardo y Denis conquistaban para sus amigos el corazón de las doncellas.

Denis pedía la botella, "para afinar", y seguía con "Dónde estás corazón", con "En una noche de luna — eterno amor me juraste", con "Yo sé que nunca besaré tu boca", y terminaba, en medio de las lágrimas de todos, guardando el equilibrio y diciendo sus lemas:

—Hay que beber, hasta que haiga: lo demás, es vicio... Para todo mal, mezcal; para todo bien, también... Para mí, vino: el agua oxida a los hombres de hierro...

Era un yucateco pequeñito, morenito, con algo de tenorino italiano, de modales untuosos, versallescicos, a pesar de sus trajes arrugados, sucios y viejísimos. Animador de toda fiesta por su simpatía, por su voz y por su guitarra, que pulsaba magistralmente;

hombre mundano, que lo mismo se adaptaba al lupanar que a la honesta casa de un obrero, de un burócrata o de un maestro de escuela como a la rica de un porfirista o de un general de fortuna, no se le permitía descanso. Había que buscarlo, cuando inventábamos una fiesta, por todo México, desde las peligrosas *piqueras* de la Colonia de la Bolsa hasta el Casino Español o la Asociación Nacional de Charrros. Bebía desde coñac Napoleón hasta *mil flores*, brebaje que, a pesar del poético nombre, no es más que la espantosa mezcla de todas las sobras de la taberna. Cerveza, pulque, tequila, habanero, mezcal, moroleón, chumiates, todo es arrojado en un gran cubo, y de allí sale la bebida más fuerte y más barata de que disponen los borrachos pobres en las frías madrugadas, Denis era, a pesar de su traza, un hombre popular y muy influyente con altos funcionarios de vernáculo patriotismo, que gustaban de los tacos de barbacoa, del pulque curado de apio, de las hojitas tomadas al amanecer en Indianilla, de los pasadías emocionantes con mecanógrafas cariñosas en el lago de Xochimilco y, sobre todo, de las niñas mexicanas de la casa de Flora o de las niñas francesas de "Après l' Ondée". Y disponía, a veces, de espléndidos automóviles que en nuestra serenata estudiantil, realizada a base de *Fordcitos* desvencijados, eran recibidos entre gritos de júbilo.

Hasta los bohemios —menos Eduardo y Denis— empezaron a soñar en ser pronto ricos y mandones.

Por entonces se sumó a nuestras serenatas un muchacho de menos relieve juerguista que aquéllos, pero que para nosotros tenía el mérito de ser publicista próspero por el día y romántico por la noche. Era un hombre selecto, superior a sus cuentas y a su libro de caja, raro pájaro entre sus compañeros prácticos y —para nosotros— abominables. Su habilidad en los negocios no impedía que fuera el más sentimental de todos. Un amor desgraciado, mal correspondido —como el mío—, lo atacó con mayor virulencia que a mí, y entonces aprendió a tocar la guitarra y a escribir versos. Cantaba con voz lánguida y fina las canciones más doloridas:

... Poco importa que furiosa
pises allí, sobre mi cuerpo helado:
con tu pie diminuto y delicado
perfumarás la hierba de mi fosa...
¿Sabes lo que me espanta
de la muerte,
y me aterra?...
Es no estar a flor de tierra
para besar tu planta...

Nosotros lo abrazábamos, para acompañarlo en su desgracia, y Denis le decía, en voz alta, para que lo oyera la ingrata, a la que suponíamos, con demasiado optimismo, detrás de la ventana:

—A las mujeres, Javierito, ni todo el amor, ni todo el dinero. . .

Y Javierito cortaba las palabras que rompían su éxtasis, cantando.

Si lo supieras todo,
si tu oído,
oyera de mi negra malandanza . . .
Pero no puede ser:
place a tu oído
antes que la amargura de un gemido,
la caricia ideal de una alabanza . . .

Tanto dolor debía terminar corriendo desafortunadamente por las carreteras, con el volante del automóvil en manos de algún compañero ebrio o *a medios chiles*. El más nacionalista y el más optimista de nosotros decía que le recordaban las de Mitya Karamazov sobre las nevadas estepas rusas, violencia y látigo sobre los caballos de la troika, y que le parecían un síntoma de la vitalidad mexicana. El que aconsejara prudencia o evitara el paseo peligroso, estaba descalificado: "no era macho". Había que beber y que dar alaridos:

—¡Viva México, jijos de la tiznada!

Los que oían la clásica injuria mexicana eran, en general, mexicanos como nosotros, es decir, el objeto de nuestros vítores, el corazón de nuestro exaltado patriotismo.

No faltaban los incidentes chuscos. Alguna vez había conflicto con los belicosos padres o hermanos de nuestras amadas. Algunos, de mal genio, salían a la calle y nos gritaban:

—A mi hermana no le canta ningún tarugo. Sáquense de aquí.

Nos íbamos, pero volvíamos una semana después. En cierta ocasión, la reincidencia nos costó la caída en la comisaría —no en la de Santa Julia, es claro, pues en ella mandábamos—, una noche sentados en sus duros bancos y en fraternidad con borrachos apesados a los peores alcoholes, entretanto vinieron triunfantes nuestros amigos, acompañados del secretario de un influyente, y con recado, pidiendo nuestra libertad, de su puño y letra históricos.

—Perdonen, muchachos —nos dijo el comisario—; pero cuídense de los suegros y de los cuñados: esta noche ha habido muchas bajas. . .

Y nos llevó a un cuartucho, especie de enfermería, donde un estudiante de medicina remendaba a otro Romeo accidentado.

También se sumaban a nuestro grupo hombres de pelo en pecho que nos llevaban al cabaret "Tokio" y a remotas y peligrosas tabernas, "para que se hagan machos", o médicos de mucha clientela y abogados de jugosas igualas que nos invitaban al "Retiro", o hasta al elegante "Café Colón", poblados de trasnochadores de baja y alta estofa, listos para echar mano a la pistola en defensa de su vidrioso honor, suponiendo de antemano la agresión o la ofensa. Esto ocurrió aún más cuando nuestras modestas serenatas estudiantiles se vieron magnificadas por la presencia de políticos de mucho copete, o por la de sus hijos, que de noche nos perdonaban que perteneciéramos a la oposición. Este parentesco equivalía a fuero. Algunas veces, en plena emoción musical y amorosa, frente a la ventana de la adorada, el empistolado mandón rociaba a balazos el alto cielo, y cuando un desgraciado agente de la autoridad, muerto de frío y de miedo, venía a imponer el orden, se le vomitaba al rostro:

—Usted no sabe quién trata. Este que está aquí es Macedonio Benicasín, hijo ya se imagina de quién. . .

La autoridad se encogía, pedía perdón, sonreía con humildad y tomaba un trago a la salud del padre y de la novia del "jefecito", mientras éste daba vivas a su mamitor.

Recuerdo que en una ocasión salió en defensa del gendarme uno de los románticos de la serenata, jugándose la vida en nombre de la justicia, y el poderoso de más mala cara le susurró, en esa voz baja y ronca que es el preludio de las más tontas tragedias:

—¿Y a usted quién lo mete, jovencito? ¿Qué el *cuico* es su papá o su mamá?

—Será la suya. . . Pero soy ciudadano y, como ciudadano, tengo derecho y obligación de defender a las autoridades legítimas. . .

La paradoja de un niño protector de la policía resultó tan cómica que estallamos todos en carcajadas que disiparon el enojo del alcoholizado rey de la escena, a quien hicimos guardar, hablándole de la patria y de la amistad, el negro pistolón:

—¿Sabe por qué lo perdono, chamaco. . . Porque le mete el hombro a las instituciones. . .

Era, naturalmente, demagogo volcánico apenas amanecía.

No, lo romántico no quitaba lo valiente: lo exigía. Amantes de la poesía, sentimentales hasta la delincuencia, estábamos obligados a desafiar sin un parpadeo las escuadras calibre cuarenta y cinco. En nuestro grupo había un muchachito que llevaba a aquellas fiestas su revólver del treinta y ocho, o quizá del treinta y dos, o más probablemente del veinticinco,

—Enseñenos su juguete —le decían los tigres de la parranda. Y se apretaban la barriga de tanta risa.

—Sólo sirve para limpiarse los dientes —decía uno.

—¿La trae para cazar pajaritos? . . . —preguntaba otro.

Ellos estimaban las grandotas, efectivamente mortíferas y buenas para romper la cabeza de cualquier prójimo insubordinado. Nos salvamos, por suerte, de que la usaran en compañía nuestra o contra nosotros en tan tremenda forma. Aquí está a la vista cómo aquellas furibundas personas más lo parecían que lo eran y, sobre todo, con sus hijos adoptivos de las serenatas y cabe recordar que vivíamos todavía —años de 1923 a 1927— el fuego de la Revolución y no podía esperarse que quienes salían a buscar a media noche las añoradas emociones de la guerra fueran modelos de mansedumbre. Más culpa tenía nuestra adolescencia imprudente, curiosa del mundo y sus peligros.

De aquella época me quedó a mí un amigo, general de una de las divisiones más bravas de los años valientes, que me guardó fraternidad apasionada hasta el día de su muerte, y que empezó de inolvidable manera. Un día salimos de madrugada rumbo a Teotihuacán, y pasamos a buscarlo a su casa de la Colonia del Valle, donde nos esperaba regando ya el césped de su jardín:

—*Listón azul* —nos dijo, con lo que significaba *listo* en el pintoresco idioma que hablaba de broma, pues no era un ignorante—; pero antes nos vamos a los baños del Harem, porque yo no me despierto más que con mi nadada y mi chorro de presión . . .

Cuando se enteró de que yo casi no sabía nadar y me vio con el agua a la cintura, hueso y pellejo, sin músculos, sin carnes, rompió a reír:

—¿Pues por qué está tan fregado, muchacho? . . . Da lástima.

—Prefiero estar como estoy que ser un mastodonte como usted. Con mi cabeza y mis pantalones me basta —le contesté con agresiva soberbia.

Me dio la espalda, nadó un rato sin hacerme caso, y luego volvió:

—A lo mejor no es tan hombre como dice: a ver, a que no se tira, como yo, del trampolín aquél, del más alto . . . ¡Si viera usted echarse desde allí a mi hijito Pedrito, que tiene ocho años, y no presume! . . .

—Si me dice usted cómo hay que hacerlo, y si me saca usted si no *zurdo* . . .

Me tomó la palabra, se echó de cabeza, hice lo mismo bastante bien, me sacó la primera vez tomándome de un brazo y de mi entonces frondoso pelo, y allí aprendí a nadar, y gané un amigo:

—De que los tiene, los tiene... —me dijo como premio paternal a mi hazaña, sonriendo socarronamente—; pero ¿para qué le sirve nada con ese cuerpo de popotes?... Mire, muchacho, aquí hacemos un compromiso: usted y yo nos ponemos a leer juntos sus libritos y mis papeles, y yo le enseño a ser hombre, a nadar, a montar a caballo, a saber defenderse a punta de pistola... ¡Quién iba a pensar que se las trae, tan coloradito como señorita, tan blanquito, y... y no se me enoje, tan destartalado como un timbiriche! —y me apretó con su mano dura y franca, para siempre invariable.

Si yo no hubiera salido de México poco después, hubiera hecho de mí un centauro...

—Hay maestro y hay discípulo —decía, zumbón, cada vez que él o yo aprendíamos algo nuevo de la paz y de la guerra.

Pero peores aspectos presentaban las serenatas. Antes de comenzarlas, mis amigos se daban cita en la cantina *La Reforma*, de Bolívar y 16 de Septiembre, o en *La Covacha*, que estaba en Santa María la Redonda y la Avenida Hidalgo. Allí aprendieron mis compañeros a jugar dominó, en lo que después se pasaban, durante días y noches, mil horas muertas; pero, buen tabasqueño, no aprendí nunca, porque me gustaba más platicar que cambiar fichas o cartas, e interrumpía siempre a los jugadores. Quedé descartado, en todos los sentidos de la palabra, y los esperaba en casa, o charlando con los refractarios al juego. Y lo que seguía al término de las canciones no era más edificante, sino menos: generalmente, la zona de tolerancia.

—Ahora, vámonos a ver a las *viejas*.

Mis amigos llamaban *viejas* a todas las mujeres. La palabra, que entonces oí por primera vez, sigue siendo de uso común en México: *vieja* es la esposa, *viejas* las queridas, *viejas* las prostitutas... No sé si provenga de que, en general, parecían viejas, cuando no lo eran, nuestras heroicas *soldaderas*; o del encarcelamiento de la mujer mexicana de entonces. Las prostitutas, es claro, se hacen más viejas, y más pronto, en su espantosa tragedia.

El alcohol no hacía perder la clásica corrección de Ernesto Denis:

—Pare usted donde está esa señorita prostituta —le decía al chófer.

Y en la pocilga venía la exhibición de todas las decadencias y la más repugnante promiscuidad. Yo me largaba entonces o antes, contando embusteramente que para mí todo aquello era agua pasada y pan comido, y que me esperaba mi amiga... una amiga que había yo inventado, viuda joven y hermosa, a quien le puse nombre y le busqué casa, con número y todo, en las calles de Sadi Carnot

de la Colonia San Rafael, y a la que fabriqué con retazos de realidad—mujeres tentadoras entrevistas en la vigilia y el sueño, cuentos de mis amigos ya lanzados al amor, historias de los libros que leía— y quien iba a servirme para ocultar mi vergonzante castidad.

Según mis compañeros, aquellas parrandas tenían un efecto saludable, y merecían ser llamadas "profilácticas". Eran, indudablemente, un latigazo que sometía o distraía nuestra juventud ansiosa e insaciada. La lectura de los escritores franceses, cuyos libros me prestaba el doctor Mestre, y sus charlas sobre un París que no conocíamos y adorábamos, me hacían despertar con los nervios tensos, aborreciendo aquella triste bohemia de alcoholes matadores. Bellezas intocables y meretrices espantosas conducían a la tortura en que yo me revolcaba y a la juerga que consumía a mis amigos.

—Se acabaron las serenatas de los sábados—me dijo un día mi madre, apoyada por los ojos aprobatorios de mis dos hermanas—. Ahora saldrás con Eduardo y Denis una vez al mes. Pero no te desesperes—oigo su voz como si fuera ayer, tocando con una simple alusión las crudezas de la vida—, no te desesperes: todo vendrá, hijito, todo, y aún más de lo debido. Eres hombre. Pero todavía no del todo: estate tranquilo, y aprovecha estos años sin conflictos...

Me quedaban los libros. París y el Barrio Latino estaban ya en nuestros corazones.

Por entonces oí una conferencia de don Fernando de los Ríos en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria:

—El que pierde la mañana, pierde la tarde... Y el que pierde la juventud, pierde la vida...

En mis "intimidades" escribí, después de una larga serie de lamentaciones: "Entretanto, la juventud pasa, y la vida se pierde..."

¿Se perdía? Realmente no lo sé, todavía no lo sé.

Libros y Revistas

LIBROS

"SARA MIRANDA
MÉXICO, D. F.

Por Mauricio DE LA SELVA

MADELEINE RIFFAUD, *Con las guerrillas del vietcong*, Edit. Grijalbo, 270 págs., México, D. F., 1966. Colec. Norte.

Precisamente, hace un año publicamos en *Cuadernos Americanos* (Núm. 5 de 1965) un comentario amplio sobre *La guerra de Vietnam*, libro escrito por Wilfred G. Burchett, periodista australiano que con su colega francesa Madeleine Riffaud fueron admitidos por el alto mando de los guerrilleros vietnamitas para convivir en la selva de Vietnam del Sur a fin de reunir, entre noviembre de 1964 y enero de 1965, el material útil a las crónicas que ambos periodistas se disponían a escribir y divulgar por el mundo.

Madeleine Riffaud ha dividido en cuarenta y siete capítulos las páginas de *Con las guerrillas del vietcong*; Antonio Pérez ha logrado de la edición francesa de 1965 la presente versión española. Sin el propósito de Wilfred G. Burchett, presentar un balance del Frente Nacional de Liberación, la autora ha redondeado un documento en el que su finalidad no obedece a describir con patetismo el sufrimiento del pueblo survietnamita sino a detallar su capacidad de superación de todas las vicisitudes impuestas por el enemigo.

Por supuesto, contra la finalidad planeada la autora no ha podido evitar la transcripción de casos trágicos, sanguinarios, de arrasamientos de poblaciones completas, de hechos que revelan injusticia y perversidad, ni tampoco ha podido omitir datos generales que ya sirvieron a Burchett y que, con seguridad, servirán en el futuro a nuevos periodistas que arriesguen sus vidas para escribir crónicas sobre la verdad de lo que sucede en Vietnam del Sur.

En honor a la verdad, aquí varios de esos datos generales son ampliados o expuestos desde puntos de vista distintos; la autora expone de distinto modo, por ejemplo, el origen del conflicto; cuenta las violaciones a los acuerdos de Ginebra instigadas por los norteamericanos, los asesinatos de vietnamitas cometidos entre 1955 y 1960 por los soldados de Diem, las confiscaciones de los arrozales pertenecientes a campesinos pobres sugeridas por los consejeros norteamericanos, las primeras protestas del pueblo en manifestaciones de calle y con las manos vacías, hasta iniciar en 1959 y 1960 la lucha defensiva.

Las persecuciones y las represalias de la policía y del gobierno de Diem se volvieron indescriptibles por su saña y la aportación de ciertas modalidades, tales como el descuartizamiento y el tráfico de vísceras humanas, ya que en algunos lugares como Saigón y Camau los agentes de policía pusieron de moda beber *Whisky mezclado con bilis de vietcong* "recién extraída de un prisionero todavía vivo". En Cu Chi el gobernador Hoang Trong Binh ordenó, durante octubre de 1961, que a trece prisioneros se les extrajesen las entrañas; los "hígados vietcong" se pagaban bien en el mercado negro.

Pero a los crímenes supo responder en todos los niveles el ingenio popular; Madeleine Riffaud recoge en su libro varios momentos de esa respuesta; y de ellos, no despojado de cierto humor, es el del campesino viejo que, encarcelada la hija y arrebatada su tierra, solo y sin quehacer se dedica a observar las costumbres del enemigo, informándose de que en cuanto los soldados regresan al patio militar se quitan las botas y caminan descalzos; oigamos parte del relato del viejo:

Un día cogí una buena cantidad de alubias y las puse a remojar en agua. Cuando comprobé que estaban bien ablandadas, introduje en cada alubia una aguja de coser, que la convertía en una especie de herizo, que picaba por todos lados. Y así preparadas las dejé al sol, para que se endurecieran. En cuanto se me presentó la ocasión, y con el pretexto de serle grato al oficial, llevé unas frutas al acantonamiento... y sembré mis alubias en el patio... Al día siguiente, abundaban entre nuestros enemigos los paticojos... En vista del resultado, se me ocurrió hacer las cosas aún mejor... En suma, repetí la operación; pero esta vez las alubias estaban atravesadas de parte a parte por las agujas envenenadas. Resultado: unos días más tarde, la tercera parte de los enemigos habían tenido que ser internados en el hospital de la capital de la provincia... Tan pronto como supe esto último, hice dar aviso a la unidad de guerrilleros más cercana, que no era entonces muy numerosa ni estaba demasiado bien armada. Pero sí lo suficiente para atacar por sorpresa el puesto desorganizado y conseguir así, por lo que yo sé, su primera victoria.

En otros niveles ese ingenio ha servido para producir, asociando los conocimientos de la medicina oriental a la tradicional, más del setenta por ciento de los medicamentos y vacunas que necesitan, para perfeccionar sus armas rudimentarias empleadas desde hace más de veinte años en su lucha contra los franceses, para construir en plena selva hospitales, escuelas, laboratorios, imprentas, universidades, estaciones de radiotransmisión, destruyéndolos y reconstruyéndolos en lugares distintos por si es necesario despistar a los bombarderos norteamericanos, para ayudar a la formación de técnicos y científicos útiles en la defensa de la causa patria, en fin, para mantener un ritmo de vida que parece ajeno al fuego y la destrucción que sobre la selva survietnamita arrojan los desesperados aviones norteamericanos.

Debemos suponer que ese ingenio que ayuda a superar miles de increíbles obstáculos lo origina el estímulo de la lucha contra el invasor norteamericano; los habitantes de algunas regiones se distinguen por los medios de

que se valen para contribuir a la derrota del enemigo; en una de esas regiones, la denominada Delta, los campesinos han improvisado lo que llaman "defensa aérea", amaestrando abejas grandes de una pulgada de tamaño; Madeleine Riffaud relata:

Estas abejas son pacientemente amaestradas por los viejos, los cuales, protegidos en unos hoyos, golpean sobre los nidos por medio de un dispositivo de astucia agitando un bastón. Al ser atacadas de esta manera, las abejas, furiosas, entran y salen una y otra vez de sus nidos, buscando al que las molesta. Pero no ven nada. El viejo campesino sigue repitiendo sus golpes hasta el día en que se decide a sacrificar un cerdo a los insectos, cuando éstos han alcanzado el punto máximo de ferocidad, en un santiamén es acribillado por mil picaduras, hasta que muere... Educados así, los abejorros no tardan en ser capaces, con sólo oír cómo el bastón de su dueño golpea en su nido, de lanzarse sobre los soldados llegados para rastrillar el pueblo... Muchos quedan enzarzados en la zanja. En el mejor de los casos, intentando vanamente protegerse del ataque, no aciertan a apuntar bien. Y los guerrilleros, bien ocultados, aprovechan la situación.

La autora sobrepasa su finalidad de no escribir respecto al sufrimiento del pueblo survietnamita o a los sacrificios que soporta, escribe sobre su heroicidad ya reconocida mundialmente, sobre su alta moral que no pueden comprender los soldados del "gobierno" entreguista ni las bien pagadas tropas norteamericanas, sobre su unidad para alcanzar las mayores victorias corriendo los menores riesgos.

Con las guerrillas del vietcong recoge datos buenos hasta enero de 1965; entre otros, el fracaso del plan Stanley-Taylor para edificar diecisiete mil poblados estratégicos, ya que el pueblo vietnamita destruyó el ochenta por ciento de lo que hasta entonces los norteamericanos habían logrado; los cuatrocientos mil hombres puestos fuera de combate y los ciento cincuenta mil que desertaron, al mismo tiempo (1961-64), de los aliados entreguistas e invasores; el convencimiento de los norteamericanos de que el Frente Nacional de Liberación representa las aspiraciones patrióticas de Vietnam del Sur como lo demuestra la colaboración constante de casi catorce millones de habitantes; la disposición de los survietnamitas a luchar no sólo durante varios años sino durante varias generaciones; el convencimiento de los norteamericanos, no aceptado públicamente, de que el asedio de Vietnam del Norte no les hace disminuir sus ominosas derrotas ante el Frente Nacional de Liberación.

VICENTE ALEIXANDRE, *Presencias*, Edit. Seix Barral, 178 págs., Barcelona, España, 1965. Biblioteca Breve, Núm. 208.

Como se sabe, Aleixandre, nacido en 1898, pertenece a la lúcida generación de poetas españoles surgida en la década del veinte, entre los que des-

tacon Federico García Lorca, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Gerardo Diego, Emilio Prados y Jorge Guillén. *Presencias* es el más reciente título de Aleixandre.

Considerando "una cierta tendencia a la objetividad" en la que, como es natural, el autor desaparece del poema, Vicente Aleixandre ha revisado su poesía desde el primer título: *Ambiko* (1928) "hasta el trabajo actual en curso de elaboración", a fin de seleccionar el material útil para una antología. Le ha parecido que este aspecto de su obra "podía tener alguna significación y ser curioso ofrecerlo al lector, en su persistencia y fidelidad, a través de una selección sucesiva de [su] trabajo enfocado a la luz de aquella constante. El poeta como tal desaparece en cuanto sujeto del poema. Y son otras las presencias que se adelantan como objeto del tratamiento poético. En consecuencia, y estilísticamente, la primera persona del singular se halla ausente de estas poesías. Con la excepción de unas pocas donde aparece: en algunas por conveniencias de la confrontación; en otras porque, incorporado y diferente el protagonista del poema, es él quien se expresa".

El logro de tal selección es el presente libro donde se deja constancia de la poesía motivada por el estímulo objetivo. En uno de los poemas que lo integran, el muy reflexivo y denominado "En el cementerio", Vicente Aleixandre ha escrito entre otras estancias:

Entrad. Todo es quietísimo, súbitamente de verdad parado.
 Aquí que en el partir está ya la llegada.
 Un paso más que déis y las tumbas ofrecen
 su misma contingencia trascendida en su visible imagen.
 Aquí a la izquierda, rota, esta losa aún resuena bajo el pie miserable
 que la hundió. Acaso el tiempo. Se lee: "... Espera /
 la resurrección de la carne".
 Un poco más allá: "Luisa Martínez", dice: "Muerta
 el 5 de junio..." "Su esposo e hijos no la olvidan".
 Pero, un soplo, y una línea debajo: "Blas Serrano".
 El esposo. "Sus hijos no le olvidan".
 Y aún otro viento, y otra línea y: "Blas Serrano Martínez".
 Un hijo. "Su esposa no le olvida".
 ¡Memoria mortal! Dura, pero nunca en los mismos.

 Allí abajo hay un túmulo que con su fuerte fábrica
 rehusa tierra y mármoles levanta y hierro y oros.
 Más que a un muerto, sus ropas denuncia, sus sortijas,
 sus gruesos medallones, su nombre o trueno artístico.
 Tinglado o jerarquías. Extintas, insistiendo.
 "Familia B..." "Ilustrísimo señor..." Mas hay un pájaro
 allí en lo sumo, y trina. Las tapias son iguales.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *La mala hora*, Edit. ERA, 198 págs., México, D. F., 1966. Sección Novela y Relato.

La hojarasca (1955), *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y *Los funerales de la mamá grande* (1962) son los títulos de los libros anteriores de este relatista colombiano; el primero de ellos correspondió a una novela por la que el autor recibió elogios debido a que en Colombia la juzgaron como "la más importante" escrita después de *La vorágine*. Del segundo y del tercer libros, novela y cuentos respectivamente, ya nos hemos ocupado; en el turno de *El coronel no tiene quien le escriba* señalamos la reiteración de ciertos elementos advertibles en *Los funerales de la mamá grande*, como son la ironía del autor y la frustración y la impotencia sufrida por los personajes; aparte, indicamos que descubríamos elementos novedosos como la claridad de la narración, la precisión del idioma y la certeza del estilo.

En *La mala hora* la ironía y la frustración pasan a segundo término y sobresale la impotencia, primero al no ser descubiertos los autores de los anónimos o pasquines que ridiculizan con la verdad a las personas más importantes del pueblo, y después al soportar las arbitrariedades y el crimen de las autoridades; sin embargo, la fuente temática parece ser la misma, personajes como el padre Angel y las doce campanadas en la iglesia "para divulgar la calificación moral de la película" en turno, don Sabas y su diabetes, el dirigente de la oposición que escapa a la persecución política y se le permite seguir viviendo en el pueblo, Moisés, el sirio comerciante, el alcalde enfermo de la muela y la mejilla sin afeitár, los descontentos que distribuyen la hoja mimeografiada de circulación clandestina y los hombres de las lanchas del puerto en el trasfondo narrativo, ya habían aparecido en *El coronel no tiene quien le escriba*; es más, desde ahí sabemos el significado de la frase que da título a la presente novela, recordemos que la esposa del coronel dice a éste, refiriéndose al hijo asesinado, si "se hubiese quedado en casa no lo hubiera sorprendido la mala hora".

En efecto, *La mala hora* describe una situación desgraciada en la vida de un pueblo sometido al arbitrio de los caciques y a la ambición, al chantaje y la voracidad disimulada del alcalde; no es en vano el contrapunto que forman el asesinato de Pastor y el de Pepe Amador al principio y al final de la novela, respectivamente. Dentro de esa *mala hora* caben de nuevo personajes ya denominados en *Los funerales de la mamá grande*, como Carmichael, el alcalde, el dentista, la vieja ciega, Mina y Trinidad. El dentista, por ejemplo, es el mismo descontento con el gobierno y del que ahora se lee:

...había sido el único sentenciado a muerte que no abandonó su casa. Le habían perforado las paredes a tiros, le habían puesto un plazo de 24 horas para salir del pueblo, pero no consiguieron quebrantarlo. Había trasladado el gabinete a una habitación interior, y trabajó con el revólver al alcance de la mano, sin perder los estribos, hasta cuando pasaron los largos meses de terror.

Gabriel García Márquez ha escrito una novela en la que lo principal es la minuciosa trayectoria de la conducta de los hombres, sus existencias contrapuestas; no se regodea, aun cuando le sobrarían motivos para ello, en el señalamiento político, pero no puede evitar la descripción de lo descompuesto socialmente por estar vinculado con los planteamientos morales de una política falsa; el novelista, por su parte, respeta la experiencia de su fuente temática, como lo demuestra la recreación del padre Angel a quien sitúa en un marco de bondad no obstante que suele hablarse del comportamiento interesado, al margen de lo religioso, que en su mayoría desenvuelven los curas colombianos. El padre Angel, desvelado por lo que considera sus deberes, se entromete en la vida de los otros pero sin asumir papel de inquisidor; es un cura que pelea por lo que estima moral religiosa al mismo tiempo que sabe escuchar los argumentos del "pecador"; su diálogo con la mujer del juez, que va a tener un hijo sin estar casada, nos permite entender tanto a García Márquez como al padre Angel; leamos:

—Pero será un hijo ilegítimo —dijo.

—No le hace —dijo ella—. Ahora Arcadio me trata bien. Si lo obligo a que se case, después se siente amarrado y la paga conmigo.

—Debes obligarlo a casarse y a formar un hogar —dijo—. Así, como viven ahora, no sólo estás en una situación insegura, sino que constituyen un mal ejemplo para el pueblo.

—Es mejor hacer las cosas francamente —dijo ella—. Otros hacen lo mismo, pero con las luces apagadas. ¿Usted no ha leído los pasquines?

—Son calumnias —dijo el padre—. Tienes que regularizar tu situación y ponerte a salvo de la maledicencia.

—¿Yo? —dijo—. No tengo que ponerme a salvo de nada porque hago todas mis cosas a la luz del día. La prueba es que nadie se gasta su tiempo poniéndome un pasquín, y en cambio a todos los decentes de la plaza los tienen empapelados.

—Eres torpe —dijo el padre—, pero Dios te ha deparado la suerte de conseguir un hombre que te estima. Por lo mismo debes casarte y formalizar tu hogar.

—Yo no entiendo de esas cosas —dijo ella—, pero de todos modos, así como estoy tengo donde dormir y no me falta para comer.

El relato de *La mala hora* es llano, directo, clarísimo, interrumpido apenas por ligeras retrospecciones; la prosa de García Márquez, en sus efectos, logra maravillas; el lenguaje es convincente sin recurrir a presiones de elaborada técnica; pocas novelas impresionan al lector como la presente; una muestra, es la impresión que causan los anónimos entre los personajes y que sentimos nos alcanza debido al clima creado por el novelista; la incertidumbre no queda circunscrita a las páginas de la novela sino que se transmite palpitante a la conciencia de quien lee; el lector deduce motivos, supone responsables pero al final está tan despistado como lo están el cura o el alcalde.

Lo que destaca en *La mala hora* es la ratificación de la vigencia en la temática pueblerina latinoamericana; frente al sector integrado por los rela-

tistas jugadores o aburridos de tal filón resurge el sector al que pertenece este novelista colombiano. Finalmente, el autor no elude en el relato las soluciones reales que reclama cada situación; así, en la última página, después del asesinato de Pepe Amador, torturado por los soldados, Mina informa al padre Angel:

Parece que se volvieron locos buscando hojas clandestinas. Dicen que levantaron el entablado de la peluquería, por casualidad, y encontraron armas. La cárcel está llena, pero dicen que los hombres se están echando al monte para meterse en las guerrillas.

LUIS CANÉ, Poesía de, Edit. Universitaria... (EUDEBA), 84 págs., Buenos Aires, Argentina, 1965. Serie del Siglo y Medio, Núm. 85.

El volumen reúne una selección de la poesía que Luis Cané escribiera desde 1925, *Mal estudiante*, hasta 1945, *Tu amor y veinte centavos*, o sea hasta doce años antes de su muerte, pues nacido el primero de marzo de 1897 murió el primero de marzo de 1957.

En el prólogo, escrito por Angel Mazzei a quien se debe también la selección ya dicha éste afirma que Cané aporta a la poesía argentina "una modalidad inconfundible, un aire travieso, despreocupado, juvenil" que llamó la atención, desde el principio, a poetas como Leopoldo Lugones, Enrique Banchs y Fernández Moreno, integrantes los tres del jurado que le premió su primer libro.

El prologuista, refiriéndose al poeta argentino desaparecido, escribe: "de esa alerta predisposición para sentirse cómodo ante la condición humana, surge la más valiosa fuerza de la poesía de Cané. No quiso, no necesitó, ser oscuro para ser trascendente. Supo ver lo pintoresco, lo grotesco de muchas cosas de su tiempo y de su medio, pero no se refugió en el sarcasmo para ser juez de todo, más cabalmente se sintió protagonista, como aquel Arcipreste medieval que acuñó hace mucho tiempo la norma feliz para encontrar el fruto valioso y el consejo sabio escondido bajo la letra frívola".

De todo lo expuesto por Angel Mazzei acerca del poeta, resalta el buen humor de éste para "contar y narrar su vida" y los hechos que relacionados con ella tocaron su sensibilidad. Para manifestar ese tono, Cané se valió tanto del verso libre como de las formas clásicas, mostrándose incomparable en el uso del soneto, la copla y el romance.

Por ello, no le son del todo ajenos ciertos moldes que recuerdan a Quevedo, Góngora, Lope y Argensola. Pero conozcamos estas cinco estrofas de su poema "El poeta ante la vida" que figura en su primer libro:

Por fatalidad del sino
me consumo en doble ardor;
nunca me vino el amor
sino amor por el vino.

Y como amo sin relevo,
bebo más de lo debido,
debo todo lo bebido
y vivo tal como bebo.

.....
Inconstante y tornadizo
olvido deudas y amores;
con novias y acreedores
nunca cumplo compromiso.

.....
A ningún placer me niego,
todo lance me convida;
pláceme arriesgar la vida
como ganancia de juego.

Y así, sin quebranto alguno,
agoto mis alegrías.
¡Total: para cuatro días
que dura la vida de uno!

JOSÉ CEBALLOS MALDONADO, *Bajo la piel*, Edit. Costa-Amic, 301 págs., México, D. F., 1966.

Blas Ojeda se titula el libro de cuentos que hace dos años publicó este autor y que llamó la atención de los lectores y de los críticos; ahora, la presente novela viene a ser su gran ensayo de lo que puede lograr como novelista; ensayo que, para decirlo de una vez, le augura un seguro porvenir.

Pensándolo despacio, *Bajo la piel* es una obra que por su trasfondo provinciano y el desplazamiento psicológico de los personajes nos recuerda al novelista Agustín Yáñez, y por su manejo de lo erótico como de lo sexual al no menos leído Luis Spota; sin embargo debe reconocerse, por ser justo, que José Ceballos Maldonado hace gala de otros méritos que son, precisamente, los que le dotan de una personalidad dentro de la relativista mexicana.

El mayor de esos méritos, esencial en el contenido de esta novela, es la habilidad del joven autor mexicano para narrar una serie de preocupaciones relativas al choque de cierta moral contra el adulterio consumado; desde la primera página uno de los personajes centrales, Adrián Rosales, surge ante el lector con las reflexiones fluctuantes propias del hombre que se cree descubierto después de una de las citas amorosas clandestinas; esas reflexiones llevan a Adrián a mostrarse tal como es: variable, diverso, cobarde, responsable e insatisfecho; reflexiona acerca de su responsabilidad ante el amigo

que ha engañado, ante Mario Molina, el marido de Tea, la mujer con quien ha cometido su falta; Adrián piensa en las distintas consecuencias, lo mismo en la participación de algún "mediador industrial" que haga meditar a Mario en la inconveniencia de ser violento que en las actitudes que podrían asumir el esposo, el seductor y las personas escandalizadas; ilustremos esas actitudes:

Reflexiona y modera los primeros impulsos, Mario; te lo suplico: no incurras en desatinos irremediables. ¡Piensa! ¿Qué podrías obtener ya? ¡Sólo perjuicios para tu familia y para tí mismo! Ten presente a tus hijos... Te comprendo perfectamente, me doy cuenta cabal de tu estado. Estas cosas son fuertes, estrujan y dan la impresión de que liquidan hasta la existencia; pero como todo lo demás, y te lo anticipa un hombre curtido, se entierran con el tiempo. ¡Así es la vida! Ahora apacíguate y líbrate del escándalo. Te aseguro que este no es el momento de tomar decisiones.

Es Adrián Rozales que acaba de matar a Mario Molina: primero le enamoró a la mujer y después le quitó la vida.

Aquí me tienes; creo que es inútil añadir que yo soy el único responsable de todo: a ella no la toques. Arreglemos este asunto como mejor te parezca; pero tú y yo, aquí o donde quieras: para eso somos hombres.

¡Fíjate! ¡Es increíble! Mario Molina acaba de matar a Tea y luego se suicidó. No. Que inmediatamente después se entregó y está en la cárcel.

Tea, el segundo personaje pero en realidad el de mayor importancia, aporta las variantes más inusitadas en cuanto a la moral y la pureza observables en un medio provinciano; sus cambios mentales van desde los instantes de enardecimiento sexual que vivió con Sergio —sin llegar a la entrega—, el novio anterior a su matrimonio, hasta el deseo de que muera su suegro, don Leonardo, cuando ya se encuentra en estado agónico, para que no dé testimonio de que la vio salir con Adrián del despacho de éste. Don Leonardo sufre, al parecer, una segunda hemorragia cerebral cuando descubre sin proponérselo el adulterio de su nuera; pierde la conciencia y durante el tiempo que precede a su muerte Tea sólo abriga un sentimiento, el de la muerte del viejo, olvidándose de que es el abuelo de sus hijos y el padre de su marido.

La angustia de Tea no es menor que la de Adrián y para salvarse del escándalo, de las posibles consecuencias de su infidelidad, no escatima argumentos ni razones ni repara en los valores que norman su conducta ni en las obligaciones que le impone su religión; por el contrario, a ésta la deforma para utilizarla en favor de su deslealtad y como instrumento de su angustia; notemos este párrafo:

...De repente comenzó a enfurruñarse contra el Cristo Milagroso de San Juan de las Colchas. El no había entendido, con toda evidencia. ...Quería la muerte de don Leonardo y había clamado por ella. ¿Se la negó el Cristo porque no llegó a formular la instancia con claridad y decisión? Con cierto

desánimo recordó sus titubeos. Había estado implorando para que su suegro no revelara el descubrimiento; pero no había insistido en que perdiera la vida. Sin embargo, pensaba que el Cristo tenía la obligación de interpretar sus ruegos atinadamente, de penetrar en sus sentimientos íntimos, en aquella intención primordial y secreta.

José Ceballos Maldonado intercala entre los capítulos que narran el presente de los dos personajes los fragmentos relativos al pasado de Tea, un pasado que sirve para explicar en buena parte la determinación actual de la mujer; el autor de *Bajo la piel* expone una serie de actos de conducta que podrían sonrojar al lector puritano, no obstante, cabe asegurarlo, la narración se sostiene en un plano de naturalidad que no le permite caer en lo procaz, en el mal gusto o en el sexualismo desenfundado.

En el Epílogo de la novela, cuando ya don Leonardo ha muerto y los dos personajes se han salvado del escándalo, Ceballos Maldonado sugiere un último señalamiento que, por sí solo, descubre un hipócrita pero válido modo de conducirse. Lo expone en el momento que Adrián y su esposa han ido a visitar a Mario y Tea; los cónyuges infieles pueden hablar a solas por un instante; oigamos:

- ¿No tuviste bastante?
- No pasó nada.
- ¡Adrián!
- Lo afirmo con plena seguridad. ¿No estamos aquí tranquilamente?
- De todos modos eso terminó—dijo calmadamente.
- ¿Por qué?
- No soy como tú.
- Verdaderamente; nunca me has querido.
- No se trata de eso; es que conozco mis obligaciones. Además soy católica.
- Yo también lo soy.

KRÜCK VON POTURZYN, *Garibaldi*, Edit. Grijalbo, 198 págs., México, D. F., 1966. Colec. Biografías Gandesa.

El autor considera necesario advertir su conocimiento del nuevo enfoque biográfico en cuanto a escribir sobre la persona del personaje no como individuo que lo puede todo sino como parte "de los movimientos de grupos en los que la individualidad desaparece"; sin embargo, su enfoque de Garibaldi se apega al modo tradicional y apenas vincula al biografiado con tres hombres de la época decisivos para la unificación de Italia: Giuseppe Mazzini, Camilo Benso conde Cavour y el rey Víctor Manuel.

Así, en esta biografía, cuya versión española fue hecha de la edición alemana por María Rosa Borrás, que tampoco se identifica con el género conocido como "novelado", Krück von Poturzyn sigue con fidelidad la línea de las acciones sobresalientes de Giuseppe Garibaldi.

Más o menos, desde que el personaje a la edad de ocho años salva a una mujer que se ahogaba en el mar, o que a los catorce su madre le prepara el hatillo de marinero, pasando por su anhelo a los veintisiete de visitar a Mazzini, por su experiencia —iniciada a los veintiocho— de doce años de guerrillero combatiendo en Brasil "contra un imperio tan grande como Europa", por el dolor de las muñecas dislocadas y ensangrentadas al ser colgado en Argentina durante varias horas, por la dicha de convertir en esposa a Anita la brasileña heroica, hasta su lucha en favor de los uruguayos y los famosos "camisas rojas" contra el tirano Rosas de Argentina, su regreso a la patria en 1848 para luchar por la unidad italiana, sus amargas derrotas y sus geniales victorias experimentadas durante más de cuatro lustros y, finalmente, su muerte en junio de 1882 a los setenta y seis años de edad.

Garibaldi es una biografía amena, no completa pero veraz en cuanto que el autor narra los hechos basándose, fundamentalmente, en las memorias que dejó escritas el célebre libertador italiano. Sin duda, los lectores pueden discrepar con Krück von Poturzyn en muchos puntos; uno de estos puntos, quizá el de mayor importancia, es el que se refleja en la tendencia del autor a invocar el destino para explicar actos y sucesos destacados en la activa existencia de Giuseppe Garibaldi.

Con todo, la biografía cumple su misión de interesar al lector en el conjunto de actos sobresalientes que conforman cronológicamente lo mejor de la vida del héroe italiano; leyendo estas páginas nos informamos de datos fundamentales como son que Garibaldi encarnó la causa de la libertad "más clara y totalmente que cualquier otro hombre" de su momento, que cuando se le llamó en 1864 "heraldo de la próxima emancipación de los oprimidos en Europa" ya había peleado no sólo por su Italia, sino que también se había identificado con otras causas de la libertad en América, con los griegos oprimidos por los turcos, con los daneses oprimidos por dos monarquías, que a pesar del poder político concentrado en sus manos, de ser juzgado como poseedor de dotes sobrenaturales, de ser casi divino, vivía de donativos que le cedían algunas personas y vestía con sobriedad excesiva próxima a la penuria.

Aplaudido, vitoreado, reconocido por su valentía y su constante batallar en favor de la justicia y la libertad no dejó por ello de beber la amargura de la incompreensión; Garibaldi permaneció leal a quienes le fueron desleales; por la unificación de Italia soportó el ahogamiento de sus ideas republicanas; él mismo reconoció que había sido incapaz de imponerlas y que se consideraba, en ese sentido, un guerrero enemigo de la violencia; los tres líderes de su generación, Mazzini, Cavour y el rey Víctor Manuel contribuyeron a proporcionarle las mayores desilusiones.

En esta biografía no son pocos los datos conmovedores; uno solo, uno de tantos, a modo de ilustración, es ese despojado por supuesto de toda pose, cuando Garibaldi ya dueño por sí solo de un universo, ya objeto de

todos los reconocimientos, incluso de haber conseguido un reino para Víctor Manuel, no duda, a los cincuentaisiete años de edad, en proclamar muy humildemente que se había forjado bajo el ejemplo y la constancia republicana de Giuseppe Mazzini.

La honradez, la bondad, la pobreza, la naturalidad, la modestia del héroe Garibaldi quedan expuestas a la luz en estas líneas de Poturzyn referidas a una charla de aquél con Esperanza von Schwartz:

En estos momentos descubrió Esperanza que su reloj colgaba de una cinta.

Tomó su propia cadena de reloj del cuello y le rogó que cambiara la cinta por la cadena más fuerte.

"No, no me está permitido llevar tanto oro a la vista, respondió él, nunca en mi vida poseí una cadena de oro y, ¿debo ahora aceptar la suya?"

Finalmente aceptó; la cadena fue colocada en su reloj, que procedía de Esperanza. "Antes daría su vida, que el reloj". Durante estas discusiones le cayó a Garibaldi de la cartera el billetero y al recogerlo Esperanza le pareció muy ligero. "Me parece que está usted sin dinero", le dijo.

"¡Qué va! Desde hace mucho que no estaba tan rico como hoy en que acabo de cobrar 1,000 francos del departamento de la Guerra". Colocó en la mesa un billete de a cien tras otro: quedaban seis de los diez supuestos. ¿Y los otros? No recordaba en un principio. "¡Ah, sí, naturalmente, en el camino encontré a la marquesa Pallavicini y a un par de camaradas. Tenían dificultades con sus familias..."

SALVADOR PRUNEDA, *Huellas*. Edit. Alejandro Finisterre, 91 págs., México, D. F., 1966.

Desde hace algún tiempo habíamos escuchado hablar elogiosamente sobre este libro que el artista Salvador Pruneda concluyó el 20 de noviembre de 1934, y que ahora, más de treinta años después, ha sido reeditado; comprobamos al instante de leerlo que los elogios eran merecidos.

En forma sintética, vivaz y franca, Pruneda cuenta desde sus primeras impresiones relativas a la efervescencia política de los últimos diez años de Porfirio Díaz, cuando su padre era constantemente encarcelado en Belén por "insultos al caudillo", hasta el asesinato del general Álvaro Obregón; su cronología abarca más de cuatro lustros e impregna al lector de experiencias vitales revolucionarias.

Esas experiencias están reproducidas rápidas y certeras logrando darnos un panorama de los acontecimientos en su vertiginosidad de cambio; Pruneda narra sin pretensiones de "gran testigo" los sucesos en que mediata e inmediatamente estuvo involucrado; en sus páginas recuerda Veracruz, Celaya, Puebla, Morelos, durante los días de trenes asaltados, de compañeros muertos,

de escapadas milagrosas, de promontorios de cadáveres, de Madero, Huerta, constitucionalistas, villistas, zapatistas, en fin, del caos revolucionario.

Huellas puede ser lo mismo una amplia y depurada crónica que un relato "contado" con una técnica sostenida en base de multitud de diálogos que, al final, integran una especie de *diario* del autor. Reproducimos uno de esos vivaces diálogos:

La Revolución ha triunfado!

Muchos han quedado en el campo de batalla, anónimos, olvidados; otros, fracasados. Tuve fe en la Revolución; he estado a punto de perderla... pero sigo y seguiré adelante. Me siento viejo habiendo caminado la mitad de mi vida. Ojalá no llegue a ser un indiferente.

.....
—Los revolucionarios somos nosotros —me decía un chamaco de diecinueve años, recién salido del Seminario de Morelia.

—Usted nunca podrá ser revolucionario; por conveniencia está entre nosotros. Para sentir la Revolución hay que haberla vivido. Mi padre sacrificó su vida soñando con el triunfo de los ideales revolucionarios...

—Eso no vale nada... La Revolución está con nosotros, la juventud que piensa.

En el Seminario debe haber dicho lo mismo: la salvación de la Iglesia está en nosotros, la juventud que piensa.

CARLOS SOLÓRZANO, *Los falsos demonios*, Edit. Joaquín Mortiz, 217 págs., México, D. F., 1966. Serie del Volador.

La nacionalidad guatemalteca del autor y al referirse a dos dictaduras guatemaltecas en las páginas de esta novela, han dado margen para que de inmediato se le asocie con su paisano Miguel Angel Asturias y su obra *El señor presidente*; no obstante, la verdad es otra, ambiente y personajes son diferentes, y no ahondaremos en esas diferencias porque en cierta forma sería entrar en la comparación que no deseamos.

Lo primero que debe reconocerse en la elaboración de Carlos Solórzano es su tacto para no caer en el facilismo del diálogo reiterado siendo que, antes que nada, el autor es un dramaturgo, o sea que tendría en su favor el oficio de estructurar las conversaciones de los personajes; Solórzano ha optado por la descripción y ha prescindido hasta donde es posible de la intervención dialogada. Desde este punto de vista, la técnica del diario empleada para servir el relato significaba una desventaja, ¿quién se aventura a recorrer la vereda desconocida habiendo recorrido siempre un camino amplio y seguro?, ¿quién prescinde de la narración dialogada siendo el diálogo su mejor recurso según lo prueban las obras teatrales de las que es autor?

El reconocimiento de esta actitud creadora de Solórzano es ya una advertencia de que su decisión de escribir *Los falsos demonios* no descansa en un

fatigado snobismo, en un deseo simple de cambiar de plaza, sino que presupone el planteamiento de un problema de creación ante un tema dado; y ya aquí, debe juzgarse la obra no como nos gustaría que fuese o como sería concebida por otro autor; el error de ciertos críticos y comentaristas al valorar *Los falsos demonios* parte de no opinar acerca de lo que leyeron sino de lo que les gustaría leer.

¿Que Solórzano calculó el terreno sobre el que iba a edificar?, no cabe duda; cualquier artista en sus condiciones habría trabajado bajo el peso del gran prejuicio del *Señor presidente* de Asturias; sin embargo, quien desee ver claro no tiene más que sopesar las situaciones temporales de ambas obras así como el enfoque de los planteamientos; el de Carlos Solórzano no trasciende hacia un fenómeno sociológico, es más bien un fuerte trazo psicológico; y esto hay que revisarlo despacio, porque aun cuando alude a otras implicaciones como la política, no se constriñe a ella, está *únicamente* relacionada; su material es otro, otro su cauce y otra su pretensión. En cuanto a la situación temporal y el papel del personaje central, se deducen tanto del desarrollo del relato como de varias expresiones concretas del personaje; una de ellas es ésta:

Me había criado en la tiranía de Estrada Cabrera y durante diez años de gobiernos pasajeros había esperado secretamente que llegara al poder otro hombre como él. Y Ubico mostraba ya todos los signos de un déspota... No me había engañado. Sabía que, de nuevo, estábamos sujetos por una fuerza superior. Y no había olvidado cómo conducirme en tales circunstancias, pues conocía muy bien los procedimientos que impone un ambiente donde reina el miedo. Tenía, en esos momentos, casi treinta años.

Temáticamente, un análisis de la conducta de José Elías Canastuj, personaje central de *Los falsos demonios*, conduce a conclusiones deplorables; la sobresaliente: estamos en presencia de un ser enfermo que, en ningún instante, puede representar a un ciudadano guatemalteco normal, menos a un hombre consciente del medio sociopolítico que le rodea o a un revolucionario; Canastuj es un hombre mentalmente deformado, a ratos insignificante, a ratos cobarde, a ratos dispuesto a ser heroico, pero siempre, desde su niñez, inseguro, y siempre transcurriendo su existencia como un ser débil no sólo para luchar contra los demás sino para compartir pacíficamente la vida diaria que, en su caso, es la manifestación de su intimidad; él mismo, en uno de sus momentos de incoherencia, explica:

Hasta ese momento me había parecido que yo era diferente a los demás, pues pensaba que todos los hombres tienen esa idea de ellos mismos. Pero ahora, parecía loco... Sí. Loco porque llevaba dentro de mí un mundo superior en mis medios de expresión. Un mundo tan pesado que me dejaba inmóvil para cualquier acción o comunicación con mis semejantes.

Sobre esa debilidad entendida en un ser incapaz de la comunicación se yergue la estructura de la novela, sostenida mediante la técnica del diario y sus irreparables retrospectivaciones; el contenido encaja bien: José Elías Canastuj escribe, en un hospital ubicado en el exilio, una carta extensa destinada a su hijo; en ella le cuenta cómo por su cobardía y un malentendido se asiló, sin ser político, en una embajada debiendo abandonarlo a él y a su madre, cómo desde su niñez su personalidad fue arrasada por las de otros individuos (clara, la madre, la esposa), cómo en el último instante, próximo a morir, continúa inseguro, temiendo a la equivocación, a su debilidad, reflexionando sobre su cobardía y la influencia de los demás; conozcamos estas líneas de las dos últimas páginas de *Los falsos demonios*:

Me he arrepentido de todo. En un minuto he creído comprender que siempre estuve equivocado. Que de no haber corrido aquella tarde, toda mi vida habría sido diferente; la ternura cercana de una mujer, el crecimiento silencioso de un hijo. No dejaré de contradecirme nunca... Aún ahora sigo el rumbo que los hechos me trazan, pero siempre con la impresión de que voy por el camino equivocado... ¿Soy pues, un cobarde? ¿Lo he sido siempre? Eso es lo que han hecho de mí. Nadie nace cobarde. No hay nada en mí que no me haya sido impuesto por otras voluntades. Habría bastado con confesármelo y emprender el difícil camino de la rectificación. Sólo son valientes los que han sido cobardes y sinceramente lo han reconocido.

Yo me he conformado. He buscado disculpas. Mi enfermedad fue, primero, un pretexto, y luego, una realidad que venía a justificarme. Soy de los que hubieran necesitado una época feliz en el mundo, para haber podido ser feliz... Hoy tengo miedo de morir. Un miedo silencioso. No tendré el valor de gritar y protestar como tu madre. Me iré muriendo quedamente, sumido en mi mánico, procurando apresurar la llegada del momento preciso, por miedo a mi miedo.

PACO IGNACIO TAIBO, *Los cazadores*, Edit. Alejandro Finisterre, 86 págs., México, D. F., 1966.

La tesis de esta obra teatral no es absurda aunque desarrolla situaciones absurdas, consiste en señalar que todos los hombres somos cazados a nuestro debido tiempo; es cuestión de circunstancia, astucia y juego sucio que de cazadores pasemos a ser pieza recién cobrada.

Los cazadores obliga a reflexionar por encima de su exterior apariencia material, conduce hacia un trágico entendimiento de símbolos simples; penetremos a este lenguaje de varios de los personajes, propio lo mismo de duques que de verdugos: "...usted tiene razón; cortar cabezas al prójimo no es cosa mala. Lo malo es dejarse descabezar.../ Un heraldo que proclama una victoria falsa, es más importante que una victoria auténtica mantenida en secreto.../ No me gusta que me anden preguntando por el motivo. Yo soy humano; mato y punto.../ Hazlo pasar; pero muéstrate armado, de tal forma

que, si viene a cazar, sepa que también aquí cazamos... / Necesitábamos un cadáver... el Duque pensará que ha llegado una época de terror. Y si por no saber nada matan a un escudero, él tiene que razonar que su muerte está muy cercana, ya que, efectivamente, sabe demasiadas cosas".

No se trata de símbolos cerrados, asfixiantes; la proposición de Paco Ignacio Taibo es transparente y su única concesión al misterio es el cambio de época para hacer transcurrir la acción; desde otro punto de vista, sabe crear lo poético a pesar de su tendencia pedagógica.

Los cazadores expone un mundo de núcleos humanos distanciados: nobles; damas del reino, escuderos, lancheros, verdugos, vinateros, consejeros maquiavélicos, todos unidos en las reacciones de sus mentalidades tan diferentes sólo por un acierto: lo casi irreal para entender el destino de los otros. Este "retablo de costumbres humanas" coloca al espectador o al lector ante una serie de interrogaciones; entre otras, ¿todos, con distinto modo, somos cazadores?, ¿las palabras desgastadas deformemente sostienen y afirman no sólo lo contrario de sus originales conceptos sino incluso el juego del absurdo?, ¿sabemos en qué momento podemos ser cazados?; respecto a esta última interrogación leamos lo que explica el lanchero recogedor de cadáveres al mozo aprendiz de esta variante de oficio de cazador:

Estas muertes violentas los sorprenden muchas veces descuidados. Algunos son cazados mientras duermen, otros caen al suelo mientras se rompe un pensamiento amable, pacífico. A otros los cazan haciendo el amor o comiendo. Hubo uno que traía aún, entre los dientes, bien atenazado, un trozo de carne... Apretaba el hombre aquel bocado como si en apretar y mantener presa la carne se le fuera la vida. Y la vida, sin embargo, ya se le había ido.

FAYAD JAMÍS, *Cuerpos*, Ediciones Unión, 252 págs., La Habana, Cuba, 1966.
Colec. Bolsilibros Unión.

Hijo de padre árabe y madre mexicana, nacido en 1930, Fayad Jamís presenta en este volumen una selección de sus poemas, formada no sólo por páginas de libros publicados sino también de libros inéditos; otro poeta de su generación, Roberto Fernández Retamar, escribe no un prólogo o una presentación protocolaria y sí un "elogio natural", una prosa amigable, afectiva y efectiva para informar al lector de quién es el autor del libro antológico.

Roberto Fernández Retamar dice más del poeta que de su poesía e indudablemente lo dicho es útil para entender tanto al creador como a su creación; fundamental, más que sus *Orígenes* y andanzas de los dos poetas, es el párrafo siguiente: "Cuando, saltando de pueblo en pueblo, llegé a La Habana a estudiar pintura, era pobre de verdad, y conocí, por eso, no una bohemia literaria, tan convencional y previsible como la vidita medida

de un burócrata, sino necesidades de carne y hueso, hambre física que hace iluminar la mirada hasta la incandescencia ante un café con leche. Todo esto atestigua en favor de su genuinidad. Su escritura, por eso, no se hacía (no se ha hecho nunca) a base de temas literarios, sino de realidades vividas. Esto hay que tenerlo presente para entender su desarrollo, su crecimiento".

Y para entender tal crecimiento es necesario reparar en otra línea escrita por Fernández Retamar más adelante, en esa línea que propone: "una poesía se mide por la cantidad de riesgo que está dispuesta a correr": este es el caso, el riesgo corrido por la poesía de Jamís para cantar los temas emergentes de la Revolución. Leyendo detenidamente *Cuerpos* notamos que no es este el primer riesgo experimentado por la creación del poeta cubano: después de la Cuba anterior a la Revolución hubo el riesgo-París y el riesgo-China temáticamente hablando.

En el conjunto, al margen de esos riesgos, la estética de esta poesía se mantiene plenamente hasta la experiencia de París, oscila en la de China y es renuente en la de la Revolución Cubana. Algunas preocupaciones de Fayad Jamís como "huir", "buscar" y no ser sorprendido, desaparecen en su poesía reciente, persistiendo por el contrario y por ejemplo el deleite de escuchar el silencio de la noche, de abrir ventanas, puertas, negarse a abrirlas "por miedo de que algo imprevisto salte y se confunda entre las cosas que no" ama, sentir "a veces, en el silencio del pasillo" que "algo salta", que "alguien nace de pronto, alguien que toca en la puerta sin número y que llama", ideas éstas que asoman desde el primer libro de Fayad Jamís, *Los párpados y el polvo* publicado en 1951; esas ideas que se repiten no textualmente, pueden seguirse en las cortas prosas poéticas y el folklorismo de *La pedrada*, poemario fechado en 1954.

En *Los puentes*, 1956, la poesía anterior aclara sus signos, se desliza dentro de una nueva forma que elimina la puntuación para correr el riesgo-París; el poeta no busca construcciones mágicas y casi dispone a sus anchas del lenguaje común ("Tengo ganas de tomarme un café con leche, tengo hambre y sed, el alba amarilla tiene un mal sabor en mi boca"). En *Siella*, libro inédito de 1957, retoma la promesa de hablar de ese hombre sensible que tanto ha conocido, "del hombre que soporta todo el bullicio y todo el peso de la vida".

Cuando gana el Premio Casa de Las Américas con *Por esta libertad* en 1962, ha corrido el riesgo definitivo de expresar poéticamente los temas que le brinda la Revolución, temas que no nos parecen bien resueltos en todas las ocasiones, que se comprometen con lo no artístico a nombre de la sencillez y que, por supuesto, situamos dentro de la subjetividad patriótica del poeta en el momento de recrearlos en su poesía, cómo no entender, ilustremos el caso, la indignación para tocar un tema como el de Playa Girón y la euforia necesaria para escribir el poema "Consignas".

Fuera de la observación del *riesgo*, el poemario *Cuerpos* es un libro hermoso, pletórico de cualidades, atento a todas las renovaciones, respaldante de un auténtico poeta comprometido fielmente con su arte, con su pueblo y con su tiempo; testimonio de la calidad que es capaz de producir Fayad Jamís es este fragmento de "Puede ocurrir":

Puede ocurrir que mañana, al abrir el periódico,
te enteres de que un hombre grande (alguien
que acaso viste alguna vez desde lejos), ha muerto;
o también el periódico puede sacudirte
con noticias de ciudades derrumbadas, de huelgas generales,
y, en fin, de pequeños sucesos previamente condenados al olvido.

Puede ocurrir que la noche te parezca demasiado larga,
que te pongas a mirar cómo se deslizan las estrellas,
pero de ningún modo quedará excluida
la posibilidad de seguir alimentando el amor
mientras realizas, o sueñas que realizas, algo nuevo.
Todo esto y mucho más puede ocurrir y ocurre sin duda
sólo que tú no dedicas unos minutos a sentir lo que te rodea,
ni dejas que el mundo participe plenamente de tu mundo,
ni conoces el hermoso poder de escribir un poema.

R. RAMOS MARTÍNEZ, *Corrección de pruebas tipográficas*, Edit. U.T.E.H.A.,
246 págs., México, D. F., 1965. Colec. Manuales.

Como se sabe, en Castellano son pocos los libros que abordan de lleno esta materia, y en México, menos, de ahí la atención que debemos prestar a dicho título. Diferente al plan expositivo seguido por algunos autores y casas editoras suramericanas, este volumen no agrupa sólo capítulos relativos a elementos tipográficos, signaturas, imposición de pliegos y corrección de pruebas, sino también a las nuevas normas de prosodia y ortografía, la unificación gramatical, la sintaxis, el léxico y las palabras mal aplicadas.

El autor pone énfasis en el servicio que puede prestar un buen corrector de pruebas tipográficas, sobre todo en la conservación de los valores idiomáticos y en el rechazo de los extranjerismos o neologismos, pues no se ignora que muchas veces la pereza que impide buscar en el diccionario conduce a emplear éstos, olvidando quien los emplea que "si España contempla la creciente invasión de galicismos, América se ve agobiada por los anglicismos".

R. Ramos Martínez indica que la tipografía debe entenderse como un arte y una responsabilidad y que, por ello, el corrector recorrerá la constante evolución del idioma, así como la necesidad de consultar la Gramática y el diccionario puestos al día para no "estancarse y caer en arcaísmos y barbarismos"; por otra parte, asegura, el conocimiento de la Gramática apoya al corrector que lo posee ante la reclamación del autor que exige explicaciones.

DAVID M. CHALMERS, *Ku Klux Klan*, Edit. Grijalbo, 476 págs., México, D. F., Barcelona, 1966.

La edición inglesa de esta obra se publicó el año pasado en Nueva York, de ella fue traducida al español por Antonio Ribera. El autor, que ha servido cátedras relativas al tema en distintas universidades de los Estados Unidos, se ha dedicado con ahínco a la investigación de los movimientos sociales violentos, como los realizados por los estudiantes de París y los disturbios de origen racial norteamericanos.

David M. Chalmers, creador y servidor del curso universitario sobre "La tradición del americano vigilante", estudia en cuarenta y ocho capítulos el nacimiento y desarrollo de una sociedad secreta que, sin más preámbulo que sus bajos intereses, practica el linchamiento organizado.

En los cien años transcurridos desde la fundación del Ku Klux Klan e investigados a conciencia por el profesor Chalmers, la organización que empezó en diciembre de 1865 como un juego inventado por seis jóvenes ociosos de la frontera de Tennessee con Alabama, ha desembocado no sólo en el linchamiento de hombres negros y en la lucha por el mantenimiento de la religión protestante, sino que en su mejor momento ha trascendido a la esfera política agrupando a más de cuatro millones de asociados, cuya innegable influencia se ha reflejado en las elecciones de sus propios gobernadores y senadores.

El *Saturday Review Syndicate* señala como mérito del libro de Chalmers:

que huyendo de la fácil explicación del prejuicio racial, con lo que, queriendo decirlo todo, no se dice nada, el autor bucea en la situación del negro como mano de obra barata... es la primera vez que se intenta una explicación de este tipo, por otra parte la única aceptable.

DEPARTAMENTO DE CULTURA
REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES - FOLIO
"SARA MIR"
MEXICO

ENSAYO CULTURAL, Dirección: Roberto Barrientos, Juan Espósito, Roberto Pollacia y Luis Rivara, Núm. 35, Buenos Aires, Argentina, 1966.

Los responsables de esta revista, considerando que en Buenos Aires las revistas literarias reflejan el desarrollo del medio cultural y las aspiraciones de la última generación, han efectuado una encuesta a seis de los encargados de las principales que actualmente se editan en Argentina; ellas son: *Barrilete*, *Hoy en la Cultura*, *La Rosa Blindada*, *Tiempos Modernos*, *Vigilia* y *El Escarabajo de Oro*.

Algunas de las preguntas hechas se encaminan a indagar por qué y para qué se fundó la revista, en qué medida los respectivos directores han realizado sus objetivos, si han analizado los sectores a los que están dirigidas y si no habrá necesidad de unirlos a todas en una federación.

Las respuestas son interesantes, valdría la pena transcribir varias de ellas; sin embargo, hemos de conformarnos con copiar fragmentariamente la alusiva al análisis de los sectores dada por el responsable de *La Rosa Blindada*:

Muy informalmente. Recién comenzamos a llegar a los sectores que consumen naturalmente el producto cultural-ideológico que publicamos: estudiantes universitarios, capas avanzadas de la clase media, intelectuales, dirigentes políticos, gremiales, etc.; es decir, el mismo sector que produce cultura. Nuestra tirada (4,000 ejemplares) dice claramente que no alentamos propósitos de "difusión popular". Para nosotros rige también la incomunicación escritor-pueblo característica de todo país capitalista muy especialmente del nuestro, donde desde 1947 la opción peronismo-antiperonismo alejó a los escritores de las masas (salvo honrosas excepciones). Obvio es decirlo, esta situación reciente al escritor... ¿Significa ello que debemos abjurar de nuestra ideología marxista y volvernos hacia el nacionalismo o el peronismo? Claro que no. De lo que se trata es de "nacionalizar" nuestras conciencias, de vivir intelectualmente un poco más hacia adentro del país... Mucho Fidel, mucho Sartre, mucha izquierda y revolución, pero para los que quisieron cambiar las cosas en serio de la única manera posible, silencio cabrón. Y aquí entramos en un tema que desvela a "La Rosa Blindada": el papel de los intelectuales en la liberación nacional. El "Che" Guevara, Fidel, Lobatón Milla, De la Puente Uceda, ya nos dieron respuesta. Los intelectuales, como los trabajadores, deben organizarse. Lo demás puede discutirse milenios. No quiere decir ello que el trabajo intelectual en sí sea estéril. No planteamos tal opción. Las novelas, los cuentos, los versos, las presentaciones de libros, los concursos, los premios, las manifestaciones no los niega nadie. Pero también hay que ir preparándose en cuerpo y alma para asumir otras responsabilidades. En ese sentido muchos estudiantes

universitarios (el sector más lúcido y por lo mismo el más combativo de la intelectualidad argentina) va señalando el camino en este país de escritores gordos y discudidores.

En este número hay trabajos de: Alberto Luis Ponzo Elvira Amado, Simón Kargieman, J. Iegor, Carlos Oziel, Lucía Zottele, Julio Olivari, Alberto Lagunas, Angela da Silva, R. A. Marazzi, Gabriel Germán Acquistapace, Luis Rivara.

PRENSA LATINA, Agencia Informativa Latinoamericana, S. A., Responsable: Edmundo Jardón Arzate, Núm. 2382, 2 de agosto, México, D. F., 1966.

Se trata del periódico diario que informa verazmente de los acontecimientos y sucesos que interesan a los hombres de pensamiento avanzado, de tendencia revolucionaria; en este número se reproduce la carta que un grupo de intelectuales cubanos dirigió al poeta chileno Pablo Neruda después de que éste visitó a los Estados Unidos. La carta viene a ser un documento importante porque sitúa la responsabilidad de los intelectuales revolucionarios dentro de las "comprensiones" y "sonrisas" de los hombres del Departamento de Estado, porque señala la trampa que significa atender a sus invitaciones de visitar aquel país si no se está dispuesto a difundir la verdad de lo que pasa en política internacional.

La carta expone a Neruda la inquietud que ha causado en Cuba el hecho de que el poeta haya podido ser empleado en favor de los intereses capitalistas norteamericanos, pregunta sobre las razones que pueden haber movido al Departamento de Estado para que después de veinte años de negar la visa al gran poeta y al militante revolucionario se la otorgue sin más motivo que el de una reunión de escritores y artistas. Afirmar los intelectuales cubanos que esta actitud sólo define la intención de los "anfitriones" de aprovechar la visita para dar la impresión de que se inicia el final de la guerra fría, Y preguntan: ¿cómo es posible que pueda sugerirse tal cosa en los momentos que la guerra caliente está mutilando a los patriotas de Vietnam? Pero cedámosles la palabra transcribiendo algunos párrafos de esta interesante carta:

Los últimos golpes de estado organizados con participación norteamericana en Indonesia, Ghana, Nigeria, Brasil, Argentina ¿son la prueba de que hemos entrado en un período de armonía y convivencia en el planeta? Nadie con decoro puede sostener este criterio... Si a pesar de esta situación los Estados Unidos otorgan ahora visas a determinados izquierdistas, ello tiene, pues, otras explicaciones: en unos casos, porque tales izquierdistas han dejado de serlo, y se han convertido, por el contrario, en diligentes colaboradores de la política norteamericana; en otros, en que sí se trata de hombres de izquierda, como

es el caso tuyo, y el de algunos participantes más del Congreso, porque los Estados Unidos esperan obtener beneficios de su presencia: por ejemplo, hacer creer, con ella, que la tensión ha aflojado; hacer olvidar los crímenes que perpetran en los 3 continentes subdesarrollados y los que están planeando cometer, como en Cuba; y, sobre todo, neutralizar la oposición creciente a su política entre estudiantes e intelectuales no sólo latinoamericanos, sino de su propio país... Jean Paul Sartre rechazó, hace algún tiempo, una invitación a visitar los Estados Unidos, para impedir ser utilizado, y dar, además, una forma concreta a su repudio a la agresión norteamericana a Vietnam.

En ese órgano de propaganda imperialista que es "Life en español" (título que es toda una definición: un verdadero programa), su colaborador Carlos Fuentes, cuya firma nos ha sorprendido ahí, reseña el Congreso a que asististe, bajo el título "El Pen: entierro de la guerra fría en literatura", (agosto 10. de 1966)... De paso, nos enteramos, gracias a ese artículo, de que la mesa redonda del grupo latinoamericano fue presidida por Emir Rodríguez Monegal, a quien Fuentes llama, impertérrito, el "U Thant de la literatura hispanoamericana", y a quien, con igual chatura metafórica, pero con más precisión, cabría llamar "Quisling de la literatura hispanoamericana". Como sabes, a Rodríguez Monegal se le ha encomendado dirigir su nueva revista en español (¡después de fallecido "Cuadernos"! del Congreso por la Libertad de la Cultura, organismo financiado por CIA, según informó el propio "New York Times" (edición internacional, 28 de abril de 1966).

La prueba de que los imperialistas norteamericanos entienden que tu viaje les ha sido ampliamente favorable, es el júbilo manifestado en torno a la visita por voceros norteamericanos, como "Life en español" y "La voz de los Estados Unidos"... Si ellos sospecharan que tú habías servido con tu visita a la causa de los pueblos, ¿se hubieran regocijado igualmente?... Por eso nos preocupa que hayan podido utilizarte de este modo... Que algunos calculadores se presten a ese papel, mediante prebendas directas o indirectas, es entristecedor, pero nada más... Pero que tú, grande de veras en la profunda original tarea literaria, y grande en la postura política; que un hombre insospechable de cortejar tales prebendas, pueda ser utilizado para esos fines, lo creemos más que entristecedor: lo creemos grave, y consideramos nuestro deber de compañeros el señalarlo... Necesitamos saberte inequívocamente a nuestro lado en esta larga batalla que no concluirá sino con la liberación definitiva, con lo que nuestro Che Guevara llamó "la victoria siempre".

GUAJANA, Revista de Juventud Literaria, Director: Vicente Rodríguez Nietzsche, Segunda época, Núm. 1, enero-marzo, Santurce, Puerto Rico 1966.

El editorial de este órgano de difusión de la juventud de Puerto Rico viene dedicado a recordar la lucha y misión del apóstol de la lucha por la independencia puertorriqueña: Pedro Albizu Campos. Entre otros puntos se asevera que su esfuerzo no fue estéril, que los jóvenes en busca de un maestro han encontrado en su figura el mejor de los guías: "Tres condiciones —dicen— nos definen: jóvenes escritores puertorriqueños. Las tres sustantivas. Por jóvenes, estamos libres de compromiso con el fracaso. Por escri-

tores, estamos comprometidos con la acción. Por puertorriqueños, llevamos un compromiso con la independencia patria". Y agregan que una de las tres razones que motivan la edición del presente número es proclamar su reconocimiento colectivo de que Pedro Albizu Campos guiará como maestro sus pasos.

El material de las páginas de la *Gujana* reúne poemas dedicados al apóstol sacrificado y a la independencia de Puerto Rico; en uno de ellos, el de Andrés Castro Ríos, se lee:

Es hora de saber por qué se piensa
que los hombres luchamos con lo íntimo,
cuando nos mueve el pecho ciertas cosas
que tocan con su frente el infinito.
Es hora de saber por qué gritamos
elevando en la patria el sacrificio
de darlo todo, hasta la vida misma
por la venganza de nosotros mismos.
Es hora. Pedro baja con su puño
la calle eterna de los dioses vivos,
donde levanta Hiram el brazo todo
salvando de la Patria lo más mínimo.

Así saben los hijos de Agüeybana
cómo es el Hombre cuando cae herido
por la infamia del beso que a una Isla
hundiera bajo el golpe del vacío.

Así, Pedro, la muerte no te basta
para morir, porque eres infinito
como la tierra que salvaste un día
para el amor de tus amados hijos.

En este número hay trabajos de: José Manuel Torres Santiago, Edgardo Luis López, Gabriel Celaya, Juan Sáez Burgos, Carlos Rosado Pagán, Wenceslao Serra Deliz, Edwin Reyes, Marina Arzola, Marcos Rodríguez, Vicente Rodríguez Nietzsche, Edgardo López.

AMÉRICA LATINA, Publicación del Centro Latino Americano de Investigaciones en Ciencias Sociales, Director: Manuel Diégués Júnior, Año 8, Núm. 4, octubre-diciembre, Río de Janeiro, Brasil, 1965.

En este número hay trabajos de: Bertram Hutchison, H. Hoentink, Aníbal Quijano, Aparecida Joly Gouveia, Sugiyama Iutaka, Ivan Vallier, Jean Casimir, Fernando M. F. Diégués, Helio S. Monteiro, Otavio Guilherme Velho, Manuel Diégués Júnior, Sergio Hascelmann.

ECO, Revista de la Cultura de Occidente, Dirección: Karl Buchholz, Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez y otros, Tomo 12, Núm. 71, marzo, Bogotá, Colombia 1966.

En este número hay trabajos de: Friedrich Hölderlin, Francisco Ayala, Martín Walser, Rudolph P. Atcon, Enrique Anderson Imbert, Fernando Charry Lara, Jaime Lopera.

CASA DE LAS AMÉRICAS, Director: Roberto Fernández Retamar, Año VI, Núm. 35, marzo-abril, La Habana, Cuba, 1966.

En este número hay trabajos de: Ricardo Alarcón, Carlos M. Rama, Nilita Vientós Gastón, Jorge Zalamea, Dacia Maraini, Manuel Galich, Jesús López Pacheco, Manuel Rojas, Héctor Cattólica, Félix Contreras, Pablo Armando Fernández, Carlos Núñez, Mario Vargas Llosa, Lilliam Moro, Salvador Bueno, Gumersindo Martínez Amengual, Marcelo Ravoni, Adelaida de Juan, Gorge Timmosi, Guillermo Rodríguez Rivera.

ATENEA, Revista Trimestral de Ciencias, Letras y Artes, Director: Milton Rossel, Año XLII, Tomo CLX, Núm. 410, octubre-diciembre, Concepción, Chile, 1965.

En este número hay trabajos de: Ignacio González Ginouvés, Milton Rossel, Fidel Araneda Bravo, Alfonso Bulnes, Joaquín Edwards Bello, Guillermo Feliú Cruz, Sergio Galaz, Pedro Grases, Pedro Lira Urquieta, Luis Muñoz G., Rodolfo Oroz, Santiago Vidal Muñoz, Ettore Rognoni, Tonino Rogrete, Alfonso M. Escudero, Benjamín Subercaseaux, Jaime Concha, Miguel de Valencia, Alfredo Lefevre, Jorge Fuenzalida Pereira, Enrique Munita R., Raúl Silva Castro, Magdalena Petit, Alfonso Calderón.

HUMANIDADES, Publicación de la Universidad Pontificia de Comillas, Director: Emilio del Río, S. I., Vol. XVII, Núm. 42, septiembre-diciembre, Santander, España, 1965.

En este número hay trabajos de: Bernardo Casanueva Juan Plazaola, Thomas Merton, Valentín García Yebra, Dictino Alvarez, E. del Río, E. Martino, R. M. de Hornedo.

REVISTA DE OCCIDENTE, Publicación Mensual, Director: José Ortega Spotorno, Año IV, Segunda Epoca, Núm. 34, enero, Madrid, España, 1966.

En este número hay trabajos de: Gerardo Diego, Jaime Benítez, Juan López-Morillas, Juan Carlos Agulla, Luis Romero, Emilio Sosa López, Luis G. San Miguel, José Hierro S.-Pescador, Juan Benet Goitia, Mariano Yerro Belmonte, Julián Olivera Martín.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Revista Mensual de Cultura Hispánica, Director: José Antonio Maravall, Vol. LXV, Núm. 195, marzo, Madrid, España, 1966.

En este número hay trabajos de: Pedro Laín Entralgo, Federico Sopena, Héctor Villanueva, Luis S. Granjel, Javier del Amor, José Luis Cano, Manuel Revuelta, Ramón de Garciasol, José Tudela, Juan L. Ruiz de Galarreta, Jaime Peralta, Helio Carpintero, Eduardo Tijeras, Julio Aristides, Jacinto Luis Guereña, Ricardo Domenech, José Antonio Gómez Marín, Andrés Amorós, José Blanco Amor, Jaime Ferrán, Raúl Chávarri, Antonio Elorza, Andrés Sorel, Antonio Genovés.

LA UNIVERSIDAD, Revista Bimestral de la Universidad de El Salvador, Director: Italo López Vallecillos, Año XC, Núm. 5, septiembre-diciembre, San Salvador, El Salvador, C. A., 1965.

En este número hay trabajos de: Alvaro Magaña, Francisco Peccorini Letona, Alfredo Martínez Moreno, Roberto Lara Velado, Manuel Andújar, Mauricio de la Selva.

REVISTA INTERAMERICANA DE BIBLIOGRAFÍA, Director: Armando Correia Pacheco, Vol. XVI, Núm. 22, abril-junio, Washington 6, D. C., Estados Unidos, 1966.

En este número hay trabajos de: Juan Liscano, Charles L. Stansifer, Augusto Guzmán, Lawrence S. Thompson, Donald Marquand Dozer, Charles V. Aubrun, Rafael Squirru, Alberto Martínez Piedra, Harry Berstein, Madeline W. Nichols, James L. Busey, Gastón Figueira, Frank P. Hebblethwaite, Manuel Valldeperes, Maurice A. Lubin, I. Western Hemisphere, Marietta Daniels, Michael Kenny, José Gómez Sicre, Jorge Grossman, Francisco S.

Céspedes, Lizardo Becerra, Javier Malagón, Charles G. Fenwick, Luis A. Reque, Isidoro Zanotti, Gerard H. Cormier, Arthur E. Gropp, Guillermo Espinosa, Ralph E. Dimmick, Armando Correia Pacheco, Juan Carlos Torchia Estrada, Carr L. Donald, Norah Albanell, José Cuatrecasas, Patrick Gallaghet, José E. Vargas, Beatriz F. Mohler.

BULLETIN ANALYTIQUE DE DOCUMENTATION, Publicación Mensual de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Director: Jean Meyriat, Año 21, Núm. 1, enero, París, Francia, 1966.

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS, Publicación Cuatrimestral, Director: Jorge Arias de Blois, Núm. 63, mayo-agosto, Guatemala, Guatemala, C. A., 1964.

En este número hay trabajos de: Otto Billing, John Gillin, William Davidson, Fernando de León Porras, Federico Ramírez Baños, Luis Luján Muñoz, Ricardo Toledo Palomo, Flavio Herrera.

DIÁLOGOS, Artes/Letras, Director: Ramón Xirau, Vol. 2, Núm. 5, julio-agosto, México, D. F. 1966.

En este número hay trabajos de: Ernesto Cardenal, Samuel Beckett, György Somlyo, Susan Sontag, Antonio Molina, Elemire Zolla, Alejandra Pizarnik, Vallarte Caraza, Gabriel Zaid, Pedro Mirat, Paul Weithem, Jorge Edwards.

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA, Publicación del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Director: Lucio Mendieta y Núñez, Año XXVII, Vol. XXVII, Núm. 2, mayo-agosto, México, D. F., 1965.

En este número hay trabajos de: Lucio Mendieta y Núñez, Jorge Moreno Collado, Ezequiel Cornejo Cabrera, Raúl Benítez Zenteno, Oscar Uribe Villegas, Thorstein Sellin, Marvin E. Wolfgang, Héctor Solís Quiroga, Roger Bastide, Togo Mori, Kunio Odaka, Félix Gross, Franz Adler, Alvaro Mendoza Díez, Roberto Da Guardia, Rodolfo Siller Rodríguez.

VIDA NICOLAÍTA, Órgano Oficial de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Director: Alberto Bremauntz, Época I, Año III, Núm. 23, abril, Morelia, Michoacán, México, 1966.

En este número hay trabajos de: Joaquín Hernández Armas, Pablo G. Macías, Martín Buber, Sol Tax, José G. Baeza Campos, Jorge Octavio Oropeza, Luis García Báez.

REVISTA POLACA, Director: Pawel Kwiecinski, Núm. 24, junio, Varsovia, Polonia, 1966.

En este número hay trabajos de: Eugeniusz Olszewski, Eugeniusz Waszczuk, Marian Naszkowski, Jan Tarski, Jan Wegielski, Krzysztof Baranowski, Jozef Hurwic, Jan Nowak, Feliks Derecki.

LA TORRE, Revista General de la Universidad de Puerto Rico, Publicación Cuatrimestre, Director: Jaime Benítez, Año XIII, Núm. 51, septiembre-diciembre, San Juan, Puerto Rico, 1965.

En este número hay trabajos de: Juan Antonio Nuño, Juan David Garc'a Bacca, Adám Szászdi, María Teresa Villafañe Casal, José Sánchez-Boudy, Antonio Pagés Larraya, Max Aub, Rodolfo E. Modern, José Emilio González, Summer M. Greenfield, Arturo Torres-Rioseco, Fred Petersen, Antonio Fernández Molina, Ildefonso-Manuel Gil, Gonzalo Velázquez, Guillermo de Torre.

RUMANIA, Documentos, Artículos, Informaciones de, Año XVII, Núm. 10, junio, Bucarest, Rumania, 1966.

En este número hay trabajos de: I. Cernca, N. Vamvu, GH. Focsa, I. GH. Maurer.

REVISTA DE LA FACULTAD DE ARQUITECTURA, Publicación de la Universidad de la República, Comisión: Nelson Bayardo, Luis Isern y Rafael Lorente Mourelle, Núm. 6, agosto, Montevideo, Uruguay, 1965.

En este número hay trabajos de: Nelson Bayardo, Julio Vilamajó, Antonio Cravotto, J. A. Scasso, Joel Petit de la Villeon, Héctor Iglesias Chaves, Esther de Cáceres.

TEMAS, Revista de Cultura, Director: Benito Milla, Núm. 5, enero-marzo, Montevideo, Uruguay, 1966.

En este número hay trabajos de: Mario Vargas Llosa, Alejandra Paterlain, Héctor J. Apezchea, Graciela Mántaras Loedel, Jesús C. Guiral, Jorge Sclavo, Milton Schinca, Nelson Marra, Esteban Otero, Manuel Olarreaga, Lauro Ayestarán, José Miguel Oviedo, César Calvo, Rodolfo Hinostrosa, Javier Heraud, Antonio Cisneros, Julio Ortega, Marco Martos.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL ZULIA, Organó de la Dirección de Cultura, Director: Felipe Hernández, Segunda Época, Año 9, Núm. 32, octubre-diciembre, Maracaibo, Venezuela, 1965.

En este número hay trabajos de: César Rondón Lovera, Berthy Ríos, Isabel Arcaya de García Grazar, Carlo Tünnermann, Alberto Mendoza Morales, Imelda Ricón de Maldonado, J. L. Valero-Hostos, Jesús León Pino, Gustavo F. J. Cirigliano, Ramón Avila Girón, Inés Laredo, Oscar Mayz Vallenilla, Fernando Guerrero Matheus, Oswaldo d'Empaire, Cesáreo de Armellada, Adolfo de Villamañán, Johannes Wilbert.

REVISTA NACIONAL DE CULTURA, Publicación del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura de Bellas Artes, Director: J. L. Salcedo-Bastardo, Año XXVIII, Núm. 173, enero-febrero, Caracas, Venezuela, 1966.

En este número hay trabajos de: Arturo Uslar Pietri, Raffaello Ramat, Giuseppe Ungaretti, José Ramón Medina, María Grazia Ciardi Dupre, Eugenio Batisti, Maurizio Fagiolo dell'Arco, Carmine Jannaco, Nello Ajello, José Ratto-Ciarlo, Cesare Valabrega, Edoardo Crema, Mario Bussagli, Antonino Pagliaro, C. P. Otero, Ludovico Silva, Rafael Pineda, Juan Salazar Meneses, Mercedes Bermúdez de Belloso, Joaquín Díaz González, Vicente Gerbasi, Reyna Rivas, Israel Peña, José D. Benavides, María Josefina Tejera, Isaac Chocrón.

POLÍTICA INTERNACIONAL, Revista Bimestral de la Federación de Periodistas de Yugoslavia, Director: Zdenko Stambuk, Año XVII, Núm. 387, mayo, Belgrado, Yugoslavia, 1966.

En este número hay trabajos de: N. Opacić, Stojan Kovacević, Fin Gustavsen, Ljubomir Radovanović, Andro Gabelić, Novica Blagojević, Michael Sobolevski, R. Milić, Milan Ristić, Tahir Camuran, Branco Pešić.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA 4 DE
SEPTIEMBRE DE 1966 EN LOS
TALLERES DE EDITORIAL
CVLTVRA, T. G., S. A. DE
AV. REP. DE GUATEMALA
NUM. 96, DE LA CIUDAD DE
MEXICO, D. F., SIENDO SU
TIRO DE 1,720 EJEMPLARES

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

ASOMANTE

Revista Trimestral literaria editada por la
ASOCIACION DE GRADUADAS DE LA UNIVERSIDAD
DE PUERTO RICO

APARTADO 1142

SAN JUAN, P. R.

Directora: NILITA VIENTOS GASTON
Subdirectora: MONELISA L. PEREZ MARCHANI
Administradora: ORITIA OLIVERAS DE CARRERAS
Subadministradora: MARIA TERESA C. DIAZ GARCIA

SUMARIO

(Núm. 1, 1966)

* OSCAR MANDEL; La leyenda de Don Juan. * CONCHA ZARDOYA; La piedra, el viento y el ciervo. Tres símbolos parabológicos de León Felipe. * LUIS RAFAEL SANCHEZ; Que sabe a paraíso. * LAURA GALLEGOS; La red. * ANGELA B. DELLEPIANE; Sábado y el ensayo hispanoamericano. * JOSE LUIS CANO; Carta de España. * DAMIAN CARLOS BAYON; Carta de París. * GIUSEPPE BELLINI; Carta de Italia. * LOS LIBROS; IRIS M. ZAVALA, EMILIA DE ZULETA, ANTONIO OTERO SECO, ANTONIO FERNANDEZ MOLINA, JOSE EMILIO GONZALEZ, ALFREDO MATILLA RIVAS, SALVADOR BIENO. * GUIA DEL LECTOR. * COLABORADORES.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$4.00
Otros Países	6.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero: SAÚL SIBIRSKY

Dirección: 1617 C. L., University of Pittsburgh, Pittsburgh 13,
Pennsylvania, U. S. A.

Suscripción anual:

U. S. A. y Europa, 6 dólares; América Latina, 2 dólares.

Han aparecido 60 números

(Véase *Índice*, publicado por la Unión Panamericana)

Solicite colección completa o números atrasados

*Una revista especializada en las letras de
Iberoamérica, que responde al lema:*

¡A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA!

REVISTA SUR

dirigida por VICTORIA OCAMPO

1931 — 1966

LA REVISTA SUR CUMPLE XXXV AÑOS

Nº 298-299: enero-abril 1966

Número Especial Aniversario

S U M A R I O

Jorge Luis Borges: Sobre los clásicos. **Victoria Ocampo:** Comienzos de una autobiografía. **María Rosa Oliver:** Años de placida inquietud. **Eduardo Mallea:** Ínfima parte. **Roger Caillois:** Soles inscritos. **Silvina Ocampo:** Monólogo. **Eduardo González LaRusa:** ¿Es posible una historia del arte? **Adolfo Bly Casáres:** La cara de la verdad. **Guillermo de Torre:** Neorrealismo. **Alberto Girri:** A un lector de Keats; a lo que el mirar con atención revela. **Francisco Ayala:** La noche de San Silvestre. **Fryda S. de Mantovani:** América y el espectador. **Ernesto Sábato:** Reflexiones sobre la obra del arte. **Alberto Salas:** La ventana y otros lugares. **Juan José Hernández:** Fin del amor. **Enrique Anderson Imbert:** Originalidad y expresión en Hispanoamérica. **Manuel Peyrou:** La doradilla. **Federico Garbes:** Poemas.

Documentos

Impresiones de España. (Dos cartas inéditas de **Carlos Pellegrini**).
Crónicas-Notas Bibliográficas-Artes Plásticas-Los Trabajos y los días

Suscripción anual	\$ 6.00
Números simples	1.50
Números especiales	2.00

REDACCION Y ADMINISTRACION

Viamonte 494, 8º piso

Buenos Aires

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklóre hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

•
Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

•
6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

485 West 117th Street.

New York.

EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA EL CASO DE MEXICO

por

FERNANDO CARMONA

UN LIBRO SENSACIONAL

De venta en las principales librerías

Precios:

México	\$25.00
Extranjero	2.30 Dls.

Distribuye

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado 975
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

CUADERNOS DE RÚEDO IBERICO

Número 4

Sumario del número 4

Jordi Blanc: *Clase obrera, sociedad industrial y evolución social española.*

Maurice Godelier: *Teoría marginalista y teoría del valor de los precios: algunas hipótesis.*

Asturias: Ramón Bulnes. *Asturias frente a su reconversión industrial.*

Miguel Cervera: *Actitudes políticas de obreros asturianos.*

Macrino Suárez: *La situación agraria en Asturias.*

Libertad de crítica: Antonio Linares. *¿Cultura o condicionamiento?*

Manuel Sáizar: *La mentalidad española y la democracia.*

Juan Villa: *El movimiento obrero en España.*

Una página de Alfonso Rodríguez Castelao. *Municipalismo rural.*

Ges: *Viñetas.*

Notas: Luis Ramírez: *Enseñanza religiosa*; Joan Misser: *Un artículo de exportación: el proyecto de estatuto para los protestantes*; Enrique García: *La modificación del artículo 222 y un gol imparables*; Xavier Valls: *¿Desaparecerá la Universidad española?*; Rafael Lozano: *"The brig" y "Scorpio rising", dos parábolas sobre la violencia*; M. García: *El "factor R", los monopolios eléctricos y otras cosas*; M. García: *El capital americano en Europa*; Nicolás Sánchez-Albornoz: *Por una historia rural: agitación campesina y coyuntura.*

Tribuna libre: Ignacio Fernández de Castro. Frente popular

EDITIONS RUEDO IBERICO
5 rue Aubriot
París 4

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	Papas	Día
RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea	20.00	2.00
EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas	20.00	2.00
LA APACIBLE LUNA, por Enrique González Martínez	20.00	2.00
ESTUDIOS SOBRE LITERATURA HISPANOAMERICANA CIOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (en tela)	20.00	2.00
SILVIO, por Honorato Ignacio Magaloni	10.00	1.00
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Diezaso	25.00	2.50
LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	20.00	2.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	20.00	2.00
NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alvaraz Acosta	20.00	2.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvaraz Acosta	25.00	2.50
EL OTRO OLVIDO, por Dora Itella Russell	8.00	0.80
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojas	1.00	1.00
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Pomareda	20.00	2.00
ACTO POETICO, por Germán Pardo García	20.00	2.00
NO ES CORDERO... OUE ES CORDERA. Cuento milenio Verolón castellano de León Felipe	20.00	2.00
CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez	20.00	2.00
U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García	20.00	2.00
ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Cossío del Pomas	20.00	2.00
OTRO MUNDO, por Luis Sánchez	20.00	2.00
EL HECHICERO, por Carlos Saldrano	8.00	0.80
POESIA RESISTE, por Lucila Velázquez	20.00	2.00
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	20.00	2.00
RAZON DE SER, por Juan Larrea	25.00	2.50
CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alvaraz	18.00	1.80
EL PORTA QUE SE MOVIO CUSANO, por Fernando Alegria	12.00	1.20
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	45.00	4.00
ETERNIDAD DEL RUISEROR, por Germán Pardo García	20.00	2.00
ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdalena	10.00	1.00
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	20.00	2.00
PACTO CON LOS ASTROS, galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontón	20.00	2.00
LA EXPOSICION. Divertimento en tres actos, por Rodolfo Ustiz	20.00	2.00
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic H. Young	20.00	2.00
HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA, por varios autores	20.00	2.00
TRAYECTORIA IDEOLOGICA DE LA REVOLUCION MEXI- CANA, por Jesús Silva Herzog	12.00	1.20
LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Emilio Romero Espinosa	12.00	1.20
EL PUEBLO Y SU TIERRA, MITO Y REALIDAD DE LA REFORMA AGRARIA, por Molato T. de la Peña	60.00	5.50
EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA. El caso de México, por Fernando Carmona	25.00	2.50
DIÁLOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Serna	15.00	1.50
GUATEMALA. PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLU- CION, por Pedro Guillén	8.00	0.80
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gérard Pierre-Charles	25.00	2.50
INQUIETUD SIN TREGUA, ensayos y artículos escogidos 1937-1965, por Jesús Silva Herzog	40.00	4.00
EL PANAMERICANISMO. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johannes, por Alfonso Aguilar Montecorde	10.00	1.00
MARZO DE LABRIFICO, por José Tamarit	12.00	1.20
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Leal de Arango	25.00	2.50

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

MEXICO	100.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	8.00
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	11.00

PRECIO DEL EJEMPLAR

MEXICO	20.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.10

Ejemplares sustraídos, precio convencional

NUESTRO TIEMPO

Pablo González Casanova

La universidad contemporánea: crisis y cambio social.

Alvaro Custodio

La conciencia política de nuestro tiempo.

Berito Rey Romay

¿Es México un país industrializado? (II).

María Teresa Bosques

Un mundo llamado Madagascar.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Manuel Tuñón de Lara

La *Teoría del Estado*, de Hermann Heller, y otras teorías contemporáneas.

Guillermo Díaz Doin

Nacionalidad y ciudadanía.

Emilio Sosa López

Los ideales literarios modernos.

PRESENCIA DEL PASADO

Pedro Rojas Ponce

Un informe sobre las ruinas del Patatén.

Iris M. Zavala

Forner y Blanco. Dos vertientes del siglo XVIII.

Didier T. Jaén

El concepto de "democracia" en Esteban Echeverría.

R. Olívar Bertrand

La expedición de México vista por norteamericanos de hace un siglo.

Dardo Cúneo

Nota sobre José Carlos Mariátegui.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Miguel Angel Zambrano

Mensaje

Norman Litz

El dualismo en Darío y Unamuno.

Roberto F. Giusti

Romain Rolland rabelesiano. En el centenario de su nacimiento.

F. Díaz Figueroa

Whitman, el gran hermano.

Manuel Durán

La generación del '36 vista desde el exilio.

Jesús Medina Romero

El culto de los héroes.

Andrés Iduarte

Las benditas serenatas.

LIBROS Y REVISTAS

Mauricio de la Salva

Libros, revistas y otras publicaciones.